

EL DUQUE DE LA LUJURIA

MARIAH STONE

EL DUQUE DE LA LUJURIA

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

LIBRO DOS

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Duke of Rath* © 2024 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

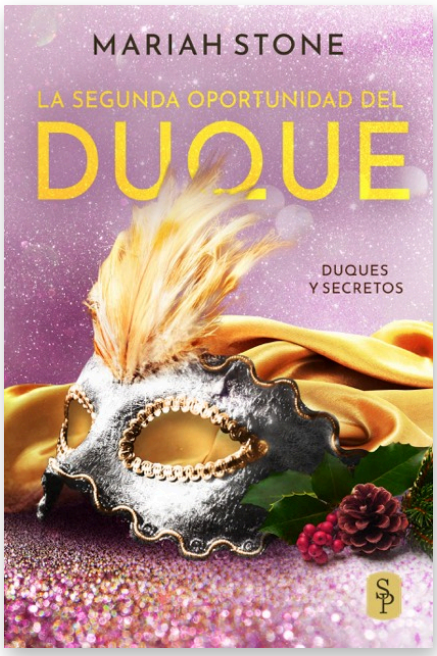
ÍNDICE

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS
El credo de los siete duques de los pecados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS



Juró no perdonarlo jamás. Él nunca dejó de amarla. Atrapados por una tormenta navideña, ¿tendrán el valor de intentarlo de nuevo?

Obtén ahora para descubrir un amor que merece otra oportunidad:
https://mariahstone.com/obten-duque

«He amado mujeres hasta la locura, pero antes que a ellas siempre he preferido mi libertad».

Giacomo Casanova, *Historia de mi vida*

«La única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella».

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

EL CREDO DE LOS SIETE DUQUES DE LOS PECADOS

Dos:

Protegerás a la familia del prójimo como si fuera la tuya.

1

MIENTRAS *LADY* CHASTITY PERRIN introducía una aguja en un cuenco lleno de licor, supo tres cosas con absoluta certeza:

Número uno: una dama no iba a los barrios bajos de Londres sin chaperona.

Número dos: una dama soltera no se quedaba a solas con un hombre.

Número tres: bajo ninguna circunstancia, una dama asistía a un doctor sin matricula en un consultorio humilde pero inmaculado, alcanzándole agujas limpias en una operación que involucraba sangre. ¡Oh, cielos! Involucraba muchísima sangre.

—Aquí tiene, doctor Sterling —le dijo mientras le presentaba la aguja enhebrada con hilo de sutura en un plato que también había limpiado con alcohol.

—Gracias, *lady* Chastity —repuso Brace Sterling mientras recogía la aguja y miraba a su paciente, una niña de unos tres años con rizos rubios bajo un bonete mugriento y andrajoso—. Stella, esto te va a doler. Lo siento mucho.

La abuela de la niña, que se encontraba de pie al lado de la camilla, sujetó con sus manos huesudas los bordes del harapiento chal gris lleno de agujeros que llevaba puesto.

—Es su culpa —dijo la mujer con un acento de la periferia pronunciado al tiempo que fruncía el entrecejo—. Saltando por todos lados… Es una niña torpe. Rompe platos y tazas, ¿y quién va a pagar por la nueva vajilla?

Los grandes ojos de Stella se llenaron de lágrimas y se clavaron en el suelo. Encorvó los pequeños hombros como si estuviera intentando achicarse. Con los dedos sucios y delgados, jugueteó con el dobladillo del vestido.

A Chastity le dio un vuelco el corazón porque una niña de tres años no debería tener semejante expresión de dolor. A pesar de eso, se reconoció en ella. Aunque había sido un poco más grande que Stella, quizás unos cinco años, cuando todo comenzó, aún podía oír la voz de su padre menospreciándola por su comportamiento poco digno de una dama, como cuando se inclinaba contra un microscopio, jugaba al ajedrez o estudiaba ilustraciones de biología.

Brace Sterling, un hombre alto y de hombros anchos, con atractivos rasgos robustos y unos ojos de color turquesa, llevaba el cabello rubio sujeto en una cola de caballo e intercambió una mirada con Chastity. La preocupación que le vio en los ojos era similar a la suya. La niña se encontraba muy descuidada con la abuela.

—Señora Murray —comenzó el doctor mientras pellizcaba la piel a ambos lados de la herida que tenía Stella en el tobillo—. Ha hecho bien en traer a la niña aquí. Sé que está haciendo lo mejor que puede para cuidarla, pero sea más amable con ella si puede. Quizás se tropieza porque está muerta de hambre. O quizás solo se deba a que tiene apenas tres años.

La mujer lo fulminó con la mirada y retorció la boca en una expresión amarga.

—Mi hija era una criada en la taberna Rose & Crown y murió dando a luz. Nadie sabe quién es el padre. Solo le entregó un anillo de oro como pago y le llenó el vientre con una niña. Si pudiera, me marcharía a vivir en la granja de mi hermana con ella. Pero aquí al menos me puedo ganar una moneda como lavandera. Es un milagro que la haya mantenido viva tanto tiempo.

—Está haciendo lo mejor que puede —repitió el doctor Sterling, aunque Chastity no estaba convencida de que creyera sus propias palabras, porque en el tono se oía cierto enfado—. Nadie tiene una vida fácil en Whitechapel. Stella, querida, voy a suturarte y quiero que seas fuerte. Si te ayuda, puedes aferrarte a la mano de tu abuela.

Stella parpadeó mirándolo con los ojos abiertos de par en par; unas lágrimas sin derramar todavía brillaban en ellos. Luego tomó la mano de la señora Murray, que tenía la piel curtida y áspera y los nudillos gruesos que sin duda se atribuían a todos los años de lavar prendas.

El doctor Sterling se acercó a la delgada pierna sucia de Stella, que se asomaba por debajo del dobladillo del vestido andrajoso que le quedaba corto. Había limpiado la herida meticulosamente con alcohol, y eso debía de haberle dolido mucho a la pobre criatura. Chastity deseó poder haberle dado un baño caliente y un vestido limpio.

Con movimientos sueltos y precisos, el doctor comenzó a suturar la herida. Stella soltó un grito no muy digno de una dama. Chastity, por el contrario, se abstuvo de gritar o de desmayarse, a pesar de lo mucho que quería. Lo cierto era que el tobillo de la niña podría ser un banquete para un vampiro o un lobo. La sangre de la pobre manaba sobre el cuero marrón de la camilla sobre la que yacía.

Chastity se estremeció y recordó otro doctor suturando los cortes en las muñecas y los brazos de su hermano cuando era niña, tal y como lo hacía el doctor Sterling en ese momento. Sentía mucha tensión en el pecho y, como de costumbre, se quedó sin aliento al recordar su infancia. Para distraerse, paseó la mirada por la habitación.

Unos rayos de sol se colaban por la ventana. Las paredes cubiertas de yeso blanco estaban decoradas con ilustraciones anatómicas sobre papel de color crema. En la pared opuesta, había un escritorio de roble oscuro y una silla a juego, y al lado, un armario alto con puertas de cristal en la que se veían varias estanterías con botellas de medicamentos y hierbas disecadas perfectamente organizadas. En otro armario, había varios cuadernos con tapas de cuero o tela resistentes con los historiales clínicos de los pacientes.

Desde afuera de la ventana, se oían los ruidos que provenían de la calle Petticoat y el mercado en el barrio de Whitechapel: los comerciantes que ofrecían a gritos su mercadería, los perros que

ladraban, los hombres que soltaban juramentos, los niños que gritaban y los ebrios que reían.

—Ay, ya quieta, niña —masculló la señora Murray mientras Stella lloriqueaba—. El señor Blackmore te va a oír y vendrá a comerte. No se encuentra lejos, su establecimiento está al final de la calle.

Stella soltó otro lloriqueo y apartó la mano de la de la señora Murray para cubrirse la boca con las dos manos. Tenía los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas.

El doctor Sterling dejó de mover las manos unos instantes, pero no apartó la mirada de la herida de la paciente. Mientras reanudaba la labor, le habló con un tono sereno:

—Stella, en ese particular tema, te aconsejo que no le prestes atención a tu abuela. No tienes por qué temerle al señor Blackmore. Él es el que está pagando por todo en esta clínica y también es uno de mis amigos más cercanos. Puede que tenga sus defectos, pero te puedo asegurar que no come niños.

La señora Murray soltó un gruñido, y curvó uno de los labios hacia arriba.

—Puede que no, pero no es ningún ángel. Él rechazó a mi hija cuando fue a Elysium en busca de empleo. Ahora está muerta. Y miren el resultado.

Soltó un bufido mirando a la niña, y Chastity decidió que ya había tenido suficiente con esa mujer acosando a la pobre criatura. Era evidente que la existencia de la niña le producía resentimiento a la señora Murray, pero ¿qué tipo de heridas emocionales le dejaría a Stella? Ella misma sabía mucho acerca de las heridas que podía producir un padre que jamás estaba satisfecho con sus hijos.

—El resultado es esta hermosa niña —repuso Chastity mirando los ojos llenos de temor de Stella—, que no ha hecho nada malo y no tiene la culpa de nada.

La señora Murray le apoyó la mirada.

—Disculpe, *milady* —comenzó con una sonrisa torcida—. Pero es muy fácil para una ricachona andar dándonos sermones a la gente común y corriente cuando no ha pasado hambre ni un solo día en toda su vida.

Chastity sintió como una bofetada la verdad de las palabras de la mujer y la embargó una ola de vergüenza. Al final de cuentas, ¿qué sabía la hija de un duque acerca de la vida en Whitechapel?

—¿Y qué hace aquí? ¿Acaso su marido está intentando comprar el modo de caerle bien al Señor ayudando a los pobres? Bueno, hubiera sido mejor si enviaba dinero en lugar de enviarla a usted.

La acusación fue como un golpe en el vientre, y Chastity sintió tristeza en el pecho. Ella jamás tendría un marido, y jamás tendría el amor incondicional o la conexión que su hermano, Dorian, compartía con su esposa, Patience. Había perdido al primer muchacho al que había amado, el mejor amigo de su hermano: Lucien. Sin embargo, tenía que soportar verlo cada semana. Desde muy joven había sabido que tenía que mantener el corazón bajo llave para protegerse de la crueldad a la que su padre la había sometido no solo a ella, sino también a Dorian y a su madre. Su padre le había mostrado demasiado bien que jamás podrían amarla por ser como era en realidad.

—Señora Murray —intervino el doctor Sterling, intentando concentrarse en la cirugía. Usó un tono de voz tranquilo, y los dedos no le temblaron—. Si continúa atacando a su nieta o a *lady* Chastity me veré forzado a pedirle que se marche de esta sala. Le informo que *lady* Chastity conoce novedosos procedimientos quirúrgicos que reducen considerablemente el riesgo de infección y putrefacción. Sin ningún cargo.

La señora Murray entrecerró los ojos.

—Nada es gratis. Al menos, no en Whitechapel.

Chastity sintió una nueva ola de vergüenza, pero en esta ocasión, mezclada con ira.

—Cuando acudí al hospital Saint Thomas con mi investigación, me rechazaron.

La señora Murray soltó un bufido.

—¿Está aquí porque en el mejor hospital de Londres no la quieren? ¿Y se supone que nosotros tenemos que confiar en sus métodos? Qué buena samaritana.

—No la rechazaron porque dudaban de sus métodos —la corrigió el doctor Sterling.

—Y entonces, ¿por qué?

Chastity recordó los rostros del consejo directivo del hospital, todos hombres y la mayoría mayores de cincuenta años. Solo un caballero más joven, *lord* Wardbury, había parecido dispuesto a ayudarla: tenía los ojos más amables de entre todos. Sin embargo, al finalizar la presentación de Chastity, esos mismos ojos se arrugaron entretenidos mientras el presidente le hablaba con la voz llena de desdén:

—Si bien su… entusiasmo es de lo más admirable, debe comprender que la profesión médica no es el lugar para una dama.

Una idea con la que su padre hubiera estado completamente de acuerdo.

—Porque soy una mujer —respondió Chastity con las mejillas encendidas ante el recuerdo.

La señora Murray suspiró.

—Oh. Por eso.

Chastity asintió con la cabeza y los labios se le curvaron hacia abajo.

—Si la alta sociedad rechaza mi ayuda y mis ambiciones a raíz de mi sexo, no veo ningún daño en rechazar a la alta sociedad. El señor Sterling hace más obras de bien aquí sin cobrar nada que lo que esos médicos sofisticados del hospital Saint Thomas jamás podrían concebir.

A pesar de que su labor allí sería de gran utilidad, no sería reconocida por la comunidad científica… y Chastity anhelaba tanto ese reconocimiento que le dolía. A lo mejor podría hablar con *lord* Wardbury alejado del consejo directivo. El caballero acudiría a la fiesta de un mes en la casa del duque de Pryde, y Chastity no podía evitar ir a ese evento debido a la conexión que guardaba su hermano con el duque.

Una dama que confiara en sus habilidades sociales lo vería como una oportunidad de entablar amistad con *lord* Wardbury e, idealmente, hacerlo cambiar de parecer. Ponerlo de su lado. Convencerlo de que le diera una oportunidad en el hospital Saint Thomas, donde los mejores miembros de la comunidad científica podrían ver su trabajo y donde podría adquirir influencia científica y,

como resultado, lograr ayudar a más gente. En cambio, Chastity pasaría un mes entero en la propiedad de Pryde intentando fundirse con la pared y demostrar su habilidad insuperable para evitar el contacto visual.

—Está arriesgando su reputación y su seguridad al venir aquí —dijo el doctor Sterling mientras amarraba el último trozo de hilo—. Sin chaperona y a escondidas de su hermano. —Humedeció un trapo limpio con alcohol y lo pasó por la herida suturada—. Ya está, Stella —le dijo con una sonrisa cálida a la niña—. Te has portado muy bien. Le pondré un vendaje. Intenta descansar durante unos días. Y, señora Murray, por favor tráigala mañana y dentro de una semana. Me gustaría ver cómo va sanando.

Al cabo de unas horas, luego de dar de alta a Stella e intercambiar observaciones y notas con el doctor Sterling, Chastity se marchó del consultorio. El barro de la calle Petticoat resonaba bajo sus pies mientras andaba. Iba a tener que continuar algunas manzanas antes de llegar a la esquina en la que la esperaba el carruaje de alquiler que solía contratar.

Esquivó algunos niños callejeros, unos hombres fornidos que rodaban barriles, una pescadera con una cesta llena de sardinas apestosas, un grupo de lavanderas que cargaban cestas de ropa e intercambiaban chismes en voz alta y un vendedor ambulante que empujaba una carreta con manzanas magulladas y llamaba a los compradores a todo pulmón. En un callejón, acechaba un carterista. Los vendedores callejeros gritaban ofertas en el mercado que se extendía en el centro de la calle.

Contra una pared sucia, había dos hombres apoyados. Uno llevaba un abrigo emparchado que le colgaba suelto por los hombros, y el otro tenía una camiseta deshilachada. Los dos tenían el rostro curtido y rojizo, y las manos les descansaban cerca de unos bultos en los bolsillos, de manera que la hacían cuestionar si iban armados o no. Uno de ellos le resultaba familiar. A lo mejor lo había visto antes en la calle. Mientras pasaba por delante de ellos, los dos le posaron la mirada encima. A pesar de que Chastity escogía prendas marrones y grises, sus vestidos sobresalían mucho cuando iba a la clínica por el simple hecho de ser nuevos y estar bien

confeccionados, y su cabello sencillo siempre estaba inmaculado y cubierto con bonetes nuevos y limpios. Cualquiera podía ver con facilidad que no encajaba allí. Se aferró al ridículo y apretó el paso. Sin dudas, era un objetivo de lo más tentador y podría ser asaltada con gran facilidad.

Echó un vistazo por encima del hombro y notó horrorizada que los dos hombres la seguían a pocos metros de distancia, esquivando a los transeúntes sin despegarle la mirada de encima. Una ola gélida de sudor le empapó la columna vertebral, y apretó el paso al tiempo que se aferraba al ridículo con más fuerza todavía. ¿De verdad intentarían hacerle algo en el medio de la calle, a plena vista de tanta gente?

Pasó corriendo por delante de unos edificios con ventanas quebradas a la izquierda y unos puestos sucios en el mercado a la derecha. Los gritos de los vendedores se habían tornado más agudos y le perforaban la piel afiebrada. Distraída, se olvidó de ver por dónde iba, y el pie derecho se le deslizó sobre algo que no quiso saber qué era. Agitó los brazos en el aire, se tambaleó hacia adelante y se sostuvo del hombro de alguien. Un grupo de niños callejeros salió corriendo delante de ella.

Volvió a mirar hacia atrás. Los acechadores se encontraban a tres pasos de distancia. Chastity intentó correr, pero solo logró dar un par de pasos antes de que una mano la sujetara del brazo. Quiso soltar un grito que se le quedó atorado en la garganta mientras la jalaban hacia atrás y apenas logró aferrarse al ridículo.

El hombre más grande tenía una camiseta amarillenta y la miró con el ceño fruncido. Tenía una nariz grande y los ojos saltones. ¡Por todos los cielos! De seguro la iban a secuestrar, y Dorian la iba a matar… luego de matar a los secuestradores.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó el hombre—. Una dama como usted…

Chastity se removió y le dio un codazo. El atacante soltó un gemido, pero no la liberó.

—¡Suélteme! —masculló retorciéndose en sus brazos.

Una sombra se ciñó sobre ellos.

—La dama le ha dicho que la suelte. —Era una voz baja, sofisticada y… tan familiar como la propia.

El atacante se quedó petrificado. Una ola de alivio la invadió antes de volverse a ver a… Lucien.

Una mirada le bastó para quedarse sin aliento. Los ojos violetas de ensueño fulminaban con la mirada a los hombres. La línea recta del mentón estaba tensa, la boca ancha y suculenta había adoptado una mueca debajo de los pómulos altos. Llevaba el cabello dorado peinado hacia atrás, como dictaba la moda. Era alto, de hombros anchos, fuerte y liviano a la vez, y parecía como si hubiera descendido del panteón griego. El hombre la soltó de inmediato.

—No tenía intención de hacerle daño —le aseguró—. Solo quería asegurarme de que *lady* Chastity llegara al carruaje a salvo.

Chastity frunció el ceño y estudió al hombre. Le resultaba familiar…

—Soy Bill —dijo y se arremangó para enseñarle una cicatriz de una herida que había sanado bien—. El doctor y usted me trataron hace seis semanas. Solo quería agradecerle por haberme ayudado.

Chastity soltó un jadeo.

—¡Oh, Bill, claro! —exclamó avergonzada y aliviada a la vez—. Lo siento. No te reconocí. —Debería estar avergonzada. Acababa de asumir lo peor de Bill, que solo quería ayudarla.

—¿Qué doctor? —preguntó Lucien con el ceño fruncido y arrastrando un poco las consonantes—. ¿Y cómo te trató?

Chastity lo estudió con más atención. Apestaba a coñac. Llevaba el pañuelo blanco desatado y el chaleco amarillo debajo del traje gris hecho a medida torcido. Había una mancha de colorete en el ciervo bordado en su abrigo, que era el emblema del duque de Luhst. Era evidente que había estado honorando su reputación como el miembro más lujurioso de la hermandad de los siete duques de los pecados.

La sensación de alivio la abandonó y sintió una abofeteada de temor. «Oh, no. ¡No, no, no! No podía ser Lucien». ¡No podía encontrarse con el mejor amigo de su hermano allí! Presa del pánico, miró hacia la entrada de Elysium, una edificación de ladrillo de tres plantas en buen estado que se extendía por toda la

manzana. La mirada de Chastity se posó sobre las ventanas de paneles oscurecidos, y temió descubrir que Dorian se encontraba pisándole los talones a Lucien.

Sin embargo, eso era imposible. Los días en Elysium de su hermano se habían terminado porque se encontraba felizmente casado. Sus amigos más cercanos, los duques de Pryde, Enveigh, Irevrence, Eccess y Fortyne, se tambaleaban detrás de Lucien, sin la compañía de su hermano, y entrecerraban los ojos ante la claridad del día.

—Eh… —dijo mientras se volvía hacia Bill y su acompañante—. Me alegra ver que tu herida ha sanado bien. No has tenido ninguna infección, ¿no?

—No. Sanó muy bien. ¿Le gustaría que la acompañe a su carruaje? Este no es lugar para una dama como usted.

Los otros duques se dirigían hacia Lucien y Chastity. Pryde con el cabello castaño enmarañado y el abrigo de color índigo; Enveigh vestido de verde, con los ojos grises llenos de codicia; Eccess, el más alto, con el cabello de color miel y un chaleco naranja; Irevrence, con inmaculadas prendas blancas, y Fortyne con el largo cabello caoba amarrado y en un violeta resplandeciente.

—El duque de Luhst me acompañará —se apresuró a decirle a Bill—. Gracias por ayudarme, Bill. Me temo que me tengo que ir. —Se volvió hacia Lucien—. ¡No me pueden ver aquí, Lucien!

—No se diga más. —Asintió con la cabeza—. Sígueme, corazón. Mi carruaje está a la vuelta de la esquina. —Deprisa, jaló de ella hacia el vehículo. Por fortuna, se encontraba entre ella y el resto de los duques, y ninguno reparó en ella.

Cuando estaban dentro del carruaje, Chastity sintió tanto calor de repente, que soltó el aliento y se quitó el bonete.

—Por favor, llévame a mi carruaje en Mayfair. Viajaré a Rath Hall desde allí.

Lucien se rio entre dientes.

—Oh, no, dulce Chastity. No te apartarás de mi vista hasta que te entregue a Dorian en persona.

—¡No puedes hacer eso! No puedo estar a solas contigo en el carruaje… quedaré comprometida.

Lucien se encogió de hombros mientras derivaba hacia la pared opuesta y le decía al conductor que se dirigiera a Rath Hall.

—Estoy seguro de que Dorian comprenderá que es mucho más seguro que te encuentres en mi compañía a que estés caminando sola por las calles de Whitechapel.

A Chastity se le secó la garganta, y un temor le produjo un cosquilleo en la piel. La sensación del carruaje que se bamboleaba por las calles desniveladas era inquietante, y el traqueteo de las ruedas, ensordecedor. Si Dorian se enteraba de que se había estado escabullendo a Whitechapel durante varios meses…, y que pasaba tiempo a solas con un doctor sin licencia… y se ponía en peligro al caminar sola por los barrios bajos de Londres… Podía despedirse de cualquier esperanza de terminar la investigación en la que había trabajado durante años. Podía despedirse de su objetivo final de lograr el reconocimiento científico y lograr que su método llegara a más hospitales, lo que ayudaría a muchísima gente a evitar infecciones.

Tenía una hora en el carruaje para convencer a Lucien de que no le contara nada a su hermano. Una hora a solas con él, en la cercanía del carruaje. Una hora empapada en su aroma a cuero, clavo de olor y sándalo. Al caer en la cuenta de eso, sintió un escalofrío excitante que la recorrió entera. Ese hombre era la decadencia personificada. Con su cuerpo alto y musculoso y los ojos angelicales del pecador más grande que había conocido en toda la vida. Los rizos dorados que anhelaba rozar y apartarle de los ojos…

Pero ¿qué diablos estaba pensando? Hacía varios años que había dejado de estar enamorada de él. Para detener las fantasías tontas, tuvo que recordarse por qué se veía tan desaliñado: se había pasado la noche de juerga en los brazos de otras mujeres. Podía oler el perfume femenino en él. Otra mujer, y probablemente más de una, había besado esos labios carnosos y había acariciado esos pómulos afilados y el ángulo derecho de su mentón. Pero no había sido ella. Nunca sería ella.

—¿Le vas a decir dónde me has encontrado? —le preguntó.

—Eso depende.

—¿De qué?

—Del motivo por el que te encontrabas allí.

Chastity se envolvió con los brazos.

—No te lo puedo decir.

—En ese caso, me veo obligado a decírselo a Dorian.

—¡Está bien! Está bien. —Soltó un suspiro profundo y se preparó —. Estoy ayudando a un médico de Whitechapel. Utilizo mis nuevos métodos de higiene y lo ayudo a preparar cirugías, atender pacientes y otras cosas. A cambio, me permite llevar un registro de todos mis descubrimientos y ver si mi método tiene alguna base para ser presentado ante la comunidad científica.

—Chastity, qué alma más bondadosa —suspiró—. No me llama la atención que ese sea el caso.

Probablemente, la mayoría de las personas no estarían de acuerdo en que era bondadosa. A muchas no le agradaba, porque la consideraban rígida y glacial. Pero Lucien no era la mayoría de las personas.

—Por favor, no se lo cuentes a Dorian —le rogó.

—Me estás pidiendo que le oculte un secreto a mi mejor amigo, corazón.

—Lo sé. Pero, aun así, te lo pido.

Los ojos violetas resplandecieron.

—Ay, corazón, no tienes ni idea de las cosas que haría por ti.

Su aliento cálido le acarició la mejilla al tiempo que posaba la mirada pesada sobre ella. Sus palabras se sintieron como el roce de una mano aterciopelada. Chastity tuvo que recordarse que era un encantador. Un seductor. Esas señales de emoción carecían de cualquier significado porque jamás la vería como nada más que la hermana de su mejor amigo. A pesar de cualquier lógica, el corazón traidor se le aceleró por su cercanía.

—Pero debes darme un buen motivo para mentir por ti, Chastity —prosiguió—. Mi lealtad está con Dorian. Jamás podría traicionarlo. Ni a él, ni a mi hermandad del pecado.

2

Mientras Rath Hall se veía cada vez más cerca a través de las ventanas del carruaje, Lucien se sintió más inquieto. Se preguntaba si Dorian lo invitaría al estudio de inmediato para beber una copa de coñac y calmar el condenado dolor de cabeza… que tenía muy poco que ver con la noche de juerga y guardaba relación con la hermosa mujer que se encontraba sentada frente a él.

Habían pasado todo el viaje discutiendo. Chastity le había contado que había enviado una solicitud para probar su método en un hospital de Mayfair y que la habían rechazado porque era una mujer. Sentía pena por su leonesa. Pero el dolor de cabeza y la acidez en el estómago le entumecieron los pensamientos y, a pesar de lo mucho que intentaba concentrarse, su mente no dejaba de dirigir la atención a sus labios que se movían o de preguntarse cómo sabrían.

Tenía un rostro muy hermoso, los ojos celestes como el cielo y los labios carnosos… y era una pena que ocultara su cuerpo esbelto detrás de esos vestidos sosos con mangas largas que siempre llevaba abotonados hasta el cuello. Que Dios no permitiera que revelara ni un solo centímetro de piel. Con la columna vertebral erguida y rígida, solía parecer fría y ajena a todo, como si nada le importara. Evitaba conocer gente nueva porque, según ella, no necesitaba nuevos amigos cuando tenía sus libros y su investigación…

Que Dios lo ayudara, ¿acaso su padre había logrado oprimirla tanto que lo único que había sobrevivido era esa mujer rigurosa y obsesionada con la ciencia? Lucien recordaba a la niña que había trepado a los árboles, jugado a ser pirata y soltado carcajadas de lo más contagiosas con los ojos destellando llenos de picardía. Esa niña parecía haber desaparecido, como si estuviera enterrada bajo una capa falsa de oscuridad que llevaba como si fuera una armadura. A veces quería sacudirla para que se le cayera ese exterior y por fin pudiera recordar quién era en realidad: una mujer. La persona plena y hermosa que sabía que llevaba dentro.

Pero ¿ahora se dedicaba a escabullirse por Whitechapel y trabajar con un doctor…? ¡Un momento! La resaca debía de estar pasándosele. Con la conmoción de encontrarla cerca de Elysium y la mente nublada, había omitido la que probablemente era la pregunta más importante de todas.

—¿Había alguien más contigo en el consultorio de ese hombre…? —le preguntó mientras la miraba con los ojos entrecerrados—. ¿Ese médico?

Chastity apartó la mirada de la ventana. Estaban a punto de detenerse frente a Rath Hall, y en el momento en que el carruaje dejara de moverse, la conversación llegaría a su fin.

—¿Por qué lo preguntas? —De repente, el pecho se le infló y desinfló rápido bajo el jubón gris.

—Me gustaría saber si debería hacerle una visita y romperle el cuello.

—No deberías hacerlo. Había pacientes.

—¿Siempre?

—La mayor parte del tiempo. No puedes esperar que a todo rato haya pacientes con heridas y extremidades rotas por el bien de mi decoro.

Lucien contuvo un gruñido en lo más profundo de la garganta.

—¿Es mayor? —le preguntó apretando los dientes—. ¿Está casado? Te ruego que me digas que le interesan los hombres.

—Debe tener tu edad y es soltero. Desconozco sus gustos amorosos.

—¿Cómo se llama?

Chastity lo miró y encuadró los hombros.

—Parece que tienes malas intenciones para con él. ¿Esperas que traicione a mi colega?

Una ira inexplicable lo embargó. Una parte de él se preguntó qué lo había poseído. Él no solía irritarse. Se enorgullecía por su habilidad para calmar cualquier situación y evitar los sentimientos más desagradables.

—Ya lo creo que son malas intenciones —masculló—. ¡Quiero su nombre, Chastity! Si no me lo dices, le contaré todo a Dorian.

Su expresión se cerró, y se arrepintió de repetir la amenaza en el momento en que le salió de la boca.

—Lucien… —comenzó, pero la interrumpió.

—Si quieres que te guarde el secreto, debes contarme con quién estoy lidiando.

Y los huesos de quien podría romper más tarde…

—De acuerdo. Pero debes prometerme que no le harás daño.

—No puedo hacer eso.

—¡No tienes ningún motivo para desearle el mal! Siempre ha sido el caballero perfecto.

Un caballero perfecto… Lo que Lucien no era bajo ningún punto de vista. Las fosas nasales se le dilataron y apretó los dientes. ¿Qué le ocurría? Sin dudas, se preocupaba por ella. ¡Diablos, si era la hermana pequeña de Dorian!

El carruaje se detuvo. El hogar oscuro y gótico del duque de Rath se ciñó sobre la ventana y bloqueó la mayor parte del cielo y la luz de la tarde. El mayordomo y los lacayos estaban formados en fila delante del arco de la entrada que tenía varios ornamentos tallados.

—Quiero su nombre —volvió a exigir Lucien.

La grava crujió bajo los pies del conductor que se acercaba a la puerta y colocaba el pie del carruaje en el suelo. En cualquier momento, podrían aparecer Dorian y Patience para saludarlo. El resto de los duques llegaría pronto para partir juntos hacia la fiesta en la casa de campo de Pryde, que comenzaría al día siguiente. Chastity no tenía mucho tiempo, y los dos lo sabían. Echó un vistazo hacia Rath Hall.

—Te juro por mi honor que se lo contaré a Dorian —le advirtió Lucien, y una parte de él se detestó por presionarla.

—De acuerdo —soltó—. Te juro que a veces te odio. Se llama Brace Sterling.

Lucien la observó parpadeando al tiempo que la puerta del carruaje se abría, y Dorian y Patience salían de la casa. Dorian era alto, de cabello oscuro con un mechón blanco, y tenía unos ojos celestes penetrantes que podían congelar a cualquier sujeto. Era su mejor amigo desde la infancia, era ferozmente leal y protector, y tenía una mente afilada y una lengua tajante. Patience, la nueva duquesa de Rath, era la contraparte perfecta de su amigo: una belleza pequeña y de cabello dorado, con un rostro angelical y un semblante bondadoso, tenía unos ojos celestes que destellaban llenos de amabilidad y unas mejillas que brillaban gracias a los primeros indicios de su embarazo.

Lucien se volvió hacia Chastity.

—¿El hombre de Thorne Blackmore? —le preguntó—. ¿Su socio, su amigo cercano y su nombrado hermano?

—Sí —le dijo orgullosa, lo que lo molestó aún más.

Romperle los huesos al socio de Thorne Blackmore complicaría las cosas. Para empezar, era probable que Lucien jamás pudiera regresar a Elysium. Pero por mucho que disfrutara el club y todos los placeres que se podrían experimentar allí, podría vivir con eso. El honor de Chastity era más importante. Sin embargo, Sterling era un médico habilidoso que hacía muchas obras de bien en Whitechapel, por lo que había oído. Sería una pena lastimar a alguien que ayudaba a la gente. ¡Diablos! Esa mujer iba a ser su fin.

—¿Lucien? —lo llamó Dorian mientras se acercaba y veía que su amigo no se apeaba del carruaje—. ¿Está todo bien?

—Aún no hemos terminado —le aseguró Lucien.

La boca de Chastity se enderezó en una línea obstinada.

—De acuerdo —dijo y se bajó del carruaje.

—¡Chastity! —exclamó Patience sorprendida.

Dorian frunció el ceño y fulminó a Lucien con la mirada a través de la ventana. Lucien se bajó después de Chastity, y cada paso que daba resonaba con el dolor de cabeza.

—¿Qué haces a solas con Lucien? —le preguntó Dorian.

Chastity soltó un bufido y se sonrojó.

—He estado a solas con Lucien en varias ocasiones. Crecimos juntos.

—En la privacidad de nuestro hogar —dijo Dorian—. Si alguien los ve en Mayfair…

Lucien esbozó una sonrisa relajada.

—La encontré paseando por las tiendas de la calle Bond y le ofrecí traerla a casa. De todos modos, venía hacia aquí —dijo.

—¡En la calle Bond! —exclamó Dorian—. ¡Es la calle más popular de Mayfair!

—No nos vio nadie —dijeron Chastity y Lucien al unísono.

—¿Están seguros? —les preguntó Dorian.

Chastity soltó un suspiro.

—Soy una solterona, Dorian. Por más que alguien nos haya visto, a nadie le importa lo suficiente mi reputación como para hacer un escándalo. Además, todos los miembros de la alta sociedad saben que Lucien es un amigo cercano de la familia.

—Aunque seas más grande que la mayoría de las damas en el mercado matrimonial, siempre hay peligro para una dama soltera —le aseguró su hermano—. Todos quieren oír chismes. Todos están a la espera del siguiente escándalo. ¿Y qué hacías de compras? Si a ti no te interesan las prendas.

—Necesitaba algunas cosas para la fiesta en la casa del duque de Pryde —le dijo.

—¿Qué cosas? —le preguntó Dorian entrecerrando los ojos.

—Ay, mi amor, probablemente eran cosas femeninas —intervino Patience—. ¿O no, hermana?

Dorian frunció el ceño y apartó la mirada.

—Sí, así es —afirmó Chastity—. Necesitaba cosas femeninas.

—Nunca en mi vida te he oído mencionar nada femenino —masculló Dorian—. ¿Y por qué estabas en la calle Bond sin chaperona? ¿Dónde estaba tu dama de compañía?

—Fui a visitar a la tía. Y se me ocurrió hacer una parada rápida en la calle Bond.

—Deberías tener más cuidado, hermana —le dijo Dorian mientras los cuatro emprendían el camino hacia la entrada de Rath Hall—. Solo intento protegerte. ¿Estás segura de que nadie te vio a solas con «él»?

Lucien se ofendió por el tono con el que Dorian había hablado de su compañía.

—¿Qué sucede, Dorian? ¿Temes que si la gente nos vio juntos tendría que casarme con tu hermana?

Dorian miró por encima del hombro y lo fulminó con la mirada.

—Se casará con cualquiera, menos contigo. Nunca te casarás con ella, ni la tocarás, ni siquiera la mirarás de manera indecorosa.

Eso le dolió. Lucien miró a Chastity, que entraba en la casa a su lado. A diferencia de él, no se veía ofendida en lo más mínimo. Tenía la espalda erguida, los ojos fijos adelante y parecía una estatua andante. La representación perfecta de la gracia de una mujer.

—Con cualquiera menos conmigo… —masculló.

—Ven, Chastity —le dijo Patience pasándole una mano por el brazo cuando llegaron al vestíbulo de entrada—. Vamos a tu laboratorio así me cuentas cómo avanza tu investigación… ¡y qué cosas femeninas has comprado!

Cuando las dos mujeres se marcharon, Dorian condujo a Lucien a su estudio. Mientras vertía coñac en dos copas, Lucien lo observó y se olvidó del dolor de cabeza.

—¿Hablabas en serio, Dorian? ¿Con cualquiera menos conmigo?

Dorian lo miró perplejo y le entregó la bebida.

—¿Todavía el mismo tema?

Lucien bebió un sorbo.

—Sí, supongo que sí. Me gustaría saber cuál es el problema conmigo. Los conozco desde que éramos niños, desde que tengo uso de memoria. Soy tu mejor amigo. Los conozco como nadie más, excepto Patience, por supuesto. ¡Diablos! Te he ayudado a encubrir un asesinato sin siquiera rechistar. Soy un duque, como tú, y me atrevo a decir que poseo una fortuna similar a la tuya. ¿Por qué yo no?

Dorian hizo una mueca que mostraba su confusión.

—¿Por qué te molesta tanto este asunto? ¿Te interesa casarte con Chastity?

—No, no. Me siento ofendido por eso de «cualquiera, menos tú» y me gustaría saber qué es lo que te ofende tanto acerca de mí.

El rostro de Dorian se suavizó.

—Lucien, no eres capaz de ignorar un par de faldas. Te pasas la vida en Elysium, persiguiendo debutantes y viudas durante la temporada y revolcándote en el heno con las criadas cuando estás en el campo. Si estuvieras en mi lugar, no querrías que tu hermana sufriera por un bribón, ¿no?

La suavidad en la voz de Dorian lo golpeó más fuerte que si le hubiera gritado o le hubiera asestado un puñetazo, como lo hubiera hecho antes de conocer a Patience. Lucien estaba de acuerdo con todas sus palabras, sin importar lo mucho que una parte de él deseara que nada de eso fuera cierto. Era una desgracia. Un hombre podrido, que solo servía para una cosa: la seducción. Chastity no se merecía a alguien como él.

—Nunca le haría daño a Chastity, Dorian —le dijo—. Jamás.

Mientras Dorian asentía con la cabeza satisfecho, las puertas del estudio se abrieron de par en par y el resto de los duques de la hermandad irrumpió en la sala. Todos se veían cansados, pero parecían estar de buen humor tras la noche de juerga.

—Rath —lo saludó Eccess mientras le daba una palmada en el hombro—. Te echamos de menos anoche…

—Supongo que jamás volverá a poner un pie en Elysium —dijo Fortyne—, ahora que no lo posee la ira.

—Sí —acordó Enveigh—. Tu pequeña esposa ha obrado un milagro.

—¿A quién le importa? —añadió Irevrence mientras se desplomaba sobre un sofá y extendía los brazos y las piernas para cruzarlas a la altura de los tobillos—. Nosotros nunca cambiaremos, ¿no, Luhst?

Lucien se rio, pero no sonó honesto. Sentía algo de envidia por el cambio de Dorian. La paz interior y la alegría que radiaban de él… Lucien solo lo había visto así en escasos momentos de su infancia, antes de que su padre destruyera al niño sensible y emotivo que

había sido. ¿Cómo se sentiría no verse limitado por la necesidad de una conexión física? ¿Cómo se sentiría ser libre y ser una persona plena y completa como Dorian? Ni siquiera se lo podía imaginar. Eso no era para él y jamás lo sería.

—Claro —acordó—. Jamás cambiaremos.

Dorian sirvió más bebidas, y los siete intercambiaron novedades y fueron ocupando sus lugares alrededor del estudio.

—Pero Dorian cambió —aseguró Pryde, regresando a la conversación—. Y va a ser padre. Y a mí van a tener que perdonarme por no poder cumplir con ese deseo de permanecer igual, porque pronto tendré que encontrar una esposa.

—Te perdonamos… —dijo Irevrence.

—Debes continuar con tu orgulloso linaje, porque de lo contrario explotarás —añadió Eccess con un gruñido.

—A diferencia de Lucien —agregó Enveigh.

La idea de tener un niño hizo que a Lucien se le ciñera el vientre. Los gritos furiosos de su madre le resonaron en la mente como un trueno… «Debería haberte abortado como quería. Nunca deseé traer a otro canalla Luhst a este mundo».

Enveigh tenía razón. ¿Cómo podría hacerse responsable de otro ser humano? ¿Cómo podía ser responsable de una esposa o un hijo cuando era un canalla? Solo acabaría destrozando a un niño inocente como sus padres lo habían destrozado a él. Solo acabaría demostrándole a todo el mundo, incluido el mismo, lo poco que valía. ¿Qué otra opción tenía un hombre que carecía de moral? Lucien soltó una carcajada y vació la copa.

—Me conocen demasiado bien. —Y en voz baja, para que solo Dorian pudiera oírlo, añadió—: No debes preocuparte por mí en lo que respecta a Chastity. «Protegerás a la familia del prójimo como si fuera la tuya».

Era el segundo punto del credo que habían firmado todos en una noche de juerga en Elysium. El credo era sagrado. Cualquier cosa podía ocurrir en sus vidas, pero el credo era lo único en lo que todos estaban de acuerdo desde lo más profundo de sus almas.

—Por supuesto, Lucien —le dijo Dorian con suavidad—. Ya sé que puedo confiar en ti.

Sin embargo, ¿acaso no acababa de traicionar ese principio al guardar el secreto de Chastity? Todo iría bien. ¿Qué le podía hacer una mentira piadosa a una amistad como la que compartían ellos?

Además, protegería a Chastity como si fuera suya. Aunque desconocía exactamente en calidad de qué quería que fuera «suya».

3

La puerta se abrió de par en par, se chocó con la pared, y varias esquirlas de yeso salieron volando.

Chastity y Patience estaban sentadas sobre un sofá frente a la mesa de té y se quedaron perplejas. A Chastity se le cayeron algunos papeles de las manos al darse vuelta en el asiento para mirar al intruso, y se quitó las gafas para ver mejor de quién se trataba.

Lucien pasó la mirada por la habitación, confundido por la embriaguez, mientras intentaba acomodarse la camisa en los pantalones. Tenía los labios hinchados y brillantes y sumados a los rizos dorados desarreglados le daban un aspecto aún más gallardo y libertino. El abrigo confeccionado a medida le colgaba torcido de un hombro, y llevaba el chaleco abierto. Chastity no lograba comprender cómo era posible que pareciera la personificación de Apolo en semejante estado.

—Oh. —Sonrió con los ojos algo caídos—. Buenas tardes, señoras.

En el pasillo a sus espaldas, alguien pasó corriendo. Era una criada de recocina que limpiaba las chimeneas y el laboratorio de Chastity. ¡Maisie! La joven estaba sonrosada, tenía los labios rojos e hinchados, pero con una gran sonrisa de satisfacción. Miró a Chastity llena de culpa y se apresuró hacia la puerta. Oh, por todos los cielos, ¿acaso acababa de…?

—¿Qué cree que hace? —le preguntó Chastity al tiempo que se ponía de pie de un salto y arrojaba el resto de las páginas de la nueva tesis de Patience sobre el sofá.

—Ay, disculpen. —Mirando alrededor, se apoyó las manos sobre las caderas, y la tela de la camisa se arrugó alrededor de los músculos—. Creí que esta era mi recámara.

—Su recámara se encuentra en la torre oeste —le dijo Chastity con los dientes apretados—. Usted está en la torre este, donde duermo yo y donde está mi laboratorio.

Patience también se incorporó del asiento y dejó las páginas que sostenía en las manos sobre el sofá.

—Milord, es evidente que no se siente bien. ¿Por qué no se acuesta un rato?

—¡Me encuentro de mil maravillas! —exclamó con una sonrisa más ancha. Entró y recorrió la habitación.

El laboratorio se encontraba en la torre este por la abundante luz natural. Casi la mitad de la pared de la torre consistía en ventanales con forma de diamante, empotrados con unas rejas de plomo. Como la luz era una opulencia, Chastity había dispuesto las superficies de trabajo y varias mesas alargadas a lo largo de las ventanas. Allí se encontraban todos sus instrumentos: termómetros, hidrómetros, diarios, vasos de precipitación, matraces y cilindros de medición. En la esquina, cubierto con cautela, se encontraba su posesión más preciada: un microscopio compuesto que había adquirido gracias a los contactos de su hermano en la Real Sociedad de Londres.

Lucien caminó entre las mesas y contempló todo, pero se mecía con suavidad y señalaba todo a su paso y de tanto en tanto tomaba algunos matraces.

—¡Lucien, por favor, ten cuidado! —exclamó Chastity dejando a un lado las formalidades.

¡Que Dios se apiadara de ella, pero estaba furiosa con él! ¿Acaso su apetito no tenía límites? Acababa de pasar una noche de juerga, y en cuanto llegaba a Rath Hall, encontraba a una criada a la que seducir. Para colmo de males, se atrevía a irrumpir en su laboratorio, el santuario en el que se sentía a salvo y segura, como para frotárselo en las narices.

—Milord —comenzó Patience—. Es un amigo de la familia, pero sé exactamente lo que acaba de hacer con Maisie. Debe dejar de seducir a las criadas de esta casa o me veré obligada a decírselo a Dorian. Y lo matará.

Lucien se rio entre dientes y le echó un vistazo a Chastity mientras recogía una botella con vinagre, uno de los líquidos que Chastity había estado probando para reducir el riesgo de infección en las heridas.

—Marie… eh… Mona…

—¡Maisie! —exclamó Chastity.

—Maisie estaba muy triste. —Hizo un gesto con un vaso de precipitados—. Y no había nadie para consolarla.

El vaso de precipitados le salió volando de la mano y, cuando se estrelló contra el suelo, se hizo añicos. El incidente provocó un gran estruendo, y el olor intenso a vinagre puro llenó el aire.

—¡Ay, no! —exclamó Patience al tiempo que se llevaba la mano a la boca—. Me da náuseas… —Apretándose una mano contra el vientre y la otra contra la boca, salió corriendo de la habitación.

—Diablos… —Lucien clavó la mirada en los trozos de vidrio y el charco de vinagre alrededor de las botas—. ¡Lo siento, Chastity!

Se puso de rodillas y comenzó a recoger los trozos de vidrio. Chastity sintió una descarga de ansiedad. «No te cortes, por favor…». La imagen de su hermano de pequeño, cubierto de cortes horribles mientras salía del invernadero, le invadió la mente.

—Déjalo, Lucien —le ordenó con severidad mientras abría una pequeña alacena bajo uno de los escritorios para recoger varios trapos de lino que guardaba allí para limpiar—. Por favor, déjalo.

Sin embargo, Lucien no le prestó atención. Mientras Chastity limpiaba el líquido y el vidrio, él siguió recogiendo trozos de cristal y, en breve, unas gotas de sangre se mezclaron con el vinagre en el suelo. Chastity se quedó presa del pánico. Recordó las heridas en las muñecas y las manos de Dorian, la sangre que le manaba sin cesar del cuerpo… Luego de que el médico le había suturado las heridas, había desarrollado una infección… y pasó varios días aguardando a que la fiebre acabara con la vida de su hermano, que solo había intentado protegerla… Pasó días rezando porque viviera.

—¡Lucien, estás sangrando! —exclamó mientras arrojaba los trapos adentro de un cubo. Con las manos rígidas, le acercó el cubo para botar los restos de vidrio en él—. Muéstrame —le dijo mientras lo ayudaba a incorporarse.

Le sujetó la mano izquierda. Tenía la palma grande y los dedos largos. Acariciarle la piel era como tocar fuego: de lo más estimulante y peligroso. Y la podía quemar. Lucien tomó una profunda bocanada de aire y le apartó la mano.

—Estoy bien. No es nada.

—La sangre siempre es algo —masculló, sin reconocer la ira en su voz. La situación le resultaba demasiado familiar. Y ella no sería el motivo por el que otro ser humano acabara luchando contra una infección letal cuando podía evitarlo. En especial si ese ser humano era Lucien—. Déjame ver la herida.

Le sujetó la mano una vez más y le estudió la palma. Tenía un corte pequeño en la eminencia tenar que le sangraba. Chastity soltó un suspiro aliviada.

—Es un corte pequeño —le dijo—. Debería sanar rápido si no hay putrefacción… Me aseguraré de que no tengas una infección, como tuvo Dorian.

Lucien frunció el ceño.

—¿Eso es posible?

Por todos los cielos, le seguía sosteniendo la mano. Alzó la mirada a sus ojos y, por un instante, se perdió en la intensidad sin fin de tonos azules y violetas bajo las alargadas pestañas rubias. «¡Deja de derretirte!», se instruyó. Chastity chasqueó la lengua.

—Pero ¿no escuchaste nada de lo que te dije en el carruaje?

—Disculpa, corazón. Estoy seguro de que fue fascinante, pero no me encuentro demasiado perceptivo para recibir lecciones científicas tras pasar una noche en Elysium.

Soltó un suspiro, le liberó la mano y se acercó al escritorio en busca de una botella de bebida alcohólica.

—Por supuesto —dijo mientras recorría las botellas con los ojos —. He estado estudiando el trabajo del doctor Edward Jenner y su investigación sobre las vacunas. Sus ideas para evitar la viruela introduciendo unas sustancias en el cuerpo me llevaron a

plantearme si podríamos evitar otras enfermedades, como las infecciones en las heridas, aplicando las sustancias adecuadas.

—Sigue, corazón. Es solo una teoría, ¿no?

—Sí —admitió Chastity mientras recogía la botella y la giraba hacia él—. Pero hasta el momento, he descubierto que la higiene ayuda a reducir la fiebre en los pacientes. Por eso estoy investigando diferentes métodos para mantener las heridas limpias.

—Claro… —comentó mientras miraba la botella que sostenía en la mano lleno de una curiosidad que no había visto reflejada en sus ojos en muchos años—. La investigación del doctor Jenner acerca de la viruela es de lo más fascinante. Me gustaría ver que tu trabajo sea tan exitoso como el de él.

Chastity se acercó más a él y contuvo el aliento.

—Hace mucho tiempo, tu mente se inclinaba más hacia las ciencias. Me gustaría verte más aplicado, Lucien. La juerga te está destruyendo.

—Oh, bueno, todos hemos de morir algún día.

Chastity tomó un trapo de lino limpio.

—Tu día no llegará pronto si puedo evitarlo. ¿Te acuerdas lo que ocurrió luego de que Dorian escapara del invernadero?

La sonrisa se le evaporó del rostro, y adquirió una expresión de seriedad absoluta.

—Es difícil olvidar que tu mejor amigo casi muere de fiebre.

Chastity abrió la botella, y el intenso olor a alcohol le embargó los sentidos.

—Exacto. El doctor que lo trató… Si hubiera limpiado las herramientas, como se sugiere en mi investigación, y le hubiera lavado las heridas, podría haber reducido mucho el riesgo de que Dorian desarrollara una infección.

Lucien la miró con el ceño fruncido y los ojos violetas destellando con intensidad.

—¿Por eso estás investigando esto?

Si Chastity no lo conociera mejor, podría haber interpretado su cálida mirada perpleja como algo similar a la adoración. Sin embargo, Lucien, el duque de Luhst, jamás podría adorar a alguien

como ella. A una solterona y una marisabidilla. Debía tratarse de aprecio por saber que no permitiría que desarrollara una infección.

Chastity giró la botella sobre el trapo para humedecerlo y le volvió a poner el tapón.

—Sí. —Le volvió a tomar la mano. Por todos los cielos, era el doble de la suya—. Puede que te arda —le advirtió—. Lo siento.

Con cautela y suavidad, le pasó el trapo por el corte y lo oyó contener el aliento.

—Lo siento —repitió.

Por todos los cielos, su piel emanaba algo donde lo tocaba, como unas olas de calidez y cosquilleos que se le expandían por todo el cuerpo. La sensación era embriagante. Chastity sentía la mirada de él sobre ella como otra caricia, y la hacía sentir cálida y liviana. Cuando alzó la mirada para verlo, los ojos de Lucien destellaban con algo que no logró discernir.

—Es mi culpa —le dijo—. No te disculpes, corazón.

«Corazón…». La trataba con mucho cariño, como sin dudas lo hacía con todas las mujeres. De seguro también le había susurrado palabras de afecto a Maisie. Sin embargo, no era su corazón y jamás lo sería. En alguna época, cuando era una adolescente ingenua y él, un encantador joven cuatro años mayor, había tenido la esperanza de que lo fuera. En ese entonces, había creído que sus agasajos podrían tratarse de algo más que de una amistad, había esperado… pero solo acabó sintiéndose cruelmente rechazada cuando lo vio besar a otra muchacha a la vuelta de una esquina. En ese momento, se olvidó de su encaprichamiento con Lucien.

Se apresuró a limpiar el resto de la sangre con el trapo empapado en alcohol y luego buscó unas vendas limpias para cubrirle la mano lo más rápido posible. Tenía que dejar de tocarlo, por más que se sintiera bien. Tocarlo le recordaba a la niña que nunca volvería a ser.

Cuando terminó, Lucien masculló un agradecimiento y se tocó la mano. Chastity se acercó a las ventanas para abrirlas y permitir que el olor acre del vinagre se ventilara. Tomó una profunda bocanada de aire fresco y frío para despejarse la cabeza de él. Luego, se

arrodilló en el suelo con otro trapo para limpiar el resto del vinagre y el vidrio.

—Lucien, podrías haber evitado esto si no te hubieras pasado con la bebida y anduvieras acostándote con cualquiera.

—Puedo dejar de hacerlo en cualquier momento —le dijo con una carcajada al tiempo que se arrodillaba para ayudarla—. Y si volcaras tanto tiempo como esfuerzo en otras cosas como lo haces en tu investigación, no pasarías las noches sola a los veintiocho años, rodeada únicamente de instrumentos médicos.

Chastity contuvo un jadeo ante el dolor que le produjeron esas palabras. Sintió unas lágrimas que le ardían en los ojos y lo miró fijo.

—Quizás tengas razón, Lucien. Pero al menos tengo un propósito. ¿Qué tienes tú, además de alcohol y juerga?

4

Sus palabras lo hirieron en lo más hondo. Lucien se meció hacia atrás como si lo hubiera abofeteado. Quería volver a atacarla verbalmente para defenderse, pero por dentro sabía que estaba en lo cierto.

Se había embriagado… y luego había roto el vaso de precipitados y había provocado que una mujer encinta casi vomitara. Chastity había tenido que limpiar todo. Y luego le dijo que… Pero ¿qué tenía en realidad? Nada más que la soledad y el vacío que llevaba dentro. Chastity, Dorian y los otros lores de los pecados pronto verían lo que había en su interior: nada.

Sin lugar a dudas, podía dejar de ir de cama en cama; era un hombre, no un animal. Era perfectamente capaz de controlar sus deseos. Pero… tener las piernas de una mujer envueltas en las caderas y experimentar un estremecimiento de placer al sentir un cuerpo cálido contra el suyo lo hacían sentir importante. Y menos solo.

No lo hacía porque era un esclavo del sexo, como algunos hombres lo eran con el láudano, o como Eccess lo era con el alcohol. No. Él estaba bien. Chastity, sin embargo, no podía dejar de ocultarse detrás de matraces o de utilizar su intelecto como excusa para evitar conocer a potenciales candidatos para un matrimonio y conversar con ellos.

El dolor que le vio en los ojos lo hizo retorcerse y querer disculparse. Acababa de abrir la boca para hacerlo, pero Chastity

humedeció el trapo en la cubeta con agua y le salpicó unas gotas en el rostro.

—¿Quieres saber qué pienso, Chastity? —le dijo poniéndose de pie mientras ella volvía a sumergir el trapo en el agua. Observó cómo las manos habilidosas refregaban el trapo bajo el agua—. Creo que te vales de tus objetivos científicos para distraerte de tu incapacidad de encontrar un marido.

Chastity se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par y el rostro más tenso que una máscara. Pero tenía las mejillas sonrosadas, y Lucien supo que, en esa ocasión, había ido demasiado lejos.

Chastity se puso de pie con la cubeta, la colocó sobre la mesa y arrojó el trapo dentro. Esta vez, le arrojó una buena cantidad de agua en el rostro. Lucien se secó el agua que olía a vinagre.

Chastity redujo la distancia corta que los separaba con una postura regia y fría digna de una reina de nieve.

—No es más distracción que tu tendencia a saltar de cama en cama. ¡Por todos los cielos, si ni siquiera puedes mantener los pantalones cerrados con las criadas de tu mejor amigo! ¡Y encima tras haber pasado la noche en Elysium!

Lucien le clavó la mirada en los ojos celestes que destellaban como hielo. Chastity se rio y negó con la cabeza.

—Apuesto a que no puedes pasar ni siquiera treinta días sin acostarte con alguien.

Lucien soltó un bufido.

—¿Qué dices? Eso sería fácil.

—¿Fácil? —repitió—. Sin autogratificación y sin coito.

Las palabras autogratificación y coito sonaban muy interesantes salidas de su boca. Lucien se imaginó esos suculentos labios rojos de los besos… Bajó la mirada a los pequeños pechos bajo el vestido de muselina gris con un cuello que le llegaba hasta el mentón. Lo agradable que sería oír que esa horrorosa tela se desgarraba mientras liberaba su hermoso cuerpo de esas prendas que la hacían parecer más grande e innecesariamente invisible.

—¿Y tú qué sabes de esos temas, Chastity? —le preguntó dando un paso hacia ella.

Con gran satisfacción, notó que las pupilas se le dilataban y se tragaban la mayor parte de los iris cerúleos. Chastity entreabrió los labios sorprendida, y el pecho le subió y bajó más rápido bajo el atuendo digno de una institutriz.

—Leo libros —le dijo—. Sé perfectamente bien lo que es el sexo. Sé acerca de la anatomía femenina y masculina, incluidos los órganos sexuales, y lo que ocurre entre un hombre y una mujer.

¿Ah, sí? A lo mejor no sabía todo acerca de ella, como creía. De pensar en Chastity leyendo acerca del coito, estudiando la anatomía masculina y femenina en los libros y dándole lecciones… con esas gafas y ese rostro tan serio… y luego ser quien atravesara ese exterior tan duro y la hiciera deshacerse, gemir y perder el control… Un ardiente deseo lo embargó, y el miembro se le estremeció.

«No, Lucien». Esa era Chastity. La hermana de Dorian. Sin embargo, eso no significaba que no podía provocarla. O contemplar la idea de esa apuesta descabellada.

—Libros. —Soltó una carcajada—. La teoría y la práctica son dos cosas muy distintas, corazón. Yo me puedo abstener de la práctica, pero tú no puedes dejar de leer libros. De hecho, diría que leer libros te mantiene tan aislada que dudo que puedas hacer un amigo nuevo durante ese mes.

A Chastity se le encendieron las mejillas, lo que delató que estaba de acuerdo con él.

—Si tú puedes dejar la juerga, yo puedo dejar de leer —le dijo, aunque sin mucha convicción—. Tiene que haber alguien que pueda hablar de la ciencia conmigo… —Los ojos se le agrandaron de par en par, como con una epifanía—. De hecho —continuó al tiempo que una sonrisa le asomaba a los labios—, en la fiesta en la casa de Pryde habrá un caballero con quien podría hablar por varias horas. —Luego masculló para sí misma—: Si tan solo tuviera el coraje necesario.

Lucien entrecerró los ojos. ¿De dónde había venido eso? ¿Otro caballero en su vida? La idea no le gustaba ni un ápice. Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—¿Quién es? —le preguntó.

Chastity se volvió a agachar para limpiar el vinagre con el trapo, y Lucien le observó la espalda llena de gracia y el trasero redondeado y prometedor bajo los pliegues del vestido gris.

—*Lord* Oliver Evans, el conde de Wardbury —le respondió.

Iba a asesinar al patán.

—¿Y por qué quieres ser amiga de él?

¿Cómo era posible que una mujer se viera tan majestuosa mientras se encontraba agachada en el suelo limpiando una mancha? No lo sabía, pero tenía la espalda perfectamente recta, los hombros encuadrados y el rostro tan calmo como si estuviera bebiendo el té con la reina.

—Es un investigador y un médico en el hospital Saint Thomas, y uno de los caballeros que rechazó mi oferta de colaboración. Pero le voy a hacer cambiar de parecer.

Lucien entrecerró los ojos. ¿Un científico? ¿Un conde? La idea de que Chastity pasara tiempo con un hombre que no conocía no le gustaba en lo más mínimo. ¿Cuántos años tenía? Que Dios se apiadara de él, esperaba que el hombre tuviera ochenta años y estuviera felizmente casado.

No, no iba a enviarla a los brazos de otro hombre. Tenía que tornar la apuesta complicada para que ella no la aceptara o tentadora como para tentarse a sí mismo. Quizás ambas… Negó con la cabeza.

—Si las condiciones son interesantes, aceptaré la apuesta, corazón.

Chastity entrecerró los ojos.

—¿Qué sería interesante para ti, Lucien?

—Que te estremezcas.

Con satisfacción, vio cómo se le sonrojaban las mejillas. La reina de nieve tenía sangre en las venas.

—Si tengo que hacer algo que no disfruto… tú también. Me apostaste que no puedo estar célibe durante un mes. Yo te apuesto a que no puedes lograr que te propongan matrimonio.

El rostro de Chastity perdió toda expresión.

—¿Que me propongan matrimonio? —repitió.

Jamás se atrevería a aceptar esa apuesta. No porque no pudiera conseguir una propuesta de matrimonio. Cualquier hombre sería afortunado de tenerla, y Lucien jamás sería digno de ella. Pero Chastity nunca saldría de su cascarón para intentar conquistar a alguien. La había visto en los bailes y las fiestas. Se encontraba tan incómoda como quien tenía una astilla en el pulgar del pie.

—Una propuesta de matrimonio… —repitió perpleja—. De *lord* Wardbury —añadió para su sorpresa.

—¿Cómo has dicho?

—Puede que no logre una propuesta matrimonial de cualquiera, pero apuesto a que podría conseguir una de *lord* Wardbury.

No, no, no. No le gustaba la dirección que estaba tomando esa conversación.

—También es un científico —musitó—. Tendremos mucho de qué hablar. Además, podría convencerlo de que me deje realizar mi investigación en cooperación con el hospital Saint Thomas cuando sea su esposa.

Durante unos instantes, Lucien se quedó sin habla.

—No pensé en eso.

—¡Tiene sentido! —exclamó Chastity mientras comenzaba a recorrer la habitación—. Tienes razón. Debería poder sociabilizar en sociedad. Nunca quise ser un miembro de la alta sociedad y pasar el tiempo en bailes o bebiendo el té con otras damas e intercambiando chismes. Pero debo admitir que las habilidades sociales son mi debilidad. Esto me obligará a desarrollarlas. Y tú te verás obligado a aprender a controlarte y abstenerte. —Se detuvo para observarlo—. Además, cuando gane y tú pierdas, porque nunca en tu vida podrás contenerte de una dama bien dispuesta, en especial durante treinta días, me ayudarás a que me publiquen en la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural. Tu familia ha hecho donaciones a la institución durante muchos años, así que sé que tienes gran influencia allí.

Lucien no daba crédito a sus oídos. ¿Chastity estaba demandando que utilizara su influencia para ayudarla? La muchacha a la que había perseguido mientras correteaba por el césped, la muchacha que una vez le había dado un susto de muerte al crear

sus propios fuegos artificiales con pólvora metálica, la muchacha cuyo ingenio siempre lo había intimidado de niño… No podía creer que necesitara su ayuda con nada. Y se la hubiera dado de buena gana sin necesidad de hacer una apuesta. Pero ahora que estaban negociando…

—En ese caso… —dijo con frialdad y la miró—. Cuando gane, pasarás una noche conmigo, haciendo lo que yo desee. —Sabía que jamás accedería a eso, pero quería ver a la reina de nieve estremecerse, solo para volver a verle ese exquisito rubor en las mejillas.

Tanto los ojos como la boca se le abrieron de par en par. Y, en breve, se sonrojó. El estremecimiento que tanto anhelaba. La conocía demasiado bien. No se atrevería a intentar conquistar a nadie, ni siquiera a un científico con el que tendría mucho de qué hablar. Era inteligente, pero jamás podría cruzar la frontera que había construido a su alrededor, jamás podría permitir que los otros la vieran.

Oh, sí. Lucien ganaría la apuesta, y ella perdería. Y cuando sucediera, por difícil que le resultara, se comportaría como el perfecto caballero y no se aprovecharía de ella. Podría pensar que las únicas actividades que escogería requerirían que los dos se encontraran desvestidos, pero jamás deshonraría a Chastity de ese modo. Era la hermana de Dorian. Y Lucien podía imaginarse la ira de su amigo, por más que últimamente no se dejaba llevar por esos sentimientos. Jamás arriesgaría su amistad. Bajo ninguna circunstancia.

Y sabía que Chastity jamás aceptaría esa apuesta sin sentido. Era todo un engaño, y los dos lo sabían. Pero la imagen de su rostro escandalizado al entrar en su recámara en secreto mientras aguardaba lo peor… le resultaba divertida de concebir.

Chastity frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Hablo en serio, Lucien. Ni coito, ni autogratificación. Ninguna indulgencia sexual en absoluto.

—¿Y si ganamos los dos? —le preguntó. De seguro no iba a seguir adelante con eso…

—Entonces los dos obtenemos el premio. Quiero tu apoyo para mi proyecto.

Lucien soltó una carcajada y avanzó despacio hacia ella al tiempo que se relamía el labio inferior. Quizás el alcohol todavía le estaba nublando el juicio. O quizás era un verdadero depravado. Pero no se pudo resistir a esa tentación. Estiró la mano hacia ella, y sintió una descarga de energía cuando se la tomó. Le sacudió la mano despacio y se la sostuvo con firmeza mirándola fijo a los ojos.

—Trato hecho.

5

Al día siguiente, los carruajes comenzaron a llegar y detenerse uno a uno delante de Pryde Manor, para que los invitados vestidos a la última moda de Londres se apearan. La propiedad era una mansión de tres plantas con columnas y ventanas altas rodeada de un hermoso parque con colinas y bosques.

Archibald, el duque de Enveigh, se encontraba de pie al lado de Lucien, Dorian, Patience y Constantine, el duque de Pryde. Enveigh llevaba puesto un abrigo verde aterciopelado hecho a medida con el emblema de una serpiente. Bajo unos mechones de color castaño claro algo enmarañados, tenía unos ojos grises afilados que no despegaba de la señorita Rose, que en ese momento se apeaba de un carruaje con la ayuda de un lacayo.

—Todas las rosas se ven particularmente hermosas este verano —comentó Enveigh.

Lucien se rio al tiempo que observaba la pequeña silueta de la señorita Anne Rose. Era una versión más delgada de su hermana. Al igual que todos los Rose, tenía un redondeado rostro angelical con pómulos altos, rizos dorados y unos ojos celestes.

—No podría estar más de acuerdo —masculló Lucien, aunque lo hizo más para irritar a Dorian que para demostrar una verdadera intención de seducir a su cuñada. Ya suficiente tenía con haberse enredado en una situación delicada con la hermana menor de su mejor amigo.

La dama en cuestión se encontraba de pie al otro lado del patio y estaba a punto de hacer el ridículo. Chastity lo miró a los ojos un instante antes de emprender la marcha hacia un grupo de caballeros que, por desgracia, eran solteros. A Lucien se le ciñó el pecho de preocupación por ella, aunque sabía que tenía que aprender a abrirse y mostrarle al mundo la persona hermosa que era por dentro.

—No te atrevas a dar ni un solo paso hacia la señorita Rose —gruñó Dorian mientras Patience se apartaba de su lado y maniobraba entre los invitados hacia su hermana.

—Ninguno de los dos —añadió Pryde, que se encontraba de pie erguido y ceremonial mientras observaba a sus invitados con la satisfacción de un rey que miraba a su corte en orden—. La duquesa de Rath me pidió que invitara a su hermana como favor para introducirla en la alta sociedad, de la cual los Rose no pudieron ser parte. Como eso también se debió a mí, debido a lo que pasó con el supuesto suicidio de su hermano, y como considero que la duquesa es una amiga, he invitado a la señorita Rose. No la invité para que la sedujeran ni la arruinaran, sino para que encuentre un potencial marido. Además, tiene un admirador que cambió sus planes para venir a la fiesta en el momento en que descubrió que ella acudiría.

—Sí, Patience y yo tendremos que mantener controlados a los candidatos de la señorita Rose —dijo Dorian antes de posar la mirada sobre Chastity—. Por fortuna, no tendré que lidiar con ningún candidato a la mano de mi hermana.

Lucien se tuvo que obligar a apartar la mirada de Chastity.

—Me estaba limitando a provocar al duque de la ira —dijo Enveigh soltando un suspiro—. La señorita Rose es familia. Ha de ser protegida.

Al igual que Chastity. Sin embargo, ¿acaso Lucien no estaba rompiendo la segunda promesa sagrada de su hermandad pecadora, la de proteger a la familia, al empujarla a situaciones en las que se avergonzaría… y probablemente acabaría arruinada si perdía la apuesta?

Lucien se retorció mientras Chastity hacía una reverencia torpe, y su silueta se inclinaba a un ángulo incómodo al tiempo que se dirigía

a los caballeros, que tenían expresiones anonadadas y máscaras de atención amable en el rostro.

—Exacto —dijo Dorian—. Cualquiera puede tomar a cualquier mujer, excepto a las que son parte de la familia. En especial tú, duque de la lujuria.

Lucien apartó la atención de Chastity para encontrar a Dorian fulminándolo con la mirada. Sintió una ola de preocupación en el vientre. Por el amor de Dios, su amigo no se había enterado de la apuesta, ¿no?

—Pues, yo digo que… —Lucien miró alrededor para comprobar que Pryde y Enveigh también lo observaban—. ¿Por qué de repente soy el objeto de semejante escrutinio? ¿Me he perdido de algo?

—Patience me contó lo de Maisie —le respondió Dorian con tono acusador—. Si hay un niño, te harás cargo de ella y del niño. No tendré a una criada maltratada y abandonada en un momento de necesidad por el resto de su vida. Aunque un duque no se puede casar con una criada, al menos deberás tener la amabilidad de darle apoyo económico.

Pryde se aclaró la garganta incómodo. Ese tema de conversación le era muy familiar. El secreto de Pryde era bien conocido por los siete duques, por ser parte de su credo: todos los secretos se comparten. A Lucien siempre le producía ansiedad esa idea, no solo a Constantine. El temor a tener un hijo lo había acechado desde que tenía consciencia. Nadie se acostaba con más mujeres de las que podía contar sin temor a convertirse en padre. Tenía maneras de protegerse de los embarazos, como los condones hechos con tripa de oveja y la técnica de retirarse antes de acabar.

Pero en este caso no se había acostado con Maisie. Se había limitado a acariciarla, y ella le había chupado el miembro. A pesar de eso, se imaginó un bebé que podría haber resultado de su acto amoroso si se hubiera permitido penetrarla… Como no recordaba bien el rostro de la muchacha, el rostro del niño también le resultó nublado. Aun así, tuvo el poder de perforarle el vientre como una hoja de hielo. Cualquier niño engendrado por algún duque de Luhst sería un desastre, como lo era él. Un ser humano miserable sin moral alguna y con un imparable anhelo de placer.

—Deja de andar persiguiendo a las criadas —le ordenó Dorian arrancándolo de sus pensamientos—. ¿No te puedes controlar o qué?

En algún punto profundo, una voz le susurró que Dorian tenía razón. Al igual que Chastity y Patience.

—Todos los deseos son naturales —dijo Lucien con una carcajada—. ¿Acaso no es el primer credo de la hermandad? ¿El credo que todos firmamos y que selló la existencia de los lores de los pecados?

—Con las criadas no —intervino Pryde, que sabía muy bien acerca de las aventuras extramaritales gracias a sus propios padres —. Con la familia no. Tus deseos son naturales, amigo, al igual que cualquiera de nuestros deseos. Pero tiene que haber límites. Fortyne no se aprovecharía de nosotros financieramente. Enveigh no tocaría jamás a la esposa de Rath. La hermandad es sagrada. Yo tampoco querría que andes persiguiendo a mi personal. Tengo una responsabilidad hacia ellos, y es mi deber mantenerlos a salvo y asegurarme de que sus condiciones laborales sean aceptables. Si deseas tener aventuras románticas con viudas o esposas insatisfechas, de las que tenemos algunas aquí, no diré nada.

Oh, si tan solo supieran… No estaba planificando ninguna aventura romántica durante los treinta días que duraría la fiesta de Pryde.

Y así, como se imaginaba que no tendría modo alguno de distraerse de lo solo que se sentía, ojeó a las invitadas. Llevaban coloridos atuendos de todos los colores, y había al menos dos decenas de hermosas damas presentes. La mitad de ellas podría ofrecerle la distracción perfecta para entumecer lo poco digno y lo detestable que se sentía por dentro. La única dama con un vestido gris era Chastity, que parecía sonreír pasmada mientras escuchaba a uno de los caballeros. Todos le habían dado la espalda. Oh, no, pero ¿qué estaba haciendo?

Lady Charlotte Osborn, una dama hermosa de cuarenta años con el cabello platinado, lo miraba desde un pequeño grupo de damas entre las que se encontraba de pie a unos pocos metros de distancia. Estaba hablando con *lady* Justina Fitzroy, la marquesa de

Virtoux. Lucien apenas podía oír a sus amigos mientras miraba a *lady* Osborn. Ni siquiera el corte imperial del vestido de color borgoña lograba ocultar la silueta de reloj de arena o las curvas generosas. Como su marido, el vizconde de Osborn, había muerto hacía tres años, a los setenta y tres, era una mujer libre y disponible y, a juzgar por la mirada que le dirigía en ese momento, tenía un espacio frío en la cama aguardando a que él lo calentara. Lucien conocía bien la sensación. La única diferencia era que él nunca quería a la misma mujer ocupando el espacio frío en su cama por más de una noche. Solo anhelaba el calor de un cuerpo para erradicar la soledad.

Lucien sintió los familiares impulsos del deseo y el placer de la seducción que le encendían el miembro. Excelente. Ella lo haría sentir necesitado; cualquier grito que soltara mientras le diera placer le demostraría lo mucho que importaba.

—No se preocupen, amigos —les dijo sin despegar la mirada de *lady* Osborn—. No seduciré a ninguna criada o hermana durante esta fiesta. Tengo control de mis propios deseos si deseo ejecutarlo. Y, por cierto, no habrá ningún niño, porque jamás llego al punto máximo de placer dentro de una mujer.

Con eso, avanzó hacia *lady* Osborn. Mientras lo hacía, pudo jurar que al menos tres otras damas le dirigían miradas lujuriosas y calculadoras. Ya había tenido un encuentro breve con una de ellas, la señora Jessica Bernet, una atractiva mujer que era la esposa de un banquero adinerado que solo se había acostado con ella una vez en la noche de bodas para nunca más visitar su recámara. Por lo general, podría tener a cualquiera de esas damas. Tenerlas a todas, una por una, sería un encanto delicioso en esa fiesta.

Pero la apuesta… Diablos. ¿De verdad no podía controlarse? Sí que podía. Si probaba a *lady* Osborn, se sentiría fuerte para el resto de los días. ¿Qué otra cosa podía hacer con esa soledad?

Mientras pasaba por delante de Chastity, escuchó parte de su conversación. Chastity parecía como si estuviera pendiente de cada una de las palabras que emitía un atractivo hombre de casi treinta años, con el cabello oscuro y ondulado y unos mechones plateados en la sien a pesar de su juventud. Un arrebato posesivo hizo que se

le revolviera el estómago. No se debía a que el hombre fuera más atractivo o encantador que él; ni tampoco más alto ni a que tuviera una contextura más atlética que la suya. Se debía al modo en que ella lo observaba, con sus ojos inteligentes abiertos de par en par y llenos de admiración mientras se concentraba exclusivamente en ese rostro de belleza clásica que parecía tallado. Sabía quién debía de ser. El hombre por el que había apostado. *Lord* Wardbury.

—Y estábamos allí, intentando saltar al arroyo —decía *lord* Wardbury—, pero el señor Audley se patinó y aterrizó de rostro en el barro. ¡Parecía el monstruo de un pantano!

El señor Audley en cuestión era famoso entre los miembros de la alta sociedad por ser un célebre poeta y artista. El hombre se rio entre dientes y clavó la mirada tímida en los zapatos. Era de estatura promedio, con una contextura delgada y grácil. El grueso cabello oscuro le caía enrizado alrededor del rostro y tenía unos profundos ojos de color café.

Entre ellos se hallaba un tercer caballero, a quien Lucien acababa de reconocer: el capitán Harrington. Lucien lo conocía del club para caballeros Tyche. Era alto y esbelto, con unos atractivos rasgos, el cabello de color arena que le llegaba hasta los hombros y siempre llevaba sujeto en una cola de caballo y una tez bronceada.

De repente, Chastity soltó una carcajada alta que hizo eco en el patio y llamó la atención de todos. El señor Audley frunció el ceño mientras la miraba sin dar crédito a sus ojos, con las mejillas más sonrosadas por la vergüenza. Sin embargo, mantuvo la frente el alto, y su incredulidad solo se vio reflejada en sus ojos.

—Ay, *lord* Extraordinario ¡qué gracioso es! —exclamó Chastity con un tono de voz demasiado alto que Lucien jamás había oído antes.

Para el asombro de todos, dio un saltito hacia *lord* Wardbury y le sujetó el antebrazo como si se estuviera ahogando.

¡Oh, no, Chastity! Las damas no tocaban a los caballeros en público a no ser que estuvieran bailando. *Lord* Wardbury clavó la mirada en su mano anonadado, y los labios se le estiraron para formar una sonrisa incómoda. El capitán Harrington tosió y apartó la mirada, al tiempo que las cejas del señor Audley se alzaban hasta el nacimiento del cabello.

—Al menos no me ha llamado *lord* Ordinario —repuso *lord* Wardbury.

A Lucien le dio un vuelco el estómago por ella. Sintió el impulso de intervenir y ayudarla o rescatarla de la tumba social que se estaba cavando. Pero se recordó que habían hecho una apuesta, y Chastity estaba haciendo exactamente lo que él había esperado: que le demostrara que estaba en lo cierto. Y en un mes, la tendría en su habitación, toda para él, durante toda la noche. La vería estremecerse mientras se preocupaba por lo que haría luego. Estaría de lo más sorprendida cuando se limitara a conversar con ella todas esas horas. El placer de ver su fachada de hielo quebrarse sería inigualable.

La sonrisa de amabilidad de *lord* Wardbury cedió mientras miraba alrededor incómodo. Chastity le apartó la mano de inmediato, como si la hubiera abrasado, y se ruborizó mientras la risa se le convertía en una tos incómoda. Wardbury aprovechó para dar un paso hacia atrás. Quizás era un médico de renombre, pero para ser un hombre inteligente, era bastante corto de miras. Si Lucien hubiera tenido la mano de Chastity encima, encontraría muchos modos de disfrutarlo.

Sin dudas desesperada por cambiar de tema y salvar algo de su dignidad, Chastity soltó:

—¡Claro que no es *lord* Ordinario! Es un médico aclamado.

—¿Se encuentra bien, *lady* Chastity? —le preguntó *lord* Wardbury algo preocupado—. Se ve bastante pálida. ¿Necesita algo de beber o de comer?

Chastity soltó otra carcajada alta.

—Oh, sí, puede que esté en lo cierto. Hay un lacayo con vino y otro con pasteles de carne. Creo que necesito comer y beber. Como dijo sabiamente Aristóteles: «Que la comida sea tu medicina y la medicina sea tu comida».

Lord Wardbury arqueó una ceja con una chispa de diversión en los ojos profundos.

—Es un pensamiento noble, aunque le pertenece a Hipócrates y no a Aristóteles.

Completamente sonrosada, Chastity asintió con la cabeza y se alejó derrotada. No, Lucien no podía permitir que se sintiera de ese

modo. No podía permitirle estar a solas en ese momento. Había dado un paso hacia ella, cuando *lady* Osborn se interpuso en su camino con los labios estirados en una sonrisa de lo más lujuriosa.

—Milord —lo saludó buscándolo con la mirada—. Creo que nos conocimos en el baile de la Armonía de las Rosas durante esta temporada, ¿no?

—Así es —repuso Lucien pasando por alto a *lady* Osborn para seguir con la mirada a Chastity, que se encontraba de pie sola al lado del lacayo que sostenía una bandeja con copas de vino en el borde del patio y se abrazaba la silueta—. Ha sido un encuentro de lo más agradable.

—¿De verdad? —le preguntó mordiéndose el labio. De repente, su atención se concentró en esos carnosos labios rosados y, cuando se los imaginó alrededor de su miembro, lo embargó una ola de deseo—. Sí, por supuesto…

Quería olvidarse de Chastity, pero no podía evitar mirarla. ¿Debería ir a consolarla? Al final de cuentas, podría ir a buscar a *lady* Osborn más tarde. Sin embargo, Patience y la señorita Anne Rose se habían acercado a hablarle. No podía unirse a ella en ese momento. Chastity tenía a sus amigas; que Dios no permitiera que creyeran que le importaba. Ahora estaba bien. Volvió a mirar a *lady* Osborn.

—Me temía que esta fiesta fuera aburrida, pero será mucho más interesante ahora que sé que está aquí. Por favor, dígame, ¿en Londres no me dijo que sentía un afecto especial por las rosas? Sé que Pryde tiene un hermoso jardín de rosas.

La sonrisa se le estiró llena de comprensión.

—Le aseguro que tengo un afecto especial por las flores.

—Sígame, pero que nadie nos vea.

Detrás de los rosales, alejados de la vista de todos, Lucien acorraló a *lady* Osborn contra una columna griega que el jardinero de Pryde había colocado allí con mucho estilo. Olía a algo fuerte y dulce, quizás a lilas. Siempre le había parecido una fragancia un tanto abrumadora. Pero, a pesar de eso, la lujuria le ganó y le acercó los labios para que casi le rozaran los suyos.

—Milord. —Con la mano le recorrió el mentón—. He oído proezas de sus talentos orales. ¿Le gustaría hacer una demostración?

Lucien se rio entre dientes, y la mente le quedó en blanco. El miembro ya estaba listo.

—La demostración de mis habilidades orales es mi parte favorita.

Le deslizó las manos por la cintura y sintió la curva a través de la delgada tela del vestido borgoña. Luego se concentró en sus pechos y se los masajeó. Tenía unos senos tan generosos que apenas les cabían en las palmas. Podía sentir los pezones endureciéndose a través del corsé.

—No me han tocado así desde el baile… Por favor…

—Todo a su tiempo. —Le enterró el rostro entre los senos.

Ella se rio estremeciéndose. Estremeciéndose… como quería que se estremeciera Chastity. Se imaginó el torso de Chastity, su aroma en las fosas nasales y la sensación de su piel contra sus labios y su lengua.

Chastity que se encontraba de pie avergonzada y humillada a raíz de su apuesta. Estaba haciendo lo que evidentemente más la incomodaba y se estaba poniendo en ridículo… Mientras que él seguía pecando y cayendo en sus viejos patrones. No. No podía. ¡No podía perder esa condenada apuesta! Además de que su orgullo se vería herido, también tendría que tolerar su expresión arrogante mientras le frotaba la nariz en el hecho de que había tenido razón y él se había equivocado. Que él no era capaz de abstenerse.

Enderezó la espalda y se apartó. No podía seguir. Tenía que demostrarle no solo a ella, sino también a sí mismo, que era capaz de contenerse.

—¿Sucede algo? —le preguntó *lady* Osborn.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Es una dama hermosa y, bajo circunstancias normales, no habría nada que me gustaría más que continuar con nuestro encuentro. Pero hoy no.

Tras decirle eso, se marchó con la mente acelerada. Acababa de demostrar que se podía abstener… Pero también estaba el asunto de los pensamientos impuros que tenía con la hermana de su mejor amigo.

6

A Chastity le temblaron los dedos mientras se alisaba la tela del vestido gris por centésima vez y con los ojos recorría la destellante sala de baile nerviosa. Los cristales de los candelabros parecían burlarse de ella con un brillo tan intenso que contrastaba con su atuendo opaco. Tragó con dificultad el impulso de salir huyendo al recordar la escena vergonzosa con *lord* Wardbury y sonrojarse.

Debería haber sido un encanto estar en la opulenta sala de Pryde, decorada con tonos azules que iban desde el cerúleo hasta el marino y ornamentada estratégicamente con flores blancas que caían en cascada de las columnas. Sin embargo, Chastity se sentía como si estuviera de pie sobre cristal roto. Los espejos con marcos dorados no solo reflejaban la luz de cientos de velas, sino también su propia ineptitud. El aroma a perfumes, vinos y flores pendía en el aire.

Una orquesta tocaba una canción popular inglesa, y una decena de parejas bailaba al compás de la música. *Lord* Wardbury bailaba con una joven que no le había pisado los zapatos, ni lo había puesto en ridículo sujetándole el brazo como si se estuviera ahogando, ni lo había llamado por un nombre que no era el suyo, ni tampoco había soltado una carcajada parecida al ladrido de un sabueso.

A pesar de que no aceptaría la propuesta de *lord* Wardbury por más que quisiera casarse con ella, le dolía no poder tener ni un ápice de su atención o su aprobación. La apuesta era que debía conseguir una propuesta, no que tenía que casarse, pero no hacía

falta que Lucien lo supiera. Lo único que deseaba era que *lord* Wardbury le diera su apoyo para su investigación.

A Chastity no habían dejado de arderle las mejillas. ¿Cómo diablos iba a ganar esa condenada apuesta si todo lo que hacía y cada palabra que le salía de la boca la hacían parecer una tonta? Le daba gracias al cielo por Patience y su amistad. Por primera vez en la vida, tenía una amiga mujer, y sus palabras tranquilizadoras y llenas de comprensión la habían hecho sentir mucho mejor. Más temprano ese mismo día, hasta Dorian se le había acercado para preguntarle si estaba bien cuando había hablado con *lord* Wardbury o si no necesitaba recostarse a descansar un rato.

¡Mientras tanto, Lucien se pavoneaba por doquier, y las mujeres se arrojaban sobre él sin que siquiera tuviera que decirles nada! Qué humillación. Aun así, Chastity daría lo que fuera por tener un ápice de su encanto y de su habilidad para sociabilizar en ese momento. De hecho, en ese preciso instante, una mujer de cabello caoba bien podría haberle frotado los senos contra los bíceps. Lucien se inclinó hacia ella con una sonrisa perezosa y confiada en los hermosos labios.

Ya debía de haber perdido. Lo había visto con una dama rubia escondiéndose detrás de unos arbustos. No habían pasado ni un par de horas en la fiesta, y ya debía de haberse rendido a la lujuria. Eso significaba que su tortura pronto llegaría a su fin y que saldría victoriosa.

«¡Por todos los cielos, que ya haya pecado!».

La música se detuvo, las parejas hicieron reverencias, y Constantine, el duque de Pryde, avanzó hasta el centro de la sala de baile. Los invitados se hicieron a un lado para darle espacio al anfitrión. Pryde era un hombre tan alto como Dorian y, como de costumbre, iba vestido con tonos azul marino. Llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás, como dictaba la moda, y unos ojos del mismo color que miraban con frialdad a los invitados.

Chastity recordó la primera vez que lo había visto, cuando Dorian regresó a casa de Oxford para el funeral de su padre con una herida misteriosa en el brazo oculta detrás de un vendaje. Había llevado a Lucien y a Pryde con él. Los tres estaban conectados de un modo

intenso… y extraño. Se habían mantenido en silencio casi absoluto y jamás se habían apartado del grupo durante más de unos escasos minutos.

Recordó sentir envidia y anhelo de tener un amigo como ellos algún día. A lo mejor ahora tenía una amistad similar con Patience. Miró a su cuñada, que le susurró algo a Dorian al oído. Su marido se inclinó hacia ella para escucharla atento. Eran una pareja hermosa y atractiva, y eran opuestos en todos los sentidos. Ella era de estatura baja, rubia, voluptuosa, radiante y alegre, mientras que él era alto, de cabello oscuro, contextura atlética y serio. Ella era generosa con sus sonrisas, y él protegía las suyas como si fueran un tesoro y solo las ofrecía en contadas ocasiones cuando en verdad quería. Juntos eran perfectos.

Chastity estaba sumamente feliz por su hermano, que se había transformado. Antes de Patience, él había llevado un guante en la mano herida y jamás se lo había quitado en presencia de nadie, excepto el médico. Ahora mostraba la mano sin vergüenza alguna y no intentaba ocultar las quemaduras y los cortes que había sufrido. A diferencia de su hermano, ella no tenía ni cortes, ni quemaduras. Pero su guante personal eran los vestidos grises que usaba. Sentía envidia de la habilidad de Dorian para mostrarle al mundo quién era. Ella jamás podría hacerlo.

Volvió a mirar a *lord* Wardbury con anhelo. Se encontraba de pie con la joven dama con la que había bailado y le prestaba atención a Pryde.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó una voz a su lado, y se sobresaltó antes de alzar la mirada hacia Lucien.

La sonrisa suave y calma y la postura aún más serena le provocó ansiedad. ¿Cómo podía mostrarse siempre tan tranquilo y compuesto cuando ella era un manojo de nervios con las manos temblorosas, las mejillas sonrosadas y el pecho desesperado en busca de aliento?

—No —repuso—. ¿Qué es lo opuesto de eso? Ah, la tortura. Pues, así me siento, como si me estuvieran torturando.

Pryde alzó la copa.

—Bienvenidos, estimados invitados —proclamó.

Los lacayos comenzaron a circular por la sala con bandejas con bebidas.

—Calla —le dijo Lucien entretenido—. No es momento de quejarse. Escucha a Constantine.

—Es un honor darles la bienvenida a Pryde Manor. Espero que disfruten el mes como mis invitados. Se harán muchas amistades y recuerdos y nos divertiremos mucho.

—¿Has oído? —le preguntó Lucien—. Nos divertiremos mucho. El programa de Constantine no involucra nada de tortura.

—Contén la lengua —le ordenó mientras recogía una copa de vino tinto.

—He preparado entretenimiento para todos los gustos —prosiguió Pryde—. Tendremos pícnics, juegos, una obra de *Romeo y Julieta*, una caza y, por último, un gran baile de cierre.

Chastity vació la copa de vino.

—Todo eso suena a tortura para mí. Es la misma Santa Inquisición.

Lucien se rio.

—*Lord* Wardbury no parece estar de acuerdo.

Para su sorpresa, Chastity también soltó una carcajada. Quizás se debía al vino. ¿Cómo podía reírse cuando tenía el estómago anudado?

—Me puse muy en ridículo, ¿no? —le preguntó alzando la mirada hacia él con una sonrisa en el rostro.

Para su sorpresa, Lucien no se burló de ella ni la provocó. Sus ojos reflejaban profunda compasión.

—Un poco.

—Debería darme por vencida, ¿no? —le preguntó—. Ya has oído al anfitrión. Treinta días de juegos, pícnics, cazas y un baile… Tenías razón. No puedo conseguir que *lord* Wardbury se convierta en mi marido. Soy el hazmerreír de la fiesta.

—No te puedes dar por vencida. Si yo puedo hacerlo, tú también.

—Entonces ¿no has perdido la apuesta antes con la dama rubia, *lady* Bustos, detrás de los arbustos?

Lucien soltó una carcajada.

—*Lady* Osborn. Y no, no perdí la apuesta, Chastity. Mira, *lord* Wardbury es un médico. Tú eres una investigadora y la mujer más inteligente que conozco. ¿No tienes mucho en común con él?

Chastity suspiró.

—¡Debería tenerlo! ¿Por qué es tan difícil hablar con él?

—No lo sé, corazón —le respondió—. Los matraces, los libros y los microscopios no te han enseñado a coquetear. Pero a lo mejor, tu confianza aumentaría si te vistieras de manera más… eh… ¿femenina?

Chastity no quería permitir que la provocara… pero con ese único comentario, se las había ingeniado para dar en la tecla.

—¿Y qué tienen de malo mis prendas? —le preguntó.

Lucien le recorrió el cuerpo de arriba abajo con la mirada y, a pesar de su determinación a no permitir que la afectara en lo más mínimo, la piel le ardió.

—Eres una mujer hermosa, pero no te vistes como tal. Esos tonos grises, esos cortes prácticos… —Con sigilo, tomó una parte del vestido entre el pulgar y el dedo índice—. Si quieres seducirlo, debes sentirte atractiva. Y para sentirte atractiva, tienes que vestirte con seda y satén. Con estos colores… —Se concentró en su rostro, en sus ojos, en su cabello y bajó por la modesta línea del cuello. Bajó hasta los pequeños senos, que eran del tamaño opuesto a los de *lady* Bustos. A Chastity se le encendieron las mejillas con una nueva especie de calor—. Deberías ponerte los colores de las joyas.

Eso la hizo soltar una carcajada.

—¿Los colores de las joyas? ¿Yo?

—Sí, tú, corazón. Verde esmeralda, azul zafiro, rojo rubí… son colores que te resaltarían el precioso tono celeste de los ojos y el intenso cabello oscuro.

Posó la mirada en el moño sencillo que llevaba en la cabeza, en la línea exactamente al centro que le dividía el cabello. Lo llevaba sujeto estrecho, sin ningún broche de moda, como siempre le había instruido a la criada que la peinara. Aunque Lucien no la había tocado, sentía como si le hubiera acariciado la cabeza con una mano cálida y pesada.

—¿Por qué te ocultas detrás de estas prendas? —le preguntó.

Se apartó de él y lo hizo soltar el vestido.

—Porque una mujer no es solo lo que se pone y cómo se peina —musitó—. ¡Una mujer es, ante todo, un cerebro!

—¿Y no puede ser las dos cosas?

La idea le resultó seductora. Le hubiera encantado que pudiera ser así. Pero con amargura recordó a su hermosa madre que había sido cruelmente apartada del lado de Chastity y Dorian… su padre la había enviado lejos porque era débil. Había sido la propiedad de su marido, y su padre había tenido el poder absoluto sobre ella…

—No. Soy una científica, y jamás seré otra cosa. Las sedas y los colores de las joyas son puras banalidades. Eso no es para mí.

Lucien frunció el ceño mientras la estudiaba. No entendía cómo eran las cosas para ella. Quizás *lady* Bustos era la diosa de la atracción sexual, pero Chastity no. No era una mujer que alguna vez llegaría a ser digna de ser amada y deseada realmente por un hombre; era una verdad que su padre se había encargado de enseñarle desde muy joven. Le había prohibido leer y estudiar ciencia porque quería que fuera una dama, una esposa y una madre. Una mujer podía ser femenina o inteligente, pero no podía ser las dos cosas.

—Te equivocas en eso, corazón —le dijo Lucien—. Ya eres las dos cosas. Oye, pídele a tu criada o a Patience que te ayuden a cambiar el guardarropa. Ya sé que no estamos en Londres y que no puedes ir a una modista, pero a lo mejor alguien te puede prestar un vestido que tu criada pueda modificar.

Chastity soltó un bufido.

—Por más que fuera posible, no ayudaría en nada. O *lord* Wardbury me ve a pesar de mis prendas grises y mi tocado sencillo o no me ve. Y, si ese es el caso, no lo necesito.

La rubia pechugona con la que Lucien había hablado antes pasó por delante ellos, y Lucien volvió la cabeza para seguirla con la mirada. Chastity cerró las manos en puños, y las uñas se le clavaron en las palmas. La garganta se le estrechó y el pulso le latió fuerte en los oídos.

—No te engañes, Lucien. Para ti es tan difícil mantener los pantalones puestos como lo es para mí coquetear. Si aún no has

perdido la apuesta, la perderás pronto hoy. O mañana.

Lucien se volvió hacia ella.

—No, no la perderé.

—Te conozco. Apenas puedes contenerte.

Cuando la estudió con el ceño fruncido, supo que estaba en lo cierto.

—¿Cómo serás en veinte años? —continuó—. ¿Has pensado en eso?

Lucien soltó una carcajada, pero no había ningún rastro de humor en ella.

—No, claro que no.

—No me sorprende. Porque eres espontáneo, divertido y ligero. No piensas en el futuro, no tienes ningún plan y solo vives el día a día.

La sonrisa se le desvaneció del rostro.

—¿Y tú sabes exactamente quién serás en veinte años?

—Sí, una científica que habrá ayudado a mejorar las vidas de miles de personas gracias a mi investigación. ¿Y tú?

Lucien frunció el ceño aún más.

—Supongo que me lo quieres decir.

—Morirás solo y de sífilis, pero orgulloso de que todas las mujeres de Inglaterra hayan conocido tu miembro.

Cualquier indicio de alegría se evaporó del rostro de Lucien. La luz juguetona que le había iluminado la mirada se apagó, y los ojos le brillaron con un dolor crudo lleno de vulnerabilidad. La sonrisa se le desvaneció, y apretó los labios en una dura línea delgada. Frunció el ceño, y los ángulos afilados del rostro se le marcaron aún más. El color se le disipó de las mejillas, los músculos del mentón se le tensaron mientras apretaba los dientes. Durante un momento, se vio expuesto y frágil, como si la máscara de seguridad se le hubiera hecho añicos.

Chastity no pudo recordar jamás haberlo visto tan herido como en ese instante y lamentó haber dicho esas palabras. Abrió la boca para disculparse, pero él negó con la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Qué soy tan superficial que no tengo ningún plan para mi vida, como lo tienes tú?

—Yo… eh… Lo siento, Lucien.

—¿Sabes qué, Chastity? Quizás tengas razón. Ser femenina no es lo tuyo. Las mujeres femeninas no son tan crueles e hirientes como tú.

A Chastity le dio un vuelco el corazón al oír esas palabras y ver el dolor en sus ojos que la perforaron más de lo que esperaba. Pero mientras se quedaba allí de pie sintiendo el dolor de la expresión herida de Lucien, se dio cuenta de que sus palabras crueles eran otra manera de mantenerlo a distancia. Era mejor así, ¿no? Era mejor alejar al muchacho al que siempre había amado antes de que pudiera lastimarla. Sin embargo, al hacerlo, no solo se privaba del dolor, sino también de cualquier oportunidad de sentir alegría o una conexión verdadera. Era mucho más fácil ocultarse detrás de su investigación, de sus prendas prácticas y de sus objetivos intelectuales. Pero ¿a qué costo?

Volvió a abrir la boca para disculparse e intentar arreglar la situación que había creado, pero no logró decir ninguna palabra.

7

Al cabo de tres días, Lucien sostenía un bate con mucha presión y se preparaba para que la bola saliera volando.

Era un día de agosto lo suficientemente caluroso como para tener un pícnic y una partida de críquet en el exterior, y el césped recién cortado debajo de sus pies emanaba un calor húmedo. El viento lo obligó a entrecerrar los ojos. El aire olía a flores y vegetación, y la brisa le produjo alivio al frotarse contra la piel desnuda cubierta de sudor donde se había abierto la camiseta a la altura de la garganta. De la terraza trasera de Pryde Manor, que se encontraba a unos diez metros de distancia, provenían los sonidos de las conversaciones, las risas y las tazas y las cucharas contra los platillos.

Sentía la necesidad de golpear algo en todo el cuerpo y de utilizar los músculos y se tensó.

«Morirás solo y de sífilis…». Al diablo con Chastity. ¿Cómo sabía que ese era su peor temor, las palabras exactas que decía la voz horrorosa que lo torturaba a altas horas de la noche cuando no podía conciliar el sueño? Sin embargo, incluso en ese momento, la voz seguía susurrando, empujando una imagen horrible en su mente: su tío, *lord* Cedric Wrenn. Lucien y su padre habían encontrado el cuerpo lleno de lesiones y úlceras. Su tío no había parecido un hombre de treinta y dos años. Por todos los cielos, había tenido la misma edad que tenía él ahora. Solo y de sífilis… Así era como había muerto el hombre al que tanto había admirado.

A pesar del calor, sintió un escalofrío. El único modo de detener esos pensamientos infernales era teniendo sexo. Necesitaba un cuerpo femenino cálido. En una ocasión, cuando tenía diez años, su tío, que era joven y viril, le había dado un consejo que lo guiaba hasta el presente: «El único corazón seguro es uno que está cerrado. Cuando te sientas solo, no acudas a alguien para abrirle tu corazón y ponerte en ridículo. Solo les darás el poder de lastimarte. Es mucho mejor buscar a una mujer cálida… o a un hombre… a quien sea… para que te haga compañía. No te sentirás solo al enterrar el miembro en lo más profundo de alguien». Eso era lo que necesitaba con desesperación. Unas cálidas paredes femeninas envolviéndose alrededor de su miembro. Su tío tenía razón. Entonces no se sentiría tan solo.

Pero gracias a la condenada apuesta, no podría tener ninguna distracción de placer corporal. Ni siquiera podía distraerse a sí mismo. Al menos, tenía un bate en las manos. Con algo de esperanza, el desgaste físico lo ayudaría a reprimir todo lo demás.

—¿Te encuentras bien, Lucien? —le preguntó Pryde, que se encontraba detrás de él como el bateador. Su tarea era atrapar las bolas que pasaban por el *wicket*, que consistía en una estructura de tres tocones de madera, conocidos como *stumps*, coronados con dos travesaños de madera, los *bails*—. No dejas de suspirar y de retorcer el hombro. Y te has visto algo pálido e indispuesto toda la mañana. ¿Acaso una de las damas te dejó agotado anoche?

La boca de Lucien se retorció mientras miraba hacia la terraza de Pryde Manor, donde las veinte damas se encontraban sentadas a la mesa y disfrutaban de un pícnic que consistía en té, pastelillos y sándwiches, vestidas de tonos blancos y crema. Los lacayos llevaban puestas libreas de color azul marino. Allí podía ver con claridad a Chastity, una silueta oscura con su típico vestido gris. Unos pocos caballeros que no estaban jugando se encontraban en la terraza y conversaban con las damas. *Lord* Wardbury estaba de pie al lado de una mesa y conversaba con *lady* Virtoux, una de las damas más prejuiciosas y superficiales de la alta sociedad.

A lo mejor, Lucien moriría de sífilis en veinte años y, quizás, moriría solo. Pero Chastity también moriría sola. ¿Acaso no se daba

cuenta de eso? Había construido una muralla de ladrillo a su alrededor valiéndose del intelecto para escudarse del prejuicio de la sociedad y del dolor emocional. Y así mantenía alejado a cualquiera que deseara acercarse y que algún día pudiera llegar a amarla…

—Me encuentro perfectamente bien —repuso con los dientes apretados.

Vio que Chastity se abrazaba, de pie al borde del grupo y nadie le hablaba. Patience estaba sentada en el centro del grupo y conversaba alegremente con las damas que la rodeaban. La señorita Anne Rose se encontraba de pie a solas con su taza de té, como Chastity.

¿Cómo se sentiría Chastity ese día? Se veía ansiosa y miserable, como todos los días desde que habían llegado.

De repente, notó que alguien lo saludaba con la mano. Se trataba de *lady* Osborn. La señora Bernet también lo miraba fijo a través de las pestañas bajas. La atención de las dos damas le despertó algo en el miembro, una suerte de calor que le recorrió el cuerpo. Apretó los dientes intentando ignorar el dolor del deseo que sentía, un recordatorio del placer que se estaba negando a sí mismo. La apuesta lo había dejado sintiéndose tenso como la cuerda de un arco y listo para explotar ante la más mínima provocación.

—Ah —continuó Pryde—. No has dormido solo, ¿no?

Lucien soltó un suspiro y apartó la mirada de las damas. Debería concentrarse en el juego. Adelante, frente al campo, se encontraba Fortyne, que jugaba como lanzador, con el cabello caoba destellando al sol, la camisa blanca abierta a la altura de la garganta, como las camisas de todos los caballeros debido al calor del sol. A sus espaldas, se encontraban Dorian, que jugaba como bateador, e Irevrence, como el árbitro.

—En realidad, si debes saberlo, no, dormí solo —lo corrigió—. Pero ya basta. Vamos a jugar.

Fortyne arrojó la bola, que salió volando, y Lucien movió el bate meciendo todo el cuerpo de alegría por el ejercicio y olvidándose de cualquier dama que le ocupara la mente.

En particular de una que le parecía de lo más exasperante.

—¿No les parecen fascinantes los caballeros cuando practican deportes? —preguntó *lady* Virtoux mientras se refrescaba con un abanico de lazo blanco que combinaba a la perfección con el vestido de muselina—. ¿O cuando montan… o cabalgan?

«Ese vestido debe sentirse divino», pensó Chastity que se encontraba de pie sudando al rayo del sol que su vestido oscuro parecía atraer y magnificar. Sintió como si se estuviera cocinando dentro de la prenda. A lo mejor Lucien tenía razón al sugerirle que encargara algunos vestidos nuevos. Si bien no estaba lista para los tonos de las joyas, sería muy agradable tener colores y telas más claras con ese calor.

Desde que se puso en ridículo el primer día de la fiesta, se había escondido en su habitación y en la biblioteca, pero Patience la había persuadido para que se uniera a ellas ese día para observar el juego.

Fortyne arrojó la pelota rápido apuntando a los *stumps*. Cuando Lucien blandió el bate, lo hizo con un movimiento fluido, una mezcla perfecta de fortaleza y control. En cuanto el bate entró en contacto con la bola, se oyó el ruido de algo que se rompía al otro lado del campo, y tanto él como Dorian salieron corriendo mientras la pelota volaba por el terreno.

—¡Corre! —exclamó Lucien.

Lucien y Dorian salieron disparados el uno hacia el otro, y los pies rebotaban sobre el césped con unos sonidos rítmicos. El sol destellaba en el sudor que les cubría la piel y los músculos se les tensaban bajo las camisetas húmedas. Lucien movía las piernas con la gracia de un guerrero griego. Dorian, que parecía aún más fuerte y rápido, aceleró el paso sin despegar los ojos del objetivo.

Al entrecruzarse en el centro del campo, giraron y salieron corriendo hacia sus respectivas bases. Con cada paso que daban, el puntaje de su equipo incrementaba. Las damas en la terraza observaban la escena con el aliento contenido, y el entusiasmo del juego les llamaba la atención.

Los caballeros se encontraban concentrados en el juego y se movían con precisión. El cabello sudado de Lucien destelló dorado en el sol, y tanto la fortaleza de sus hombros anchos como las poderosas líneas de su espalda se hicieron visibles debajo de la camiseta que se le pegaba al cuerpo.

—Oh, sí que son fascinantes —acordó *lady* Osborn, que se encontraba sentada a la misma mesa redonda que *lady* Virtoux—. Son como leones que por fin han retomado una caza salvaje. ¿Así es como se siente al jugar al críquet, *lord* Wardbury?

Lord Wardbury soltó una carcajada y se rio.

—No lo sé. Me encuentro aquí, con ustedes.

Chastity le echó un vistazo, de pie al lado de la mesa de las mujeres. Se veía algo incómodo. Sabiamente, se había quitado el abrigo confeccionado a medida y, al igual que muchos otros caballeros, llevaba una camisa de lino blanca, un chaleco liviano y unos pantalones claros. Parecía alto y atlético, de lo más atractivo, y hacía que varias jóvenes solteras a su alrededor se abanicaran con más ahínco.

—¿Y por qué no, *lord* Wardbury? —preguntó la señorita Megan Rixon, una dama alta y hermosa de unos diecinueve años que constituía un partido mucho mejor para él que una solterona que carecía de ingenio o modales para desempeñarse en sociedad—. Un hombre atlético como usted…

—¡Ejem! —*lord* Wardbury se metió el resto de la galleta que había estado comiendo en la boca y masticó de lo más incómodo mientras al menos una docena de damas lo rodeaban y aguardaban su respuesta—. Es mucho más probable que me encuentren detrás de un microscopio a que lo hagan intentando golpear una pelota que se acerca volando a mi rostro.

Chastity sintió una genuina chispa de interés y entusiasmo que la recorría entera. Hacía tres días, Lucien le había recomendado que buscara temas en común. ¡Temas en común!

—A mí también —dijo, pero la voz no le salió lo suficientemente fuerte. Tosió y anunció demasiado alto—: ¡A mí también!

Todos se volvieron a mirarla, incluidos *lord* Wardbury… y Lucien. Al parecer, su voz había viajado a través del campo. La siguiente

pelota pasó por delante de Lucien. Diablos. De seguro lo estaba distrayendo.

Pryde echó a correr, y los músculos se le tensaron llenos de gracia masculina. Atrapó la bola con destreza y una sonrisa de satisfacción en los labios al tiempo que su equipo estallaba en vítores.

La mirada de Lucien no se apartó de Chastity, que sintió una ola de calor.

—¿Tiene un microscopio, *lady* Chastity? —le preguntó *lord* Wardbury.

Temas en común… ¿acaso eso estaba funcionando? Miró a *lord* Wardbury, que la observaba por encima de las cabezas del resto de las damas que estaban sentadas a la mesa.

—Sí —repuso con el corazón latiéndole acelerado.

¿Sería que Lucien había estado en lo cierto? ¡Oh, cielos!

Antes de responderle, *lord* Wardbury se rio entre dientes y le devolvió la sonrisa.

—Sí, supongo que sí, si se aventura en la química.

La sonrisa le cedió. No podía creer lo que acababa de decir para referirse al trabajo de su vida.

—¿Me aventuro? —prácticamente le ladró—. No me aventuro en la química. Soy tan seria con mi investigación como lo es usted con la suya.

Oh, estaba hablando demasiado fuerte de nuevo, y todas las personas presentes tanto en la terraza como en el campo tenían la mirada clavada en ella.

—Mi querida *lady* Chastity —intervino *lady* Virtoux, y su voz viajó por la terraza—, qué original ver a alguien tan… poco preocupada por los modales sociales. Debe ser de lo más liberador poder concentrarse únicamente en las metas intelectuales cuando una no tiene ni marido ni hijos de los que preocuparse.

Las otras damas ladearon las cabezas para susurrar detrás de los abanicos con los ojos destellando malicia ante la humillación pública de Chastity.

—Y su elección de atuendo también es algo que destaca —señaló la señorita Megan Rixon, con una mueca en el rostro hermoso—.

Qué acto más valiente priorizar la comodidad por encima de la moda. —Se inclinó hacia *lord* Wardbury y, en un tono de voz más bajo pero lo bastante alto como para que Chastity y el resto de las damas pudieran oír, añadió—: No es de sorprender que los caballeros prefieran la compañía de damas más afables.

Chastity se retorció. A lo mejor había una manera de salvar la situación. ¿Cuántas veces podía incomodar a *lord* Wardbury?

—*Lord* Wardbury… —comenzó al tiempo que se retorcía las manos—. Me gustaría disculparme por haberlo llamado… eh… *lord* Extraordinario. Fue el día en que llegué, y el viaje me había cansado. Debería haberme disculpado de inmediato, pero no me encontraba bien. Ese desafortunado incidente no me ha permitido descansar.

Él la observó con frialdad a través de los ojos celestes carentes de cualquier calidez.

—Gracias, *lady* Chastity. No me sentí para nada ofendido. Todo lo contrario, me pareció divertido. Los viajes largos tienden a cansarnos más de lo que nos gustaría.

A Chastity se le hundió el corazón al oír el tono amable y distante. Un rubor le subió por el cuello hasta las mejillas, y siguió estrujando el vestido con las manos. La naturaleza despectiva de esa respuesta no le pasó desapercibida. Intentó mantener la compostura, en especial cuando las damas y los caballeros con atuendos impecables la miraban incómodos. La tensión se asentó en el grupo y le pesó sobre los hombros como un peñasco.

—No se ve bien, *lady* Chastity —señaló *lady* Virtoux—. Quizás estuvo mucho tiempo al sol. ¿Le puedo sugerir que se quede en la sombra?

Chastity miró a *lord* Wardbury con los ojos llenos de lágrimas, pero este se limitó a mirarla con la misma expresión que había tenido el día en que le había sujetado el brazo: una suerte de conmoción que apenas lograba ocultar tras una máscara de amabilidad social.

¿Cómo era posible que Lucien creyera que podía ser una mujer atractiva y una científica cuando sus objetivos intelectuales y su falta de femineidad tradicional la llevaban a ocultar su verdadera naturaleza? Esas personas le acababan de demostrar una vez más

que, para ser aceptada, tenía que ser como ellos: falsa y con un exterior perfecto. Todo eso era inútil. Ni *lord* Wardbury ni ningún otro hombre jamás podría amarla por como era.

—Tiene razón, *lady* Virtoux —acordó Chastity, que ya retrocedía para desaparecer de los ojos juzgadores—. No me siento bien. No debería haberme presentado entre respetados miembros de la sociedad hoy.

Ni cualquier otro día llegado el caso.

De camino de regreso a la casa, pasó por los arbustos que flanqueaban la terraza y notó al señor Audley y el capitán Harrington que hablaban con otros dos caballeros. Chastity se encontraba a unos pocos metros de distancia, y hablaban en voz baja, pero una agradable brisa acarreó la conversación hacia ella.

—Recuerden mis palabras, caballeros —dijo el señor Audley—, *lady* Chastity va a morir como una solterona, rodeada de tubos de ensayo y vasos de precipitados. Ningún hombre en su sano juicio se ataría con una esposa que se preocupa más por sus experimentos que por sus deberes maritales.

—Oh, es una verdadera pena —prosiguió el capitán Harrington—. Proviene de una buena familia, pero ha desperdiciado cualquier oportunidad con ese comportamiento tan excéntrico. Será una moraleja para las jóvenes de todo el mundo.

Las palabras la azotaron como un puñetazo. Dorian debía de estar sumamente avergonzado de ella. Ya no le cabía ninguna duda de que era el hazmerreír de la fiesta. Las lágrimas le ardían en los ojos mientras apretaba el paso para regresar al interior de la casa antes de cometer otra atrocidad social. Lo bien que había estado antes, cuando era invisible y se ocupaba de sus propias cosas. Además, ¿cuál era el problema con concentrarse en la química y en la ciencia?

—¡Chastity, aguarda! —la llamó una voz masculina—. ¡Chastity!

Pero Chastity lo ignoró y se apresuró a entrar y apartarse de los prejuicios.

Jamás ganaría esa apuesta. Jamás se demostraría ni a sí misma ni tampoco a Lucien que podía ser femenina y científica a la vez. Su investigación quedaría enterrada para siempre en las profundidades

de Whitechapel. Sería una solterona y una científica a escondidas para siempre. Nada más.

Ningún hombre jamás la miraría como Lucien miraba a *lady* Bustos o a cualquiera de las otras damas hermosas que se la pasaban adulándolo.

8

—Chastity —la llamó Lucien agitado mientras la perseguía.

Chastity, que se había sentado en una silla tallada, se puso de pie de un salto, le dio la espalda y apoyó la mano en el pomo de la puerta como si estuviera a punto de huir.

—Aguarda —le pidió.

La habitación estaba fría y en sombras en comparación con el sol sofocante del exterior. La ausencia de la brisa provocó que a Lucien se le formaran unas gotas de sudor en la frente. La sala de estar era grande y opulenta, una elegante recámara que formaba parte de una enfilada, en la que cada habitación conducía a la siguiente. Varios cuadros y retratos con marcos dorados decoraban las paredes. A lo largo de una pared había una serie de armarios con puertas de vidrio que contenían artefactos históricos curados con mucha delicadeza. Un *gladius* romano, alfarería griega, escarabeos egipcios y un torques celta.

No podía ver su rostro, y no le dijo nada. Lucien sintió tensión en el pecho. Sin dudas, se sentía mal por ella; al fin y al cabo, habían crecido juntos. Y marcharse en el medio del juego para perseguirla delante de todos… bueno, estaba actuando como un buen amigo.

Se acercó más y se detuvo a medio paso de distancia. Alzó las manos para apoyárselas en los hombros y hacerla volver hacia él, si alguien los encontraba en ese momento, Chastity quedaría comprometida. Por eso se contuvo y se mantuvo alejado de ella debido a los tontos dictámenes sociales, mientras Chastity

permanecía de pie con la cabeza gacha y los hombros hundidos y soltaba el aliento temblorosa.

—¿Qué sucedió? —le preguntó—. Es evidente que estás decaída.

—Nada que no hubiera esperado —le dijo—. No me deberían permitir hablar en sociedad. Tenías razón al desafiarme de ese modo. Jamás recibiré una propuesta matrimonial de nadie, y mucho menos de alguien respetable y perfecto como *lord* Wardbury.

Lucien soltó el aliento. No quería que ningún caballero la tuviera de prometida y, mucho menos, de esposa, pero detestaba mucho más verla en ese estado. Echó un vistazo por encima del hombro a la puerta abierta. Como nadie se acercaba para pedirle que regresara al juego, le apoyó las manos en los hombros y la giró hacia él con suavidad.

—¡Diablos! ¡Estás llorando! —Le tomó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas con los pulgares—. ¿Alguien te ha dicho algo?

Se la acercó al pecho y la envolvió en sus brazos. Ella lloró en sus brazos y se estremeció, mientras le acariciaba el cabello en el moño apretado y la espalda. Sintió las lágrimas que le empapaban la camisa y su aliento cálido contra la piel. Su cuerpo se sentía de lo más pequeño en sus brazos.

El miembro comenzó a despertarse. Diablos, ¿qué le pasaba? La mujer estaba llorando… ¿y él se excitaba?

Le apoyó la mejilla contra la cabeza e inhaló su aroma: vainilla, jabón… y ella, un aroma delicado que solo podía describir como floral. Tenía el cuerpo envuelto en el de ella, y podía sentir sus senos. Y si de verdad lo quisiera… si le daba algún indicio de que lo deseaba… podría agacharse hasta su rostro y buscar sus labios…

¡Que el diablo lo llevara! ¡Era como un perro en celo!

—¿Qué ocurrió, estrellita? —le preguntó.

Chastity se quedó petrificada y, cuando alzó la mirada para verlo, el corazón se le rompió al mirarle los ojos rojos, la nariz que le goteaba y las lágrimas que le humedecían las mejillas.

—No me has llamado así en muchos años —le dijo con suavidad.

—¿De qué hablas? Siempre has sido mi estrellita. Brillante, intensa y nacida para brillar.

Se mordió el labio.

—¿Cuándo dejé de llamarte así? —le preguntó sin poder despegarle los ojos.

—Luego de… —La voz se le fue apagando y los ojos se le nublaron con tristeza.

—¿Luego de qué? —le preguntó.

—Luego de que besaste a mi institutriz.

Lucien parpadeó intentando recordar.

—¿A tu institutriz?

Chastity asintió con la cabeza.

—La señorita Chinery.

Lucien se estremeció. Chastity intentó despegarse de él, pero él no la soltó.

—Oh, la señorita Chinery. ¿Tú lo viste?

—Sí. Tenías dieciocho años, y yo, catorce. Estaba algo enamorada de ti, como lo estaría cualquiera con el mejor amigo de su hermano.

¿Acaso la había oído bien? No, era imposible. Una persona como ella, ingeniosa, sabia a una edad muy temprana, amable hasta la médula y con un alma tierna que sentía muy profundo y amaba la poesía, jamás podría amar a alguien tan podrido, superficial e inútil como él. Los oídos le resonaron.

—¿Enamorada? —Soltó una carcajada—. ¿De mí?

—Sí. —Movió los hombros para liberarse de su abrazo, pero él la apretó más—. ¿Por qué te parece divertido?

Lucien la miró fijo.

—¿Tú? ¿Enamorada de mí? —repitió aguardando a que admitiera que hablaba en broma o que estaba siendo sarcástica.

—Era una niña ingenua y tonta. Y me hiciste un favor al desilusionarme de albergar esperanzas tan infructuosas. No seguí enamorada de ti luego de ver eso.

Eso no había sido lo que había querido decir. Lucien abrió la boca para contradecirla, pero la cerró. En realidad, no sabía qué quería contradecir. ¿Que sus esperanzas eran infructuosas? ¿Que le había hecho un favor? ¿O quería objetar tontamente que ya no estaba enamorada de él?

—Nunca fuiste tonta, y nunca fuiste tan ingenua tampoco. Lamento que hayas tenido que ver eso. No lo sabía.

Él no había sabido que ella había estado enamorada de él. No había sabido que guardaba esperanzas…

—¿Hubiera cambiado algo? —le preguntó con los ojos celestes como cristales penetrándole hasta el alma.

Lucien se preguntó lo mismo. Chastity había sido una parte de él durante toda su vida. Al igual que Dorian que era su hermano en todos los aspectos, excepto que no compartían ningún lazo sanguíneo. Para entonces, ya había recibido la lección de su tío y había aprendido que amar era peligroso y que la única forma de permanecer a salvo cerca de alguien era a través del cuerpo. Con el sexo.

—Estabas equivocada, Chastity. No podías estar enamorada de mí.

Chastity frunció el ceño.

—Todas las mujeres de la alta sociedad están enamoradas de ti.

Todo el cuerpo le dolió al oír eso. Al final, la soltó y se alejó un paso de ella. Acababa de comprender que no podía verle el alma, de lo contrario, no habría dicho eso.

—Confundes el amor con la lujuria, estrellita. No hay nada digno de amar en mí.

Chastity frunció el ceño y se secó las mejillas.

—Puede que confunda el amor con la lujuria, pero no estoy equivocada en cuanto a mis sentimientos. ¿Y qué es esa tontería de que no hay nada digno de amar en ti?

No le sorprendía que le dijera eso. Tenía que deshacerse de la perplejidad y de la extraña esperanza que le ardía en el pecho desde que oyó su confesión. ¿Para qué servía? Avanzó hasta una ventana y miró el jardín iluminado por el sol, con el césped cortado a la perfección y los arbustos exquisitamente podados que se extendían por las colinas y llegaban hasta un idílico bosquecillo. En la parte norte del jardín, no había nadie; todos estaban reunidos en el pícnic.

Lucien tenía que ayudarla a conseguir esa propuesta de matrimonio. Tenía que ayudarla a ver a la mujer hermosa y atractiva que era. La parte de sí misma que había rechazado por algún

motivo. La ayudaría a dejar de sufrir y meter la pata en las situaciones sociales, que a él le resultaban tan fáciles como respirar.

No soportaba verla sufrir. Además, si Chastity ganaba la apuesta, él tendría la libertad de acostarse con alguien. Con esa idea en mente y el optimismo renovado, se volvió hacia ella.

Chastity lo miraba con sus ojos claros y tristes y las manos apretadas.

—El pasado está en el pasado, estrellita —le dijo avanzando hacia ella—. Soy lo que soy. Tú eres lo que eres. Pero aún puedes cambiar tu futuro. No puedo seguir viéndote sufrir. Por favor, déjame ayudarte.

—No hay esperanzas para mí —le dijo abriendo los brazos—. Intenté buscar temas en común con *lord* Wardbury.

—Bueno —dijo y se la acercó lentamente—, tienes más en común con él que conmigo. A pesar de eso, conmigo eres intrépida. ¿Por qué le tienes tanto miedo?

Chastity soltó un bufido.

—Porque te he conocido toda mi vida. No hay un momento que recuerde en el que no hayas existido. Él… eh… es perfecto. Es atractivo, noble y la imagen de un caballero importante con mucha influencia. Yo soy… bueno… yo.

—¿Alguna vez has oído la expresión «adopta la actitud hasta que poseas la virtud»?

—No, pero adoptar una actitud que no poseo no parece una manera sabia de adquirir ninguna virtud.

—Pero lo es. Esto es lo que debes hacer. En lugar de hablar de ti misma, hazle preguntas acerca de él, su investigación y sus intereses. Pídele detalles. Dile que te cuente más. Intenta cerrar la boca cuando sientas el impulso de hablar de ti misma.

Chastity frunció el ceño.

—¿Y no se sentirá interrogado?

—Quizás. Depende de cómo lo hagas. Piensa en él como un amigo interesante en lugar de alguien importante. ¿No sientes curiosidad genuina por el hombre que podría convertirse en tu marido?

Chastity se estudió las manos.

—Tienes razón. Supongo que no dejo de pensar en mí misma, en mi propia meta y en lo que él puede hacer por mí, en lugar de considerar lo que puedo hacer por él… o quién es como persona.

Diablos. Iba a seguir adelante con eso, ¿no? Iba a hacer que *lord* Wardbury viera la persona maravillosa que era Chastity cuando se veía más allá de la incomodidad social.

La imagen de su silueta delicada y majestuosa en un vestido de novia, de pie frente a *lord* Wardbury, noble y atractivo, tuvo un efecto similar al de un sable atravesándole el vientre. Sin embargo, tenía que ayudarla. Lo mataría verla con otro hombre, pero sería peor verla derramar otra lágrima.

—Exactamente —le dijo—. Y, como no estás del todo segura de cómo hacerlo, ¿por qué no practicas?

—¿Practicar?

—Sí. Todas las habilidades mejoran con la práctica. Como las matemáticas y la escritura. En este momento, puedes calcular cualquier número en la cabeza, ¿no?

—Sí.

—Pero tuviste que empezar en algún momento, ¿no?

—Sí.

—Esto es lo mismo.

Chastity frunció el ceño.

—Creí que uno nacía de cierta forma. Como tú has nacido para ser social y agradable. Tú prosperas con la gente. Yo siempre me he sentido más cómoda sola. Detrás de los libros y con una lupa en la mano.

—Pero yo también tuve que aprender a ser agradable y a disfrutar de la compañía de otras personas. Es una habilidad de lo más valiosa, sobre todo cuando te encuentras en presencia de gente nada agradable. Practica con otros caballeros primero. Con caballeros que no te interesan en lo más mínimo.

Chastity soltó una carcajada.

—¿Como tú?

¡Diablos! Eso no le debería haber dolido, pero lo lastimó.

—Sí, como yo —confirmó tragándose el orgullo—. Quizás podamos hacer un pequeño ejercicio. ¿Suponemos que soy *lord*

Wardbury?

Chastity tomó una profunda bocanada de aire y enderezó la postura. Lo miró llena de determinación, pero había un brillo de incertidumbre en sus ojos.

—*Lord* Wardbury —comenzó con un tono rígido y formal—, su trabajo en el hospital Saint Thomas me parece… adecuado. Por favor, cuénteme más acerca de su última investigación y no se guarde ningún detalle.

Lucien se retorció al oír el tono mecánico y las palabras directas.

—A pesar de que veo lo que intentas hacer, esa no fue una pregunta, corazón.

—Oh… —dijo y se estremeció—. Te lo he dicho. Soy un caso perdido.

—Eres una científica. Cuando comenzaste a trabajar en tu investigación, ¿todos los experimentos que realizaste fueron un éxito?

Chastity se humedeció los labios.

—No.

—Pues, esto es lo mismo. Sin embargo, tus miedos te están deteniendo. Vuelve a intentarlo, estrellita. Di lo mismo, pero enunciado como una pregunta.

Chastity asintió con la cabeza.

—¿En qué se concentra su última investigación, *lord* Wardbury?

Lucien se inclinó hacia ella y le guiñó un ojo.

—Qué excelente pregunta. —Luego enderezó los hombros—. Mi investigación está enfocada a mejorar las técnicas quirúrgicas para reducir las infecciones posoperatorias. Es un tema complejo, pero me apasiona mucho hacer una diferencia en la vida de mis pacientes.

—Eso es precisamente lo que yo estoy investigando. Mi estudio…

—Preguntas, ¿recuerdas? —le susurró Lucien.

—Oh, por supuesto. Por favor, ¿me puede contar más al respecto, *lord* Wardbury?

—Bravo —le susurró Lucien antes de adoptar una expresión más seria—. Una de las áreas más intrigantes de los descubrimientos científicos recientes es el aislamiento de nuevos elementos. He

estado siguiendo el trabajo de *monsieur* Bernard Courtois, que recientemente ha descubierto una sustancia fascinante que se llama iodo. Creo que podría tener muchos usos médicos, aunque aún no se comprenden por completo sus propiedades.

Chastity parpadeó perpleja.

—Lucien, ¿cómo sabes acerca del iodo?

Se encogió de hombros.

—Porque leo —le dijo y disfrutó la sorpresa en su rostro al reconocer sus propias palabras repetidas, como cuando ella lo había sorprendido con sus conocimientos del coito—. Ya sabes que mi familia siempre ha apoyado la medicina. Una de las ventajas es que nos envían todo tipo de publicaciones, cartas y solicitudes de financiación. Como a ti te interesaba la medicina, de niño me la pasaba leyendo ese tipo de publicaciones.

Chastity lo observó.

—Oh.

Lucien soltó una carcajada.

—Supongo que no sabes todo acerca de mí, ¿eh?

—Supongo que no.

A Chastity se le abrieron los ojos como platos y, por un instante, se miraron fijo, mientras el aire entre ellos se tensaba. Al final, rompió el hechizo cuando parpadeó y se rio nerviosa.

—Creo que es suficiente práctica de momento —le dijo sin aliento.

—Sí —acordó Lucien mientras se pasaba los dedos por el cabello —. Has comprendido bien el concepto. Absorbes conocimientos como una esponja de mar. Jamás he conocido a alguien que pudiera aprender tan rápido como tú. ¿Qué dices si movemos la práctica a un nivel más desafiante?

—¿De qué hablas?

—Quizás podrías entablar conversación con el señor Audley y el capitán Harrington. No tienes ningún interés en ellos, ¿no? De modo que, si no lo haces bien, no importa. Practica con ellos primero, y cuando te sientas confiada, habla con *lord* Wardbury.

—Oh —dijo con los ojos destellando de curiosidad—. ¡Qué idea más espléndida, Lucien! Practicar en un entorno seguro antes de

conducir el experimento verdadero.

—Exacto.

Detrás de la puerta, oyó las voces de Dorian y de los otros lores de los pecados. Una idea brillante se le vino a la mente… Ese día no lo frenaba nadie. Se apresuró hasta la puerta.

—Pero contén los cumplidos antes de que haga algo más.

Abrió la puerta y vio las seis siluetas de los lores y Patience, que avanzaban hacia él con los rostros llenos de preocupación.

—Oh, allí están todos. Los necesito. Vengan.

—¿Lucien? —lo llamó Dorian con el ceño fruncido—. ¿Chastity se encuentra allí?

—Sí —repuso mientras todos pasaban por delante de él y entraban en la habitación—. Y necesita tu ayuda.

Cuando todos estaban dentro, Dorian avanzó hasta Chastity.

—¿Qué ocurrió? Patience dijo que habías pasado demasiado tiempo al sol. ¿Has estado llorando?

Patience la abrazó por los hombros.

—¿Estás bien, querida?

Chastity soltó un suspiro.

—Me encuentro perfectamente bien.

—¿Por qué están a solas? —preguntó Dorian.

—Bueno —dijo Lucien—. Yo… o, mejor dicho, Chastity… necesita de su ayuda. Como sin dudas saben, no es la persona más… sociable. Y esta fiesta le está resultando algo desafiante de a momentos.

—¿Quieres que encargue un carruaje, querida? —le preguntó Dorian mirando a su hermana a los ojos—. ¿Quieres regresar a Rath Hall?

—No —respondieron Chastity y Lucien al unísono. Luego se miraron a los ojos.

—En realidad —comenzó Lucien—, *lady* Chastity está intentando cultivar un comportamiento más sociable. Está intentando cambiar. Sin embargo, ha venido con un guardarropa algo limitado. De modo que necesita una transformación. Y, sin dudas, por maravillosa que sea esta fiesta…

—Necesita un guardarropa nuevo y rápido —concluyó Pryde por él soltando un suspiro—. En varios kilómetros no hay modistas tan habilidosas como las de Londres.

—¿Quizás te queden algunos de mis vestidos? —sugirió Patience intentando ayudar—. Aunque me temo que soy más baja y grande en… eh… ciertas áreas.

Todos los caballeros, excepto Dorian, se concentraron en el hermoso cielorraso de la sala de estar de Pryde. Dorian gruñó algo en señal de aprobación y le miró el pecho.

—Sí —dijo.

—Además, los colores que usa la duquesa son opuestos a los que debería usar *lady* Chastity —continuó Lucien cuando miró el rostro de Patience y evitó bajar la mirada más allá del mentón—. Sus vestidos harían que *lady* Chastity se viera pálida. Necesita tonos de joyas. Verde esmeralda, rojo rubí, púrpura amatista… ¡Oh! —Se volvió hacia Chastity y la recorrió con la mirada. Sabía el color exacto que tendría a los hombres con las mandíbulas abiertas—. Amarillo zafiro —concluyó.

Vio como contenía el aliento. El hecho de que el amarillo fuera el color de su casa no le podía importar menos.

—Chastity es familia —intervino Fortyne—. Si es una cuestión de dinero, por favor no se preocupen por eso. Yo me encargo de todo.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de mis invitados —le dijo Pryde serio—. Yo pagaré las cuentas. Además, es una cuestión de tiempo. Quedan días limitados en la fiesta. Veintiséis días, para ser precisos. Duquesa, ¿cuánto tiempo le llevaría a una modista confeccionar un guardarropa adecuado para las necesidades de Chastity durante el resto de la fiesta?

Patience se humedeció los labios.

—Semanas.

—El dinero siempre ayuda —dijo Fortyne—. Quizás no sean tan habilidosas como las modistas de Londres, pero tiene que haber una costurera y una modista decente cerca de aquí. A lo mejor más de una.

Patience asintió con la cabeza.

—Y mi dama de compañía, *mademoiselle* Antoinette, puede ayudar. Sabe mucho de moda, y es muy habilidosa con la costura.

—Excelente —dijo Fortyne—. Pryde, ocúpate de encontrar a una modista que esté disponible para venir de inmediato, y yo me encargaré de las cuentas. Recuerden, caballeros, hay que proteger a la familia. Si *lady* Chastity necesita una transformación, eso es exactamente lo que recibirá.

9

—El gris no —dijo Lucien mientras recogía el rollo de seda que yacía sobre la cama. Era el color que Chastity hubiera querido. A sus ojos, era hermoso porque le recordaba al del mercurio—. ¿Qué tiene en tonos de joyas?

Si *lady* Virtoux o la señora Rixon fueran a ver a Lucien y el duque de Fortyne en su habitación habría un gran escándalo. Patience también se encontraba presente, al igual que *mademoiselle* Antoinette, la criada francesa de Patience, la costurera de Huntington y dos jóvenes adolescentes que eran sus asistentes.

—¿Tonos de joyas, señor? —repitió la costurera, que no dejaba de estrujar el delantal blanco por encima del vestido de lino azul—. Todo lo que tengo está aquí. No tenemos muchos colores de joyas en Huntington, señor.

—¡*Mon Dieu*! Debes dirigirte a él como milord —la corrigió *mademoiselle* Antoinette—. Eso aplica a los dos caballeros —prosiguió mirando de reojo al duque de Fortyne—. Y a mi ama, debes llamarla *milady*. —Miró a Patience, que se encontraba sentada con el rostro verde delante de la ventana abierta y se abanicaba. No estaba teniendo un embarazo muy ameno.

Con las manos pequeñas y delicadas, *mademoiselle* Antoinette revolvió la gran cesta que contenía varios rollos de tela. Su silueta pequeña parecía casi la de una muñeca en comparación con el enorme cesto que tenía delante.

—Disculpen —dijo la costurera al tiempo que hacía una profunda reverencia que hizo que el moño que llevaba bien peinado casi se le moviera de lugar y le dejara el cuello al descubierto.

Sus asistentes tenían expresiones horrorizadas bajo los bonetes mientras miraban a Patience, Lucien y Fortyne. Tenían vestidos similares a los de la costurera y unos sencillos delantales de lino.

—No hay ninguna necesidad de disculparse —le aseguró Fortyne con un ademán. Se sentó en la silla que había al lado de una gran ventana y clavó la mirada en el contrato que sostenía en la mano. Cruzó las piernas largas, y el abrigo de terciopelo violeta confeccionado a medida le resaltó el cabello caoba—. La hemos convocado por sus habilidades, no por sus modales sofisticados, señora Winston.

—Los tonos de joyas son el rojo rubí, el verde esmeralda y el azul zafiro —le explicó Patience con una sonrisa suave.

—Ah, tengo algunos de esos colores —le aseguró la señora Winston—. Tengo muchas clientas en propiedades de la zona a las que le gustan esos colores. Aunque la mayoría de las personas prefieren los vestidos de muselina claros o grises.

—¡*Voilà*! —exclamó *mademoiselle* Antoinette mientras extraía un rollo de un vibrante color esmeralda—. ¡*Émeraude*!

Chastity clavó la mirada en la hermosa tela con la extraña sensación de no encontrarse en su propio cuerpo. Era como si se estuviera recorriendo el cuerpo con la mirada desde algún punto del cielorraso, y se sintió como si estuviera congelada y entumecida. Había una mujer de pie con la espalda erguida y los hombros tensos que se apretaba las manos, los labios le formaban una línea firme y tenía los ojos celestes abiertos de par en par.

—Excelente —dijo Lucien mientras tomaba la tela que le ofrecía *mademoiselle* Antoinette y avanzaba hacia Chastity.

Dejó que el rollo se abriera y que la tela le cayera por el cuerpo. Los ojos le destellaron mientras la miraba, y Chastity sintió el rubor que le cubría el rostro. Eso era de lo más inapropiado; prácticamente la estaba tocando. Pero, al mismo tiempo, había varias personas más presentes en la recámara.

Fortyne bajó el contrato para mirarla, y Patience contuvo un jadeo al tiempo que se incorporaba. *Mademoiselle* Antoinette apretó las manos.

—¡*Magnifique*! —Se apresuró hacia Chastity y la observó con seriedad—. Tiene buen ojo para la belleza femenina, milord —le dijo a Lucien.

Chastity soltó una carcajada.

—Lucien es todo un experto.

El duque de Luhst sonrió.

—La belleza femenina es una de las creaciones más importantes de Dios. —Se agachó hacia ella—. En especial, la belleza que aguarda ser descubierta.

Otro rubor la recorrió al tiempo que Lucien arrojaba el rollo sobre la cama.

—Esta, señora Winston. ¿Puede venir aquí, duquesa, por favor? —Miró a Patience, que se encontraba de pie y se acercó a él—. Estoy pensando en un atuendo como este —indicó el vestido de Patience— para las actividades diurnas.

Lucien era un remolino. Durante la siguiente media hora, revolvió los rollos de tela, acercó los colores que le gustaban a Chastity mientras los aprobaba o desaprobaba explicando los motivos de cada atuendo. Uno para caminar, uno para bailar, uno para cazar, uno para las mañanas…

Acto seguido, discutió los detalles de la profundidad del escote, la altura de la cintura, cómo decorar los vestidos con flores de seda o cristales. Era evidente que tenía un buen ojo para acentuar la gracia natural de su silueta. Hasta *mademoiselle* Antoinette lo estudió con los ojos abiertos de par en par y no dejó de hacerle cumplidos sobre su gusto y su habilidad para realzar la belleza femenina.

—No es cualquier belleza femenina —le pareció oírle decir—. A ella la conozco muy bien.

Cuando se acercó la hora de tomarle las medidas a Chastity, las damas invitaron a los caballeros a marcharse de la habitación. Chastity se encontraba de pie en una camisola y un corsé, mientras Patience, *mademoiselle* Antoinette y la señora Winston conversaban.

Nuevamente, Chastity tuvo la extraña sensación de estar flotando fuera de su cuerpo.

Estaba haciendo lo que jamás creyó que haría. Estaba intentando ser una mujer atractiva de distinción social y femenina. Sin embargo, la carcomía la sensación de estar traicionándose a sí misma. ¿Acaso no estaba pretendiendo ser alguien que no era? La idea de cambiar su manera de ser para lograr una propuesta matrimonial sonaba absurda, sobre todo considerando que tenía veintiocho años, y la sociedad la había declarado incasable. ¿Estaba preparada para enfrentarse al mayor temor e intentar lo que siempre había temido? Y todo para conectar con alguien cuando había evitado lazos emocionales durante toda su vida…

—No temas —le susurró Patience al tiempo que se detenía al lado de Chastity mientras la señora Winston y las jóvenes asistentes le tomaban medidas y ponían alfileres discutiendo dobladillos, tipos de puntadas y ganchos—. Para mí también fue extraño ponerme prendas de moda al principio. Pero Lucien tiene razón. Te vas a ver maravillosa.

A los tres días, la señora Winston llegó con los primeros tres vestidos. *Mademoiselle* Antoinette le hizo un moño elaborado con unos hermosos rizos, y Chastity se puso el primer vestido. Luego se miró en el espejo.

No. No podía ser la mujer reflejada allí. La seda esmeralda hacía que la piel le destellara, los labios se le vieran más carnosos y brillantes y los ojos le centellaran como el cielo de invierno. Parecía al menos ocho años más joven, casi como una debutante antes del primer baile.

Mademoiselle Antoinette jadeó y aplaudió mientras que la señora Winston revoloteaba a su alrededor para ajustar una flor y coser el lazo esmeralda en el busto, debajo del escote.

—Oh, querida —susurró Patience—. ¡Te ves espectacular!

A Chastity se le quedaron las palabras atoradas en la garganta y lo único que atinó a hacer fue tragárselas. Algo le temblaba en el pecho… quizás se trataba de su corazón. Era difícil de saber porque sentía todo el cuerpo entumecido.

Se parecía mucho a su madre. A pesar de que había sido muy joven cuando su padre la envió a vivir lejos, aún la recordaba: tenía el cabello oscuro y los ojos claros y solía usar elegantes vestidos femeninos que la hacían ver hermosa. Aunque siempre se veía inmensamente triste. Chastity sabía que su tristeza se debía a su padre. A su matrimonio. Y a las grandes expectativas que el duque tenía no solo de Dorian como su heredero, sino también de su esposa y su hija.

Su madre había sido una prisionera en una cárcel de oro, una mujer que fue la propiedad de su marido y vivió para llenar sus demandas. Así era una mujer femenina. Era la propiedad de alguien. Y por eso, Chastity no tenía ningún deseo de ser femenina, ni de ser atractiva, ni de tener un marido.

Se recordó que no aceptaría la propuesta de *lord* Wardbury, que eso solo se trataba de ganar la apuesta y, con algo de suerte, conseguir el apoyo de *lord* Wardbury para su investigación. No se casaría con él. No se convertiría en su propiedad y, que Dios no lo permitiera, tampoco tendría ningún niño.

Soltó el aliento intentando aliviar la tensión que sentía en el pecho. Tenía que calmarse. El simple hecho de parecerse a su madre no significaba que sería encarcelada como ella. Solo era un acto. Verse hermosa no requería renunciar a la voluntad propia. Seguía siento una científica y seguía teniendo su investigación. No renunciaría a su libertad.

Alguien llamó a la puerta, y la voz de Lucien solicitó entrar. A Chastity se le aceleró el corazón en el pecho. Patience la observó con un significado secreto en la mirada que no logró descifrar.

—Tú decides si quieres que entre.

Chastity asintió con la cabeza.

—Me encuentro vestida. Y tú estás aquí. No puede ser inapropiado.

—Por supuesto. ¡Adelante! —lo llamó.

La puerta se abrió, y Lucien se quedó congelado con la boca abierta mientras la recorría con la mirada. Durante varios instantes, no pudo decir nada, y *mademoiselle* Antoinette se acercó a Patience con una expresión encantada.

—Creo que nunca vi a un hombre tan falto de palabras como el duque.

A Chastity le dio un vuelco el estómago, y la adolescente que había sido en una época por fin vio la expresión que tanto había anhelado verle en el rostro hacía muchos años.

—Por favor, di algo —le pidió Chastity.

—Eh… —Lucien logró cerrar la boca, entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas—. El color esmeralda te queda muy bien —le dijo—. Pero no veo la hora de verte en amarillo zafiro.

—Hemos pedido tela amarilla —le aseguró la señora Winston—. ¿Es para el vestido de baile que quería, milord?

—Sí —repuso Lucien acercándose lentamente a Chastity y contemplando cada centímetro de su cuerpo—. El vestido para el gran baile que dará por concluida la fiesta.

10

Al día siguiente, Chastity salió al jardín y oyó el susurro de la tela de su nuevo vestido esmeralda. Mientras caminaba, la grava crujía bajo sus zapatos, y tuvo que resistir el impulso de rascarse los brazos debido a la textura de la prenda. Con cada bocanada de aire que tomaba, el corsé parecía restringirla aún más, aunque sabía que no lo llevaba más apretado que de costumbre. Jaló del corsé con discreción y se obligó a recuperar la compostura.

El césped se expandía ante ella y había sido transformado en un campo de arquería. El aire olía maravilloso, como a césped recién cortado, flores y vegetación. Varias abejas y moscas pululaban por doquier a lo largo del espacioso campo flanqueado por robles ancestrales y arbustos podados. Chastity avanzó hacia los invitados de Pryde mientras los lacayos circulaban ofreciéndoles refrescos. El grupo se expandía a cierta distancia de los objetivos, y en el aire se oían murmullos amables y algunas carcajadas ocasionales.

Cuando Chastity se encontró cerca del grupo, las conversaciones disminuyeron y se detuvieron por completo, al tiempo que todas las cabezas se volvían hacia ella. Vio que *lord* Wardbury la observaba con discreción, pero a los segundos, echó la cabeza hacia atrás y le clavó la mirada sin reparos.

Lady Virtoux tenía la boca abierta y, cuando se recobró, se cubrió con el abanico, se acercó a alguien y comenzó a susurrar. La atención de muchos caballeros se encontraba en Chastity; la recorrían con miradas llenas de admiración que le hicieron sentir

como si unas agujas le estuvieran perforando la piel. Sin embargo, como Patience, Pryde y Fortyne la miraban con orgullo y compasión, se sintió apoyada. Pero fue la mirada de Lucien, llena de significado y de una suerte de anhelo que no logró descifrar, lo que la encendió en llamas. Se encontraba de pie al lado de *lady* Osborn, que se aferraba a él como una hiedra a una pared.

—Oh, *lady* Chastity, bienvenida —la saludó Pryde—. Creo que ahora estamos todos. Para hacer algo divertido y añadirle variedad a esta fiesta de un mes, hoy haremos algo diferente. ¡En lugar de hacer una competencia individual, nos vamos a dividir en equipos! —Alzó tres dedos en el aire—. Cada equipo consistirá en dos caballeros y una dama, y habrá diez equipos en total. —Miró a Chastity y a otras invitadas—. De más está decir, estimadas damas, que la participación es puramente voluntaria. Para quienes prefieran observar, hay un espléndido pícnic esperando con los refrescos más exquisitos. El equipo ganador recibirá tres broches de flechas de oro que el mismo Philip Rundell confeccionó. Es un trofeo de lo más adecuando, ¿no creen?

Pryde alzó uno de los broches, y la flecha de oro destelló bajo el sol del atardecer y cegó a Chastity por un momento. Aunque el broche era hermoso, ella sabía exactamente qué haría con él si su equipo resultaba victorioso: se lo donaría al doctor Sterling para apoyar la clínica, para que más pacientes como la pequeña Stella y el huraño y sobreprotector Bill pudieran recibir la ayuda que necesitaban. Varios susurros entusiasmados recorrieron la multitud mientras la gente comenzaba a contemplar potenciales compañeros de equipo, y Chastity se apretó las manos nerviosa. ¿Qué haría si *lord* Wardbury acababa en su equipo?

Chastity se acercó a Patience.

—Te ves maravillosa, como Artemisa, la diosa de la caza —le aseguró Patience.

—No me puedo sentir menos como una diosa —masculló Chastity mientras observaba a los invitados formar equipos—. Aunque me gusta la idea de hacer ejercicio. De niña, me encantaba la arquería.

Patience se rio entre dientes.

—Me temo que yo sería una carga para mi equipo, porque en mi familia nunca tuvimos los medios para aprender arquería. ¡Pero no temas! Contribuiré a mi equipo de la manera más propia de una dama: conversando sin cesar para distraer a los adversarios. Quizás hasta me desmaye dramáticamente si vamos perdiendo.

Tras terminar de distribuirse, Chastity acabó en el mismo equipo que el capitán Harrington y el señor Audley. El capitán Harrington llevaba puesto el traje de levita de las fuerzas armadas, y las trenzas doradas de su uniforme destellaban. Llevaba un pañuelo blanco inmaculado doblado con precisión militar. Le echó un vistazo y asintió apenas con la cabeza como reconociendo que estaban forzados a encontrarse cerca.

Al lado de ellos, Lucien quedó asignado a un equipo con *lord* Wardbury y *lady* Osborn, que a Chastity le remitía a un gato hambriento que se envolvía alrededor de una pierna masculina en busca de caricias o leche.

Cuando los equipos recibieron los arcos y las flechas, los invitados se sentaron a disfrutar del pícnic a sus espaldas.

—¿Le gustaría comenzar, capitán? —le preguntó el señor Audley —. Es evidente que su experiencia militar es una gran ventaja para nosotros.

—De acuerdo —aceptó el capitán Harrington—. A menos que *lady* Chastity quiera ir primero.

—No —le aseguró—. El señor Audley tiene razón. Por favor, comience usted.

Adoptó su posición. Al lado de él, *lord* Wardbury también tomó su posición. Lucien, por su parte, había entablado una profunda conversación con *lady* Osborn, que se veía hermosa en el vestido rosa pálido y aún se aferraba a él. Mientras hablaba, tenía la cabeza girada hacia él. A pesar de su mejor naturaleza, Chastity aguzó el oído y la oyó hablar de la ópera, de una sala de bailes y de paseos a caballo. Había algo en su atención hacia Lucien que le producía un retorcijón frío en el estómago. Pero debería estar contenta, ¿no? Ella y Lucien eran competidores, rivales en una apuesta. ¿No le jugaba a favor que él cediera a su pecado carnal?

Lord Wardbury miró a Chastity con cierta consideración que la hizo sonrojar. ¿De verdad había logrado atraer su atención masculina?

Los arqueros buscaron sus sitios en la línea, jalaron de los arcos y, tras la señal de Pryde, soltaron las flechas. La flecha del capitán dibujó un gran arco a través del campo junto con nueve flechas más y dio en el círculo negro del objetivo. El capitán adoptó una expresión llena de orgullo. *Lord* Wardbury soltó una maldición por lo bajo al ver que su flecha había acertado en el círculo siguiente al del centro.

Tanto el capitán como *lord* Wardbury continuaron disparando, con diferentes niveles de éxito. Al concluir la primera ronda, Pryde y los lacayos se acercaron a los objetivos para tomar nota de las puntuaciones. Mientras aguardaban el recuento, Chastity sintió una picazón ante el silencio incómodo que se asentaba entre los tres.

Al pensar en objetivos, Chastity recordó que el capitán Harrington era el sujeto perfecto para practicar la conversación con los hombres. Recordó el consejo de Lucien de hacer preguntas. De limitarse a hacer preguntas sin hacer un interrogatorio.

Se aclaró la garganta, pero demasiado alto, y atrajo varias miradas, incluida una del señor Audley, que se encontraba a unos pasos de distancia con una expresión de ensueño… Y la de Lucien, que, para su sorpresa, la miraba con el ceño fruncido y una expresión descontenta. Debía ser porque su equipo acababa de perder. Sin dudas.

—Capitán Harrington, qué buen tiro. ¿Practica mucho la arquería en la fuerza naval? —le preguntó.

El capitán Harrington la miró con una expresión anonadada, pero a la vez, aliviada. Apoyó el arco contra la silla.

—La arquería en particular, no. Pero disparamos mosquetes y ese tipo de armas.

—Vaya —dijo.

El señor Audley le había clavado la mirada con algo más que curiosidad. Podría preguntarle algo a él también, pero debería continuar haciéndole preguntas al capitán.

—¿Qué lo llevó a unirse a la fuerza naval?

—Siempre sentí amor por el mar. La fuerza naval parecía la manera perfecta de combinar mi pasión con servir a mi país.

Chastity quiso decir que nunca le importó demasiado el mar porque creció bastante lejos de la costa en Oxfordshire, pero recordó que debía seguir haciéndole preguntas.

—¿Creció en la costa o de dónde viene ese amor por el mar?

El capitán se rio.

—Sí, crecí en Suffolk.

Chastity quiso responder que jamás había estado allí o intentar recordar qué sabía acerca de Suffolk. Pero el objetivo de ese ejercicio era demostrar interés en él.

—¿Y cuál ha sido su viaje más memorable hasta el momento?

De repente, se sintió muy animado. Atrás había quedado la expresión estricta de sus rasgos atractivos.

—Estar en las Indias Occidentales durante un huracán ha sido toda una experiencia. Las olas parecían más altas que montañas y el viento soplaba como una bestia.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral a Chastity mientras se imaginaba tener que navegar por un huracán y ser responsable de las vidas de los miembros de la tripulación.

—¡Habrá sido de lo más aterrador! ¿Cómo logró mantener a salvo a su tripulación?

El rostro del capitán Harrington se tornó serio.

—Uno tiene que pensar rápido y confiar en el instinto. Tuve que tomar decisiones difíciles, pero al final, logramos sobrevivir todos, gracias a la valentía y las habilidades de mi tripulación.

Chastity asintió con la cabeza.

—Ya lo creo. Fueron muy afortunados de encontrarse bajo su mando.

El capitán Harrington la observó con un nuevo tipo de aprecio, y una sonrisa lenta le asomó a los labios.

—Gracias, *lady* Chastity.

Sintió su mirada en el rostro, sintió el peso de su atención, y se apresuró a echar un vistazo hacia Lucien, que fulminaba al capitán Harrington con la mirada llena de desconfianza. *Lady* Osborn no dejaba de parlotear, con el busto generoso apuntando hacia él.

Chastity no podía permitir que Lucien la distrajera. Tenía que seguir adelante y aprender esa nueva habilidad. Hasta el momento, la hipótesis de que al hacer preguntas podía captar la atención de alguien para lograr entablar una conversación era correcta. Necesitaba mostrar más interés y, por fortuna, fue genuino.

Le sonrió al capitán Harrington y lo miró a los atentos ojos celestes.

—Las Indias Occidentales… Jamás he estado fuera de Inglaterra. ¿Cómo son las Indias Occidentales?

—Exuberantes. Hermosas. Los colores del mar y del cielo no se parecen a nada que haya visto antes. Fue como entrar en un cuadro. De hecho… —la recorrió con la mirada—, el tono de su vestido me recuerda a las aguas esmeraldas del Caribe. Es un paisaje que nunca se olvida.

Chastity sintió un rubor que le subía a las mejillas. ¿Eso era un cumplido? ¿De un hombre?

—Qué comparación más encantadora, capitán —logró decir—. Gracias.

Entonces, la miró con una expresión más personal, y las líneas afiladas alrededor de los ojos se le suavizaron al tiempo que la boca se le relajaba para esbozar una sonrisa.

—Al igual que su vestido, la belleza del Caribe es cautivadora e inolvidable.

Chastity le sonrió y sintió un aleteo inesperado… quizás el comienzo de una conexión con el capitán. El experimento estaba comenzando a dar resultados muy favorables. Lo único que había hecho había sido alentarlo a hablar de sí mismo. Y, con eso, había logrado que se interesara en ella… Que contradicción más extraña. Pero, aun así, funcionaba.

Mientras tanto, Pryde anunció que los segundos arqueros debían prepararse para disparar, y el señor Audley pasó por delante de Chastity y el capitán para tomar su puesto. Era de estatura más baja que el capitán y que Lucien, pero no demostraba ninguna inseguridad.

—Capitán —dijo el señor Audley—, ¿no le parece interesante cómo todos tenemos fortalezas y debilidades?

El capitán Harrington frunció el ceño.

—Supongo, aunque a ningún caballero le gusta admitir sus debilidades.

—Sí, es cierto. Sin embargo, mientras que el físico y la valentía de alguien pueden ser algo admirable, su manera de expresarse podría ser algo deficiente.

Chastity parpadeó, y el capitán frunció el ceño.

—¿De qué habla, señor Audley?

El señor Audley soltó la flecha al mismo tiempo que el resto de los adversarios. Apenas logró llegar al objetivo y se clavó casi en el borde.

—Es evidente que mis debilidades son mis habilidades con el arco —se rio mientras miraba al capitán Harrington—. Y claramente esa es su fortaleza. Junto con enfrentarse a huracanes en el mar abierto.

El capitán Harrington se aclaró la garganta.

—Le suplico que me diga cuál es mi debilidad entonces.

El señor Audley colocó otra flecha en el arco y apuntó. Pryde hizo una señal, y la flecha salió volando, pasó por delante del objetivo y se clavó detrás de unos arbustos.

—La poesía. Las metáforas. —Miró a Chastity y le sonrió—. Comparar el atuendo de *lady* Chastity con el mar del Caribe es un cliché. Es esperado. No hay ninguna finura en eso.

El capitán se sonrojó.

—Por supuesto. Supongo que no he tenido tiempo de leer poesía mientras me enfrentaba a las tropas de Napoleón y los piratas del Caribe.

—Supongo que no. —El señor Audley pasó la mirada por Chastity —. Ese atuendo y esa dama se merecen una metáfora mucho más fina. Porque, si no me equivoco, hay mucho más para ver acerca de *lady* Chastity de lo que salta a la vista.

Chastity sintió que se ruborizaba y miró los ojos castaños del señor Audley.

—*Lady* Chastity, si disculpa mi observación, hay algo de lo más extraordinario con usted. Es como si hubiera pasado por una transformación sutil desde que comenzó la fiesta. Su presencia hoy

es… de lo más cautivadora. Me atrevo a decir que ha florecido en una gran conversadora. Estoy intrigado y me encantaría oír más de lo que opina acerca de… bueno, de cualquier tema.

Chastity estaba muy pendiente de la mirada escudriñadora de Lucien y de los dos hombres que se fulminaban con la mirada. ¿Acaso ella era el motivo de que estuvieran furiosos? No, de seguro que no.

—Una transformación misteriosa. —El señor Audley la volvió a mirar con una intensidad extraña—. Tan misteriosa, tan fugaz… como un patito oscuro que se convierte en un cisne.

Chastity no pudo contener el rubor de la vergüenza. ¿Un cisne? Por todos los cielos, Lucien ciertamente sabía lo que estaba haciendo. ¿Y todo porque se había puesto un vestido hermoso y había hecho algunas preguntas?

—Me pregunto qué otras sorpresas develará *lady* Chastity. Me recuerda a la diosa Perséfone emergiendo del inframundo. —Se detuvo para obsequiarle una mirada de aprecio y respeto—. Al igual que Perséfone les devuelve la primavera a los heraldos, la presencia de *lady* Chastity parece dar un aire de nueva vida a esta fiesta. Y eso es lo que representa un color vibrante como el esmeralda. La primavera. Un despertar.

Oyó un sonido extraño que provenía de la dirección de Lucien, como si alguien se estuviera ahogando o gruñendo. Chastity lo miró con el ceño fruncido, pero lo encontró mirando al señor Audley con los ojos entrecerrados como si estuviera a punto de dispararle. *Lord* Wardbury también los observaba con gran interés, aunque no vio malicia alguna en sus ojos.

—Supongo que una diosa de la primavera es una buena metáfora —comentó el capitán algo derrotado.

—Eh, gracias, señor Audley —le dijo Chastity con la mente acelerada en busca de alguna pregunta. Era otro hombre con quien practicar sus habilidades. Ya sentía como si comprendiera el juego, pero necesitaba practicar—. ¿Le interesan las metáforas?

Pryde anunció la siguiente ronda de disparos, y Audley colocó una flecha contra el arco. Con el siguiente disparo, la fecha logró

acertar entre el centro del objetivo y el borde. Ese había sido su mejor tiro hasta el momento.

—Me interesan mucho las metáforas —le aseguró al tiempo que se volvía hacia ella—. Soy un poeta. Y un inventor.

Chastity esbozó una sonrisa enorme. Esas dos cosas eran temas de conversación de los que podía hablar de manera genuina sin tener que fingir interés alguno.

Un crujido le llamó la atención, y giró la cabeza. Lucien se encontraba de pie rígido, con el mentón apretado y los ojos echando chispas. Varios trozos de consueldas y varios ramos de lavandas le sobresalían del puño. Otros tantos tallos de trigo yacían a sus pies y se mezclaban con las hojas caídas de los romeros y los tomillos, cuyo aroma permeaba el aire. Eso había sido parte del arreglo floral que decoraba la mesa de su equipo.

Pero ¿qué diablos estaba haciendo fulminándola con la mirada de esa manera como si hubiera hecho algo mal cuando lo único que había hecho todo el día había sido seguir sus consejos? ¡Y encima con éxito! ¿Acaso ese no era el objetivo de que la ayudara?

De repente, comprendió la verdad. Ese debía de ser el caso. Cuando Lucien creía que no tenía ninguna oportunidad de recibir una propuesta matrimonial, estaba dispuesto a ayudarla a como diera lugar. Y ahora, cuando, por primera vez, parecía tener una buena chance de recibir una propuesta o al menos de encontrar un candidato adecuado, ¿estaba enfadado?

¡Qué audacia tenía! Ganaría la apuesta y le demostraría lo equivocado que estaba.

Se volvió hacia el señor Audley y le sonrió. No tuvo que fingir interés alguno, porque leía poesía todos los días. De hecho, hacía mucho tiempo, había pensado que un poema ayudaría a Lucien y, quizás, hasta lograría salvarlo. Pero él nunca había hecho ningún comentario del poema especial que había doblado en forma de estrella y le había dado en la mano cuando eran niños. Era como si ni siquiera lo hubiera intentado. Como si no hubiera significado nada para él.

—¿Quién es su poeta favorito, señor Audley? Y me gustaría oír mucho más acerca de sus invenciones.

Cuando los ojos del señor Audley la miraron con más calidez, creyó que podría haber despertado en el primer día de la primavera, porque mientras hablaba de poesía, no sintió ni un solo dejo de timidez, incomodidad o inseguridad. Lo único que experimentó fue alegría.

11

—Chastity —la llamó Lucien, y se volvió a verlo.

Lucien la recorrió con la mirada. Para sorpresa de nadie, Dorian había ganado la competencia de arquería más temprano ese mismo día. Nadie más tenía los brazos y el pecho de acero que tenía él, y sus brazos siempre habían sido excepcionales.

Ahora Chastity tenía puesto el vestido de color rojo rubí, llevaba el cabello sujeto en un moño alto con un lazo carmesí y los ojos se le veían tan hermosos que jamás quería despegar la mirada de ellos.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó con más resentimiento del que hubiera deseado.

La verdad era que había estado en agonía desde la competencia. No había esperado que Chastity fuera tan buena estudiante a la hora de aprender habilidades sociales, pero no debería haberlo sorprendido que así fuera. Tampoco era de sorprender que se hubiera convertido en el centro de atención de los caballeros de su equipo.

—Sí —repuso con la espalda recta, y los hombros se le veían delicados bajo las mangas abullonadas de color carmesí—. ¿Está mal?

A Lucien no se le escaparon las miradas de soslayo de los lacayos, y apretó el mentón frustrado y deseando algo de privacidad.

—No —le dijo mientras caminaba hacia ella y se detenía tan cerca que pudo inhalar su aroma—. En realidad, no.

—Y entonces, ¿qué sucede?

¿Además del hecho de que Chastity era todo lo que un hombre podría soñar? ¿Y que ahora era el objeto de interés de al menos dos caballeros? No había hecho nada malo. De solo respirar a su lado, se sentía como si volara. Pero ¿qué derecho tenía sobre ella? Ninguno. Ella jamás sería suya, sin importar lo mucho que soñara con ella. Porque era la hermana de Dorian. Porque era familia. Y porque a la familia se la protegía. De predadores podridos como él.

—Ten cuidado —le aconsejó.

—¿En qué sentido? —le preguntó.

Al inhalar el aroma a vainilla de su aliento, quizás de un bollito que había comido, quiso deleitarse con el sabor de sus labios.

—No tienes experiencia. Sé lo que los hombres quieren cuando una dama hermosa entra en una habitación.

—¿Y acaso el objetivo de la apuesta no era atraer el interés de un hombre? —le preguntó.

—Sí, pero, aun así, no comprendes lo que harán los hombres si hay competencia. Puede que te engañen. Puede que se aprovechen de ti.

Chastity soltó un bufido.

—Ya sé lo que te pasa, Lucien. Como sentías pena por mí, me ayudaste. Pero ahora ves que no soy solo una niña insignificante y que podría llegar a ganar la apuesta. Por favor, guárdate tus precauciones. Salir victoriosa de esa apuesta va a ser casi tan agradable como verte sufrir.

¿Sufrir? ¿Acaso era obvio que no soportaba ver a todos esos fanfarrones pavoneándose a su alrededor?

—De la abstinencia —agregó.

Ah. Eso. De alguna manera, esa parte le dolía mucho menos que verla atraer el interés masculino a diestra y siniestra.

—Sí, apenas logro contenerme —le dijo.

—Bueno, sigue así. Me estás sorprendiendo.

Una noche de diversión intelectual debía de ser lo peor que le podía ocurrir, pensó mientras seguía a Chastity hacia la gran sala de estar decorada con paredes de color celeste pastel, un gran espejo con marcos dorados encima del hogar y varios cuadros colgando de las paredes. Unos candelabros de cristal proyectaban un brillo cálido

sobre los invitados, que comenzaban a ser asignados a sus equipos, que en esta oportunidad consistían en una dama y un caballero. En la habitación, había varias mesas pequeñas de palisandro que habían distribuido estratégicamente. Una campana plateada destellaba en el centro de cada mesa, lista para que los participantes la usaran.

Chastity avanzó hacia Pryde, que estaba conversando con *lord* Wardbury. Mientras se acercaba, el científico la miró con un aprecio imposible de confundir. No era de sorprender. Ningún hombre con órganos sexuales funcionales podría evitar hacer lo mismo. Parecía una diosa.

Uno a uno, los caballeros extrajeron los nombres de sus compañeras femeninas de un sombrero. Cuando Lucien leyó el nombre de Chastity, sintió una ola de victoria en todo el cuerpo y le sonrió, pero ella se limitó a mirarlo con mala cara. *Lord* Wardbury se acercó varios pasos a *lady* Osborn y le ofreció un saludo cordial con la cabeza antes de volver a posar la mirada en Chastity.

—Disculpe, Pryde —lo llamó Wardbury—, pero ¿es posible hacer un cambio?

«No. Eso no». Lucien tuvo la horrible sospecha de qué tipo de cambio deseaba hacer.

—Pero su compañera es *lady* Osborn —le dijo Lucien—. Usted mismo extrajo el nombre del sombrero.

Chastity se acercó más a Wardbury con un destello de esperanza en los ojos que le hizo sentir la bilis en el estómago. Wardbury la miró a los ojos.

—Me preguntaba si a *lady* Chastity no le molesta, por supuesto, si podría cambiar de lugar con *lady* Osborn.

Lucien apretó los puños. «Si a *lady* Chastity no le molesta…». ¡A él le molestaba y mucho!

—A mí no me molesta —aseguró *lady* Osborn entornando la mirada hacia Lucien. Esa noche, llevaba un escote tan pronunciado que casi se le podían ver los bordes de las aureolas—. De hecho, me gustaría. El duque y yo somos muy buenos amigos.

—A mí tampoco me molesta —añadió Chastity al tiempo que le ofrecía una sonrisa tímida a Wardbury que le hizo castañear los

dientes.

—De acuerdo —dijo Pryde encogiéndose de hombros. Arqueó las cejas hacia Lucien con un interrogante en la mirada y no le quitó los penetrantes ojos de encima—. Si a nadie le molesta…

Esa era su última oportunidad de detener eso. Le convenía hacerlo como su contrincante, pero además estaba el hecho de que detestaba la idea de que Wardbury se encontrara cerca de ella. Sin embargo, Chastity miraba al condenado caballero con los ojos abiertos y llenos de esperanza. ¿Cómo iba a soportar verla decepcionada? Tenía que dejarla ir. Tenía que quitársela de la cabeza y dejar de ser tan egoísta.

—A nadie le molesta —masculló y, al ver la sonrisa de felicidad genuina en los dos, se le rompió el corazón.

Con un gruñido, se sentó en la silla a su lado. Eso era una tortura. A su izquierda, se encontraba Chastity, fuera de su alcance, y el motivo de su mal humor. A su derecha, tenía a la mujer más deliciosa, muy cerca de su alcance y tan disponible que casi le estaba babeando encima. En circunstancias normales, sería todo lo que necesitaba para aliviarse. Y, sin embargo, no podía tener a ninguna de las dos. Si el infierno existía, se encontraba allí. El Señor debía de estar castigándolo por todos sus pecados. Sin dudas.

—¿Qué metáfora puedo usar para el vestido que lleva esta noche, *lady* Chastity? —le preguntó *lord* Wardbury con un tono coqueto—. ¿El señor Audley me tildaría de ser un mal poeta si le dijera que la rosa más hermosa no tiene ninguna oportunidad ante usted?

Chastity se rio con dulzura.

—No conozco a ninguna mujer a la que no le gustaría que la compararan con una rosa. ¿Le gusta la poesía?

Ay, que alguien lo matara. La poesía… A Chastity siempre le había gustado la poesía, algo que él jamás había entendido. Lucien no era un poeta, ni tampoco un científico. Todos sus talentos, como *lady* Osborn bien había dicho, eran orales. O, mejor dicho, físicos en general.

Le ardía el cuerpo de la necesidad de liberarse. Todos sus celos, todos esos sentimientos conflictivos, como la tortura de ver a

Chastity molesta, ayudarla y estar arrepintiéndose tanto de su apoyo como de su éxito… Nunca había anhelado la distracción que le brindaba el acto sexual como en ese momento. La piel le cosquilleaba del deseo de escapar.

Mientras Pryde se encontraba de pie delante de sus invitados y anunciaba las reglas de la noche de juegos intelectuales y explicaba la cantidad de preguntas, los puntos y el premio, Lucien bajó la mirada a los senos de *lady* Osborn.

—¿Su conocimiento escolástico es similar a su habilidad en arquería? —le preguntó *lady* Osborn, y sintió el pie que le trazaba el tobillo y le producía un escalofrío en la pierna. A su vez, también podía sentir la calidez del brazo de Chastity al otro lado.

—Un ojo tan agudo, unos brazos tan fuertes —suspiró *lady* Osborn—. Acabó segundo, pero si me lo permite, lo puedo hacer acabar primero.

Para su perplejidad, el miembro le reaccionó ante esas palabras. Necesitaba aliviarse con desesperación. Gracias a la condenada apuesta con Chastity, ni siquiera podía darse placer.

¿Tan malo sería perder? Sería muy fácil decirle que sí a *lady* Osborn y encontrar una esquina tranquila a oscuras cuando los otros invitados se hubieran retirado o averiguar el camino hasta su recámara. Pero al sentir la presencia de Chastity a su lado, supo que no podía hacerlo. Podía oír cada palabra de su conversación con *lord* Wardbury, tanto sus preguntas astutas como las respuestas entusiasmadas de *lord* Wardbury, que en ningún momento le hizo una pregunta a ella. El señor Audley y el capitán Harrington tampoco lo habían hecho.

Ninguno de ellos la conocía en realidad. Ninguno sabía lo lista y bondadosa que era, ni estaba al tanto de la mente brillante y sensible que tenía. Pero todos estaban felices de hablar de sí mismos. Eran todos unos pavos reales.

—Quizás en la próxima competencia —le respondió a *lady* Osborn—. La de hoy ya ha acabado.

La dama arqueó una ceja y soltó un suspiro antes de apartarse.

—Como desee, milord.

Mientras Pryde revisaba las páginas para preparar las preguntas, *lord* Wardbury se acercó más a Chastity.

—Usted debería tocar la campana, *lady* Chastity.

Lucien soltó un bufido.

—Qué sabio —le susurró para que no se percatara—. Sabrás las respuestas más rápido de todos modos.

Chastity chasqueó la lengua.

—¿Por qué no te marchas? A tu compañera no le importan las preguntas, y te estás perdiendo una noche con gran potencial pensando con la cabeza equivocada.

Lucien la miró con los ojos entrecerrados, pero solo encontró la mirada confusa de *lord* Wardbury, que debía haberse percatado de que estaban conversando entre susurros.

—Comencemos con una pregunta sencilla para entrar en calor —dijo Pryde—. ¿Quién escribió la famosa obra *Hamlet*?

Varios martillos resonaron contra las campanas al mismo tiempo.

—Creo que la duquesa de Rath ha sido la primera.

Patience intercambió una mirada encantadora con Dorian, que le ofreció una sonrisa intensa.

—William Shakespeare —respondió.

—¡Excelente! El primer punto es para el duque y la duquesa de Rath. Creo que la siguiente pregunta es un poco más difícil, pero hay muchas mentes brillantes presentes esta noche. ¿Quién descubrió el elemento del oxígeno en 1774?

Varios susurros y murmullos recorrieron la habitación. *Lady* Osborn miró a Lucien aburrida. Lucien no lo podía creer. Sabía la respuesta. Se percató de que Chastity y *lord* Wardbury habían juntado las cabezas y susurraban en alto.

—Un químico sueco, Carl Wilhelm Scheele, produjo oxígeno en experimentos a comienzos de 1770 y lo llamó «aire de fuego» —susurró *lord* Wardbury—. Y Antoine Lavoisier de Francia más tarde denominó al gas como «oxígeno» e investigó su papel en la combustión y la respiración. Pero publicó sus obras entre las décadas de 1770 y de 1780.

Chastity asintió con la cabeza.

—Sí, pero la pregunta es acerca de 1774. Fue un inglés: ¡Joseph Priestley!

—¡Sí! —exclamó lord Wardbury—. ¡Toque la campana!

Lucien soltó un gemido. ¿Por qué estaba escuchando eso? Tocó la campana al mismo tiempo que Chastity.

—¡Joseph Priestley! —respondió Chastity.

Lucien asintió y no dijo nada.

—¡Correcto! —dijo Pryde e hizo una anotación en su papel.

Chastity se acercó a Lucien.

—Tú también tocaste la campana. ¿Sabías la respuesta?

—Sí.

—¿Y por qué no la dijiste?

Lucien soltó un suspiro.

—Porque estoy pensando con la cabeza equivocada.

Las preguntas continuaron. El capitán Harrington, que hacía equipo con la señorita Anne Rose, se encontraba sentado en una silla con los ojos distraídos lejos de su compañera; por agradable y hermosa que fuera la joven, el capitán no dejaba de enviarle miradas de soslayo a Chastity. Cerca de ellos, el señor Audley se encontraba sentado a una mesa con la señorita Jessica Bernet, que miraba a Lucien mientras el poeta parecía demostrar poco interés en las preguntas de la competencia y no dejaba de pasar la mirada del rostro animado de Chastity a la cercanía de *lord* Wardbury. Hasta *lady* Virtoux, que se encontraba sentada al lado de un hacendado con expresión perpleja en el rostro, parecía haber cambiado su expresión de prejuicio por una de entusiasmo durante el juego de preguntas intelectuales de la velada…

Mientras el juego continuaba, se volvió dolorosamente obvio que la poderosa pareja de Chastity y Wardbury no le darían una oportunidad a nadie más. Al poco tiempo, estaban finalizando las oraciones del otro. Cuando uno no sabía una respuesta, el otro la brindaba, y la mayoría de las veces la que las sabía era Chastity.

Patience y Dorian acabaron segundos, pero, como todos esperaban, Chastity y *lord* Wardbury salieron victoriosos, lo que significaba que darían apertura del último baile.

La mirada de adoración en el rostro de *lord* Wardbury hizo que a Lucien le diera un vuelco el corazón. Sin dudas, Chastity sería la perfecta *lady* Wardbury. Y él moriría solo y de sífilis en veinte años. Pero al menos no moriría porque le habían roto el corazón.

12

CHASTITY SINTIÓ el aire pesado y húmedo en la piel a los tres días, cuando los invitados se juntaron para la caza. El sol brillaba intensamente en el cielo, pero había algo en el aire como presión en aumento y anticipación del alivio. A lo mejor las oscuras nubes en el horizonte más tarde traerían un poco de lluvia.

Chastity le sonrió a *lord* Wardbury, que acababa de decir algo acerca de los últimos descubrimientos en medicina. Sin embargo, no le estaba prestando demasiada atención, porque su mente no dejaba de regresar a Lucien.

El duque de Luhst se encontraba de pie al lado de Dorian y Patience y conversaba con ellos mientras los lacayos les ofrecían refrescos. De vez en cuando, le echaba una mirada de soslayo, pero Chastity no entendía por qué.

El señor Audley y el capitán Harrington, junto con *lord* Wardbury, la rodeaban. Y, a pesar de que oírlos era agradable, tuvo una sensación extraña en la boca del estómago: como si en realidad no quisiera estar allí. Como si debiera encontrarse al otro lado del campo, con Lucien, Dorian y Patience. Y con el resto de los duques amigos de Dorian. No obstante, tenía una apuesta que ganar, una misión que completar, y por eso se encontraba allí.

Su nuevo traje de caza, que la señora Winston le había entregado el día anterior, era de un hermoso color borgoña oscuro; todos los caballeros iban vestidos con abrigos de caza de color carmesí. El atuendo estaba finamente confeccionado y era mucho

más práctico que un vestido de baile, pero bastante cálido. Y Chastity se sentía muy ansiosa.

Echó un vistazo a las damas reunidas y quiso encontrarse de pie entre ellas. La señorita Anne Rose se veía hermosa con uno de los vestidos que Patience le había comprado y enviado antes de la fiesta.

Lord Wardbury no dejaba de hablar del iodo, lo que debería haberle llamado la atención. De repente, observó a un nuevo caballero que apareció y se acercó a las damas. Notó que la señorita Rose lo miraba estupefacta y pálida. Había una intensidad interesante en el modo en que el caballero le hablaba, así como también cierta furia dirigida hacia *lady* Virtoux.

Al cabo de una conversación breve, la señorita Rose se alejó del grupo, y el caballero la siguió. ¿Qué estaría pasando? Chastity quiso seguirla para asegurarse de que se encontrara bien, porque sabía muy bien lo humillantes que podían ser los comentarios de *lady* Virtoux, pero tomó consciencia del silencio que pesaba sobre su pequeño grupo y miró a los caballeros que la observaban con las miradas llenas de anticipación.

—Oh, lo siento —dijo y se quitó el cabello humedecido de la mejilla—. ¿Qué ha dicho, *lord* Wardbury?

En cuanto Chastity se distraía, la señorita Rixon no perdía oportunidad de acapararlo.

—*Lord* Wardbury ha hecho una observación excelente acerca de los hospitales. En las zonas pobres, deberían concentrarse en aplicar medidas preventivas en lugar de tratar las enfermedades luego de que ocurren.

Chastity frunció el ceño y lo miró.

—¿De verdad cree eso?

—Bueno, no, en realidad, eso no es lo que he dicho, señorita Rixon.

El señor Audley entrecerró los ojos.

—*Lord* Wardbury hizo una observación excelente acerca de construir hospitales donde la gente pobre pueda recibir una mejor educación acerca de la salud.

Chastity abrió la boca para cuestionarlos. La mayor preocupación de los residentes de Whitechapel era poner comida en la mesa. Prevenir enfermedades no era algo que se podía hacer cuando alguien no tenía nutrientes.

—Ese es justamente mi punto —dijo *lord* Wardbury—. En nuestro sistema de salud, todos pasan por alto la prevención. Y eso no solo aplica a los pobres, sino a todos. Una dieta saludable y el ejercicio es lo que todos necesitan para mantenerse en forma y sanos.

—Si es que se tiene una dieta —señaló Chastity.

No quería mostrarse en desacuerdo ni con él, ni con nadie. Era probable que eso fuera en contra de su objetivo. *Lord* Wardbury la miró y frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, *lady* Chastity?

Chastity se mordió el labio. No podía contarles acerca de sus viajes semanales a Whitechapel para ayudar a un médico sin licencia a tratar a sus pacientes. Como eso sería escandaloso, tenía que mentir. Al mismo tiempo, un pensamiento extraño le vino a la mente… ¿Esa era la primera vez que *lord* Wardbury le hacía una pregunta? Seguro que no.

—Bueno, *lord* Wardbury, la mayor preocupación de los pobres es poder comer y brindarle alimentos a su familia. A veces, no se pueden detener a considerar que una hogaza de pan podría tener un poco de moho o que los ratones podrían haberla masticado. Creo que tiene toda la razón acerca de recomendar prevención, pero es algo fácil de decir para nosotros cuando jamás nos hemos tenido que preocupar por pan mohoso. Nosotros podemos escoger qué comer: una comida que mejore nuestra salud o una que sea apetitosa. Y en cuanto al ejercicio… Asimismo, estoy segura de que nos preocupa ejercitar más, mientras que los pobres a veces hacen mucho trabajo físico y no se pueden permitir la comida necesaria para sostenerse. En esos casos, aseguraría que para algunas personas hacer menos ejercicio es más beneficioso.

Lord Wardbury y todos a su alrededor la miraron sorprendidos.

—Estoy de acuerdo con *lady* Chastity —dijo el capitán Harrington —. A menudo, he observado lo mismo en los barcos. La dieta en el medio del mar es bastante limitada, y jamás hay escasez de tareas

que realizar. Hay temas de salud como el escorbuto, la disentería y la debilidad del cuerpo que siempre han preocupado a la fuerza naval y a los marineros.

Chastity le ofreció una sonrisa y asintió con la cabeza. Se sentía bien ser oída. En ese momento, volvió a experimentar una conexión con el capitán.

—¿Cómo es que sabe tanto acerca de la dieta de los pobres? —le preguntó *lord* Wardbury.

—Sí —dijo el señor Audley—. Otro misterio de *lady* Chastity a ser revelado.

Chastity se humedeció los labios nerviosa.

—Participo en obras de caridad.

—Oh —dijo *lord* Wardbury con nuevo aprecio en los ojos—. Ya lo creo, un nuevo aspecto de *lady* Chastity que no podría alabar más.

Chastity soltó una carcajada y se bajó la mirada a los pies.

—Yo también participo en obras de caridad —dijo la señorita Rixon, que se veía muy nerviosa—. Cuando mi chaperona me lo permite.

—Oh, por supuesto —dijo *lord* Wardbury, pero sus ojos nunca se apartaron de Chastity—. Qué damas más amables y caritativas tenemos presentes.

—Admiro mucho su trabajo en el hospital —le dijo Chastity—. Debe contarme más acerca de su investigación.

En ese momento, el cuerno sonó para anunciar el inicio de la cacería. Los mozos de cuadras y los lacayos invitaron a las damas a montar y a los caballeros a dirigirse a sus caballos.

Mientras Chastity se montaba al caballo, notó la compañía de otras damas y espectadores que iban a caminar. El duque de Pryde introdujo al caballero que se acababa de unir a la fiesta como Justin, el conde de Chans. Iba vestido con el mismo abrigo de caza que tenía el resto de los caballeros. Era alto, atlético y bastante atractivo, con los pómulos altos, un mentón fuerte y ojos avellanados. Daba una impresión muy agradable, y en varias ocasiones se encontró lanzándole miradas furtivas a la señorita Anne Rose, que se encontraba de pie al lado de las damas con las mejillas sonrosadas.

—Permítame quedarme a su lado —le dijo *lord* Wardbury cuando todos montaron.

Chastity apenas podía oír al hombre mientras miraba a Lucien, cuyos muslos musculosos se apretaban contra los laterales del caballo, y el abrigo de caza carmesí lo hacía ver particularmente apuesto, un verdadero placer para los ojos. Llevaba el cabello dorado bajo un sombrero negro, y los ojos violetas la perforaban. Despacio, se acercó a ella y a *lord* Wardbury.

—Gracias —le dijo Chastity distraída—. Me gustaría mucho. —Podría hablar con él acerca de su investigación y, quizás, podría ver si cambiaba de parecer acerca de dejarla desempeñar su trabajo en el hospital Saint Thomas y publicar sus hallazgos.

—Muy bien.

El cuerno de caza volvió a sonar y, luego de que liberaran a la jauría de sabuesos, partieron. A pesar de que iba montada de lado, Chastity disfrutó el ejercicio. Era excitante sentir los poderosos movimientos del caballo debajo de los muslos y sentir una brisa contra la piel acalorada.

Su hermano iba a lomos de Erebus, su poderoso semental, e iba delante de todos. En un principio, no pudo ver a Lucien, pero al mirar por encima del hombro, lo vio a unos pocos jinetes de distancia.

El grupo de caza avanzó por la pradera iluminada por el sol al tiempo que una nueva brisa mecía el césped con suavidad. Más adelante, se ceñía la línea de árboles del bosque. Mientras conversaba con *lord* Wardbury acerca del hospital y su investigación, se fueron acercando, y Chastity pudo divisar los retorcidos troncos de los robles y los olmos. Siguió haciéndole preguntas genuinas y el tiempo se le pasó rápido mientras aprendía acerca de las prácticas y los tratamientos del hospital. A pesar de su intención inicial, se contuvo varias veces de querer contarle acerca de su propia investigación y su ambición. Sabía que hablar acerca de sí misma iba en contra de las recomendaciones de Lucien y no quería deshacer el progreso que había logrado con ese hombre.

El aire se tornó más frío mientras pasaban por debajo de las frondosas copas de los árboles. El aroma a tierra húmeda y

vegetación permeaba el aire. Las ramas y las hojas caídas crujían bajo los cascos de los caballos. Para cuando oyeron el primer trueno, ya se encontraban muy adentrados en el bosque.

Una poderosa ráfaga de viento le sopló contra el rostro. Las ramas de los árboles se mecieron y se movieron. Todo sucedió bastante rápido. En un momento, tenían clima cálido y húmedo y, al siguiente, el cielo se había oscurecido hasta el punto de estar casi negro, y Chastity pudo oír los truenos en la distancia. Unas gruesas gotas de lluvia le cayeron en las mejillas.

De repente, un trueno sonó más cerca, y un relámpago destelló a lo lejos. Para ese entonces, la mayoría de los jinetes se habían dispersado por el bosque, y apenas podía ver a *lord* Wardbury entre los árboles. El corazón se le aceleró como un zorro que salía disparado entre el sotobosque. El caballo comenzó a comportarse de manera extraña, dando pasos de un lado a otro y moviendo la cabeza de arriba abajo. Luego soltó relinchos nerviosos.

—A mí tampoco me gusta este viento ni este ruido —le dijo al animal mientras intentaba hacerlo dar vuelta. De alguna forma, debían regresar a la casa. Más gotas de lluvia comenzaron a caer a su alrededor. Otro trueno resonó casi por encima de ellos, y el relámpago que lo siguió no tardó en llegar—. Volvamos a casa —le susurró.

Se dio la vuelta. Entre los árboles y los arbustos, el césped alto y la vegetación que se mecía con intensidad y las gotas de lluvia que le entraban en los ojos, apenas logró ver nada. Espoleó el caballo lo más que pudo, pero el pobre animal estaba aterrado. La yegua soltó un relincho y movió la cabeza hacia adelante y atrás.

Otro trueno resonó por encima de ellas, y Chastity se estremeció. Un rayo cayó en un punto cercano con un destello brillante. El aire se tornó seco, y olió a algo parecido a una sustancia química. El siguiente trueno fue tan alto que le dolieron los oídos. Un árbol cercano cayó al suelo con tal fuerza que los huesos le vibraron. Inhaló el humo y vio el fuego entre los árboles.

El pobre animal volvió a soltar un relincho que la hizo estremecer y salió disparado. Chastity soltó una maldición. El animal estaba en

pánico y, de algún modo, ella y el animal se habían quedado a solas. ¿A dónde habían ido los otros jinetes?

Jaló de las riendas sin obtener ningún resultado. Algunas ramas le rozaron el rostro y le arañaron las manos y las mejillas. Chastity no podía detener al caballo. La lluvia era tan gruesa, que no podía ver nada. Se encontraba empapada y las prendas se le pegaban al cuerpo como si se hubiera caído en un estanque. Los truenos y los rayos no dejaban de azotar el bosque, y las siluetas oscuras de los árboles se iluminaban con los destellos de luz pura. A través de la cortina de lluvia, las siluetas de los arbustos y los árboles caídos se veían borrosas. Chastity se sentía como si se encontrara en una escena de una novela gótica.

—¡Oh! ¡Calma! —gritó sin dejar de jalar las riendas y aferrándose con desesperación al caballo.

En un destello de luz brillante, vio un árbol caído delante de ella. Chastity gritó y cerró los ojos. Sintió que volaba en el aire un instante mientras el caballo saltaba por voluntad propia, y el impacto de su pecho contra el lomo del caballo la dejó sin aliento. El caballo siguió galopando, girando a la derecha y a la izquierda cada vez que un árbol o un arbusto se encontraba en el sendero.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Nos vas a matar! —gritó.

—¡Aguanta, Chastity! —oyó una poderosa voz masculina a sus espaldas.

Chastity se mantuvo apretada contra el caballo y giró para mirar por encima del hombro. Era la voz de Lucien. ¡Debía ser él! Apenas lograba divisar su silueta a través de la cortina de lluvia.

Lucien llegó hasta ella y estiró la mano para sujetar las riendas del caballo. Pero incluso bajo su fuerte mando, el animal se rehusaba detenerse. Tenía los ojos agrandados de temor al tiempo que los truenos y relámpagos seguían cayendo a su alrededor.

—¡Aguarda! —exclamó Lucien—. ¡Tengo una idea!

Soltó las riendas y galopó a toda velocidad por el sendero y luego se volvió y se detuvo. Chastity soltó un grito que creyó aterrorizaría al caballo y lo haría chocar con el de Lucien, pero, para su sorpresa, la yegua se detuvo. Y acto seguido, retrocedió y se paró sobre las patas traseras.

Chastity se tragó un grito e intentó aferrarse con desesperación a las riendas o lo que fuera, pero los dedos se le resbalaron por el pelaje húmedo del caballo. De haber estado a horcajadas, podría haberse valido de las piernas para sujetarse al caballo, pero iba montada como una dama y estaba a punto de deslizarse por el lomo del animal. Podría caerse bajo los cascos de la yegua y acabar aplastada.

El rostro de Lucien era una máscara de determinación mientras acercaba su montura. Con un movimiento fluido, estiró la mano y sujetó las riendas del caballo de Chastity. Los brazos fuertes se le tensaron mientras luchaba por controlar al animal asustado.

—Tranquila —murmuró con la voz serena a pesar de la tormenta que sonaba a su alrededor—. Tranquila.

Despacio, tras un momento agonizante, la yegua apoyó los cascos frontales sobre el suelo. Chastity soltó un jadeo de alivio con el cuerpo tembloroso. El caballo seguía paseándose nervioso y dando pasos al costado y hacia atrás, pero la mano de Lucien aferraba las riendas y sujetaba a la yegua para que no volviera a salir disparada.

El viento les arrojaba lluvia encima. Lucien tenía el cabello pegado a la frente, y unos riachuelos de agua le recorrían el rostro. El abrigo de caza se veía oscuro por el agua y se le ceñía a los hombros anchos como una segunda capa de piel.

—¿Estás lastimada? —le preguntó por encima del estruendo de la tormenta.

Chastity negó con la cabeza. El corazón aún le latía acelerado en el pecho por haber estado a punto de caerse. Tomó consciencia de sus prendas empapadas pegándose a su silueta, y un rubor le cubrió las mejillas a pesar del frío de la lluvia.

Lucien la recorrió con la mirada en busca de heridas antes de volver a mirarla a los ojos. La preocupación de su rostro se suavizó y quedó reemplazada por algo más cálido que le robó el aliento.

—Ven —le gritó por encima de otro trueno—. Conozco un sitio donde nos podemos esconder hasta que pase la tormenta.

13

Diez tortuosos minutos más tarde, Lucien entrecerró los ojos entre la cortina de lluvia y, al divisar la silueta de una cabaña de piedra que se asomaba entre los árboles y los arbustos que se mecían abruptamente, sintió un profundo alivio en todo el cuerpo. Era la antigua cabaña del encargado que había quedado abandonada porque el padre de Pryde había construido una mucho más moderna y cálida en el otro extremo de la propiedad.

El viento aullaba azotando las ramas con frenesí y despellejando las hojas de ellas. Cada relámpago iluminaba la figura de Chastity que se encontraba acomodada entre sus muslos y brazos sobre su montura. El caballo asustado se encontraba amarrado al semental de Lucien y caminaba detrás de ellos.

—¡Ya casi llegamos! —gritó a través de un trueno ensordecedor —. ¡Aguanta!

Chastity asintió con la cabeza temblando de frío. El bonete se le pegaba a la cabeza, y unos riachuelos de agua le caían por los pliegues. Lucien llevaba las empapadas prendas pesadas también pegadas a la piel.

La cabaña se erguía olvidada con las paredes de piedra cubiertas de hiedra y el techo hundido, pero prácticamente intacto. A la derecha de la edificación, había un pequeño cobertizo que aún se veía lo bastante fuerte como para albergar los caballos. Cuando llegaron, ayudó a Chastity a desmontar y se aseguró de que llegara a la puerta antes de conducir a los caballos al establo. Se alivió al

ver una pila de heno viejo en el interior. Les quitó los arreos lo más rápido que pudo con los dedos rígidos y húmedos y luego los masajeó antes de darles unos puñados de heno.

Tomó una profunda bocanada de aire, y volvió a salir para correr hacia la casa bajo la lluvia. Mientras la mano sujetaba el pomo de la puerta, una extraña mezcla de anticipación y recelo se apoderó de él. Se encontraba con Chastity varado por una tormenta en una casa… completamente a solas. Que el Señor lo ayudara.

Entró en la acogedora sala y divisó una mesa de madera oscura y fuerte en el centro con tres simples sillas de madera a su alrededor. Contra la pared más alejada, había una cama matrimonial con una manta hecha de retazos desgastados. Al lado de una pequeña ventana, vio un sillón viejo con una mesa al costado y una vela, que bien podría ser el sitio más luminoso de la casa.

Chastity estaba agachada frente al hogar que dominaba una de las paredes de piedra de la cabaña. En el hogar había utensilios de cocina abandonados. Chastity seguía con el vestido empapado puesto y estiraba las manos hacia el fuego que había logrado encender. Lucien se estremeció de anticipación de sentir calidez en la piel, consciente de que las prendas húmedas le quitaban todo el calor corporal. El aire olía a humedad, pero no era un aroma desagradable. También olía a leña y hierbas disecadas. A pesar del polvo y las telas de araña, se sintió cálido y cómodo.

Chastity se volvió a él en la penumbra, y las llamas le iluminaron el rostro. Se había quitado el bonete. Tenía los ojos abiertos y oscuros, y el cabello húmedo se le pegaba al cuerpo. Por todos los cielos… podría ver el contorno de su silueta con todo detalle. Tenía los pezones como dos puntos que se asomaban a través de las capas del corsé, la túnica y el vestido.

«No le mires los pezones».

Al recordar la expresión aterrorizada en su rostro durante la tormenta, Lucien tuvo otro estremecimiento. Avanzó al interior de la cabaña y arrastró una silla de madera hacia el hogar. Tras acomodarse en el asiento y estirar las manos hacia las llamas, tuvo que deshacerse de la idea de haber podido encontrar a Chastity con el cuello roto de no haber intervenido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Eso te debe haber asustado.

—Estoy bien. Eh… Gracias por salvarme.

Lucien asintió con la cabeza y volvió a experimentar un estremecimiento. Como no iba a poder entrar en calor con las prendas húmedas, se quitó el abrigo y el chaleco y notó con satisfacción que Chastity apartaba la mirada de inmediato. Colgó las prendas en otra silla y la acercó al hogar.

—Me gustaría quitarme todo, pero probablemente te ofendería —dijo.

Chastity lo miró de reojo.

—No te atrevas. Si alguien nos encuentra aquí a solas, estaré arruinada. Y tendrías que enfrentarte a Dorian en un duelo o casarte conmigo.

Lucien se quedó petrificado, y una sensación de terror lo embargó como una ola gélida. Volvió a oír la voz de Dorian diciéndole: «con cualquiera menos contigo…». Por todos los cielos, una cosa era saber que carecía de todo valor. Pero que su mejor amigo, que era como un hermano, se lo dijera era otra. Jamás sería lo bastante bueno para su hermana. Literalmente, cualquiera lo sería, menos él.

—No creo que nadie nos encuentre aquí. Es la cabaña antigua del encargado, pero solo Pryde sabe que existe. Además, vi que la mayoría de los invitados regresaban a la casa. —Soltó una carcajada seca sin ninguna gota de humor—. Además, Dorian nunca permitiría que me case contigo.

—Por favor, no pretendas que Dorian es tu mayor preocupación. Serías el primero en huir despavorido ante la primera mención de una boda.

Lucien parpadeó.

—Corazón, si me casara con alguien, sería muy afortunado de llamarte esposa.

Chastity lo miró fijo con la boca abierta de la sorpresa.

—¿Acaso oí bien? ¿Hablas de mí? ¿Como tu esposa?

—No te estoy pidiendo matrimonio. Ni a nadie. No quiero una esposa. Tú lo sabes.

—Sí. Y yo que creía que la abstinencia te estaba cambiando para bien.

Nadie podría cambiarlo para bien. Excepto, quizás, ella. Pero, en lugar de responder, se limitó a mirarla fijo. Chastity soltó un suspiro y su expresión se distanció.

—A veces envidio a los hombres.

Lucien arqueó una ceja con una expresión entretenida en el rostro.

—¿Ah, sí?

—Tienen mucha libertad. Poseen el control absoluto de su vida. Los hombres tienen el poder en la sociedad y en el matrimonio. Pueden escoger su camino, mientras que nosotras tenemos que depender de una buena unión para asegurarnos un futuro.

—Eso suena sofocante, corazón —le dijo Lucien—. Pero cualquier matrimonio lo es.

—Exacto. La mayoría de las mujeres se ven obligadas a casarse para tener algo de seguridad financiera.

Lucien entrecerró los ojos.

—¿Eso es lo que esperas lograr casándote con *lord* Wardbury?

—Sé que Dorian me cuidará, pero ni siquiera él me lo puede dar todo. Si tuviera mis propios medios, podría financiar investigaciones independientes… apoyar a otras científicas…

A Lucien le dolió el estómago por ella. Deseaba poder darle todo lo que su corazón deseaba, pero ¿cómo podría hacerlo si no era más que un amigo de la familia para ella?

Por unos instantes, se hizo el silencio entre ellos, y los dos se sumieron en sus propios pensamientos. Luego Chastity volvió a hablar.

—¿Cómo me encontraste?

Lucien soltó un suspiro.

—Nunca te debería haber perdido de vista. Debería haber sabido que *lord* Extraordinario sería un compañero despreciable. Supongo que es mejor a la hora de practicar ciencia que a la de proteger a una dama.

Ni a una esposa, ni a un hijo… Qué idea más espeluznante.

Menos mal que Lucien estaba practicando la abstinencia en ese momento, aunque estaba siendo una de las cosas más difíciles que había hecho en toda la vida. Para colmo de males, esa hermosa criatura que tenía enfrente empeoraba las cosas.

Chastity frunció el ceño.

—Tú me perdiste de vista, ¿por qué él no podía perderme de vista también?

Lucien soltó un suspiro.

—Yo estaba determinado a encontrarte, y *lord* Wardbury, no. Oí que alguien gritaba y tuve una sensación… un presentimiento de que estabas en problemas.

Chastity soltó una carcajada y le sonrió con tristeza, al tiempo que se acercaba al hogar.

—Gracias, Lucien. Siempre tuve la misma sensación contigo desde que éramos niños. ¿Lo leíste en el poema?

Lucien frunció el ceño.

—¿Qué poema?

Chastity arqueó las cejas.

—Oh, nunca lo leíste, ¿cierto?

—Eh… No lo sé. No leo poesía, ya lo sabes.

—Estaba en la estrella que te di. ¿La recuerdas? El día en que tu madre y tu padre vinieron a buscarte cuando éramos niños. Podía sentir que ibas a necesitar mucho apoyo y quería ser esa fortaleza para ti.

Lucien se quedó sin habla. Por supuesto que recordaba la estrella que le había hecho.

—Lucien, esto es para ti —le había susurrado una Chastity de seis años al tiempo que le colocaba la estrella de papel en la mano —. Para mantenerte animado hasta la próxima vez que vengas.

Lucien, que entonces tenía diez años, había aceptado el papel mientras el viento le soplaba fuerte contra el rostro y acarreaba aromas de caballos y barro por el camino que conducía hacia Rath Hall. Un carruaje con el emblema de Luhst tirado por seis caballos se acercaba a máxima velocidad y traía consigo el tormento como un presagio de fatalidad. Sus padres venían a buscarlo.

Apretó la pequeña estrella de papel sin despegar la mirada del carruaje que se aproximaba. A su derecha, se encontraba Dorian, pálido, cubierto con vendas y con unas bolsas oscuras debajo de los ojos. Solo había pasado una semana desde que su amigo se había recuperado de la fiebre que le había dado luego de abrirse camino por la pared de vidrio del invernadero. Todos habían creído que moriría.

Al lado de Dorian, se encontraba su padre, el duque de Rath, un hombre de unos cuarenta años con el mentón duro, los ojos entrecerrados y el cabello oscuro que ya comenzaba a tornarse gris. A su izquierda, se encontraba la pequeña Chastity, que lo miraba fijo con los ojos celestes abiertos de par en par y llenos de sabiduría para su edad temprana.

—He medido los ángulos con precisión —le susurró—. La estrella es perfecta. Para lograr las cinco puntas perfectas, los ángulos externos tienen exactamente ciento cuarenta y cuatro grados y los internos, treinta y seis grados. Es la estrella perfecta para ti, Lucien.

Lucien le sonrió mientras estudiaba su rostro serio e intentaba memorizar cada detalle de los meses que tendría que pasar con sus padres. Pasaba los inviernos, las primaveras y casi todos los veranos en Rath Hall. Ahora sus padres venían a buscarlo de regreso de Londres para dirigirse a su propiedad de campo donde pasarían el otoño en fiestas rurales, cazando y, sin dudas, intentando matarse con palabras venenosas y miradas asesinas.

—Solo tú eres capaz de medir los ángulos con precisión en una simple estrella de papel —le murmuró y la dio vuelta en la mano.

Era evidente que la había hecho con una página que había arrancado de un libro, aunque las únicas palabras que podía leer eran: «luz», «tropieza» y «hogar».

Cuando volvió a mirar el carruaje, no pudo evitar sentir como si lo estuvieran arrancando de algo importante, cálido y encantador. No dejó de apretar la estrella en la mano. La estaba estrujando y destruyendo los ángulos perfectos que Chastity había hecho. Pero le dio la fortaleza de enfrentarse al hombre y la mujer que se apearon del carruaje para llevárselo lejos de las dos personas que se sentían como su verdadera familia. Y, a pesar de eso, jamás había abierto la

estrella, aunque sabía exactamente dónde la guardaba en su casa de Londres.

—Bueno… eh…

—Está bien —dijo y se acercó aún más al hogar—. Al final, es lo mejor. —Se estremeció y estornudó.

—Por todos los cielos, Chastity —le dijo mientras se acercaba para sentarse sobre una piel de oso que había delante del hogar—. Te vas a refriar. Debes entrar en calor.

De más cerca, se veía tan frágil… Podía ver toda la silueta de su cuerpo: los hombros delgados, los senos pequeños y redondeados y la cintura esbelta.

—Deberías quitarte las prendas —le dijo.

Eso le arrancó una carcajada.

—¿Eso es todo lo que haces para llevarte a una dama a la cama? Debes ser bueno si no necesitas usar mayor encanto que ese.

—No estoy intentando llevarte a la cama —le dijo con los dientes apretados—. Solo estoy pensando en tu bienestar. Además, no es nada que no haya visto antes.

Ella se rio.

—Obviamente.

Lucien soltó un suspiro de frustración y se quitó la camiseta empapada. Solo le quedaron puestos los pantalones de caza. Para su extraña satisfacción, Chastity le recorrió el torso desnudo con la mirada, y las pupilas se le dilataron al tiempo que abría la boca.

—Si crees que con eso me quitaré las prendas, no podrías estar más equivocado.

Lucien chasqueó la lengua entretenido.

—Oh, vamos, Chastity. No puedes creer que te pondría un dedo encima. En especial, cuando es evidente que no lo deseas.

El viento no dejaba de aullar, y las ramas de los árboles se quebraban y caían sobre el tejado. Lucien soltó un suspiro. Como Chastity no dejaba de temblar, supo que tenía que hacer algo. Se puso de pie y tomó la manta de la cama. De la única cama… Le ofreció la manta, que olía un poco húmeda, pero era mejor que las prendas empapadas.

—Estás temblando —le dijo con suavidad—. Solo tenemos que secar las prendas que llevas puestas.

Chastity suspiró.

—De acuerdo. Pero no puedes mirar.

—Claro que no.

Se dio la vuelta y la oyó moviéndose, la oyó quitándose las prendas empapadas y colgándolas sobre el respaldo de otra silla. Además, fue consciente de la profunda bocanada de aire que tomó cuando el aire le rozó la piel húmeda. Estaba en agonía. Cerró los ojos, pero eso no impidió que la viera en su mente. Podía imaginarse su piel aterciopelada y la curva de la cadera que conducía a la cintura. Los senos redondeados…, los pezones…

Debía gustarle la tortura. Se excitó de solo inhalar el aroma de sus prendas y cabello, de solo oír el susurro de las prendas contra su piel mientras se desvestía. Que el Señor lo ayudara, pero no iba a poder darse vuelta hasta que su miembro se calmara.

—Ya estoy decente —anunció a sus espaldas—. Te puedes dar vuelta.

Lucien exhaló muy despacio.

—Eh… no… puedo.

—¿Y por qué no? Estoy envuelta en la manta.

Tomó una profunda bocanada de aire. ¿Qué tenía por perder si lo veía excitado? No podía pensar menos de él.

Se dio la vuelta y, cuando la mirada de Chastity reparó en el bulto, se le subieron las cejas hasta el nacimiento del cabello.

—¿Qué…? ¿Es eso…? ¿Estás…?

Estaba envuelta en la manta y, por encima, se podía ver la tira húmeda de una prenda de lino que seguía pegándose a sus hombros. Tenía el cabello suelto y le colgaba en mechones húmedos que se pegaban unos con otros. Lucien sintió que el miembro se le hinchaba aún más.

—Pues, es una erección —le respondió—. Y sí, estoy muy excitado… —«Por ti», quiso añadir.

Chastity estiró la mano hacia el vestido que colgaba de la silla.

—Esto ha sido una mala idea.

—No, no. Deberías secarte. Y deberías quitarte la túnica también.

Chastity agrandó aún más los ojos.

—Estás… en ese estado… ¿y me dices que me quite la última prenda que tengo puesta?

Lucien soltó un gruñido.

—No me voy a arrojar sobre ti.

Chastity se mofó.

—Obviamente.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, veamos. Nunca te parecí atractiva. Si estás excitado ahora, no es por mí, es por la apuesta y la abstinencia. ¡Y, además, estás intentando ganar la apuesta!

Lucien tomó la almohada de la cama, se sentó en una silla y se cubrió la entrepierna.

—No le prestes atención. Ya se va a pasar.

—No entiendo cómo terminaste así, Lucien. De niño, eras dulce y considerado. El modo en que te reías… ¿Recuerdas la noche que salimos de la casa y nos recostamos en el jardín para ver las estrellas? Era una noche muy estrellada de luna nueva tan delgada como un hilo, de modo que casi no proyectaba luz. Un gran río de polvo de diamantes fluía por la noche.

Quizás ella había estado mirando el gran río de polvo de diamantes que tenían encima, pero él solo podía recordar sus ojos que destellaban con el reflejo de las estrellas. No había objeto celestial alguno que pudiera compararse con ella.

—¿Recuerdas de qué hablamos? —le preguntó.

En ese entonces, seguía siendo él mismo. Eso había ocurrido antes del terrible día en el que todo había cambiado.

—Sí, lo recuerdo, estrellita. Desde esa noche, te empecé a llamar así porque fue uno de los momentos más felices de toda mi vida.

Se miraron a los ojos. Podría ponerse de pie, acercarse a ella y besarla… para disolverse en ella. Era su amiga, una de las dos almas en ese mundo que mejor lo conocía.

—También fue uno de los momentos más felices de mi vida —repuso Chastity—. Me contaste tus sueños y tus deseos más profundos. Me dijiste que querías ser un duque ejemplar para tus padres, pero que no sabías cómo hacerlo porque parecía que nunca

aprobaban nada de lo que hacías. Me contaste que, si pudieras hacer cualquier cosa, te pasarías el día pintando y diseñando casas. Y que, si pudieras estirar la mano hasta el cielo y tomar una estrella, lo harías.

La garganta se le ciñó. Recordaba esa noche como si hubiera ocurrido el día anterior. El aire cálido, la manta bajo su cuerpo y Chastity, el suave canto de los insectos y el débil susurro del viento sobre los árboles que lo rodeaban. Y ella.

—¿Sabes por qué te llamo estrellita?

—No.

—Porque eres tan brillante como una estrella. Y cuando miré al cielo, solo te vi a ti. En cada estrella.

Chastity se acercó a él.

—¿Qué te pasó? Te entregué la estrella de papel, te llevaron a tu casa y, cuando regresaste en otoño, actuabas distante. Diferente.

Lucien clavó la mirada en las llamas. En esos tiempos, era raro tener un verdadero hogar debido a que el precio del carbón era mucho más barato que el de la madera.

—Cuando llegamos a casa, mi madre me dijo algo terrible —le respondió—. Me dijo que debería haberme abortado.

Chastity se acercó para sentarse en la silla de al lado y estiró la mano para acariciarle la mejilla. Eso fue más de lo que Lucien pudo soportar, y sintió que su autocontrol se quebraba como un hilo estresado. Le tomó la mano, la abrazó y la hizo caer sobre su regazo. El peso de ella era liviano y se sintió muy agradable en sus muslos. Chastity jadeó, y Lucien estuvo seguro de que se incorporaría de un salto para regañarlo.

Para su sorpresa, la vio dudar. Acto seguido, abrió la manta para envolverlos a los dos y le pasó los brazos por el cuello. Lucien pudo sentir su cuerpo cálido bajo el lino húmedo que se le pegaba al torso.

Temía mirarla a los ojos y ver la misma desilusión que había visto siempre en sus padres. Cuando logró calmarse, alzó la mirada. Chastity tenía los ojos celestes como el cielo y llenos de lágrimas… ¿Por él?

—¿Te acuerdas de mi tío? —le preguntó.

—Sí, *lord* Cedric Wrenn. El famoso libertino.

Lucien asintió con la cabeza.

—Él me ayudó a aprender a protegerme. Me dijo que podía conectar con la gente con mi cuerpo manteniendo el corazón intacto. Eso era lo que hacía él. Y es lo que comencé a hacer. Cuando regresé a Rath Hall, sabía que jamás debería haber existido. Sabía que todos, incluidos tú y Dorian, sabían lo podrido que estaba y lo malo que era por dentro. Y pensé: «¿para qué me voy a molestar con el amor o invertir en una amistad si al final voy a acabar sumamente desilusionado?».

Chastity soltó un suspiro y, para su sorpresa, le acarició el cabello húmedo con suavidad.

—Creí que, para proteger a mi corazón del dolor, no podía permitir que nadie se me acercara —le dijo mirándola a los ojos—. De lo contrario, me verían tal y como era en realidad. Nada.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza para contarle eso y exponer su mayor temor. La peor verdad en la que en realidad creía. Ni siquiera Dorian sabía eso.

—Oh, Lucien. Quizás creas que no eres nada, pero para algunas personas, lo eres todo.

Lucien frunció el ceño.

—¿Para qué personas?

—Para Dorian. Para los otros cinco duques. —Se sonrojó como un tomate y lo dejó completamente sin aliento al añadir—: Para mí.

14

Chastity contuvo el aliento, con consciencia absoluta de los brazos de Lucien a su alrededor: cálidos, duros y completamente cautivantes. A través de la delgada tela de la túnica, podía sentir la suavidad de su piel, los músculos firmes de sus brazos y su pecho, y el maravilloso calor que irradiaba de su cuerpo.

Su rostro se encontraba a unos pocos centímetros del de ella, y los ojos violetas la tenían cautiva de pies a cabeza. Se percató de todos los detalles: el mentón afeitado, el ángulo cuadrado de la mandíbula, la calidez de su cuello fuerte bajo sus brazos. Los ondulados rizos dorados seguían húmedos por la lluvia, pero comenzaban a secarse gracias al calor del hogar.

La manta a su alrededor era un paraíso, una pared que los protegía del mundo. Un mundo en el que era imposible que estuvieran juntos. Por Dorian. Por la apuesta que tenían. Porque Chastity era una marisabidilla a la que solo le interesaba continuar con su investigación. Y porque Lucien era el libertino más infame de toda Inglaterra y solo le interesaba continuar dándole rienda suelta a las noches de juerga… y jamás querría casarse. Pero allí estaban, y le acababa de decir en voz alta lo que no se atrevía a permitirse pensar siquiera.

—Chastity… —suspiró con la mirada clavada en su boca como si todos los tesoros del mundo se encontraran escondidos en su interior—. No digas cosas que no sientes. Y menos mientras estás

sentada en mi regazo con tan solo un trozo de lino húmedo entre nosotros.

—Siento todo lo que he dicho —le aseguró—. Has estado en mi vida desde que tengo uso de memoria. Y espero que siempre lo estés.

—¿Para verte convertirte en *lady* Extraordinario? ¿Para ver cómo él te reclama, vive contigo y te tiene todos los días? ¿Para verte criar a los hijos de *lord* Extraordinario?

Chastity no quería hablar de *lord* Wardbury, ni quería pensar en nadie más que no estuviera allí.

—Como si de verdad te importara, Lucien.

—Me importa mucho —le dijo, pasándole la mirada de los ojos a la boca al tiempo que los iris violetas se le oscurecían.

—Solo por obligación. Por la amistad que tienes con Dorian y por algunas reglas que sé que siguen los siete duques de la hermandad. Pero no te sientas obligado por mí. —Le acarició el cabello húmedo y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. En realidad, estoy preocupada por ti y por lo que has dicho. No eres nada, jamás serás nada. Yo… siempre… he tenido una muy buena opinión de ti.

Lucien se rio con una amargura que le rompió el corazón.

—¿Y ahora quién habla por obligación?

—No. Eres un hombre maravilloso —le dijo sin dejar de acariciarle el cabello—. Eres listo, amable e increíblemente generoso.

—Vaya, vaya, *lady* Chastity. —Con las manos, le empezó a hacer unas maravillosas caricias sensuales en la cadera—. Si me hace más cumplidos, podría llegar a creer que me tiene algo de aprecio.

—Por supuesto que te aprecio —le dijo y se sonrosó. Esperaba que considerara ese sentimiento como el que cualquiera sentiría hacia un amigo de la infancia. Y no como el que sentía que era el hombre más hermoso que había visto en su vida y que provocaba una sensación de anhelo cálido que le recorría todo el cuerpo—. Te han herido mucho, y no ha sido tu culpa. A los tres nos han criado padres crueles. ¿Te puedes imaginar un mundo en el que permitas que alguien se te acerque y te quiera?

Lucien tragó con dificultad, y la nuez de Adán le subió y bajó.

—No… no lo sé.

Le pareció ver que el dolor en sus ojos se disolvía y se ablandaba.

—Lo que intentas lograr con tu cuerpo… necesitas lograrlo con el corazón. Con el alma. Deja que alguien te conozca no solo a nivel carnal, sino como eres en realidad.

Tenía la mirada atormentada, y creyó que en el siguiente instante cambiaría de tema, pero no le dio la espalda.

—No sé si alguna vez podré hacerlo —le confesó—. Pero creo que me gustaría.

Chastity asintió con la cabeza y le sonrió. ¿Cómo podía decirle que no tenía que preocuparse de no ser digno de amor? Lo amaba y lo había amado durante toda su vida.

—Quizás por eso me conoces tan bien —le dijo—. Te dejé conocerme antes de aprender a mantener a la gente alejada. Y no podría soportar que alguien como *lord* Extraordinario, el capitán Bacalao o el señor Rimita te haga daño. Porque ninguno de ellos sabría la persona hermosa que eres. Porque ninguno te merece y nadie te merecerá jamás.

¿Nadie la merecería?

—¿De qué diablos hablas? —le preguntó con una carcajada—. Solo intentas hacerme sentir mejor. De no ser por tus consejos, ninguno de esos caballeros hubiera reparado en mi existencia.

—Son unos tontos. Siempre fui sumamente consciente de tu existencia.

—Bueno, es evidente que los vestidos de tonalidades intensas han logrado que los atraiga como a las abejas.

—No podrían estar más ciegos. —¿Era su imaginación o su boca estaba más cerca ahora? A menos de un centímetro… Podría sentir el aliento cálido en sus labios, y de repente anheló sentirlo en la boca—. No necesitas ningún color intenso para captar mi atención.

Con la mano, Lucien seguía recorriéndole la espalda de arriba abajo, y la hacía sentir cada vez más cómoda y cálida. Tuvo la sensación de que las extremidades se le estaban haciendo líquido.

—Lucien… —No logró despegarle los ojos de la boca. Era de lo más atractiva, ancha y con labios carnosos—. No digas cosas de las que luego te arrepentirás.

—Jamás he hablado más en serio en mi vida, estrellita. Y nunca he deseado nada más que esto.

Tras eso, la poca distancia que quedaba entre los dos desapareció cuando le cubrió los labios con los suyos.

El beso fue tanto una conmoción como una revelación de lo más aguardada. Abrumada por la pertinencia del momento, Chastity soltó un gemido suave contra la boca de Lucien. Era como si las piezas de un rompecabezas que había querido resolver durante muchos años por fin cayeran en su sitio. El sabor de sus labios, la calidez de su boca, el aroma de su piel… todo le deleitaba los sentidos.

Tenía la cabeza libre de pensamientos. Lucien la había envuelto en sus brazos, y el pecho duro se le apretaba contra los senos a través de la delgada tela de la túnica. Los pezones se le endurecieron, y sintió un delicioso placer de la presión y la fricción de su pecho. Le envolvió los brazos por el cuello y se acercó más y más a él, hasta que pareció que se disolverían en un solo ser. Tenía la piel en llamas… y la sensación se le extendió a todo el cuerpo. Eran llamas de deseo y dolor que solo curaría si se acercaba más a él.

El beso se intensificó mientras le introducía la lengua en la boca, y le acariciaba la lengua con la suya. Se estremeció ante la decadencia pura del acto. «Cielos», al final logró formular un pensamiento. «Lucien me está besando…». ¿Acaso eso no era lo que había anhelado desde adolescente?

Respiraba entre jadeos y sentía como si tuviera pulmones demasiado pequeños para su cuerpo. Tenía la piel en llamas, el cuerpo increíblemente cálido y maleable, como la cera cálida, y él podría hacer lo que quisiera con ella. En ese momento, le recorría la espalda con las manos con caricias anchas y aterciopeladas. Tenía las manos tan grandes que, cuando se las apoyó en la cintura, la pudo envolver entera.

Mientras se seguían besando, le movió las manos al cabello y le enterró los dedos en los rizos enredados y se la acercó a él como si no hubiera nada más en el mundo que prefiriera hacer.

Chastity sintió que se elevaba, como si todas esas sensaciones cálidas fueran una escalera hacia un destino desconocido. En la boca

del estómago, se le empezó a acumular una tensión deliciosa que se le enredaba con cada momento que pasaba. Volvió a sentir el bulto entre las piernas, el miembro duro, cálido y latente.

Gracias a los libros, conocía las funciones de los órganos sexuales; sabía que su dureza no se iba a ir sola y qué la causaba. Había visto las ilustraciones anatómicas del cuerpo femenino y masculino. También había visto caricaturas íntimas que ninguna dama debería ver, y ahora entendía lo que deberían haber sentido esas mujeres en los dibujos: deseo sexual.

Deseaba a Lucien, y él a ella también. ¡Por todos los cielos, tenía que detenerse! De lo contrario, se convertiría en otra de sus conquistas.

Se incorporó de un salto y se envolvió con los bordes de la manta. Lucien respiraba entre jadeos, tenía la boca abierta, y el pecho musculoso le subía y bajaba acelerado al tiempo que parpadeaba confundido.

—No, Lucien —le dijo intentando recuperar el aliento. Su cuerpo traidor tenía que calmarse—. ¡No!

—A mí me gustaría decir sí. —Su puso de pie, y la enorme erección se le apretó aún más contra los pantalones—. Definitivamente sí.

—No me convertiré en otra de tus conquistas —le dijo.

—Nunca… —Soltó el aliento y se enterró las manos en el cabello —. Cielos, Chastity, ¿crees que sería capaz de deshonrarte y abandonarte?

—¿Y qué plan tenías cuando me besaste? —le preguntó a los gritos—. ¿Te ibas a casar conmigo mañana?

Con pánico en los ojos, negó la cabeza, como para espantar una pesadilla al tiempo que recorría la habitación con los dedos aún enterrados en el cabello.

—No… No lo he pensado en profundidad.

—¿Por qué me besaste? —le preguntó sin bajar la voz—. ¿Qué querías?

—¡Te quería a ti! —exclamó en respuesta avanzando a su lado a grandes zancadas para ceñirse sobre ella como un castillo—. Te he deseado durante años —añadió con suavidad acariciándole el rostro

con los nudillos—. Pero eres la única mujer a la que jamás podré tener.

Los oídos debían de estar jugándole una mala pasada. De seguro no lo había oído bien. Abrió la boca y la cerró al tiempo que los ojos violetas se le suavizaban notablemente. Entonces, volvió a abrir la boca.

—¿Me has deseado por años? No, no puede ser. ¿A mí?

—Sí, a ti —murmuró con suavidad—. A Chastity. Mi estrellita.

—Pero… Lucien, ¿cómo me puedes desear? Si soy… bueno… yo. Mi vida está dedicada a la ciencia. Jamás le presté atención a mi aspecto físico. Debo ser la mujer más indeseable que has conocido.

—¿De dónde has sacado estas tonterías, estrellita? —le preguntó con suavidad—. ¿Y por qué te escondes detrás de prendas grises y marrones y esas gafas?

—Pero… —Volvió a abrir y cerrar la boca.

La verdad se le vino a la mente, la imagen de su madre hermosa y llena de gracia con los ojos celestes cielo, como los de ella y de su hermano, y el cabello oscuro casi azabache. La silueta escultural, que Chastity recordaba con prendas a la última moda del siglo pasado, una cintura delgada y una falda con volados.

—Por mi madre —le respondió casi en un susurro—. Mi madre siempre era tan femenina… atractiva… y la perfecta duquesa para mi padre… Pero nunca era suficiente.

A Lucien se le nublaron los ojos de empatía.

—Recuerdo a tu madre. Siempre fue muy buena conmigo. Y contigo y con Dorian. Te pareces mucho a ella.

—Sí. Pero la verdad es que siempre creí que ser hermosa y ser femenina acarrearía dolor. Para mí, significaba ser controlada y ser despojada de mi voluntad. Las expectativas que hay sobre las mujeres son tan altas que jamás podemos cumplirlas. Y, aunque lo hagamos, no significa que logremos ser felices.

La expresión de Lucien se tornó más triste, y Chastity se mordió el labio antes de continuar:

—Los afectos de los hombres pueden ser… un desastre. Para mi madre, ese fue el caso. Se quedó tan indefensa, que mi padre pudo echarla a otra propiedad por capricho y negarnos la posibilidad de

verla. Y todo mientras él seguía teniendo sus aventuras. —Alzó la mirada hacia Lucien con el corazón destrozado—. Así que, dime, ¿qué cosas buenas le ha aportado la belleza femenina a mi vida? Para mí, era más fácil fingir que esa parte de mí no existía. Que podía ser una mujer intelectual, una científica, y que ser femenina no era para mí. Entonces, podría ser libre. Y, sobre todo, me vería libre de deber tener hijos.

—¿No quieres tener hijos? —le preguntó—. No lo sabía.

—No. No deseo pasarle a nadie toda la maldición y la infelicidad con las que me criaron.

—Oh, Chastity —murmuró mientras le acariciaba la mejilla con los nudillos—. Mi estrellita. Lamento mucho que tu padre te haya enseñado esa lección. No puedo decir que ningún hombre te trataría de ese modo, pero sé que el hombre indicado jamás te haría sentir como si fueras su propiedad. Y eso es lo que deseo para ti. Eso es lo que hubiera deseado para tu madre. La femineidad no es una prisión. Puedes ser intelectual y hermosa. Y tú lo eres, estrellita.

Su cercanía le confundía los sentidos al punto de que comenzaba a creer sus palabras. Él la hacía sentir intelectual, atractiva y femenina. Y nunca había sentido que le daría órdenes. Por el contrario, Lucien la elevaba. La hacía sentir mejor y más segura. La empujaba a ser libre.

—Que el Señor me ayude, pero te deseo —le confesó Lucien tras soltar un suspiro.

—Me deseas… Pero… eh… ¿No para casarte conmigo?

Lucien cerró los ojos algo exasperado.

—No, no para casarme contigo. Si quieres saber la verdad, yo tampoco quiero tener hijos. Y no quiero una esposa.

—Entonces… —Dio un paso hacia atrás—. A ver si lo entiendo. Me quieres seducir, como seduces a otras mujeres, pero no te quieres casar conmigo porque no quieres ni una esposa, ni hijos. Pero… ¿qué es, en concreto, lo que esperas? ¿Cuál es el escenario ideal? ¿Tenerme por una noche y continuar saltando de cama en cama?

Lucien soltó un suspiro.

—No lo sé. La verdad es que no creo que pueda desear a nadie más si te tuviera una sola vez. No luego de ese beso.

Chastity no tenía idea de cómo podía hablar del tema con tanta calma, cuando ella tenía una tempestad por dentro. Sentía deseo, confusión, esperanza, felicidad y rechazo.

Tras oír su respuesta, chasqueó la lengua.

—Ya sé qué es eso.

Por supuesto que no podía pensar en ella de ese modo, no podía decir en serio que la había deseado desde siempre o que no se podía imaginar saltando de cama en cama después de pasar una noche con ella.

—Estás cegado por la lujuria. No has estado con ninguna mujer desde hace once días, algo digno de elogiar, por cierto, y ahora ves la oportunidad de acostarte con alguien.

—Estrellita, si quisiera a una mujer, ya habría tenido a *lady* Osborn o a la señorita Bernet hace rato. Créeme, casi pierdo la apuesta hace unos días a propósito porque la tortura de verte coquetear con *lord* Extraordinario me resultaba insoportable. No soporto verlo captar toda tu atención, ni verlo mirarte como si fueras un melocotón dulce. Y todos esos pavos reales… ninguno de ellos es el hombre indicado para ti.

—¿Y tú lo eres? —lo desafió sin aliento.

Lucien asintió.

—Diablos… Si Dorian me oye, me va a asesinar. Y con buen motivo.

—Dime algo, Lucien —le pidió en un susurro—. Si no fuera por Dorian, si te diera su bendición o no objetara en lo más mínimo y yo hubiera dicho que sí, ¿me habrías deseado? ¿O me deseas porque soy la fruta prohibida para ti? —le preguntó.

Lucien se acercó un paso más y, nuevamente, se ciñó sobre ella. Le tomó el rostro entre las palmas.

—Siempre te habría deseado. Permíteme expresarte la profundidad de mis sentimientos.

Sin decir más nada, la volvió a besar. Y Chastity tomó consciencia de que nunca antes había deseado nada con más ansias.

15

En esta ocasión, la besó con más ansias, y Chastity supo qué esperar de las caricias de sus labios contra los de ella, que se sentían como miel cálida, dulce y lenta, que le embriagaban los sentidos con pecado líquido.

Con las manos, le recorrió la columna vertebral y se la apretó contra el cuerpo para envolverla en su abrazo. Por todos los cielos, qué bien se sentía ser suya, estar rodeada por sus cálidos y duros músculos masculinos y por el maravilloso calor que irradiaba su cuerpo desnudo y su piel aterciopelada.

De repente, pensó que debía detenerlo. La iba a comprometer, y se iba a convertir en una mujer arruinada. Jamás se casaría con ella, lo prohibiera Dorian o no. Jamás se casaría con nadie. Y ella tampoco quería un marido. ¿No?

Las caricias de su lengua y sus labios contra los suyos la hicieron sentir cálida y sólida y le mermaron cualquier poder de decisión. Detenerlo le era imposible. Sin importar lo que ocurriera después, deseaba eso. Por más que solo fuera una noche, sabría lo que era estar con Lucien y yacer en sus brazos.

Su beso se intensificó y se volvió más demandante. Chastity sentía los senos hinchados y pesados, y los pezones se le endurecieron en dos puntos que se apretaban contra el pecho de Lucien. Algo cálido y maravilloso se le formó entre los muslos.

Lucien le besó el cuello, le depositó besos suaves y las piernas se le estremecieron como si estuviera a punto de desmayarse. Pero la

sostuvo, la alzó como si no pesara nada, con un brazo bajo las rodillas y el otro debajo de la espalda y la llevó hasta la cama. Chastity soltó un gimoteo. La tormenta aún seguía azotando en el exterior, se oía el aullido del viento que los protegía de cualquier intruso.

Lucien la depositó sobre el colchón con suavidad para recostarse a su lado. Chastity observó el poderoso pecho suave debajo de la mata de vello rubio que lo recubría y se humedeció los labios.

—¿Vas a perder la apuesta?

—No. Aunque sea una tortura, te voy a demostrar que no soy mi pecado.

Sus ojos violetas guardaban una promesa de cosas maravillosas. Quizás él también sentía la increíble atracción de lo prohibido. Chastity le acarició la mejilla.

—Te lo tienes que demostrar a ti mismo.

—Me conoces demasiado bien, estrellita. Te he contado cosas que jamás le conté a nadie. Ni siquiera a Dorian.

Chastity soltó un suspiro.

—Yo también.

Lucien se le acercó tanto que pudo sentir su aliento contra la piel. En el exterior, la lluvia caía sobre el techo y se oían algunos truenos. Lucien la recorrió con la mirada como si se la estuviera grabando en la memoria.

—¿Esto es lo que vamos a hacer? —le preguntó—. ¿Besarnos?

Lucien se rio entre dientes antes de moverse y extraer algo blanco y afelpado de debajo del cuerpo. Una pluma…

Estaba mal que se encontraran allí a solas y casi desnudos. Estaba prohibido. No solo por Dorian, sino también por la sociedad, por su virginidad y por la parte de ella que hacía mucho tiempo había decidido que jamás sería una mujer verdadera, al menos, no en el sentido en que su padre y la sociedad esperaban que lo fuera. Sin embargo, había algo cautivante e increíblemente excitante… hasta liberador… en el hecho de permitir que eso ocurriera. Ese acto con el que Chastity había soñado en secreto desde que aprendió lo que ocurría entre un hombre y una mujer.

—No nos limitaremos a besarnos. —Una sonrisa pícara le asomó al atractivo rostro—. Las condiciones de la apuesta estipulaban que yo no podía experimentar placer sexual ni dármelo a mí mismo o tener coito. Pero no has dicho nada de besarnos… o de que te dé placer a ti.

Chastity tragó con dificultad.

—Diablos, debería haber pensado en las reglas con más cautela.

Le pasó la pluma con suavidad por el cuello y por encima del pecho y del escote de la túnica, y le produjo un delicioso cosquilleo en toda la piel. Chastity se estremeció y tomó una profunda bocanada de aire ante todas esas sensaciones nuevas. La espalda se le arqueó por voluntad propia.

—¿Esto es lo que te gusta? —le preguntó—. ¿Caricias suaves y tiernas?

—No lo sé. Nunca…

Lucien se rio entre dientes y continuó la exploración con la pluma. Descendió hacia el estómago y la entrepierna.

—¿Te gustaría que siga? —le preguntó.

«Oh, sí, sí, sí», repuso su cuerpo a su propia manera, a través de la necesidad que sintió en la boca del estómago, del anhelo que experimentaba en los senos y del modo en que sus labios añoraban los de él.

—Yo… eh… —fue lo único que atinó a decir.

La pluma le exploró la zona del vello púbico y siguió descendiendo por un muslo y una rodilla flexionada. Por desgracia, esas partes del cuerpo seguían cubiertas por la túnica de muselina.

—Te quiero dar placer —le murmuró—. No tomaré nada… solo me deleitaré contigo a través de mis ojos, mis manos y mi boca.

Por todos los cielos, ¿por qué le resultaba tan deliciosa esa idea? ¿Qué querría decir? ¿Se convertiría en una mujer caída en deshonra?

—No te quitaré la virginidad. Y no haré nada que no quieras.

Mientras la pluma le acariciaba la piel expuesta del tobillo, Chastity soltó un jadeo suave, abrumada por la sensación exquisita e inesperada. Jamás se había imaginado que su cuerpo fuera capaz de sentir eso. Lo cierto era que no le prestaba demasiada atención a su cuerpo. La mayor parte del tiempo intentaba ignorar las cosas

insignificantes, como el placer físico, ya fuera por comida, bebida o… bueno… deseo sexual. No había pensado que se sentiría de ese modo en toda su vida. Su camino le había quedado claro desde el momento en que vio a Lucien besando a la señorita Chinery. Chastity jamás sería una mujer a la que besar, acariciar o desear.

Sin embargo, allí estaba, y Lucien abría la puerta a un mundo completamente nuevo, que era su cuerpo. Resultó ser un mundo de sensaciones y placer… Y, para su sorpresa, se estaba descubriendo a sí misma, la parte de ella que había encerrado y enterrado hacía muchos años.

—Eso es lo que deseo, Lucien.

Al oírla, soltó el aire y cerró los ojos.

—Oh, mi dulce estrellita, ¿hace cuánto anhelo oír eso?

¿Lo decía en serio? Chastity no se acostumbraba a oírlo decir eso, a la realidad en la que Lucien se sentía atraído hacia ella, soñaba con ella y quería acostarse con ella.

Con ternura y detenimiento, le subió la túnica por la pierna y le hizo sentir el aleteo de cientos de mariposas contra la piel. Le produjo luces y cosquilleos por todo su ser. Luego le acercó los dedos a la entrepierna. Oh, por todos los cielos, un hombre la iba a ver desnuda… Había algo en la intimidad de ese momento que se asemejaba al acto de exponerse como era en verdad, con toda la vulnerabilidad que jamás le había mostrado a nadie. Era un acto de confianza. Lucien la había herido en el pasado, y ella confiaba en él.

Le quitó la túnica por la cabeza, y Chastity quedó desnuda y expuesta bajo el tamborileo de la lluvia y las ramas de los árboles que arañaban las paredes, el tejado y las persianas de la cabaña. Era como si el poder de la naturaleza y los elementos fuera de control a su alrededor también fueran amantes, y se frotaran contra sus sentidos y le calaran hasta lo más profundo del corazón.

A Lucien se le oscureció la mirada mientras le recorría el cuerpo.

—Estrellita… Te ves magnífica…, luminosa…, hermosa.

Hizo la pluma a un lado y la volvió a besar, con la mano le recorrió el cuerpo, le acarició los senos, le provocó los pezones con roces delicados, se los retorció y masajeó hasta hacérselos

endurecer. Chastity soltó un sonido que jamás antes había hecho, algo entre dolor y placer… mucho placer.

—Eso es, mi hermosa estrellita —le dijo con el aliento entrecortado—. Sé que tu cuerpo fue hecho para esto.

Sin dejar de provocarla, la volvió a besar. Fue un beso tan explorador y hermoso que se sintió maravillosa, celestial y divina. La sensación de que le saboreara la boca y los senos fue demasiado, y Chastity no logró contener los gemidos que se le escapaban. No pudo hacer nada para controlarse. Lucien también gemía de placer y movía la pelvis y el cuerpo con suavidad, al ritmo del de ella.

Cuando siguió descendiendo, una ola de dicha lo siguió. El cuerpo se le alzó y cayó en olas, como si participara de un baile extraño. Lo quería más cerca; lo quería por todos lados, en su interior y a su alrededor. Quería respirarlo, olerlo, saborearlo, frotarse contra él y disolverse en él. Quería fundirse en un solo ser con él porque le estaba encendiendo la ola de placer más intensa que jamás había concebido, y le iba a hacer perder la razón. Las manos le produjeron un cosquilleo en el vello púbico y jadeó al tiempo que un nuevo conjunto de sensaciones le explotaba en el cuerpo.

—Abre las piernas para mí, corazón.

Chastity le hizo caso y separó los muslos ante las instrucciones como si él fuera su comandante y director. Sentía la anticipación en cada fibra de su ser. Lucien le deslizó los dedos por el vello y luego se dirigió a los pliegues. Chastity se estremeció y soltó un jadeo.

—¡Lucien! —exclamó al tiempo que uno de los dedos le rozaba la parte más sensible.

—Sí, corazón —le respondió—. ¿Te gusta?

—Sí… ¡Oh, cielos! Por favor, no te atrevas a detenerte.

Cuando Lucien se rio con suavidad y apartó el dedo, Chastity se retorció desilusionada.

—Te he dicho que…

—Shhh… —le susurró—. Ya sé lo que necesitas, corazón. Confía en mí.

Le volvió a acercar los dedos a sus pliegues y le hizo unas caricias suaves como si sus dedos estuvieran hechos de la luz de

estrellas. Chastity separó los muslos aún más y quiso acercarse más al placer.

—Oh, ahí está ese hermoso cascarón —suspiró con suavidad—. Anhelando un poco de atención.

Mientras hablaba, algo húmedo le recorrió el muslo, y Chastity jadeó horrorizada.

—¡Oh!

—Eso es normal, corazón. Es porque me deseas. Estás lista para mi pene.

Su pene… debía de ser la palabra para describir su órgano sexual. Cielos, sus paredes internas estaban tensas con una ferocidad que le producía más placer.

—Deseo tu pene —le confesó mientras le frotaba los labios con los dedos.

La provocó, jugó con ella, le dibujó círculos suaves alrededor de un punto que ningún libro de anatomía había descrito y le produjo más placer que ninguna otra parte del cuerpo. Toda la dulce dicha que le había estado provocando como un alquimista que prepara un elixir ahora se concentraba en ese único punto.

Se lo frotó con tanta delicadeza que apenas lo sintió, pero esas fueron las caricias que más la excitaron, las que le producían unas pequeñas olas de calor y anhelo, las que la llevaban a alzar las caderas para rogarle más y para sentir su tacto con desesperación.

Al final, sin advertencia alguna, la comenzó a frotar más rápido en el centro de placer hasta que las sensaciones se intensificaron tanto que la llevaron a una suerte de cima. Allí no logró concentrarse ni un instante más en esa dicha. Se vio abrumada por un crescendo que fue imposible de detener. Soltó una exclamación sin dejar de montar ese momento hasta la eternidad, hasta que acabó deshaciéndose en sus brazos temblando. Tenía unas lágrimas recorriéndole la mejilla.

Se apoyó contra su pecho cálido y duro, y Lucien la envolvió en sus brazos para acercársela. Mientras lloraba, la consoló y le acarició la espalda con las manos. Al sentir su erección, Chastity supo que debía estar atravesando una tortura absoluta.

—Ya, estrellita. —El aliento cálido y suave le rozó el oído—. ¿Te encuentras bien?

Chastity asintió con la cabeza.

—No sé por qué estoy llorando… —le susurró—. Yo… Nunca creí que algo así sería posible.

—Ya lo sé —le susurró—. Es lo que te decía, corazón. No tienes que cerrar esta parte de ti. Jamás debiste hacerlo. Acéptate como mujer, porque esa parte de ti solo fortalecerá a la científica que llevas dentro.

Chastity asintió con la cabeza y se apoyó contra él. Lucien acababa de seducir a la mujer más fría de toda Inglaterra y acababa de encenderla en llamas. Jamás volvería a ser la de antes luego de esa experiencia. Acababa de ver el destello de la mujer que siempre había temido ser… aunque, en secreto, esa era la mujer que siempre había aspirado a ser.

16

Acababa de seducir a la hermana menor de su mejor amigo. ¡Que el Señor lo amparara!

Mientras cabalgaba de regreso a la casa con Chastity a sus espaldas, Lucien se sintió desgarrado entre sentimientos de alegría tonta que amenazaba con explotarle del pecho como un ave que remontaba en vuelo y el temor que se le asentó en los hombros con gran pesadez.

Había hecho exactamente lo que Dorian le había prohibido. Había mirado a su hermana de manera indecorosa. La había tocado… muchas veces. Y, al hacerlo, había violado varios principios de la hermandad. Casarse con ella lo llevaría a romper otros más.

El caballo de Chastity se había calmado y avanzaba por entre las ramas oscuras, que se veían negras contra el cielo plomizo. Todavía algunas gotas de lluvia ocasionales caían de las ramas mientras el viento seguía soplando fuerte.

Montada sobre el corcel, Chastity no dejaba de echarle miradas de soslayo cargadas con un significado especial y unas sonrisas tiernas dirigidas solo hacia él. Lo desarmaba por completo.

Por todos los infiernos, ¿qué iba a hacer? ¿Y qué era ese sentimiento liviano, ese condenado cosquilleo en el corazón y esa sensación de que sin importar lo mal que estuviera tener intimidad con Chastity, se había sentido lo más correcto de toda su vida?

Habían pasado varias horas hasta que la tormenta terminó… fueron algunas de las horas más deliciosas y tortuosas que había

soportado. En ese momento, debían de estar a medio camino de regreso en el bosque y avanzaban a toda prisa porque la luz del día se estaba desvaneciendo a un ritmo acelerado. De repente, oyeron unos cascos que se movían hacia ellos por el sendero.

Lucien miró de reojo a Chastity. Alguien estaba a punto de verlos, y podría quedar comprometida.

—No temas, Lucien —le dijo—. Solo diré que me encontraste y me rescataste luego de que pasara la tormenta.

Lucien asintió con la cabeza. Acababa de deshonrarla… ¿y ella lo iba a proteger? Sin embargo, no tuvo tiempo de responder porque los cascos de los caballos se acercaron más, y al cabo de unos segundos, Dorian y Constantine aparecieron en el sendero cabalgando a toda prisa.

En la expresión seria de Dorian se veía la preocupación. Cuando posó la mirada sobre Chastity, sintió tanto alivio que se relajó.

—¡Chastity! —exclamó y jaló de las riendas para detener al animal—. ¡Lucien!

Pryde también detuvo a su corcel al tiempo que Chastity y Lucien lo imitaban.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Pryde, que descendió hasta el suelo con un largo abrigo de color azul marino que se veía negro en la luz opaca del anochecer. Las botas inmaculadas destellaban—. Hay varios equipos de búsqueda tras el rastro de ambos. Todos lograron regresar a la casa, excepto ustedes dos. También tuvimos que rescatar a la señorita Anne Rose, que se encontraba en un estado de conmoción.

Dorian frunció el ceño mientras desmontaba. Lucien lo siguió.

—Hermana, ¿te encuentras bien? —preguntó Dorian avanzando hasta su lado y mirándola con cautela. Chastity seguía sentada sobre su caballo—. ¿No estás herida?

Chastity soltó una carcajada. Tenía las prendas bastante húmedas, al igual que Lucien. Ni siquiera el calor del hogar había bastado para secarlas por completo. Tenía el cabello enmarañado, con ramas, trozos de hojas secas e incluso un poco de heno debajo de los rizos oscuros que le cubría el bonete. Además, llevaba varias manchas de barro en la falda del vestido.

—Me encuentro perfectamente bien —le aseguró—. Sin embargo, casi me caí. El caballo se asustó mucho durante los truenos y los rayos y salió galopando por el bosque. Me habría roto el cuello de no haber sido por Lucien, que me encontró y calmó al pobre animal.

Dorian volvió el rostro pálido hacia él con una expresión de horror seguida de una de alivio. Tras soltar el aliento, le apretó el hombro.

—Oh, gracias, amigo. Gracias por salvarla.

Lucien asintió con la cabeza sin dejar de retorcerse por dentro. Deseaba que eso hubiera sido lo único que hubiera pasado. Deseaba poder aceptar el agradecimiento de Dorian de todo corazón… Había honrado el principio de proteger a la familia de su amigo… al menos de la tormenta.

No obstante, había quebrado varios principios de su amistad y de su hermandad. El principio de la lealtad, había traicionado la confianza de su mejor amigo al hacer algo que le había prohibido. El de compartir los secretos, porque bajo ninguna circunstancia tenía pensado contarle ese secreto. Y, a pesar de que había ayudado a Chastity, también la había seducido y la había deshonrado sin ninguna intención de casarse con ella… Y quería hacer más que eso. Todos los deseos eran naturales… sin importar cuán perversos eran. Excepto por el deseo de obtener placer con la hermana de su mejor amigo.

—Claro —le respondió sin mirarlo a los ojos—. Es tu hermana.

Con el ceño fruncido, Dorian le soltó el hombro.

—¿Dónde estaban exactamente?

—En la cabaña del antiguo encargado —le informó Lucien. «Señor, ayúdame a volver a mirar a Dorian a los ojos con el corazón liviano». Dorian lo descubriría todo. De seguro sabría que algo no cuadraba.

—Oh, claro —dijo Pryde—. Me había olvidado de esa cabaña. Bien pensado, Lucien.

—Aguardamos a que se pasara la tormenta allí —intervino Chastity—. No podíamos cabalgar bajo la tormenta con el caballo tan asustado. Además, el caballo de Lucien también comenzó a

inquietarse. Era demasiado peligroso con los relámpagos y los árboles que se caían por todos lados.

—Sin dudas —prosiguió Pryde con cautela—. Tu seguridad es primordial.

—Pero ¿estaban a solas? —preguntó Dorian con cautela entrecerrando los ojos—. Durante horas…

—Sí, Dorian —exclamó Chastity irritada—, a solas. Disculpa, pero ¿acaso preferías que Lucien me llevara de regreso a la casa de inmediato y que me arriesgara a romperme el cuello si los dos caballos se asustaban?

Dorian arqueó una ceja.

—No, claro que no.

—Además, es Lucien —añadió Pryde—. Anda, Rath, ya sabes que puedes confiar en él como confiarías en ti mismo. Y como confiarías en el resto de nosotros.

A Dorian se le inflaba y desinflaba el pecho acelerado mientras estudiaba a Lucien.

—Ya lo sé, pero también conozco a Lucien. Todos los deseos son naturales, sin importar cuán perversos sean, ¿no, Lucien?

A Lucien se le tensó la garganta.

—Sí, para todos —logró decir.

Dorian asintió con la cabeza, y se le tensó el mentón.

—¿Me das tu palabra de que no ocurrió nada y de que el honor de mi hermana se encuentra intacto?

A Lucien se le hundió el corazón a los pies.

Dorian lo miraba con los ojos entrecerrados y le perforaba el alma corrupta.

—Mírame a los ojos y dame tu palabra de honor.

Lucien se sentía como un hombre despreciable y espantoso. No tenía otra opción. Tenía que proteger la reputación de Chastity. Y su amistad con Dorian. Su pertenencia a la hermandad. Su lugar en las vidas de Dorian y Chastity. ¿Qué sería de él sin ellos?

«¡Diablos!».

Miró a Dorian a los ojos, los ojos de un hombre que siempre había sido un hermano para él y le dijo la primera mentira en todos sus años de amistad:

—Te doy mi palabra de honor.

Dorian exhaló aliviado y asintió con la cabeza.

—Gracias. Sabía que podía confiar en ti.

Chastity arqueó las cejas.

—También me podrías haber preguntado a mí.

—Claro —repuso Dorian—. La palabra de Lucien me basta. Pero dime si te ha hecho sentir incómoda.

—Sacando de lado las bromas de siempre y sus extrañas opiniones acerca de la moda femenina, no me hizo sentir para nada incómoda —repuso Chastity.

Lucien sintió que tenía la piel húmeda y sucia y que se le estaba corrompiendo el corazón. Que amigo más terrible era. Tanto para Dorian como para Chastity. A pesar de todo, jamás había experimentado una felicidad como la que sintió durante esas horas prohibidas con ella, en esa pequeña burbuja, en ese pequeño mundo propio, protegidos por la tormenta y cubiertos por la lluvia.

—¿Y te encuentras bien como para cabalgar? —le preguntó Dorian a su hermana.

—Perfectamente bien —le aseguró con la espalda erguida y como una diosa en una caza—. Deja de preocuparte por mí.

—Lucien, ha llegado una carta urgente para ti —dijo Pryde mientras desmontaba del caballo—. Llegó un jinete hace una hora, no mucho después de que pasara la tormenta. Habría venido más temprano, pero las condiciones climáticas lo retuvieron.

Lucien arqueó una ceja.

—¿Para mí?

Pryde se llevó la mano al bolsillo interno del abrigo y extrajo un papel doblado. Luego se lo entregó.

—Regresemos a la casa así la puedes abrir —sugirió Pryde.

Sin embargo, Lucien ya había roto el sello y abierto la carta para comenzar a leerla en voz alta.

Londres, 10 de agosto de 1814

Dirigida al duque de Luhst

Milord:

Ha llegado a mi conocimiento que es el progenitor de un hijo natural. Le ruego que entregue la suma de dos mil libras esterlinas a la dirección que se indica debajo en una semana. También le recomiendo que venga solo.

Si no logra cumplir con esta solicitud, la identidad de su hijo será revelada ante toda la sociedad. Le aconsejo que no pierda tiempo intentando develar mi identidad, porque esos esfuerzos resultarán infructuosos.

Le aseguro que cumplir con esta solitud no es únicamente lo más conveniente para usted, sino también para el niño en cuestión.

Su humilde y obediente servidor.

Su amigo.

Dirección para la entrega:

Calle Leman 17, Whitechapel

Londres

Lucien sintió un estremecimiento gélido en la columna vertebral. Las palabras se mecían frente a él. ¿Tenía un hijo? ¿Alguien lo estaba chantajeando? Contuvo una maldición al tiempo que una capa de sudor le cubría la piel. ¿Podía ser real?

—¿Tienes un hijo? —preguntó Chastity con suavidad.

Lucien alzó la mirada hacia ella.

—Esto es absurdo. Claramente alguien quiere sacarle dinero a un duque.

—¿Estás seguro de que no tienes un hijo? —le preguntó Dorian —. A lo mejor no sabes que has engendrado un niño. No es como si no hubieras conquistado a nadie.

Lucien miró a Chastity y se sintió cohibido. No quería hablar de otras mujeres delante de ella.

—Siempre he tenido cuidado.

Chastity adoptó la máscara de frialdad y construyó paredes a su alrededor. El rostro no le delató nada, pero tenía los ojos algo humedecidos.

—¿No existe ni la más mínima posibilidad de que esto sea cierto? —le preguntó Pryde frunciendo el ceño preocupado—. ¿Estás completamente seguro?

A Lucien se le aceleró la mente. Claro que existía una posibilidad de que hubiera engendrado un hijo… al fin y al cabo, todas las precauciones que había tomado podrían haber fallado. Pero, aunque hubiera sido un accidente, no tenía ninguna intención de reconocerlo. Y una carta no probaba nada, en especial cuando no brindaba alguna evidencia o un detalle.

—No puede ser cierto —les aseguró—. Solo quieren dinero. La carta no es nada. No estoy preocupado en lo más mínimo.

Sin embargo, sintió el peso de un peñasco en el vientre…

17

El día siguiente, el cielo estaba plomizo y hacía frío. Chastity pasaba las páginas de un libro de Shakespeare, sentada en un sofá al lado de Patience y la señorita Anne Rose. Había al menos una docena de damas reunidas en la sala de estar para damas de la propiedad de Pryde. Bebían el té en la hermosa sala espaciosa, con paredes celestes pastel y marcos cubiertos en oro que, por algún motivo, se veían diferentes. A pesar del día gris que se veía a través de los ventanales, todos los colores parecían más vibrantes ese día; tanto las molduras en el cielorraso como otros detalles que nunca había apreciado le parecían más interesantes. La tormenta de la noche anterior había roto el hechizo del calor opresor y le había brindado un alivio refrescante a su cuerpo, pero su espíritu se encontraba agitado. La tormenta la había cambiado… Había cambiado su mundo entero.

Las damas estaban distribuidas por la habitación. Algunas conversaban, mientras que otras leían. *Lady* Virtoux se encontraba en el centro de un pequeño grupo de mujeres, con la voz baja, pero animada. Las damas que la rodeaban se acercaban a ella e intercambiaban miradas cómplices sin dejar de soltar jadeos o cubrirse las bocas con las manos. Sin dudas, estaban intercambiando chismes. Si tan solo supieran lo que habían hecho Chastity y Lucien…

Patience estaba hablando en voz baja con Anne, que se veía conmocionada. Durante la tormenta, le había ocurrido algo. La

habían encontrado corriendo por el bosque con el vestido desgarrado y muy afligida.

Chastity se obligó a prestar atención al libro que tenía en el regazo, pero las letras se le nublaban y bailaban frente a ella, y en lo único que podía pensar era lo que había pasado.

El día anterior al baile, iban a realizar la obra de teatro. Para su perplejidad, el señor Audley, el director, le había dado el papel de Julieta. Chastity no podría haber estado más enfadada por eso con él y con Pryde, a quien le pareció una idea excelente y no intentó convencer al señor Audley de lo contrario.

Sabía que debía estudiar su papel para no ponerse en ridículo. Pero, a decir verdad, no podía dejar de pensar en Lucien y en lo que había ocurrido en la antigua cabaña del encargado. En el placer. En la cercanía. En la felicidad.

Si su versión de catorce años hubiera sabido de que en el futuro haría eso con Lucien, jamás lo hubiera creído. Y si lo hubiera sabido, ¿habría permitido que la dominación de su padre la encerrara en una caja y encarcelara una parte muy importante de sí misma? ¿O podría ver lo mismo que Lucien veía en ella? De haber sabido lo que sabía ahora, ¿habría sido completamente diferente su vida?

Intentó concentrarse en la siguiente línea de Julieta, pero se le nubló. Lo que sabía era que no era la misma persona que el día anterior. No era una mujer aún, pero tampoco era más una doncella, por más que su virginidad siguiera intacta… Ya no era la misma persona fría y distante. Había cambiado. Pero ¿podía confiar en Patience? Cuando Anne se puso de pie y se dirigió al otro extremo de la sala para servirse té, una dama entabló conversación con ella.

—Patience —la llamó Chastity en voz baja tras mirar alrededor y asegurarse de que nadie las oyera.

—¿Sí, querida? —le respondió Patience colocando la taza de té sobre el platillo.

—Necesito tu consejo… pero antes debes prometerme que esto quedará entre nosotras.

Patience frunció el ceño y se acercó a Chastity.

—Claro. ¿Qué sucede?

Chastity soltó el aliento. Eso de confiarle sus sentimientos a una amiga también era nuevo para ella. Por lo general, se limitaba a ignorarlos o reprimirlos, a concentrarse en la mente y no en el cuerpo o en las emociones. Pero ahora, las emociones hervían en su interior, y no sabía cómo lidiar con ellas.

—Yo… eh… —Miró alrededor de la habitación para asegurarse de que nadie la podía oír—. Algo ocurrió ayer durante la tormenta.

—¿Qué? —le preguntó Patience inclinándose hacia adelante—. ¿Has sufrido alguna herida? Dorian me dijo que Lucien te salvó, pero no dijo nada acerca de una herida.

—No sufrí ninguna herida.

Patience frunció el ceño y estudió el rostro de Chastity al tiempo que se sonrojaba.

—Por todos los cielos… No… Oh, Chastity, ¿qué pasó entre ustedes?

Chastity miró con cautela al resto de las damas. No había nadie cerca de ellas, y el grupo que rodeaba a *lady* Virtoux acababa de irrumpir en carcajadas.

—Nada a lo que haya objetado.

—¡Oh, Chastity!

—Hablamos. ¡Y resulta que me deseaba desde hacía mucho tiempo!

—Pero claro que te deseaba. ¡Hasta yo te lo podría haber dicho!

Chastity parpadeó.

—¿Era tan obvio?

—¡Sí, siempre lo ha sido para mí!

—¿Y para Dorian? ¿Lo sabe? ¿Es por eso que le prohibió tocarme?

Patience soltó un suspiro.

—No, no creo que Dorian lo vea. Quizás no quiera verlo.

—No puedo dejar de pensar en Lucien. Además, insinuó que también siente algo por mí.

—¿Siente algo por ti? ¿Algo más que… deseo?

A Chastity se le ciñó el pecho, y soltó el aliento despacio.

—Estás al tanto de su reputación. Lucien va detrás de cualquier mujer que se le atraviese. ¿Cómo podría un libertino como él

albergar sentimientos tiernos hacia alguien como yo? —Hizo el libro a un lado con la garganta seca y bebió un sorbo de té—. Pero creo que dijo eso. Hablamos de nuestra infancia. Me contó la experiencia más horrorosa de su vida… que explica por qué es como es… Y no es su culpa, Patience.

A Patience se le humedecieron los ojos.

—Estoy segura de que no, querida.

—Pero ¿qué me dices de lo que hizo por mí? Los vestidos, las clases, los consejos… Eso solo lo haría por una amiga. ¿Es todo lo que soy para él? ¿Una amiga?

—Creo que eres más que eso.

—Y si lo soy… ¿Qué va a pasar? Él no se quiere casar, ni conmigo, ni con nadie. Y yo tampoco.

Patience la miró perpleja.

—Querida, un momento, hay mucho que considerar aquí. Primero dime qué te ha enseñado.

Chastity soltó un suspiro.

—Cómo hablar con los caballeros para que reparen en mí.

—De acuerdo. —Patience parpadeó varias veces—. De acuerdo. Y, a pesar de eso, ¿guarda sentimientos por ti? Estoy un poco confundida.

Chastity bajó la taza de té.

—Hicimos una apuesta. Él se está absteniendo por un mes mientras que yo debo recibir una propuesta de matrimonio de *lord* Wardbury.

—¿Qué has dicho? —Patience abrió y cerró la boca—. ¡Oh, Chastity, qué valiente eres! Jamás creí que te atreverías a algo así. Pero acabas de decir que no te quieres casar.

—No tengo ninguna intención de casarme con *lord* Wardbury —le aseguró—. Solo debo recibir la propuesta matrimonial.

Patience le ofreció una sonrisa ancha.

—¡Qué mujer más atrevida! Admiro mucho esta nueva faceta tuya, hermana. Uno tiene que darle forma a su propio futuro en lugar de aguardar a que la fortuna nos sonría. He visto que *lord* Wardbury reparaba en ti y me estaba preguntando si a ti te gustaba.

¿Acaso el capitán Harrington y el señor Audley no están prendados de ti también?

—No, solo somos amigos. El capitán es un aventurero de lo más fascinante, y el señor Audley y yo compartimos el mismo gusto en poesía y literatura. Me dio un poema que escribió para que le diera mi opinión, así que estoy tomando algunas notas para él.

—Pues, me atrevería a decir que te consideran algo más que una amiga.

Chastity apretó las manos en el regazo.

—No importa… ¿Qué hago respecto de Lucien?

—¿Acaso te ha… eh… quitado la virginidad? —le preguntó en un susurró.

—No. Pero… eh… hizo otras cosas. —Soltó una risita—. Cosas maravillosas… Con una pluma…

Patience abrió la boca al tiempo que el rostro se le tornaba de color carmesí. Miró alrededor acalorada, pero por fortuna, ninguna de las damas parecía estar reparando en ellas.

—¡Chastity! —exclamó en un susurro—. Soy una mujer casada, ¿cómo puedes hacerme ruborizar de este modo?

Chastity se encogió de hombros.

—Sé de anatomía. Pero no sabía que podía ser tan maravillosa y agradable.

—Bueno —dijo Patience mientras se apretaba las palmas de la mano contra las mejillas. Acto seguido, tomó el abanico para calmar el calor. Chastity esperó que el resto de las damas asumieran que se encontraba en ese estado por el embarazo y no por la conversación que estaban teniendo—. ¿Qué quieres hacer respecto de Lucien?

—¡No lo sé! Estoy muy confundida.

—¿Quieres que te pida matrimonio?

—Yo… No lo sé. Ayer, definitivamente hubiera dicho que no, pero hoy no estoy tan segura.

Patience dobló el abanico.

—Mira, querida, lo más importante es saber lo que quieres. ¿Te puedes imaginar un matrimonio con él?

—Quizás… Ayer tuve un vistazo de cómo sería un matrimonio. Con intimidad, placer, apoyo… No me impediría realizar mi

investigación. No quiere niños, y yo tampoco. Ayer hablamos de temas de los que solo hablan los mejores amigos.

—Pero ¿crees que te pediría matrimonio?

Chastity soltó un suspiro.

—No quiere una esposa. Jamás.

—Entonces ¿solo puedes aspirar a ser su amante en el futuro?

Chastity se bajó la mirada a las manos.

—Creo que es lo único que quiere ofrecer.

Patience alzó el mentón y la miró a los ojos.

—Si te va a deshonrar y dejarte deshonrada, yo seré la primera en asesinarlo. Y luego lo hará Dorian.

Chastity asintió con la cabeza.

—Yo… Cielos, ¿por qué cambiaría por alguien como yo?

—¿Qué quieres decir con eso de alguien como tú?

—Nunca he sido como tú, Patience. Dulce, femenina, bondadosa, amigable, encantadora… como debería ser una mujer. Eres la duquesa perfecta. Y yo siempre me he concentrado en mi investigación y mi carrera. ¿Cómo podría querer renunciar a su vida de soltero, a todos los placeres y la libertad, por mí?

Patience le sonrió y le tomó la mano entre las suyas.

—Querida, si hay alguien en este mundo por el que Lucien renunciaría a todo eso, eres tú. Nadie se lo merece más, ni es más hermosa, inteligente o generosa que tú. Ojalá lo supieras. Ojalá lo pudieras ver por ti misma.

Chastity soltó un suspiro. Por un momento, se imaginó cómo sería sentirse de ese modo. Pero la imagen y el sentimiento le fueron tan elusivos como las líneas de la obra que no lograba leer. Y tan imposible como reformar al duque notorio que era la personificación misma de la lujuria.

18

Dos días. Lucien había aguantado dos días antes de sentirse obligado a hacer algo, lo que fuera, para acercarse a Chastity.

Por eso llamó a su puerta. La llama de la vela que sostenía en la mano bailaba y saltaba en la oscuridad bajo su aliento acelerado. El pasillo del ala de las mujeres se encontraba tranquilo y oscuro. La noche detrás de la ventana que había al final del pasillo también estaba oscura, porque casi no había luz de luna. Al igual que aquella noche cuando era un niño, y junto con Chastity, una niña, se recostaron a mirar las estrellas. La hermana de su mejor amigo.

Aguardó y contuvo el aliento. No debería estar allí. No solo porque alguien podría verlo, sino también porque… ¿Qué diablos estaba haciendo?

Como no oyó ningún movimiento al otro lado de la puerta, volvió a llamar y apoyó la cabeza contra la puerta, que estaba dura y fría contra su piel. No podía dejar de pensar en ella. Pensaba en ella todos los días de su vida, por el simple hecho de que habían crecido juntos. Pero desde esa condenada apuesta, todo se había tornado más intenso. Desde la noche de la tormenta, se había tornado insoportable. Desde el momento en que probó sus besos, se había tornado una exquisita tortura.

Había fantaseado con besarla desde la primera vez que comenzó a pensar en el sexo opuesto. Cuando creció y se convirtió en una mujer hermosa, se la imaginó desnuda, en sus brazos, mientras la

llevaba al punto de olvido más dulce. Hacía dos días, todo eso se había vuelto realidad.

Pero no era por eso que pasaba cada momento del día pensando en ella. Era el destello de esperanza de la felicidad, la confianza y la verdadera intimidad con ella lo que lo había hecho añicos. Como un demente, no dejaba de pensar en sus preguntas… preguntas que le traían las imágenes más aterradoras a la mente. Imágenes de un hogar y de un futuro… con ella.

Ese día más temprano, la señorita Anne Rose había recibido una confesión de amor pública y dulce, seguida de una propuesta de matrimonio de Justin, el conde de Chans. Ver eso había hecho que el corazón le diera un vuelco. Ese día había estado observando a Chastity como un halcón.

Lord Extraordinario no se apartó de ella ni un instante. Como un fantasma persistente, Lucien los siguió a unos pasos de distancia, sin dejar de oír las conversaciones acerca de la medicina, las investigaciones y las teorías más recientes que se habían publicado y discutido. Sin embargo, en lugar de concentrarse en *lord* Wardbury, Chastity no dejaba de arrojarle miradas a Lucien, y le producía una descarga de energía cálida en todo el cuerpo cada vez que veía sus ojos celestes como el cielo.

Si fuera un hombre normal, y no uno plagado de demonios, iría tras ella. Dorian no le habría prohibido acercarse a su hermana. Y Lucien no tendría la necesidad insaciable de conectar con las mujeres a través del cuerpo.

Lucien volvió a llamar a la puerta. Por fin oyó los susurros de unos pasos y se le aceleró la respiración. La puerta se abrió, y el rostro de Chastity se asomó a través del marco. Al verla, sintió una ola de alegría en todo el cuerpo.

Llevaba varios ruleros en el cabello. Tenía los ojos abiertos de par en par debajo de las pestañas. Reparó en la nariz adorable y en los labios entreabiertos por la conmoción. Y al verla en la túnica, la sangre se le dirigió a la entrepierna. Aunque, si tenía que ser sincero, esos días no necesitaba demasiado para excitarse, pero no había nada que funcionara mejor que verla.

—¡Lucien, estás loco! —jadeó en un susurro—. ¿Qué haces aquí?

Lucien le sonrió.

—Me gustaría secuestrarte para que hagamos un pícnic afuera, estrellita.

—¿Qué has dicho?

Lucien alzó la cesta que contenía una manta, una botella de vino, pan, manzanas, uvas y queso.

—La luna es una línea delgada, como un cabello, corazón, y las estrellas…

Chastity jadeó y echó un vistazo por el pasillo.

—¡Has perdido la razón! ¿Y si alguien te ve aquí?

—Será más excitante aún, estrellita —le dijo guiñándole un ojo—. Vive un poco, vamos. Te eché de menos todo el día y toda la noche. Necesito tenerte entera para mí un tiempo.

—No. —Lo empujó por el pecho—. ¡Regresa a la cama!

—Dame una hora de tu tiempo… treinta minutos. Quiero un poco de Chastity para mí —le susurró—. Para poder vivir un día más.

Chastity abrió la boca, pero no dijo nada.

—Además, tengo un regalo para ti. —Le guiñó un ojo.

Chastity soltó un suspiro alto.

—Lucien…

—Anda. O vienes conmigo, o entro contigo. Tú eliges.

—Tienes que marcharte.

Tras eso, le cerró la puerta en el rostro.

El rechazo fue como una bofetada. Lucien se quedó de pie abriendo y cerrando la boca frente a la puerta cerrada, con el pecho tenso y lleno de dolor, como si un caballo acabara de patearlo. En el pasado, lo habían rechazado algunas mujeres, pero jamás le había importado. Un cuerpo era un cuerpo. Y siempre podía encontrar a otra mujer. Pero jamás encontraría a otra Chastity. Y Chastity acababa de cerrarle la puerta.

Lucien cerró las manos en puños y apretó el mango de la cesta hasta que se le clavó en la piel. Quiso tomar una profunda bocanada de aire, pero no logró hacerlo. Fulminó a la puerta con la mirada. Quería tirarla abajo. Demolerla. Destruir todo lo que se encontraba entre él y ella, todo lo que la volvía en un fruto prohibido para él.

Al diablo. No soportaba eso. No permitiría que se apartara de él.

Determinado, recorrió el pasillo a toda prisa, sin importarle que alguien lo oyera. «Que me oigan». Se casaría con ella si era necesario. ¿Acaso eso sería lo peor del mundo? «Oh, sí. Lo será», le susurró una voz traidora en la cabeza. «Lo será, porque el matrimonio destruiría todo lo bueno que significa ella para ti, al igual que destruyó a tus padres y como el matrimonio de tus padres te destruyó a ti. Las únicas dos cosas buenas en tu vida son Dorian y Chastity. Dorian es el único amigo verdadero que tienes, y te detestará para siempre. Y obligar a Chastity a casarse en contra de su voluntad solo hará que te resienta. La única sensación de familia que tienes… Todo desaparecerá para siempre. Y entonces sí que morirás solo como te lo mereces».

Lucien se estremeció. Si pudiera cubrirse los oídos y callar a esa voz para siempre, lo haría. Pero a pesar de la amenaza de perder todo lo que le importaba, no soportaba la idea de estar alejado de ella. Tenía que salvar la felicidad que ella le había dado.

Y como había más de una forma de entrar en una habitación, salió al aire fresco de la noche y se dirigió a la parte trasera de la casa. La piel se le enfrió un poco, pero no lo suficiente como para detener el veneno que le hervía y lo corroía por dentro. No permitiría que nada se opusiera entre él y Chastity.

Como recordaba, un enrejado cubierto con un rosal trepaba por la pared de la mansión directo a las ventanas de Chastity. Lucien se acomodó la cesta en el brazo y comenzó a trepar. Soltó varias maldiciones al sentir las espinas que se le clavaban en el cuerpo, pero un poco de dolor no lo detendría.

El rosal tembló cuando llegó a la ventana. Miró hacia abajo y, de inmediato, deseó no haberlo hecho. Ignoró las náuseas que sintió en el estómago y llamó a la ventana.

Chastity la abrió con una expresión perpleja en el rostro, y le susurró enfadado:

—¡Me acabas de cerrar la puerta en la cara, estrellita! No te atrevas.

Chastity lo observó conmocionada.

—¿Qué no me atreva a qué? ¡Me atreveré a cerrar la puerta o la ventana si es lo que deseo!

Lucien soltó un gruñido exasperado.

—¿Me vas a dejar entrar o no? —le preguntó—. Estoy trepando por las paredes. —La planta volvió a moverse, y Lucien se balanceó.

Una mirada de preocupación le apareció en el rostro y se acercó a la ventana para mirar hacia abajo.

—De acuerdo. —Se hizo a un lado—. ¡No quiero que te caigas y te rompas el cuello, aunque eso podría ser lo que te mereces!

Lucien entró en la habitación y colocó la cesta en el suelo. Luego se puso de pie respirando entre jadeos y la recorrió con la mirada en busca de palabras.

—¿Qué sucede, Lucien? —le preguntó en un susurro alto—. ¿Qué era tan importante que has tenido que trepar una pared? Estoy cansada, he estado tomando notas para el poema del señor Audley toda la noche.

Antes de responder, luchó por contener la respiración agitada. Sin importar cuánto oxígeno intentara tomar, tenía que jadear por más.

—Tenía que verte. Me has dejado afuera.

—Porque estás actuando como un canalla.

Lucien parpadeó.

—Yo… creí que éramos amigos. Luego del día de la tormenta.

A Chastity se le llenaron los ojos de tristeza.

—El día de la tormenta fue maravilloso, y yo… te tengo mucho cariño y… amor…

No lo podría haber dejado más sin aliento si le hubiera asestado una patada en el plexo solar. ¿Amor? Sentía amor por él…

¿Acaso eso no era algo que se decía en una amable carta de rechazo hacia un interés romántico? A menudo, la dama a la que uno estaba cortejando sentía amor por el galán, pero no estaba enamorada de él. Chastity había estado enamorada de él en el pasado, pero no podía amarlo ahora, no luego de cómo había arruinado todo. No podía amar al hombre en el que se había convertido.

—Siempre seré tu amiga —le dijo, y le dolieron las costillas. ¡Le estaba recitando la carta de rechazo en la cara! —Pero, Lucien, no seré tu amante. Y tú no quieres ser mi marido. Además, ¿qué hay de la carta? ¿Y si tienes un hijo?

—No, eso es una tontería. No tengo ningún hijo. Siempre he tenido mucho cuidado.

—Pero ¿y si lo tienes? Es una responsabilidad que te cambia la vida. ¿Estás listo para eso?

La sangre se le congeló al pensar en un pequeño ser humano que era parte de él y en todas las formas en las que podría causar que una criatura inocente se convirtiera en una desgracia como lo era él. Ese tipo de pensamiento lo hizo estremecer.

—No, Chastity. Dejemos de hablar de cosas que no importan…

—Pero importa. Y… eh… Nuestra relación física, por más hermosa que fuera, no tiene importancia. Tenemos que pensar en Dorian también. Y, de no ser por Dorian, el único modo de estar juntos sería a través del matrimonio, y ninguno de los dos desea eso. Así que no tiene ningún sentido andar trepando por las paredes, hacer pícnics debajo de las estrellas o intentar seducirme.

Sintió como si una espada de esgrima le hubiera atravesado el pecho. Avanzó hasta ella, le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos. Tenía la piel aterciopelada y maravillosamente suave contra sus palmas.

—Es al revés, corazón. Lo que no tiene ningún sentido son las excusas.

Chastity entreabrió los ojos, y los ojos del mismo tono celeste que el cielo le destellaron.

—Y lo que tiene sentido es… esto.

Se inclinó contra sus labios y se apoderó de ella. Durante un instante, no se movió, y Lucien creyó que se haría a un lado. Pero luego, entreabrió los labios suaves para él y lo dejó explorar el paraíso afelpado de su boca. Su piel rozó la de ella, y todo el mundo volvió a su posición, como si las piezas rotas de la realidad se hubieran unido y reparado.

Chastity se estremeció contra él y se acercó aún más. Lucien la atrajo hacia sus brazos y se la apretó contra el pecho con temor a quebrarla. Si pudiera, haría eso: la envolvería en sus brazos, se embriagaría de ella y la volvería parte de su sistema para siempre.

Volvió a saborear sus labios con el cuerpo en llamas. Anhelaba retomar lo que había comenzado en la cabaña del encargado. Quería

excitarla y hacerla suya. Ardía por entrar en lo más profundo de ella, por sentirla retorcerse y estrecharse a su alrededor mientras experimentaba el máximo placer.

Le acarició la espalda hacia arriba y abajo, como si estuviera entallando su hermosa cintura delgada y sus perfectos pechos pequeños. Cuando le levantó la falda de la túnica y le recorrió los muslos desnudos con los dedos, Chastity se estremeció.

—¿Qué haces? —le preguntó en un murmullo.

Lo único que sabía para sentirse cerca de ella.

—Quiero estar con mi estrellita.

Chastity jadeó.

—Lucien, se supone que debes permanecer célibe.

—No he roto tus reglas —le respondió al tiempo que le acercaba la mano al sexo. La sintió cálida, húmeda y lista para él—. Jamás busqué placer para mí, ni solo, ni con otra mujer.

Con delicadeza, le deslizó un dedo entre los pliegues, y jadeó. Al fin, pudo ver la dicha que brillaba en sus ojos, en la forma en que los labios formaban una o perfecta y en el gemido profundo que se le escapó de la garganta. Allí estaba la conexión que buscaba. Chastity estaba abierta para él, y él se encontraba allí con ella; era la cercanía que tanto anhelaba para calmar el alma como un bálsamo. Lo hacía sentir valioso, importante y significativo. Seguro.

—Sin importar lo mucho que anhele tomarte —le dijo al tiempo que con el dedo comenzaba a frotarle el dulce clítoris. Para su gran satisfacción, Chastity soltó un jadeo más fuerte y se hundió contra él. Lucien tuvo que sostenerla y darle equilibrio con su brazo al tiempo que sentía cómo movía los músculos del sexo como si se estuviera estremeciendo por dentro. Tenía que hacerla acabar. Tenía que demostrarle lo bien que se sentiría estar con él. Con un dedo, la siguió frotando mientras que, con el otro, se le acercó a la entrada —. Acercar mi pene aquí y sentir cómo tu entrada estrecha me recibe al tiempo que te estiras a mi alrededor. —La siguió frotando y le dibujó unos círculos en la entrada. Sintió la gran humedad de su sexo, y el miembro se le retorció. Lo tenía tan grueso y endurecido, que podía sentir cada arruga de los pantalones—. Hundirme en la profundidad cálida de tu ser, sentirte recibirme y albergarme

mientras gimes a mi alrededor y llegas a la cima. Tomarte como un animal, perderme y olvidarme de todo, aunque solo fuera por el instante en el que tú y yo nos convertimos en un solo ser.

—¡Santo cielo! —exclamó congelada, al tiempo que los dedos se le cerraban contra la tela del abrigo a la altura de los hombros.

Estaba teniendo un orgasmo. Lucien sintió los músculos del sexo que se le movían rápido al tiempo que enterraba el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro, y todo el cuerpo se le estremecía. Luego se dejó caer contra él como una muñeca, y Lucien la recogió para llevarla a la cama y recostarla allí. Acto seguido, se acomodó a su lado, con una erección tan grande que se sentía incómoda.

Maldita apuesta… No se arrepentía de nada más en la vida que de no poder hundirse en ella y hacerla suya. Se la acercó al pecho, donde pertenecía, y la sintió suspirar contra su piel mientras le acariciaba el cabello y la sentía derretirse.

—Lucien… —susurró—. No puedes seguir haciendo esto. ¿Por qué viniste aquí?

—Quería estar contigo.

Ella se apoyó sobre un hombro y lo miró.

—Estás haciendo trampa. No me detuve a pensar que podrías hacer esto, pero esto no es ser célibe. Sigues reemplazando la cercanía emocional con la física.

A Lucien se le cerró la garganta. Tenía razón. En todo. ¿Cómo podía ser que lo viera con tanta facilidad?

—Quizás. —Estiró una mano y le quitó un rulero para permitir que un rizo oscuro le cayera en el rostro—. Pero mírate, has tenido un orgasmo a los pocos minutos de que te tocara. ¿Cómo pudiste haberte privado de esta parte de la vida? ¿No se sintió bien?

Chastity apretó los labios.

—Claro que se sintió bien. Eres un maestro en esto, pero ¿es de sorprender?

—Eres muy sensible, corazón. Lo necesitabas.

Chastity suspiró.

—Quizás. Pero tienes que hablar en lugar de dejarte llevar por el placer físico. ¿Qué querías decirme? ¿Qué era tan importante como para trepar una pared?

Tragó con dificultad y le recogió un mechón oscuro entre los dedos. ¿Qué quería decirle? Que no soportaba pasar un momento más sin ella. Que detestaba lo fácil que era su relación con *lord* Wardbury. Que detestaba el hecho de que pareciera el hombre perfecto para ella. Que Wardbury podría proponerle matrimonio y que de seguro lo haría. Y detestaba que todo eso era su culpa. Que no podía dejar de pensar en ella, que solo respiraba, caminaba y parpadeaba por ella. Que recientemente había comenzado a pensar que había llegado al mundo para estar con ella. Y, sin embargo, era la única mujer que jamás podría tener.

—Yo… eh… —Miró la cesta que había llevado—. Te he traído un regalo.

Se apartó de su lado, revolvió la cesta y extrajo un trozo de papel doblado que le entregó.

—No es mucho, pero… Tengo una edificación en Bloomsbury. No es en Mayfair, pero es una zona respetable. Si la quieres, es tuya. Hoy le he escrito a mi abogado en Londres para pedirle que la transfiera a tu nombre. La propiedad está vacía porque he estado pensando qué hacer con ella, así que puedes hacer lo que quieras. Puedes construir un laboratorio. Abrir tu propio hospital. Crear un centro de investigación… Es tuya.

Chastity frunció el ceño al tiempo que encendía la vela que se encontraba sobre el aparador y acercaba el papel.

—Lucien, esto es una escritura que tú has hecho —le dijo.

—Sí, porque lógicamente lleva tiempo traspasar una escritura, pero ya casi estamos en el medio de la fiesta, y se va acercando tu fecha límite. Solo te quería decir que no tienes que casarte con *lord* Wardbury ni con nadie más para lograr tus objetivos. No tienes que ponerte en peligro y arriesgar tu reputación yendo a trabajar a Whitechapel. Tienes mi apoyo, estrellita. Ayuda a quienes lo necesiten. Reduce su sufrimiento. Muéstrales a todos los hombres prejuiciosos de Londres que no los necesitas para hacer lo que se te da bien, lo que siempre has estado destinada a hacer.

Chastity lo observó con los ojos abiertos como platos.

—No. Es demasiado. ¡Un edificio!

—Es tuyo.

—No lo puedo aceptar. —Le devolvió el papel—. Dudo que Dorian jamás me regalara un edificio, por más que tiene varios en Londres. Es demasiado generoso.

—Pero ¿te gustaría tenerlo? —le preguntó—. Si no te pareciera demasiado, lo aceptarías, ¿no?

Antes de responder, se retorció los dedos.

—Sí. De tener un edificio propio… Podríamos tener las reuniones del club de las señoritas con microscopios… Podríamos apoyar a otras científicas… Sí, sería hermoso…

Lucien le devolvió el papel.

—Entonces, no se diga más. Que este sea un acto importante que puedo hacer en mi vida. Una de las cosas por las que, cuando muera solo, pueda mirar al pasado y pensar que he obrado bien. Por favor, Chastity.

Se mordió el labio inferior y miró el papel. Luego lo miró a él. Y luego el papel.

—Por favor, acéptalo.

Chastity asintió con la cabeza.

—Está bien. Gracias, Lucien. —Se inclinó para besarlo—. Siempre y cuando entiendas que jamás seré tu amante.

Lucien se rio.

—No, claro que no. Siempre y cuando tú entiendas que no… eh… —No podía creer que estaba a punto de decir las siguientes palabras —. No descarto usar el término «ser tu marido».

Chastity parpadeó varias veces.

—Aguarda. ¿Qué has dicho?

—Que no descarto por completo la palabra «marido»… siempre y cuando vaya acompañada de tu nombre.

Pero ¿qué estaba diciendo? ¿Qué se había apoderado de él? Lo iba a arruinar todo.

Sin embargo, Chastity tenía razón. Lucien tampoco quería que fuera su amante. Y no se podía imaginar estar cerca de otra persona por el resto de su vida.

Solo tenía que cambiar. Como ella había dicho, debía dejar de reemplazar la cercanía emocional con la física. Debía dejar de

proteger su corazón yendo de cama en cama. Y, de algún modo, gracias a ella, podía divisar esa posibilidad. Pero ¿podía lograrlo?

—No me descartes de tu lista de candidatos, estrellita —le pidió en un susurro.

Chastity parpadeó mirándolo a los ojos.

—Está bien, Lucien. No te descartaré.

19

—Chastity, querida, ¿tienes un momento? —le pidió Dorian.

Chastity alzó la mirada del libro que estaba leyendo, se quitó las gafas y le sonrió a su hermano. Habían pasado veinte días desde el comienzo de la fiesta, y era la primera vez que tenía un momento para recuperar el aliento en la casa de Pryde y estar a solas. Sin embargo, Dorian no era cualquier persona. Siempre tendría tiempo para su hermano.

—Claro. —Cerró el libro y lo apoyó bajo el volumen de *Romeo y Julieta*, que debía estar leyendo y memorizando.

Pryde tenía una biblioteca increíble. A diferencia de muchas otras, estaba pintada de blanco para capturar la mayor cantidad posible de luz natural que se colaba por los ventanales y permitir que la gente pasara más tiempo leyendo. Había varias docenas de estanterías alineadas contra las paredes y llenas de lomos coloridos. La familia de Pryde estaba obsesionada con el linaje y la historia. Había varios artefactos entre los libros, así como también más libros de historia y filosofía de los que podía contar. Y también había muchos libros de biología. Chastity había encontrado un antiguo tomo de Andreas Vesalius, el reconocido anatomista medieval.

Chastity se puso de pie.

—¿Está todo bien?

Dorian se le acercó observándola con cautela y, muy poco característico de él, con algo de incertidumbre. Tenía los hombros

altos y tensos y las manos apretadas. Se humedeció los labios y la observó por debajo de las cejas.

—Me preguntaba… —comenzó al detenerse a su lado— si te encuentras bien.

Frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Es que… eh… has cambiado. En el tiempo que hemos estado aquí has hecho varias cosas que siempre me has dicho que jamás harías. Incluyendo ponerte vestidos hermosos, coquetear, y eh… hace muchos años podrías haber encontrado un marido en Londres durante la temporada, pero parece que solo ahora escoges este objetivo. ¿Ha pasado algo?

Chastity se ruborizó y sintió que le ardía la piel. ¿Qué debía decir a eso? ¿Que había hecho una apuesta escandalosa con su mejor amigo? ¿Que estaba buscando marido, pero que no se casaría con él? ¿Que iba a demostrarle a Lucien que era capaz de cualquier cosa? ¿Que Lucien la había seducido… en dos ocasiones? ¿Y que le había encantado?

—Bueno, hermano, sí. Supongo que no podrías no haberlo notado.

—No, es bastante evidente. Obviamente que estaba al tanto del nuevo vestuario, pero eso no es todo, ¿no? Lucien ha dicho que querías tener mejor comunicación social. Pero a mí me parece que anhelas más que eso.

Chastity soltó un suspiro. Suponía que no había manera de escapar de la verdad.

—Sí, bueno, me gustaría que *lord* Wardbury me proponga matrimonio.

Dorian arqueó las cejas.

—¿Por qué? ¡Siempre me has asegurado que no querías casarte!

Apretó los labios por un momento.

—Porque… eh… porque… —¡Oh, jamás podría decirle acerca de la apuesta con Lucien! ¿Debería mentir? Por el amor de Dios… — Porque quiero que apruebe mi investigación en el hospital Saint Thomas.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—Pero… Es un matrimonio. Es completamente diferente. No tienes que casarte para lograr su aprobación.

—Creo que sí.

—Y por más que te cases con él, eso no significa que te vaya a dejar realizar tu investigación. De hecho, podría resultar en lo opuesto.

Chastity soltó un suspiro.

—Lo sé. Pero es que… al verte tan feliz tras tantos años de miseria, me inspiré a abrirme a la posibilidad de encontrar mi propia felicidad.

Dorian echó la cabeza hacia atrás.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Con… *lord* Wardbury?

—Sí, ¿hay algo malo con él?

Dorian parpadeó.

—Supongo que no. Al menos, no que yo haya oído. Pero, Chastity, ¿no crees que deberías haber hablado conmigo antes de hacer algo?

—¿Por qué?

—Porque soy la cabeza de la familia. Yo seré quien negocie el contrato matrimonial, quien prepare tu dote y quien se asegure de que te cases con un buen hombre. —Se volvió en un círculo y se enterró las manos en el cabello como si estuviera nervioso—. Maldita sea, hermana, ya me había hecho a la idea de que fueras una solterona. ¿Cómo puedo hacerme a la idea de entregarte a un hombre? Nadie se merece a la persona inteligente y hermosa que eres. Nadie jamás será digno de ti. Al menos, no a mis ojos.

A Chastity se le estrujó el corazón y los ojos se le llenaron de lágrimas. Acababa de abrir la boca para decir lo mucho que significaba para ella que a su hermano le importara su felicidad, pero la puerta se abrió despacio.

—*Lady* Chastity —dijo *lord* Wardbury, que se encontraba de pie en el marco con una sonrisa y asintió con la cabeza. Al ver a Dorian, la sonrisa se le desvaneció—. Rath.

—*Lord* Wardbury —lo saludó Dorian, al tiempo que se volvía hacia él con los brazos cruzados sobre el pecho.

Dorian frunció el ceño sin despegar la mirada de *lord* Wardbury, que avanzó hacia ellos con algo de timidez. Era un hombre alto y corpulento, pero parecía comenzar a encorvar los hombros. Como si hubiera un radio invisible alrededor de Dorian, pasó delante de él a una gran distancia. Chastity supuso que cualquiera intentaría evitar a un león.

—*Lady* Chastity —le dijo al detenerse frente a ella y le volvió a sonreír—. Esperaba que me ayudara a ensayar algunas líneas de *Romeo y Julieta* si tiene tiempo.

Dorian se aclaró la garganta.

—¿De *Romeo y Julieta*? —repitió—. ¿Le parece una buena obra para ensayar sin chaperona?

—Pero… bueno… usted está aquí.

—Sí, pero usted no lo sabía, ¿no?

Lord Wardbury se aclaró la garganta y abrió los ojos como si lo acabaran de regañar por cometer un error gramatical en francés.

—No. Pero me hubiera asegurado de que todo fuera apropiado. No querría arriesgar la reputación de *lady* Chastity.

Dorian sopesó la respuesta y al final soltó un suspiro.

—De acuerdo. Antes de que comiencen, ¿me puede contar cuál es la situación de su familia, *lord* Wardbury?

—Eh… ¿a qué se refiere? —le preguntó Wardbury—. Disculpe, pero no lo comprendo.

—Me refiero a que, como conde, de seguro desea continuar su línea de sangre, ¿no?

Lord Wardbury se frotó una mano sobre la otra nervioso y miró a Chastity de reojo.

—Sí, es mi deber. Como duque, ya lo sabe.

—¿Tiene hermanas o hermanos?

—Sí. De hecho, tengo dos hermanos y una hermana.

Chastity soltó un suspiro.

—Dorian, por favor…

—No, esto es importante. El hombre pasa tiempo con mi hermana y debo asegurarme de cuáles son las circunstancias.

En ese momento, oyeron un llamado a la puerta, y el señor Audley entró.

—Oh, por fin la encuentro, *lady* Chastity. Y, eh… *lord* Wardbury… Y, oh… *lord* Rath….

Dorian frunció el ceño aún más.

—¿Cómo lo puede ayudar mi hermana, señor Audley?

—Me preguntaba si le gustaría caminar en el jardín, *lady* Chastity. Quería hablar de las notas que hizo en mi poema… ¡Son de lo más valiosas!

A Chastity le dio un vuelco el corazón. Sentía curiosidad genuina por el poema porque nunca había tenido mucha gente con la que conversar acerca de la literatura.

—Oh, me encantaría, señor Audley. Pero en este momento, debo ensayar una escena con *lord* Wardbury.

—Oh, claro, sin dudas. Permítanme ayudarlos —les pidió el señor Audley mientras entraba en la biblioteca con los ojos profundos y enternecedores en el rostro atractivo enmarcado por rizos indómitos —. Al fin y al cabo, soy el director.

El señor Audley entró y tomó el libro de Shakespeare, mientras Dorian lo observaba con una expresión seria. Tras abrir el libro, le echó un vistazo a Chastity.

—El púrpura le queda precioso, *lady* Chastity —le dijo—. Y sus comentarios en el poema me han inspirado. Es una dama brillante.

Dorian se quedó perplejo. Chastity se ruborizó. No deseaba recibir los cumplidos de nadie, excepto los de Lucien. Oírlos elogiar su apariencia la hizo sentir incómoda. Acababa de abrir la boca para agradecerle por el cumplido, cuando la puerta se volvió a abrir.

—*Lady* Chastity —se oyó otra voz que precedió al rostro del capitán Harrington. Paseó la mirada por la biblioteca—. Veo que está ocupada. Quería ver si deseaba acompañarme cabalgando a la aldea y… bueno… me dijeron que la encontraría en la biblioteca.

—Oh —lo saludó Dorian—. Capitán Harrington, por favor, súmese a nuestro grupo.

Dorian buscó la mirada de Chastity. «Grupo de bobalicones», supo que estaba pensando su hermano, y la sonrisa que había intentado contener se le extendió en los labios. Qué situación más

ridícula. Jamás, ni en sus sueños más alocados, se habría imaginado encontrarse frente a su hermano mientras este intentaba controlar a sus tres candidatos.

—De acuerdo —dijo el capitán Harrington ofreciéndole una sonrisa dudosa a su hermano y una más cálida a ella. Se adentró en la habitación y saludó al resto de los presentes con un gesto de la cabeza—. *Lady* Chastity, benditos los ojos que la ven.

Chastity acababa de abrir la boca para agradecerle, pero Dorian la interrumpió:

—Capitán Harrington, ¿acaso no va a regresar pronto a la guerra?

El capitán asintió con la cabeza.

—Así es, aunque aún no tengo la fecha.

—Es una manera muy noble de ganarse la vida —le dijo Chastity a Dorian, que masculló algo por lo bajo.

Los dos sabían que uno de sus mejores amigos, *lord* Spencer Seaton, había sido reclutado por la fuerza por la Marina y había servido en la guerra para regresar a casa el año anterior y descubrir que había perdido el título de duque y la mayoría de su fortuna. Pero había encontrado el amor. Y Dorian no podía criticar a un capitán de la fuerza naval, sin importar lo mucho que quisiera encontrarle algún defecto como candidato para su hermana.

—Disculpe, señor Audley —dijo—, ¿le puedo preguntar acerca de la situación de su familia?

—Yo… Bueno, mi padre me ha dejado una gran fortuna. Aunque no tengo título, tengo un tío lejano que es vizconde. No necesito más fortuna… —Miró al capitán y le ofreció una sonrisa encantadora —, ni tampoco requiero de dote alguna.

A Chastity le dio un vuelco el corazón.

Lord Wardbury frunció el ceño.

—Yo tampoco, Rath. Mi familia tiene un pasar más que bueno. Mi esposa tendrá todo lo que desee su corazón y, tenga por seguro que no tendrá que cambiar su estilo de vida como hermana de un duque. Además, yo sí tengo un título.

Audley y Wardbury se fulminaron con la mirada.

Dorian arqueó las cejas hasta que casi le rozaron el nacimiento del cabello y miró a Chastity, que estaba a punto de romper en carcajadas. Parecían dos gallos a punto de pelearse.

—Yo… —añadió el capitán Harrington— he recibido honores en la guerra, así como también una fortuna considerable. Además, mi familia…

No terminó la oración porque la puerta se volvió a abrir para dejar pasar al único hombre que le importaba. Lucien pasó la mirada lentamente por todos los presentes y se detuvo en Dorian y Chastity. A Chastity se le aceleró el corazón en el pecho, como si tuviera alas.

Al procesar la escena que se desarrollaba en la biblioteca, Lucien abrió los ojos como platos. Dudó un momento, era más que evidente que había llegado con la guardia baja.

—Yo… eh… —comenzó—. Estaba buscando… un libro de horticultura. Pryde mencionó que tenía un volumen exclusivo acerca de plantas exóticas.

Pasó la mirada por la habitación y se detuvo un instante en Chastity antes de mirar hacia otro lado. Acto seguido, se aclaró la garganta y se dirigió a los hombres intentando sonar casual.

—Caballeros, veo que están muy ocupados… con asuntos literarios —dijo con la voz casi estrangulada.

Chastity miró a Lucien a los ojos, y divisó el tormento que yacía en la hermosa profundidad violeta de ellos y en la respiración acelerada. Le había dicho que no quería que lo excluyera de la lista de candidatos, y esa era su oportunidad. ¿Lucharía por ella? ¿Le mostraría su interés delante de esos caballeros y Dorian, para que todos lo supieran?

—Oh, Lucien —dijo Dorian, que de repente parecía aliviado—. Qué bueno que estás aquí. Por favor, ven. Estábamos hablando de la familia, la fortuna y qué convierte a un candidato en un buen marido. Apreciaría mucho tus preguntas, amigo.

Lucien apartó la mirada de Chastity, y el corazón se le hundió de la desilusión. Antes de oírlo responder, supo que no iba a luchar por ella.

—No quería interrumpir —dijo—. Parece un asunto familiar. Será mejor que regrese más tarde. —Chastity divisó un destello en los

ojos cuando la volvió a mirar. ¿Se trataría de tristeza? ¿De arrepentimiento? Antes de que lograra discernirlo, Lucien soltó una carcajada que sonó algo forzada—. Por favor, recuerda que nadie es digno de tu hermana.

Chastity tragó con dificultad mientras que Dorian se rascaba el mentón.

—No necesito ese recordatorio, Lucien. Créeme.

Tras arrojarle una última mirada llena de aflicción, Lucien se dio la vuelta y se marchó. Luego de que cerrara la puerta a sus espaldas, Chastity se encontró deseando poder cambiar a los tres candidatos por uno: el único que no se encontraba allí.

Chastity se quedó en presencia de su hermano, que estaba furioso como un león, y los tres hombres que parecían corderos asustados.

20

—¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? —proclamó Chastity a los cinco días mientras sostenía el libro de obras de Shakespeare en la mano. Alzó la mirada hacia *lord* Wardbury, que aferraba su propia copia con los nudillos blancos de la tensión. No se podía negar que era la mejor opción de Romeo con su belleza clásica, su silueta esbelta y atlética, el cabello oscuro y enrizado peinado hacia atrás con un estilo enmarañado en su justa medida. Los ojos oscuros que por lo general emanaban inteligencia recorrían la sala nerviosos antes de volver a posarse sobre el texto. Como siempre, iba impecablemente vestido. Llevaba un traje de lana azul confeccionado a la perfección, un pañuelo blanco, unos pantalones *beige* y unas botas que hablaban de su riqueza y su buen gusto.

—Niega a tu padre y rechaza tu nombre —continuó Chastity con toda la emoción que logró reunir—. O, si no, júrame tu amor y ya nunca seré una Capuleto.

En la sala reinó el silencio. *Lord* Wardbury se aclaró la garganta, y el rostro se le tornó de color carmesí. Abrió la boca y la volvió a cerrar, completamente perdido.

—Su… eh… línea, Wardbury —lo alentó el señor Audley desde un costado.

—¡Oh! Sí, por supuesto —balbuceó *lord* Wardbury. Alzó el libro para acercárselo más al rostro, como si estuviera esperando desaparecer detrás de las páginas—. ¿La sigo… la sigo escuchando o le hablo ya?

Las palabras le salieron chatas y monótonas, como si las hubiera enunciado con una precisión dolorosa de quien lee un documento legal particularmente aburrido. La pasión de Romeo brillaba por su ausencia. Desde el fondo de la sala, alguien soltó un suspiro. Se oyó una toz y un estómago que gruñía.

Anonadado por el ruido, *lord* Wardbury se sobresaltó y dejó caer el libro. Mientras se inclinaba para recuperarlo, golpeó un jarrón que había cerca y, tanto las flores como el agua, cayeron al suelo.

—¡Oh, vaya! —murmuró con el rostro casi de color morado—. Le ruego que me disculpe. Qué torpe.

Intentó secar el agua con el pañuelo mientras se esforzaba en mantener el sitio en el guion.

—Eh… Mi único enemigo es tu nombre… No, aguarda, esa es su línea, ¿no, *lady* Chastity? Lo siento mucho.

Chastity observó la escena con una mezcla de simpatía y consternación. Por todos los cielos, ella no era una actriz habilidosa en lo más mínimo, pero *lord* Wardbury era pésimo. Era como si estuviera intentando estrangular hasta la última pizca de romance de las palabras de Shakespeare.

Chastity miró al grupo de espectadores. A pesar de que era el primer ensayo, al menos la mitad de los invitados se encontraba allí. La mayoría de los presentes eran invitados que habían recibido otros papeles en la obra. Otros habían ido a sentarse y pasar el tiempo juntos durante la tarde para leer, beber el té y conversar. Pero al señor Audley, que se autoproclamaba el director, no le importaban los espectadores mientras no juzgaran el proceso creativo. Chastity miró a Patience, que sostenía una revista botánica, y a Dorian, que tenía el papel de Mercurio, el mejor amigo de Romeo. Enveigh, era Teobaldo, el primo de Julieta, y *lady* Virtoux era la señora Capuleto.

Luego miró a Lucien a los ojos, y una sonrisa se le expandió en los labios. Habían pasado casi dos semanas desde que había subido a su habitación y había hecho que se enamorara completamente de él al darle un edificio… De solo pensar en esa noche, se sentía flotar. Lucien había sugerido… que ya no usaba la palabra «nunca» cerca de la de «marido». Y eso la había hecho sentir menos cerrada al matrimonio.

Pero ¿por qué se había retirado de la biblioteca esa tarde? Era su oportunidad de demostrarle que de verdad quería ser uno de sus candidatos, así que ¿por qué había escogido marcharse? A pesar de las dudas, su sonrisa especial le provocó inmensa alegría en el corazón.

—*Lady* Chastity… —comenzó el señor Audley y la devolvió a la realidad.

—¡Por supuesto! —respondió Chastity mirando su libro—. Mi único enemigo es tu nombre. Tú eres tú, aunque seas un Montesco… —Leyó la siguiente parte hasta acabar con el párrafo—: Quítate el nombre y, a cambio de él, que es parte de ti, ¡tómame entera!

Sin dejar de mirar el libro, *lord* Wardbury se volvió hacia ella y proclamó en voz alta y tensa:

—Te tomo la palabra. Llámame «amor» y volveré a bautizarme…

El señor Audley soltó un largo suspiro.

—*Lord* Wardbury, está hablando de amor. ¿Podría al menos intentar mostrar algo de afecto? Es una obra de amor, una de las historias de amor más importantes de todos los tiempos. No puede hablarle a Julieta como si estuviera leyendo una revista de medicina.

Lord Wardbury se aclaró la garganta y miró a Chastity.

—Eh…

—Permítame hacerle una demostración —se ofreció Lucien al tiempo que se ponía de pie desde el fondo de la habitación y avanzaba entre las sillas y los sillones.

A Chastity le latía el corazón acelerado en el pecho mientras observaba la silueta alta y desgarradoramente atractiva que se acercaba a grandes zancadas masculinas y felinas, como las de un cazador. Llevaba el cabello dorado algo enmarañado y el abrigo de color amarillo zafiro le resaltaba la profundidad de los alegres ojos violetas, que se posaban en ella con una intensidad juguetona. La audiencia se removió, y la gente se acomodó en los asientos sin dejar de intercambiar miradas entre ellos.

—Por supuesto, milord, inténtelo —aprobó el señor Audley con amabilidad—. Supongo que, si hay alguien habilidoso para hablar de amor, ese es usted —añadió por lo bajo.

Lucien tomó el libro de las manos de *lord* Wardbury, que estaba anonadado. Acto seguido, se colocó en el lugar de *lord* Wardbury frente a Chastity. Sin lograr decir nada, Wardbury se limitó a mirar al señor Audley y abandonó el escenario.

Lucien ni siquiera miró el libro. En ningún momento le apartó la mirada de encima. La habitación estaba sumida en el silencio absoluto, y dio un paso hacia ella. No se oían murmullos, ni susurros, ni estómagos que gruñían; lo único que oía Chastity era el alto latido del corazón en sus oídos.

Tuvo que estirar el cuello para observarlo… Por todos los cielos, se ceñía sobre ella con esos pómulos altos, la estructura ósea perfecta de un dios dorado y los ojos violetas tan hermosos que podrían ser el sueño de una diosa. Era celestial.

Lucien miró de reojo a los invitados presentes en la habitación, que tenían la mirada clavada en él. Dorian se había inclinado hacia adelante para apoyar los codos sobre las rodillas y lo observaba con el ceño fruncido.

—Te tomo la palabra —comenzó a recitar Lucien con suavidad—. Llámame «amor» y volveré a bautizarme. —A Chastity le dio un vuelco el corazón al oír la palabra «amor» y le latió acelerado como las alas de una mariposa—. Desde hoy nunca más seré Romeo.

Había una diferencia abismal entre el modo en que *lord* Wardbury había dicho las líneas y el calor, la suavidad y la emoción con la que Lucien lo había dicho. Hablaba con caballerosidad, pero su voz aterciopelada denotaba una gran pasión. Sus ojos estaban cargados de un significado que le hizo retorcer el estómago de anticipación. El mensaje entre ellos estaba claro. Era cierto lo que le había dicho. Él era como era, y ella también. Sin embargo, si no hubiera sido Romeo, ¿podrían tener un futuro?

Chastity no era una actriz; jamás podría actuar, pero Lucien hacía que se le formaran nudos en el vientre y que los sentimientos le emanaran del pecho. Pero ¿acaso no había trepado por la pared que conducía a su habitación? Y allí se había encontrado, como Julieta, con Romeo en el jardín, bajo su balcón.

Le echó un vistazo al libro y luego lo miró a los ojos.

—¿Quién eres tú, que te ocultas en la noche e irrumpes en mis pensamientos?

Con un destello irónico en la mirada, Lucien negó con la cabeza y soltó el aliento.

—Con un nombre no sé decirte quién soy. Mi nombre, santa mía, me es odioso porque es tu enemigo.

A Chastity se le rompió el corazón al oírlo decir la palabra «santa», seguida de «enemigo» con tanta amargura. Sabía de qué estaba hablando: podía romperle el corazón, podía causarle mucho daño a su reputación y no cambiar jamás, no progresar y obrar bien.

—Si estuviera escrito, rompería el papel.

Chastity oía todo su arrepentimiento y su dolor. Sabía de dónde venía. De hecho, era su nombre, porque era el duque de Luhst, con todos sus traumas del pasado, su reputación escandalosa y sus limitaciones. El anhelo desesperado de estar con alguien, como en el día tormentoso que habían compartido bajo la protección del viento que aullaba contra las paredes de una cabaña abandonada. El anhelo de lo imposible, al igual que Romeo y Julieta.

El señor Audley aplaudió, y la magia entre Lucien y Chastity se rompió.

—¡Excelente, Luhst! ¡Eso ha sido excelente! ¡Así es cómo debería hablar Romeo!

Chastity se sonrojó mientras miraba al señor Audley que le daba instrucciones a *lord* Wardbury. Aunque este no parecía prestarle atención, porque no despegaba los ojos de Chastity y Lucien ni dejaba de fruncir el ceño. Sin embargo, lo que más la hizo preocupar fue la expresión de Dorian, que se puso de pie y se acercó con los brazos cruzados mirándolos con desconfianza.

—Por favor, Luhst, pase a la parte en que Romeo y Julieta hablan de matrimonio… de promesas… aquí: ¿Y me dejas tan insatisfecho?

Lucien asintió con la cabeza y le obsequió una sonrisa a Chastity.

—¿Y me dejas tan insatisfecho? —preguntó.

—¿Qué satisfacción esperas esta noche? —repuso.

—La de jurarnos nuestro amor.

Chastity sintió un estremecimiento. A Lucien le destellaban los ojos. En su voz no había duda alguna de que quería comprometerse

en matrimonio con Julieta… Por todos los cielos, ¿cómo sería oír esas palabras de él? ¿Podría ese ser su futuro?

Una voz en la cabeza le recordó que Lucien no se conocía. No tenía idea de qué quería en realidad. ¿Se creía fácilmente el cuento que él le estaba contando… como se lo había contado a muchas otras mujeres antes que a ella? ¿Acaso estaba tan desesperado por afecto en su estado célibe que la buscaba a ella cuando en circunstancias normales no lo hubiera hecho?

—El mío te lo di sin que lo pidieras —continuó con la voz temblorosa—. Ojalá se lo pudiese dar otra vez.

—¿Te lo llevarías? —le preguntó con una voz aterciopelada y una nota de dolor en la voz—. ¿Para qué, mi amor?

Chastity tomó una bocanada de aliento nerviosa. ¿Acaso haría las dudas a un lado y lo aceptaría si le pedía que se casara con él?

—Mi generosidad es inmensa como el mar —le dijo y sintió cada palabra como si fuera propia—. Mi amor, tan hondo; cuanto más te doy, más tengo, pues los dos son infinitos.

Mientras recitaba la confesión de Julieta, la mirada de Lucien destelló. La audiencia irrumpió en aplausos que se sintieron como truenos.

Sentía las palabras de Julieta en el corazón. Ese era el amor que quería darle. Un amor que era imposible. Al igual que el de Romeo y Julieta, estaba condenado, y solo podrían compartirlo en sueños y en momentos robados.

21

—Lucien, ¿qué diablos fue esa demostración? —le preguntó Dorian.

A Lucien se le formó un nudo tenso en la garganta, y con los dedos rascó la pintura blanca del panel de la ventana por la que había estado mirando.

Había ido a la galería de Pryde para tomar un poco de aire luego de la intensidad del ensayo. Varias docenas de estatuas griegas y bustos se alineaban en la gran habitación alargada. Debía de haber varias docenas de cuadros de todos los tamaños que colgaban de la pared opuesta a la fila de ventanales franceses que permitían el ingreso de la luz natural para admirarlos. Entre los cuadros, había varias estanterías con más reliquias de la familia: espadas medievales preciosas y escudos que se remontaban a la guerra de los Cien Años, trajes de cota de malla ornamentados, dagas con joyas incrustadas, antiguas monedas romanas, manuscritos ilustrados, fósiles, telescopios navales de la época de los Tudor y mucho más.

La demostración había llegado a su fin, y el resultado había sido… inesperado. Para diversión de Lucien y, para el desasosiego de *lord* Wardbury, el señor Audley había declarado que Lucien era un Romeo mucho mejor. Y había que admitir que la actuación de *lord* Wardbury había sido de lo más rígida. Sin importar lo mucho que hubiera disfrutado leer a Shakespeare con Chastity no podía bajo ningún concepto imaginarse actuar en la obra. Y, sin embargo, había accedido a hacerlo.

—¿Qué demostración? —le preguntó con un tono inocente al tiempo que se volvía para mirarlo y un escalofrío gélido lo recorría entero.

Había visto la ira de Dorian dirigida a otras personas en innumerables ocasiones a lo largo de los años, pero jamás la había sentido quemarle la piel. Su silueta alta y de hombros anchos parecía ceñirse más alta que de costumbre, y los rasgos entallados parecían líneas duras de una furia apenas contenida. Tenía los ojos celestes como el cielo fijos en él y lo observaba con una intensidad que lo hacía querer dar un paso hacia atrás. Su amigo tenía el mentón tan tenso, que se le veía latir un músculo. Llevaba los puños apretados a ambos lados.

—Nunca supe que eras tan buen actor de teatro —siseó Dorian.

—Supongo que no sabes todo acerca de mí —replicó Lucien al tiempo que se le tensaba el mentón. Eso parecía como si se pudiera convertir en su peor pesadilla: que su mejor amigo descubriera exactamente lo que había hecho.

Dorian frunció el ceño, pero no le quitó la mirada de encima.

—Lucien, lo que sé es que te gusta seducir a las mujeres, pero tengo que insistir en que mi hermana quede alejada del alcance de tus atenciones.

«¡Diablos!». Era un hombre muerto, pero no le importaba. Aceptaría cualquier golpiza sin siquiera alzar un dedo. Se la merecía. Además de lastimar a Dorian y de destruir su amistad, podría acabar lastimando a Chastity si no tenía cuidado. Eso era lo más importante.

—Soy consciente —le aseguró.

Diablos, ni siquiera podía mirar a su amigo a los ojos para decirle que jamás la seduciría porque ya lo había hecho. No solo había roto la confianza de su amistad, sino que también había quebrado uno de los siete puntos del credo de los siete duques de los pecados. El de la familia.

—Jamás querría lastimarla —le dijo. Eso era cierto. Pero ¿y si aun así la lastimaba? Por más que no quisiera hacerlo… Por más que estuviera intentado no hacerlo…

Dorian lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Pero… basta de juegos con ella. Sé que estabas intentando ayudarla con los vestidos y enseñándole a ser más sociable. Es muy admirable y te lo agradezco, pero no la confundas. Si quiere casarse con *lord* Wardbury, tendrá mi bendición. No destruyas eso para ella.

A pesar de que esas palabras lo mataron, Lucien asintió con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Dorian frunció el ceño y lo miró con detenimiento.

—¿Qué sucede contigo? No te he visto con ninguna mujer en lo más mínimo. Hasta *lady* Osborn parece haberte dejado en paz. ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy perfectamente bien.

—Si te sientes solo, acuéstate con alguien. ¿No te ayudó eso siempre?

A Lucien se le hundieron los hombros.

—No he estado con nadie desde que llegamos aquí.

Dorian arqueó las cejas.

—¿Con nadie?

—Eh… —Técnicamente había visitado a Chastity, pero… —No he tenido ningún placer sexual.

A Dorian se le relajó el rostro al comprender.

—No es de sorprender entonces que estés actuando así con Chastity. ¿No crees que deberías tenerlo? Una persona tan potente como tú… Nunca he oído que pasaras más de unos días sin sentir placer.

Lucien le sonrió con tristeza.

—Esa es la cuestión, viejo amigo. Estoy intentando cambiar.

Dorian le sonrió.

—Bien hecho, Lucien. Ya sabes que aceptamos los pecados y los deseos de todos, pero te felicito por hacer un cambio positivo.

Al oírlo, se preguntó si eso significaría que algún día podría llegar a obtener su aprobación y que podría llegar a convertirse en un hombre que fuera lo suficientemente bueno para su hermana. ¿Bastaría dejar de acostarse con todo lo que se movía? ¿O tendría que hacer más? Chastity le había dicho que necesitaba permitirse

sentir cosas y conectar de otras formas que no fueran físicas. Lucien reconocía la verdad en esas palabras, pero se preguntaba si eso sería posible para él. ¿Podía imaginarse teniendo relaciones sexuales solo con una mujer? ¿Le bastaría para el resto de su vida?

Asintió con la cabeza.

—Gracias, Dorian.

Dorian inclinó la cabeza y se retiró, y Lucien siguió avanzando por la galería con la esperanza de encontrar cualquier rostro de mármol que pudiera inspirarle algo de sabiduría. El nudo duro se le había movido de la garganta al estómago, y sentía como si alguien le apretara las entrañas con un puño.

Atravesó las puertas francesas y salió al opaco día gris. Era un día ventoso y fresco; por fortuna el calor que había precedido a la tormenta se había calmado. Miró hacia el laberinto de setos, el jardín, las flores, las colinas verdes a sus espaldas y se preguntó si podría hacer lo que le había dicho a Dorian que quería hacer… Cambiar. Se preguntó si en verdad podría abandonar sus hábitos y hacer cosas que lo aterraban a diario. Abrir el corazón. Hablar con Chastity. Mostrarle lo poco que valía.

—Milord, ¿podemos hablar? —le dijo una voz tensa a las espaldas, y se dio vuelta.

No se sorprendió de encontrarse con *lord* Extraordinario en persona, alto y orgulloso.

—Por supuesto —le respondió.

—Eh… ¿me permite ser honesto?

Lucien apretó el mentón.

—Claro que sí. —Sabía que esa charla sería acerca de Chastity. Cualquier hombre con un poco de cerebro podía ver lo excepcional que era. El tesoro que era.

—Se trata de su actuación con *lady* Chastity más temprano.

—¿Ah, sí?

—Debe dejar de agasajarla, milord —le dijo *lord* Wardbury.

Lucien no quería darle ninguna satisfacción.

—¿Ah, sí?

—Sí. Todos conocen su reputación. Si quiere seducir a alguna viuda o incluso a las mujeres casadas siempre y cuando estén al

tanto de lo que está haciendo, es asunto suyo. Ya sabe cómo funciona la sociedad. Mientras se haga en privado, a nadie le importa. Pero usted acaba de poner en peligro la reputación de *lady* Chastity delante de todos.

Lucien inhaló con detenimiento.

—De seguro comprende que eso no puede volver a repetirse. Sé que es un antiguo amigo de la familia, así que, si de verdad le importa, cesará con sus atenciones. Es mejor que *lady* Chastity encuentre un marido que no haya seducido a toda Inglaterra y que jamás fuera a deshonrarla al hacerlo.

Cada palabra era como un golpe. A pesar de que era un pésimo actor teatral, *lord* Extraordinario sabía cómo hablar cuando se trataba de temas personales.

—*Lord* Wardbury, su elocuencia le hace justicia.

—Hablo en serio, *lord* Luhst. Si siente algo de afecto por *lady* Chastity, se hará a un lado y la dejará ir. Ella se merece a alguien mejor. Se merece ser tratada mejor. Y… le doy mi palabra de caballero que eso es precisamente lo que haré.

Se merecía a alguien mejor. No cabían dudas al respecto. Por todos los cielos, *lord* Extraordinario tenía razón. ¿Cómo había hecho para atravesar las defensas de Lucien y ver lo que yacía en el centro despreciable de su ser?

Lucien asintió con la cabeza.

—Es todo un caballero, Wardbury. Y tiene razón. Renunciaré a mi papel como Romeo, aunque no debería haberlo aceptado en primer lugar.

22

—Lucien —lo llamó Chastity a sus espaldas.

Lucien se estaba riendo y sonriendo mientras hablaba con los duques, con *lady* Osborn y con la señorita Bernet en el jardín. Era la tarde del día siguiente, y Chastity no lo había visto desde el ensayo.

Lady Osborn se encontraba resplandeciente en el vestido de color borgoña que le acentuaba las curvas generosas y prácticamente estaba pegada al brazo de Lucien. El cabello dorado le destellaba bajo los rayos del sol mientras se inclinaba para susurrarle algo que lo hizo curvar los labios en una semisonrisa. Al otro lado, la señorita Bernet también se encontraba innecesariamente cerca, con el cuerpo girado hacia él como si lo jalara una fuerza magnética.

A Chastity le dio un vuelco el corazón con una mezcla de celos y la sensación de estar cometiendo un error. Esas mujeres eran todo lo que ella no era: sofisticadas, seductoras y estaba claro que se sentían cómodas en la piel que habitaban. ¿Sería que Lucien había sucumbido a sus encantos y acabó por romper la promesa de abstinencia? ¿Habría perdido la apuesta a tan solo cuatro días del final de la fiesta? El pensamiento le produjo gran dolor en el pecho.

Lucien se volvió hacia ella, y la sonrisa se le evaporó del rostro… Los ojos violetas reflejaban un tinte de hielo. Tanto el resto de los duques como las dos mujeres la miraron, pero a Chastity no le importó.

—Me preguntaba por qué había rechazado el papel de Romeo —le dijo adoptando un tono más formal frente al resto de los

presentes—. Parecía que se inclinaba a interpretarlo, pero hoy me dijeron que, al final, *lord* Wardbury será Romeo.

Tanto el duque de Pryde como el duque de Enveigh observaron a Lucien con frialdad.

—Así es —confirmó Lucien.

¿Por qué se mostraba tan distante? ¿Era solo ella o el ensayo de la escena del balcón había contenido promesas que iban más allá de lo que alguna vez habían hablado? Chastity sentía mucha esperanza y entusiasmo desde ese ensayo. A pesar de sus dudas, se había permitido imaginar que todo podría ser posible, que Lucien podría ser suyo y que podría ser la mujer que siempre había querido ser.

—Sí, rechacé el papel —continuó con frialdad—. Jamás debería haberlo aceptado en primer lugar.

Chastity dejó caer los hombros.

—¿Cómo ha dicho?

A su alrededor, los invitados estaban parados en grupos o sentados a las mesas bebiendo el té y comiendo bocadillos y sándwiches rodeados de hermosos arreglos florales. Como de costumbre, *lady* Virtoux intercambiaba chismes con la señora Rixon y otras damas, sin dejar de arrojarle miradas afiladas a Chastity y producirle una incomodidad similar al rasguño de una garra por la espalda. El señor Audley conversaba con un caballero mayor mientras que el capitán Harrington se encontraba rodeado por tres damas, pero no podía despegar los ojos de Chastity. La señorita Anne Rose, que estaba ahora comprometida, conversaba alegremente con *lord* Chans casi inclinada sobre la mesa y con las mejillas sonrosadas. El caballero tenía la mirada oscura y llena de aprecio fija sobre sus labios. Patience y Dorian se encontraban de pie demasiado cerca a una distancia del grupo y con expresiones de felicidad pura iluminándolos por dentro. Al verlos, Chastity sintió una ola de envidia.

—No era nadie para demostrar mi conocimiento de Shakespeare ni para enseñarle a *lord* Wardbury a actuar como un hombre enamorado cuando jamás tuve la intensión de tener nada serio.

El estómago le dio un vuelco. Eso era lo que quería decir, ¿no? Que había cometido un error. No con la escena de *Romeo y Julieta*,

sino con ella.

Chastity asintió con la cabeza y dio un paso hacia atrás. Lo había echado de menos desde el día anterior. Se había preguntado dónde estaba, les había preguntado a los duques si lo habían visto, pero le habían dicho que no estaba de humor para sociabilizar con los invitados.

Lo debería haber sabido. Debería haber oído su voz interior. Jamás debería haber hecho la razón a un lado para escuchar a su cuerpo traidor guiado por la lujuria que le encendía. Era una mujer inteligente. Debería haberle hecho caso a la razón e ignorado los deseos corporales, jamás debería haber creído ni por un instante que un hombre como él tendría intenciones serias con alguien como ella.

—Con permiso —le dijo con la voz temblorosa—. Tengo la confirmación que necesitaba. Regresaré a ensayar con *lord* Wardbury.

Algo similar al dolor destelló en los ojos violeta de Lucien, pero no le importó. Debería haber sabido que solo iba tras ella porque se encontraba célibe, y ella era el fruto prohibido. Se había convertido en la personificación de todos sus deseos y placeres.

Su cuerpo le había hecho creer en lo que le había mencionado del matrimonio y el cambio, pero Lucien no iba a cambiar. De haber escuchado a la mente fría y científica, habría oído el verdadero mensaje. Él era como era. Y ella era como era. Cuando terminara la fiesta de treinta días en la casa de Pryde, se encontraría libre de la apuesta y regresaría a su vida normal. Y ella se reduciría a otra de sus conquistas, la que había encontrado la manera de seducir sin dejar de ser célibe.

El dolor le clavó las garras alrededor de la tráquea. Los ojos le ardieron de las lágrimas. Tenía que marcharse; debía alejarse de allí antes de provocar una escena o permitir que todo el mundo viera el estado en el que se encontraba. En especial, Lucien. No le iba a rogar su atención. Había sido una tonta por haberlo dejado entrar y por permitirse imaginar un futuro imposible.

Lo mejor era concentrarse en su mente, como lo había hecho durante toda su vida, y olvidarse de los sentimientos y las

sensaciones que había despertado en ella.

—Que tengan una buena tarde, caballeros. —Asintió con la cabeza hacia los duques—. Con permiso. —Antes de que se le escaparan las lágrimas, se apresuró a alejarse del jardín. Solo necesitaba un momento a solas.

Mientras se alejaba de la terraza a toda prisa y atravesaba los jardines, se fue acercando al pequeño laberinto de arbustos que se encontraba a quince metros a la derecha y no dejó de sentir las miradas curiosas posadas en ella.

«No llores en público. No te atrevas a mostrar lo herida que estás».

Dio vuelta la esquina del laberinto y se apoyó contra la pared de hojas y ramas luchando por respirar a través del nudo que se le había formado en la garganta y las lágrimas que le escocían los ojos, a través de la nariz hinchada y la sensación de que se iba a sofocar.

—*Lady* Chastity —la llamó una voz masculina y se estremeció al tiempo que abría los ojos.

Se apresuró a secarse los ojos para ver al señor Audley, que debía de haberla seguido allí.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó al tiempo que le ofrecía un pañuelo y los profundos ojos marrones la miraban llenos de preocupación.

—Sí, gracias —le aseguró y aceptó el pañuelo con una mano. Tenía la otra apoyada en el estómago. No podía inhalar y se le habían tensado todos los músculos—. Estaba algo aturullada y necesitaba un poco de aire fresco.

—Oh, claro. —Volvió a mirar a los invitados—. Supongo que con tanta gente reunida en Pryde Manor, no había suficiente aire fresco.

Chastity se secó los ojos húmedos y se rio. Por fortuna, logró contener las lágrimas.

—Señor Audley, tiene una gran habilidad para hacer observaciones agudas.

El comentario le arrancó una carcajada.

—Yo… eh… Espero que a su hermano no le parezca mal que nos encontremos a solas en este momento.

—Me temo que probablemente sí, pero no se preocupe por él.

—Bueno —dijo—. Al verla afligida, la he seguido. ¿Me permite preguntarle si su estado se debe a *lord* Wardbury o al duque de Luhst?

Chastity se aclaró la garganta y clavó la mirada en los zapatos.

—No se le escapa nada.

—No, creo que no. El duque de Luhst ha tenido una muy buena actuación con usted ayer. Estaba seguro de que la iba a cortejar. ¿La ha molestado?

—Se equivoca. No me está cortejando, ni tampoco lo hará jamás. Lucien y mi hermano son mejores amigos, casi hermanos se podría decir. He conocido a Lucien desde que éramos niños. Somos amigos, nada más.

El señor Audley asintió con la cabeza y sonrió.

—Estaba en lo cierto respecto a usted, *lady* Chastity. Es todo un misterio. Y cada vez me siento más inspirado a revelarla.

La sonrisa de Chastity se apagó mientras el señor Audley la miraba con gran intensidad y con interés agudo.

—Señor Audley… —comenzó.

—*Lady* Chastity —la interrumpió—. No he logrado quitármela de la cabeza desde que apareció en ese vestido esmeralda. Cuando hablamos, quedé fascinado con su intelecto y su educación. Con su espíritu y su belleza. De hecho, estaba tan inspirado, que he escrito poemas todos los días desde entonces. Y todos son acerca de los tonos de las joyas, un gran intelecto y la sabiduría de un búho.

Chastity parpadeó. ¿Acababa de compararla con un búho? El señor Audley se llevó la mano al bolsillo y extrajo un puñado de papeles.

—¿Me permite leerle uno? *Oda a* lady *Chastity* —proclamó antes de seguir leyendo:

En los pasillos del conocimiento, donde los libros residen,
lado a lado, belleza y sabiduría coexisten.
Lady Chastity, azul zafiro sus ojos,
más afilada su mente que la de Atenea, y más acertada…

Siguió leyendo, pero la mente de Chastity divagó al tiempo que los oídos le resonaban de la conmoción. Nadie jamás le había escrito un poema… ¿y él le había escrito varios?

—Aquí hay otro —prosiguió y comenzó a leerle un poema muy diferente al anterior, pero que también abordaba su belleza y su ingenio, así como también su facilidad para entablar una conversación. En la prosa, también mencionaba que comprendía a la gente y que era una joya oculta y aseguraba que jamás había conocido a ninguna mujer con tan buen conocimiento de la naturaleza humana.

A Chastity se le abrió y cerró la boca. ¿Ella? ¿Con buen conocimiento de la naturaleza humana? Por todos los cielos, el poeta no podría estar más equivocado respecto a ella. La cualidad más débil que poseía era el desarrollo de las habilidades sociales. Gracias a la ayuda de Lucien, se las había ingeniado para ser mejor, pero mayormente seguía fingiendo y ocultándose detrás de preguntas. La mayor parte del tiempo estaba aterrada de que su compañero de conversación le hiciera una pregunta y tuviera que compartir algo sincero acerca de ella.

—Señor Audley, qué poemas más encantadores. Es un gran poeta, pero…

—Antes de que diga nada… —la interrumpió y se arrodilló delante de ella. Chastity sintió una ola de horror en la columna vertebral cuando le tomó la mano en la suya—. Soy consciente de que, a pesar de todas sus maravillosas cualidades, mi familia podría oponerse debido a su edad. Pero eso no me importa. Estoy dispuesto a luchar por usted. Tan solo imagínese las veladas llenas de conversaciones literarias que podríamos compartir, cómo sus comentarios podrían ayudarme a mejorar mis poemas, mis relatos y mis novelas… Por favor, hágame el grandísimo honor de convertirse en mi esposa.

Chastity apartó la mano. Por todos los cielos, ¿acaso eso era lo que experimentaba la gente al recibir una oferta de matrimonio? Era

una sensación de lo más desagradable, alarmante y capaz de producir mucho desconcierto. Y… ¿había dicho «a pesar de su edad»?

Chastity se aclaró la garganta.

—Señor Audley… —Tenía que marcharse. Dio un paso al costado y se acercó a la entrada del laberinto—. Me siento muy honrada. Yo… eh… ¿me permite considerarlo?

—Por supuesto —le dijo poniéndose de pie—. Por favor, piénselo y dígame qué ha decidido. Iré a hablar con su hermano para pedirle su bendición de inmediato.

Chastity asintió con la cabeza. La necesidad de escapar y huir la tensó por dentro.

—Gracias —le dijo.

¿Qué se le decía a alguien que acababa de hacerle una propuesta inesperada? Lucien acababa de rechazarla, o al menos así era como se sentía. ¿Y ahora acababa de recibir una oferta? No podía terminar de comprender ni sus sentimientos ni su relación con Lucien. ¿Qué tenía que pensar de todo eso?

Le asintió con la cabeza y salió disparada. Se alejó de la casa y de la reunión de los invitados. Necesitaba un sitio para pensar, para sentarse, respirar y estar a solas. Había estado con otras personas todos los días desde el comienzo de la fiesta cuando por lo general solía pasar la mayor parte de sus días haciendo experimentos, leyendo, escribiendo y pensando. En soledad.

Mientras pasaba por el laberinto y recorría uno de los jardines, vio una encantadora glorieta con hiedra y glicina en la base. Con la cabeza dándole vueltas, avanzó hacia ella y se sentó en un banco bajo el hermoso techo redondeado. Soltó un suspiro al tiempo que se llevaba los dedos a los labios y observaba las prístinas columnas de mármol blanco y luego el estanque. Oyó las aves que cantaban y el murmullo distante de las voces que provenían de la terraza. Algunas abejas y otros insectos zumbaban por doquier. Chastity cerró los ojos, se apoyó contra una columna y respiró.

Tenía muchas preguntas en la mente… y seguía conmocionada por la oferta de matrimonio que había recibido. Le habían propuesto matrimonio. No había sido *lord* Wardbury, pero aun así contaba.

Significaba que era una mujer atractiva e inteligente. El señor Audley había valorado esas dos cualidades en ella. La Chastity que había sido antes de llegar allí, la que usaba vestidos grises y marrones, no habría sido capaz de dar crédito a ese resultado.

—*Lady* Chastity —dijo una voz masculina, y se incorporó de un salto al tiempo que abría los ojos.

El capitán Harrington se encontraba en las escaleras de la glorieta con los brazos cruzados detrás de la espalda y la observaba. Llevaba puesto su uniforme militar y se veía de lo más atractivo e irresistible: un verdadero hombre militar con los hombros y la espalda erguida y el mentón cuadrado. Un hombre de honor.

—Capitán. —Se apoyó la mano en el pecho—. Disculpe mi sorpresa.

—Por favor, soy yo quien debe disculparse por haberla asustado —le dijo—. No era mi intención. ¿Me permite acompañarla?

¿Qué podía decir para expresar su deseo de estar a solas? Sería de lo más irrespetuoso pedirle que se marchara. Debería haberse marchado a su recámara si deseaba estar a solas.

—Sí, por supuesto —le dijo e hizo un gesto hacia el banco, y el capitán se acercó y se sentó.

—Yo… le pregunté a su hermano si me podía acercar a usted mientras estaba a solas, así que sabe que estamos aquí.

Chastity echó un vistazo hacia la terraza que se encontraba a unos treinta metros de distancia y encontró la silueta alta de Dorian de pie al lado de la de Lucien. *Lady* Osborn seguía rondando a Lucien, y a Chastity se le retorció el vientre de celos. El abrigo negro de Dorian y el chaleco carmesí eran difíciles de perder. Su hermano se había vuelto hacia ella y parecía mirarla fijo desde la distancia.

—Oh —dijo—. Bueno, en ese caso, supongo que no hace falta que me preocupe por tener una chaperona.

—No —acordó el capitán—. También me ha dado su consentimiento.

Chastity sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—Él… Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Me ha dado su consentimiento.

A pesar de la distancia, podía sentir los ojos de Lucien perforándola. ¿Acaso Lucien habría oído al capitán pidiéndole consentimiento a Dorian?

—Solo han pasado unas pocas semanas desde que la conozco —prosiguió el capitán, y lo miró. El rostro atractivo estaba cubierto por una máscara de emoción, y tenía los ojos tiernos y suaves en ella—. Pero la he llegado a conocer, y los momentos que hemos conversado han sido los más felices de mi vida.

¿Los más felices de su vida? Por todos los cielos, si lo único que hacía era hacerle preguntas y usarlo para practicar la conversación con un hombre. ¿Cómo podrían haber sido los momentos más felices de su vida?

Chastity pensó en los momentos más felices de su propia vida… y en todos encontró a Lucien. Lo que habían compartido estando varados en la cabaña durante la tormenta, las conversaciones que habían tenido, la noche en que había trepado hasta su habitación… Toda la infancia juntos. Esos habían sido días muy felices. ¿Cómo era posible que unas simples preguntas hicieran tan feliz a ese apuesto capitán?

—Me parece la mujer más interesante que he conocido —prosiguió—. Su belleza, su modestia, su intelecto agudo, su pasión por ayudar a los menos afortunados… Me tiene embelesado, *lady* Chastity.

¿Embelesado? ¿Por ella? Pero ¿qué estaba pasando? Era como si estuviera viviendo en un cuerpo completamente distinto y una vida totalmente diferente.

—Tengo mucho para ofrecerle. Sé que estoy por debajo de su posición, pero tengo una buena carrera por delante, un ingreso excelente y el más alto respeto de mis pares. Espero poder mostrarle las aguas del Caribe algún día y todos los lugares que dijo que le encantaría conocer.

La boca se le secó, y se humedeció los labios nerviosa.

—Estoy segura de que es demasiado modesto, capitán, y que tiene mucho por ofrecer… Sin embargo…

—Es evidente para todos los hombres presentes que es una joya excepcional, a pesar de sus años avanzados —le dijo.

«¿Años avanzados?».

—Créame —prosiguió—. Soy muy consciente de lo poco digno que soy de su afecto y su consideración. Al fin y al cabo, ha pasado muchos años sin ningún candidato, porque ningún caballero podía ofrecerle una unión digna de su posición social y sus cualidades incomparables. Pero me gustaría demostrarle que yo soy ese hombre. —Se detuvo, y los ojos le brillaron llenos de determinación —. Por favor, *lady* Chastity —continuó antes de arrodillarse delante de ella.

Chastity soltó un jadeo al tiempo que se le aceleraba la mente. ¡Por todos los cielos, ese era el segundo hombre que le ofrecía matrimonio en media hora! ¿Qué diablos estaba ocurriendo en el mundo?

—¿Me haría el gran honor de acceder a convertirse en mi esposa? —continuó, ajeno a su estado de conmoción.

Chastity se incorporó de un salto con las mejillas acaloradas y el pecho tenso. ¿Por qué sería que a las damas les interesaba recibir propuestas de matrimonio? ¡Qué horror! ¡No podía respirar! Había utilizado al señor Audley y al capitán Harrington para sus ejercicios, por motivos egoístas, y los dos habían interpretado eso como interés genuino.

No podía negar que los dos caballeros le agradaban. El señor Audley y ella compartían el amor por la literatura. El capitán Harrington y ella conectaban gracias a las aventuras y las exploraciones. Pero nada de eso era motivo para casarse y pasar el resto de la vida juntos… en especial cuando su corazón le pertenecía a otra persona.

—Disculpe, capitán —le dijo mientras se acercaba a las escaleras de la glorieta—. No me siento bien. Le agradezco por el honor de recibir esa oferta. Le pido que me dé tiempo para considerarlo.

El capitán se puso de pie con una mueca de preocupación.

—Por supuesto, *lady* Chastity. Eh…

De repente, Chastity no sintió nada bajo el pie y se resbaló hacia atrás. Por fortuna, solo fue una caída de dos escalones, y el césped amortiguó el impacto contra la espalda y el trasero. El capitán se apresuró a acercarse para ayudarla a ponerse de pie. Chastity se

sintió como una tonta, las mejillas le ardían de la vergüenza. ¡Era una broma!

—Gracias —le volvió a decir casi sin aliento—. ¡Qué tenga un buen día!

Tras decir eso, se alejó a toda prisa sin echar a correr y con la mente a toda prisa.

Dos propuestas de matrimonio en un día…

Aunque ninguna era del hombre que deseaba.

23

Lucien se quedó sin aliento al ver a Chastity que caminaba por la sala de baile. Era la grandiosa velada que daba por finalizada la fiesta y su último día de tortura célibe. Pero en lo único que podía pensar era en una mujer que por siempre estaría fuera de su alcance.

Los destellos de los candelabros, los espejos y los cuadros con marcos dorados perdían el brillo en comparación con la mujer que avanzaba con gracia y elegancia entre la multitud de invitados. El vestido de color amarillo zafiro que había diseñado para ella le caía por la piel como una cascada de agua. La tela suave se movía por su cuerpo, le acariciaba las piernas y la cintura antes de arremolinarse de manera seductora debajo del busto y sujetarle los pechos, que se veían exquisitos. Tenía el cabello oscuro en un moño alto y elaborado decorado con unas flores amarillas y unos cristales. Unos intensos zafiros amarillos le rodeaban el cuello. Era su color.

Que lo condenaran. Los ojos de todos los hombres se encontraban fijos en ella. A Lucien le dolía el pecho y la piel de la frente se le cubrió de sudor y una sensación que le congeló la sangre lo recorrió.

La amaba. Por Lucifer, la amaba. El condenado *lord* Extraordinario avanzaba hacia ella como un buitre para ofrecerle una copa de ponche. Chastity le sonrió y se sonrojó. Se veía hermosa. Luego miró a Lucien a través de la habitación, y el estómago le dio un vuelco al ver tanto dolor y desilusión en sus ojos. Jamás había

querido hacerle daño, pero eso era precisamente lo que había acabado haciendo. Más de una vez.

Lord Wardbury le había dicho que se hiciera a un lado por su propio bien, y lo había escuchado porque la amaba y quería que fuera feliz. Ella también sentía algo por él, pero se merecía estar con un hombre mejor. Pero ¿podría ser ese hombre mejor para ella? ¿Para los dos?

No se había acostado con nadie en un mes entero. A pesar de la necesidad constante de aliviar el cuerpo, que no hacía más que aumentar, no había caído en la tentación. Al día siguiente, la fiesta llegaría a su fin, y habría ganado la apuesta.

Pryde estaba a punto de anunciar el comienzo del baile, y Lucien necesitaba tener el primer baile con ella. No lo entendía, pero tenía que ser el primero en bailar con ella. Al diablo con todas las reservas y el sentido común; al diablo con todas las precauciones. Determinado, recorrió la habitación a grandes zancadas.

Mientras se apresuraba al lado de Chastity y esquivaba a las damas que llevaban puestos vestidos de seda y satén, y caballeros con abrigos entallados, pantalones y pañuelos, no pudo sentir el suelo bajo las botas. Ignoró las miradas fijas, los susurros urgentes y los ojos entrecerrados. Cuando llegó a su lado, pudo sentir el pulso en las palmas. Para calmarse, se las llevó a la espalda y le hizo una reverencia a Chastity. Interrumpió a *lord* Wardbury de manera muy maleducada y dijo:

—*Lady* Chastity, ¿por favor, me concede el honor de su primer baile?

—Me temo que le acabo de preguntar eso a *lady* Chastity —le dijo *lord* Wardbury con frialdad.

—No me importa —le dijo Lucien, sin despegar la mirada de los únicos ojos que le importaban. Los ojos del color del cielo de la mujer que amaba.

Siempre la había amado. Lo supo con total claridad. A través de los días de sus infancias turbulentas, y los momentos en los que los corazones de ambos habían sangrado… de las heridas que les habían infligido las personas que debían haberlos protegido y cuidado… A través de los momentos de perseguir perros, nadar en el

estanque y escabullirse para ver el río de estrellas en lo más alto del cielo… A través de las ocasiones en las que se habían escondido de los tutores, habían aprendido a montar a caballo y habían disparado flechas en el bosque. Siempre había sido ella. Chastity siempre había sido una parte de él. La mejor parte de él. Había permitido que el pecado se apoderara de él porque esa era su armadura contra el dolor, pero al verla con otros hombres, con todos esos candidatos hacia los que la había empujado, ese dolor era peor.

—¿Me concede este baile, *lady* Chastity? —repitió.

Antes de responderle, miro a *lord* Wardbury.

—Con permiso, *lord* Wardbury. En seguida regreso.

Los ojos de *lord* Wardbury tenían un brillo de descontento, pero como el perfecto caballero que era, hizo una reverencia con la boca apretada en una línea recta.

Chastity apoyó la mano enguantada sobre la de Lucien, y él nunca más la quiso soltar. La condujo hasta el centro de la sala de baile, donde otras parejas ya se habían alineado para el baile. En breve, sonó la primera nota. Era una pieza lenta, un vals. Un baile prohibido que las viejas matronas desaprobaban. Lucien oyó el descontento de *lady* Virtoux.

Cuando se acercaron, sintió el pie de Chastity pisándole el suyo y se rio.

—¿Qué es esto, Lucien? —le preguntó con frialdad—. ¿Por qué estás bailando conmigo?

—Porque no podía no hacerlo.

—No juegues conmigo —le advirtió con un destello en los ojos y un tono de acero.

—No es mi intención. Es el último día de la fiesta. Todos se marchan a casa mañana.

—Soy muy consciente de eso —escupió al tiempo que giraba.

Se sentía tan bien en sus brazos, con la piel aterciopelada y cálida. Oh, recordaba la sensación sedosa de esa piel y la cadera angosta bajo las palmas.

—Debes lograr que te proponga matrimonio esta noche —le recordó—. Si no, gano yo.

—Sí, aunque ya he recibido dos propuestas.

Frunció el ceño y, cuando la miró, un terrible abismo de pérdida le desgarró el vientre.

—¿Cómo has dicho?

—Hace cuatro días, y mi hermano aprueba al menos una.

Lucien se quedó petrificado un momento, se olvidó de los pasos, y Chastity le volvió a pisar el pie.

—A ver si adivino: propuestas de Audley y Harrington.

—Tu percepción no sabe de precedentes —señaló.

¡Al diablo con todo! Podría arrancarse el cabello de la cabeza. ¡Él había provocado eso! Él mismo la había empujado a los brazos de otros hombres. Él la había alentado a que se pusiera vestidos más hermosos y le había enseñado a desarrollar sus habilidades para la conversación. Le había encantado verla salir de la coraza y adquirir confianza mientras descubría lados de sí misma que se había negado desde que tenía memoria y se transformaba en la mujer maravillosa que radiaba belleza y gracia. En la estrella que siempre supo que era. ¡Pero no era para que otro caballero le pidiera la mano!

—Felicitaciones —le dijo—. Sin embargo, la apuesta era con *lord* Wardbury, y él aún no te ha pedido matrimonio, ¿no?

—No. ¿Cómo podría hacerlo si te la pasas robando sus bailes y su tiempo conmigo?

Bueno, al menos no era demasiado tarde. Pero… «¿Demasiado tarde para qué?», le preguntó una voz en la cabeza. «¿Tú también le vas a proponer matrimonio?». La idea le resultaba seductora y aterradora al mismo tiempo.

—Es cierto. —La hizo girar y se embriagó con su perfume floral, que quería seguir inhalando como si fuera oxígeno—. Pero dime si lo deseas tanto como me deseas a mí.

Chastity lo fulminó con la mirada.

—No es cuestión de querer.

—Sí que lo es. El matrimonio es para toda la vida. ¿Cómo vas a vivir con un hombre al que no amas?

—¿Y qué te hace pensar que no lo amo?

—Porque lo puedes negar todo lo que quieras, pero me amas a mí, corazón.

Chastity movió las pestañas como las alas de una mariposa y se sonrojó. Lucien sintió júbilo por dentro. Tenía razón.

—Dime que no es cierto —la desafió en un susurro cuando se volvieron a juntar.

Podía sentir sus dedos a través de los guantes de seda amarillos, cálidos y delicados. A través de la tela, el roce de su piel le produjo un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Es irrelevante —le respondió al tiempo que se alejaba de él—. Jamás habrá un futuro para nosotros. Lo has dejado muy claro hace cuatro días —prosiguió. Adoptando un tono más frío añadió—: Créame que recibí el mensaje, milord.

—Fui un tonto —le dijo—. Yo… No he dejado de pensar en ti en todo el mes. En toda mi vida, estrellita. Pero este último mes se ha vuelto bien claro que no puedo perderte.

—No se puede perder lo que jamás se ha tenido.

Regresó a sus brazos, y la pudo abrazar fuerte. Los ojos se sintieron atraídos hacia los labios suaves, y casi gimió del anhelo de besarlos.

—¿Jamás? Una vez me amaste.

—Hasta que me rompiste el corazón. Y lo estás haciendo otra vez.

—Quizás puedo cambiar. Te deseo, Chastity. Y… —Se estremeció.

«Te amo». Quería decir esas dos palabras, palabras que querían romper la armadura invisible e impenetrable que había construido alrededor del corazón. Sin embargo, se le cerró la garganta.

—Quiero cambiar por ti. Quiero ser el hombre que se puede comprometer y ser digno de ti.

Chastity parpadeó y soltó un suspiro con el aliento dulce y liviano.

—A mí también me gustaría eso, Lucien.

—Pero no sé si pueda.

—Claro que puedes. La pregunta es si lo harás. —Las palabras quedaron pendiendo en el aire. ¿Lo haría?

Chastity tenía razón. Lucien había aceptado la apuesta, había hecho lo que creyó que jamás lograría hacer: permanecer célibe un mes. Había confiado en ella, le había contado secretos y le había

compartido sus pensamientos más oscuros. Jamás había creído que lograría hacer nada de eso. Ya no era el hombre que se había apeado del carruaje el primer día de la fiesta.

—Yo…

¿Podría pedirle que se casara con él? ¿Tenía la fortaleza para hacerlo? Abrió la boca, pero el vals llegó a su fin, y acabó soltando un gruñido malhumorado. Necesitaba unos minutos más para poder pensar, para poder decidirse y actuar.

Y así, Chastity le apartó las manos de encima, y Lucien sintió los dedos fríos sin su piel cálida cerca. Ella dio un paso hacia atrás para regresar a la formación de las damas, y él se alineó con el resto de los caballeros. Hizo una reverencia, mientras ella se inclinaba, y el espacio entre los dos pareció aumentar. Lucien anhelaba moverse, reducir ese abismo y reclamarla.

Ese baile había sido la única oportunidad que tenía de hablar con ella; no podía pedirle otro baile sin ser su prometido, porque eso generaría un escándalo. Ya era demasiado tarde. *Lord* Wardbury había llegado al lado de Chastity y lo fulminaba con la mirada. Vio las miradas de anhelo de Audley y Harrington. Luego *lord* Wardbury la condujo hacia otra parte de la habitación, mientras *lady* Osborn se le acercaba para colgarse de su brazo.

Diablos. Mientras oía las palabras de *lady* Osborn sin prestarle demasiada atención, observó cómo Chastity le sonreía a Wardbury. No se contuvo más e hizo lo que debía: exponer sus vulnerabilidades y aceptar la posibilidad de sufrir por amor.

Sin embargo, su cuerpo no se movió; era como si unas cadenas invisibles lo contuvieran. En unos instantes, actuaría. Se la llevaría lejos delante de todos.

Tan solo debía reunir el coraje necesario para enfrentarse a sus demonios.

24

—… e irrevocablemente he comenzado a pensar en usted como…

Chastity veía que los labios de *lord* Wardbury se movían y oía las palabras que decía. Tenía el rostro de él frente a ella, y los ojos le brillaban llenos de pasión y convicción. Pero no lograba descifrar lo que decía.

No dejaba de mirar al otro lado de la habitación, hacia Lucien. Lucien, que tenía a *lady* Osborn prácticamente colgada del brazo y con los senos tan cerca del cuerpo, que casi se tocaban… ¡delante de todos!

—Bueno, no me podría imaginar una esposa mejor —dijo *lord* Wardbury, y por fin lo miró con los ojos bien abiertos—. Por favor, *lady* Chastity, ¿me haría el gran honor de casarse conmigo?

A su alrededor, se oyeron varios jadeos y susurros, y Chastity comprendió que no era la única que lo estaba escuchando. Muchas personas se les habían acercado y los rodeaban, incluidos el señor Audley y el capitán Harrington, que los observaban con el ceño fruncido. Dorian tenía los ojos intensos en ella y aguardaba su respuesta, mientras que Patience se mordía el labio con una máscara de preocupación. También vio al duque de Pryde, a *lady* Virtoux, a la señorita Rixon… A todos.

Lord Wardbury se había arrodillado delante de ella con los ojos destellando de ternura y aprecio. «Pero ¿qué hay de Lucien?». Miró al otro lado de la habitación, donde se encontraba. No le cabían dudas de que estaba escuchando todo. Tenía una expresión de dolor

en el rostro y, aunque *lady* Osborn no dejaba de conversarle, toda su atención se encontraba enfocada en Chastity.

El gran salón de baile estaba tan tranquilo que solo se oían algunos murmullos y los susurros de las prendas. Hasta *lady* Osborn comprendió lo que estaba ocurriendo y cerró la boca.

—Yo… eh… —murmuró Chastity.

—*Lady* Chastity —volvió a decir *lord* Wardbury—, ¿me haría ese gran honor?

Chastity movió el peso de una pierna a la otra. Lo había logrado. Ese había sido su objetivo desde el comienzo. Había conseguido lo imposible. Hacía un mes atrás, había sido una solterona incómoda, una marisabidilla con prendas desaliñadas, que era el objeto del ridículo de la sociedad. Su único valor había sido su mente y su contribución indeseada a la ciencia. Se había ocultado en Whitechapel y había puesto en peligro su reputación y su bienestar. No se podía imaginar que no solo uno, sino tres hombres se arrodillarían frente a ella para pedirle la mano. Ahora comprendía que era el tipo de mujer que podía tenerlo todo… el cerebro y la belleza. Una científica femenina que había podido lograr tres propuestas matrimoniales.

Pero entonces, ¿por qué no sentía la satisfacción que había anhelado? ¿Por qué era que el estómago se le tensaba de preocupación y no de triunfo? ¿Y por qué no podía apartar la mirada del único hombre en la sala… en su vida… que le importaba?

Quería que Lucien detuviera a *lord* Wardbury. Quería que cruzara la pista de baile y le anunciara a Dorian, a Wardbury, a Audley y a Harrington que ella le pertenecía. Quería que le pidiera la mano.

Por eso aguardó. Y el corazón ingenuo e insensato se le aceleró esperanzado. Como si le estuviera leyendo la mente, Lucien abrió la boca. Chastity vio la indecisión y la duda. El dolor y el conflicto que tronaba detrás de sus ojos. Dio un paso hacia ella, y el corazón se le subió a la garganta. Iba a ir por ella, ¿no? Iba a hacer todo lo que se había imaginado… iba a detener a Wardbury, a reclamarla…

En ese momento, hubo un movimiento en las puertas del salón de baile. Se oyeron los susurros de faldas y de zapatos que repiqueteaban contra el suelo.

—¡Señora! —exclamaba el mayordomo de Pryde—. Señora, no puede entrar…

—Busco al duque de Luhst —dijo una voz femenina con un acento marcado que Chastity había oído mucho en Whitechapel—. ¿Dónde está?

Todos se volvieron hacia la entrada para ver a una mujer de unos cincuenta años que sujetaba a una niña de unos tres años delante del mayordomo de Pryde, que respiraba entre jadeos. La mujer tenía un chal con agujeros alrededor de los hombros y las sucias faldas del vestido lleno de parches. Era evidente que no se había bañado en varios meses. Varios mechones de cabello gris le sobresalían del bonete. La niña que balanceaba sobre la cadera iba vestida igual. Tenía un sucio bonete hecho añicos sobre la cabeza y una falda demasiado corta y desgarrada manchada de barro que dejaba entrever dos piernas delgadas y sucias, una de las cuales llevaba cubierta con un vendaje. La niña que se encontraba en los brazos de la mujer tenía unos mechones dorados y unos ojos enormes. Tenía el rostro más hermoso que había visto Chastity.

Pryde se acercó a ella a toda prisa y frunció el ceño preocupado.

—Señora, por favor, sígame a mi estudio. Estoy seguro de que podemos resolver este asunto en privado.

Las recién llegadas le resultaban conocidas. Chastity frunció el ceño y… ¡eran la señora Murray y Stella!

Chastity vio el momento en que Lucien se quebró por dentro. Vio el modo en que se le abrieron los ojos, se le puso la piel pálida y el cuerpo le flaqueó.

—A su disposición —le respondió—. Por favor, Constantine, han venido a verme a mí.

Chastity no pudo respirar. Como haciendo eco de su sentimiento, en la habitación reinó el silencio absoluto. Sintió como si alguien le hubiera asestado un golpe mortal. Los pensamientos en la cabeza se le aceleraron intentando resolver el acertijo, pero no se dejaba creer lo que ya sabía en el fondo de su ser.

—Ella es Stella —le dijo la mujer.

En la carta que le habían enviado para chantajearlo decían que tenía un hijo. La señora Murray tenía una hija que había muerto

dando a luz. Stella tenía mechones dorados y el rostro de un ángel. Y ahora que no tenía los ojos rojos de las lágrimas, podía ver que no eran de un común color celeste como había asumido, sino de un encantador tono violeta.

—Recibí una carta —dijo la señora Murray—, en la que decían que el padre de Stella es el duque de Luhst y dónde lo podía encontrar.

Chastity sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Esta es su hija.

—No puede ser —repuso Lucien. Una ola de murmullos y jadeos circulaba por la sala. Miró a Chastity con una expresión de dolor y acecho.

Chastity le devolvió la mirada con una epifanía que le rompió el corazón en dos. Wardbury seguía arrodillado, aunque estaba observando la escena que se desencadenaba delante de él con la misma conmoción que todos los demás.

—Es mentira —le dijo Lucien a la señora Murray al tiempo que se acercaba a ella—. Jamás…

—Esta es mi nieta —le dijo la señora Murray con seriedad—. Mi hija murió dando a luz. Es sangre de su sangre y se ha estado muriendo de hambre en Whitechapel porque he perdido mi trabajo de lavandera y no tengo ni para alimentarme.

Lucien clavó la mirada en la niña. Y luego en todos los demás…

Chastity tenía un nudo en el estómago. ¿Qué haría? Tener un hijo era su peor pesadilla. Podría negarlo y denunciar a la mujer en público, pero sería un gran escándalo. Los cotillas de la sociedad se asegurarían de que eso se publicara en todos los periódicos al cabo de unos pocos días.

Chastity observó anonadada como Lucien observaba a la mujer y a la niña con una máscara de confusión y negación en el rostro. El corazón se le aceleró y el estómago se le retorció.

—Señora, creo que se ha equivocado —le dijo Lucien con firmeza, y la voz viajó por la sala de baile que se había sumido en el silencio—. Jamás la he visto, ni a usted ni a su hija, y le puedo asegurar que esa niña no es mía.

La mujer entrecerró los ojos, y Chastity vio el enfado y la desesperación que reflejaba su rostro.

—¡Miente! ¿Cómo sabe que no conoció a mi hija si ni siquiera le he dicho su nombre? Mi hija, Alice, me habló mucho acerca del noble con el chaleco amarillo. Dijo que lo conoció en la taberna Rose & Crown, en Whitechapel. Usted iba allí a beber y le pedía que se le siente en las rodillas antes de llevarla arriba. Hasta le obsequió un anillo de oro como pago para mantener la boca cerrada. Ella jamás le reveló su nombre a nadie. Ni siquiera a mí. El anillo nos alimentó por medio año… pero cuando nos quedamos sin dinero, tuvo que regresar a la taberna… se enfermó y murió dando a luz a Stella.

Chastity sintió un aguijonazo de dolor en el pecho de pensar en Lucien con otra mujer, engendrando un hijo y desgarrándole el corazón. Miró alrededor de la habitación con el mentón apretado, claramente consciente de la conmoción y la curiosidad que se reflejaba en los rostros de los invitados.

—Lamento mucho su pérdida —le dijo Lucien con un tono duro, casi castigador—, pero no recuerdo a su hija, ni los eventos de los que habla. Si hubiéramos estado juntos, tendría que haber estado demasiado ebrio como para recordarlo. Porque siempre me aseguro de que no haya ninguna posibilidad de un hijo.

Chastity abrió los ojos aún más con una sensación de incredulidad. ¿Cómo podía negar la responsabilidad de la niña? Si se parecía a él. Nunca antes había visto a otra persona con ese color de ojos, excepto la madre de Lucien. Si de verdad quería cambiar, como acababa de decirle, se habría comprometido, no solo con Chastity, sino también con la pobre Stella…

—No era una prostituta, era una criada. No se iba con cualquiera que se le acercara. Pero ¿cómo iba a rechazar a un caballero encantador con ojos como los suyos?

—¡Por favor, contenga su lengua! —rugió Lucien al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz—. Está en presencia de gente sofisticada.

La niña debió asustarse del tono duro de Lucien, porque se retorció en los brazos de la señora Murray como para intentar huir y tomó a su abuela por sorpresa. Stella se deslizó de sus brazos y cayó

al suelo con una mueca de dolor en el rostro. Todos en la habitación soltaron un jadeo, pero antes de que cualquiera pudiera reaccionar, Stella se puso de pie y echó a correr cojeando visiblemente con la pierna vendada.

A Chastity se le subió el corazón a la garganta. Sin pensarlo, se apartó del lado de *lord* Wardbury y siguió a la niña. La tomó en sus brazos y la abrazó. La pequeña intentó oponerse, pero Chastity le susurró.

—Soy yo, *lady* Chastity. ¿Te acuerdas de mí? Ayudé al doctor Sterling con tu pierna…

Los ojos violetas con pestañas alargadas tan iguales a los de Lucien se llenaron de lágrimas mientras la niña la estudiaba. Al final, soltó un sollozo y enterró el rostro en el cuello de Chastity, que sintió temblar el pequeño cuerpo.

—Calma, Stella, todo está bien. —Chastity le acarició la espalda —. ¿Estás herida? ¿Cómo está la pierna?

Stella sollozó sin decir nada. Chastity le siguió murmurando palabras de consuelo y vio que Patience y otras damas más se les acercaban. Sin embargo, Stella no la necesitaba a ella ni a las otras damas. Solo necesitaba a una persona, a la única persona capaz de protegerla, cuidarla y darle la vida que se merecía.

Con Stella en sus brazos, Chastity se volvió a enfrentar a Lucien. Su rostro era una máscara de horror mientras las miraba fijo. Estaba más pálido que la nieve. Ignorando la atención de todos los invitados sobre ella, Chastity avanzó hacia él, y los tacones de sus zapatillas amarillas resonaron con suavidad contra el parqué de madera.

—Lucien —le dijo con suavidad—. Stella te necesita. Sostenla.

Como si estuviera sosteniendo una serpiente en lugar de una niña, Lucien dio un paso hacia atrás.

—No puedo.

—Sí que puedes —insistió Chastity—. Es tu hija. Tienes una responsabilidad con ella.

Se miraron a los ojos, y Chastity sintió como si le estuviera ofreciendo mucho más que un niño. Podría convertirse en el hombre que sabía que era, el que llevaba enterrado dentro, oculto detrás de

las murallas que había construido a lo largo de los años para proteger su corazón.

—Dijiste que querías cambiar —le susurró—. Esta es tu oportunidad. Tómala.

Lucien pasó la mirada entre Chastity y Stella. Durante un momento breve, Chastity creyó ver algo que se suavizaba en su mirada. Si aceptaba la responsabilidad de su hija, estaría listo para casarse. Dejaría sus miedos atrás y derribaría las murallas que le rodeaban el corazón.

—Nunca serás como ellos —le dijo con suavidad—. Jamás podrías lastimarla como te lastimaron a ti. O como mi padre me lastimó a mí. Tú me dices estrellita, pero eres el Sol, Lucien.

A Lucien le temblaron las pestañas y los ojos se le llenaron de lágrimas. Chastity vio el momento exacto en que entró en pánico. Vio el terror en sus ojos. Parecía un animal acorralado.

Luego, como una puerta que se cerraba de un portazo, su expresión se endureció. Chastity no tuvo ninguna duda. No la escogería. Tampoco escogería a Stella. Simplemente no cambiaría. Había escogido su armadura.

—No —le dijo.

La palabra le desgarró algo por dentro. Sintió que algo invisible se quebraba y le dolía tanto como una costilla rota. El rechazo no era solo para Stella, sino también para ella. Para los dos. Y, en mayor medida, para él.

La señora Murray se acercó a Chastity y tomó a Stella en sus brazos. La pobre niña le pasó los brazos por el cuello y le apoyó la cabeza en el hombro.

—¡Esto no está bien! —exclamó enfadada la señora Murray—. Rechazar a su propia sangre…

En la sala de baile reinó el silencio, la tensión era tan palpable que Chastity sintió muchos pares de ojos en ella. Se sintió más sola de lo que jamás había estado.

—No puedo tomar la responsabilidad de una niña de cuya existencia ni sabía —repuso Lucien con la voz cada vez más fría—. ¿Cree que es la primera que intenta sacar provecho de mi riqueza y

mi posición social con la esperanza de lograr un futuro mejor para su propio beneficio?

El rostro de la mujer se ruborizó de enfado, pero Lucien alzó una mano para callarla.

—No seguiré discutiendo este asunto, en especial delante de todos los invitados. Si tiene alguna prueba legal, le sugiero que acuda a mi abogado. Buenas noches, señora.

Chastity observó anonadada cómo Lucien le daba la espalda a la mujer y a la niña y avanzaba hacia *lady* Osborn. Le aceptó el brazo, le susurró algo al oído, y Chastity sintió una ola de dolor al ver la sonrisa que se expandía en los labios de *lady* Osborn.

Mientras avanzaban hacia la puerta, Chastity no logró moverse. No la había reclamado. No le había propuesto matrimonio. No había aceptado la responsabilidad por la niña. Había negado la verdad y el amor que casi habían compartido.

Le llegaron varios murmullos y susurros de otros invitados, el escándalo ya comenzaba a esparcirse como un incendio. En lo único que podía pensar era en Lucien, el hombre que había creído conocer, el hombre que había comenzado a amar. ¿Cómo podía haberle hecho eso? ¿Cómo podía haberle dado la espalda a ella y a la verdad?

Mientras el mayordomo escoltaba a la señora Murray afuera de la habitación y los susurros de las voces y de los vestidos le empezaban a llenar los oídos, Chastity se sintió entumecida y clavada en su sitio. Alguien se le acercó, y, cuando alzó la mirada, vio a *lord* Wardbury.

—¿Se encuentra bien, *lady* Chastity? —le preguntó—. Eso ha sido de lo más conmovedor. Y la valentía con la que protegió a esa niña… Tiene un corazón de lo más tierno. No podría esperar que considere mi oferta seriamente…

No había nada que considerar. Había conseguido la propuesta. Había ganado. Su plan había sido rechazar a *lord* Wardbury porque jamás había querido casarse. Sin embargo, se había imaginado casada con Lucien. Si él le hubiera pedido matrimonio, lo hubiera aceptado. Y el rechazo silencioso le dolía, el dolor de la traición le circulaba por el cuerpo. Estaba entumecida, perdida y herida.

Lucien le debía el apoyo para la investigación. Además, le había regalado un edificio para el fin que a ella se le antojara. No necesitaba el apoyo de *lord* Wardbury. Debería decir que no de inmediato. Tenía todo lo que siempre había deseado. Excepto al hombre que amaba. Y se sentía muy sola.

Lucien le había demostrado cómo sería compartir la vida con alguien. Quería ser amada. Quería sentir la calidez de una intimidad compartida. Quería ser aceptada tal y como era. Se suponía que un marido le brindaba todo eso a su esposa.

Miró el atractivo rostro del hombre exitoso y lleno de esperanzas que se encontraba delante de ella y con un abismo en el corazón, le dijo:

—Me casaré con usted, *lord* Wardbury.

Lucien se quedó petrificado en las puertas cuando estaba a punto de salir con los hombros tensos como si alguien acabara de golpearlo. Y tras unos segundos, se marchó.

25

Lucien dejó caer la cabeza y tomó varias bocanadas de aire. Tenía que componerse. ¿Qué diablos estaba haciendo allí, con la mano apoyada sobre la pared de la biblioteca de Pryde mientras sentía que todo su mundo se destruía?

Era cierto… Había creado a otro ser humano del que tendría que cuidar por más que no fuera capaz de cuidarse a sí mismo. Pero siempre había tenido mucho cuidado. Había usado condones. Había salido de las mujeres antes de derramar su semilla. No recordaba jamás haber acabado dentro de una mujer… Sin embargo, lo peor de todo era perder a Chastity.

Sus opciones habían sido claras: abrir el corazón y proponerle matrimonio o rechazarla y regresar a su vida de antes. Abrir el corazón y aceptar a la niña de cuya existencia no estaba enterado, convertirse en su padre, y quizás en marido al mismo tiempo, si Chastity estuviese dispuesta a aceptarlo a él y a la niña, o seguir entregándose a los placeres, la bebida y las prostitutas y nunca sentir dolor.

Al final del día, cuando mirara a Chastity a los ojos y cuando mirara a Stella, con sus rizos dorados y los ojos violetas que tanto se parecían a los de su propia madre, sabía que Chastity acabaría viéndolo como era y se daría cuenta de lo poco que valía en realidad.

«Debería haberte abortado como quería. Nunca deseé traer a otro canalla Luhst a este mundo». Stella también sería una canalla

Luhst. Él acabaría corrompiéndola. De algún modo, acabaría arruinando a ese hermoso ángel. Y ella lo detestaría por eso, como él había detestado a sus padres por romperle el corazón con su crueldad.

¿Y cómo podía arrastrar el inmaculado nombre de Chastity por el barro como lo había hecho con el suyo? Si le proponía matrimonio, no solo sería un escándalo publicado en todos los periódicos para él, sino también para ella. Tarde o temprano, todo el amor y el afecto que tenía por él se desvanecería cuando lo viera como en realidad era. Un canalla.

Chastity lo rechazaría para siempre, y como eso lo mataría, la rechazó primero. Sin importar lo mucho que quisiera ser digno de ella, lo cierto era que jamás lo sería.

—Milord. —*Lady* Osborn apretó los senos contra él, que casi se había olvidado de su presencia a pesar de lo cerca que se encontraba de su cuerpo—. Creí que a lo mejor había recobrado el juicio. Ha estado decaído durante toda la fiesta. Permítame consolarlo. Debió de ser muy desalentador enterarse de la existencia de una niña no deseada.

Lucien respiró entre jadeos mientras sentía la mano que le acariciaba la espalda. No deseaba sus caricias. No deseaba las caricias de nadie que no fuera Chastity. No se podía imaginar acostándose con nadie en ese momento. Lo que había ocurrido en la sala de baile… Chastity… La pequeña Stella… La vieja versión de él hubiera saltado sobre la oferta de *lady* Osborn, pero sabía que no lograría satisfacer su necesidad de cercanía ni tampoco lograría olvidarse del dolor.

—Déjeme a solas —le dijo mientras se encogía para quitarse la mano de la espalda—. No habrá ningún consuelo.

—Pero, Luhst… —le ronroneó—. No hace falta que se preocupe de que pueda pasar algo similar conmigo. Ya no estoy en edad de tener niños, y jamás logré concebir cuando lo estaba. Hizo bien en rechazar a esa criatura sucia. La abuela estaba intentando convencer a un duque de que había engendrado a una rata de las alcantarillas, y no se dejó engañar.

¡Había llamado a la niña una rata! «Canalla…». La ira comenzó a bullir en su interior como el ácido y cerró los puños.

—Por favor —se las ingenió para decir apretando los dientes—. ¡Lárguese!

La dama le quitó las manos de encima.

—Me ha dado esperanzas durante todo el mes, milord. Y he soportado su seducción, su frialdad y luego su interés renovado porque ya había probado sus habilidades amorosas y quería experimentar más. Y como jamás he tenido una noche de placer con mi difunto esposo, quería tenerla con usted.

—No —le dijo, y lo sintió en el corazón y en el vientre.

Lady Osborn sacudió la cabeza.

—Como desee. Debería mantenerme bien alejada de usted, considerando el escándalo que generarán los eventos de esta noche.

Tras decir eso, por fin se dio la vuelta y lo dejó a solas. Lucien soltó el aliento y miró hacia fuera de la ventana.

Oyó los pasos ligeros y familiares de alguien que se acercaba por el pasillo. Se volvió hacia la puerta abierta y vio la silueta en el vestido amarillo zafiro que entraba con la mano apretada contra la boca.

«Chastity…».

—Felicitaciones —escupió Lucien.

Chastity se detuvo y se volvió hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero cuando alzó la mirada hacia él, vio mucha furia. Avanzó hasta la biblioteca. Luego se detuvo ante él, hermosa y furiosa.

—¿Cómo te atreves? —le espetó—. ¿Cómo te atreves a felicitarme?

—Estás comprometida —le dijo saboreando la amargura en su propia boca—. ¿Qué dice la gente en momentos como este?

Chastity estaba temblando.

—¿Cómo te atreves a estar enfadado y mostrarte amargado conmigo? Tú fuiste quien me dio esperanzas… Había estado perfectamente bien con mi lugar en la vida, con mi corazón libre de ti.

—Libre de mí —repitió—. ¡Acabas de aceptar la propuesta de otro hombre!

—¡Alégrate, Lucien! —le gritó—. ¿No era lo que querías desde el comienzo? Te divertiste conmigo mientras no podías acostarte con todas este mes, pero jamás tuviste la intención de casarte conmigo. Pues, ya no tienes ningún dilema. ¡*Lord* Wardbury será mi marido, y tú podrás reanudar tus aventuras!

—¿Tan desesperada estás por la atención de un hombre que no podías esperar a que recobrara el juicio? —tronó—. ¿Tan sola te sentías que tenías que aceptar a cualquiera por marido, incluso a uno que no podría ser más inadecuado para ti?

Chastity se estremeció como si la hubiera abofeteado, y Lucien se arrepintió de sus palabras duras.

—Chastity… —comenzó con un tono más suave.

—Tenías la oportunidad de hacerte responsable. Hay una niña de tres años, huérfana de madre, y con un rostro tan similar al tuyo que solo un canalla negaría la filiación. Así que, felicitaciones, Lucien. Ahora puedes regresar a tu vida de diversión y placer. Sin esposa, sin hijos y sin nadie.

—Deberías felicitarme —le dijo en un gruñido—. Los dos hemos ganado la apuesta.

—Al fin. Los dos sabemos lo que te gustaría hacer conmigo ahora que puedes usar el miembro. Una noche a solas conmigo… ese era el premio acordado. ¿Vas a intentar reclamarlo luego de todo lo que ya hemos hecho en la cabaña y en mi habitación?

Lucien notó una sombra que se ceñía en el marco, pero era demasiado tarde.

—Dime que no es cierto… —oyó un gruñido masculino.

A Lucien se le congeló la sangre en las venas. No le hacía falta mirar. Ya sabía de quién se trataba. Cuando miró a su mejor amigo a los ojos, quiso que el suelo se abriera y se lo tragara.

Dorian entró en la biblioteca seguido de Patience, que le pisaba los talones. Chastity lo miró con el rostro pálido.

—Dime que no has intentado seducir a mi hermana —escupió Dorian al detenerse a dos pasos de Lucien—. ¡Seguro que no! Mi mejor amigo no haría eso.

—Dorian, yo… —comenzó Lucien. Tenía el vientre retorcido y un doloroso nudo en la garganta.

—Me has mentido. A mí y a nuestra hermandad.

—Dorian, por favor…

—¿Qué es todo este griterío?

La nueva voz lo hizo girar la cabeza hacia la puerta de la biblioteca. Pryde se encontraba de pie, y a sus espaldas, lo seguían Enveigh, Irevrence, Eccess y Fortyne, que pasaban la mirada entre él y Dorian con los ceños fruncidos.

«Oh, Dios… ellos también se enterarán».

—¿Después de todo lo que hemos vivido? —rugió Dorian—. ¿Después de lo de Oxford? ¿Después de…? —No logró continuar.

Lo sujetó de las solapas del abrigo, y Lucien no se resistió. Se merecía todo lo que le estaba pasando y se retorció en preparación al puñetazo de Rath.

—¿Una apuesta? ¿La inocencia de mi hermana? —gruñó Dorian y lo sacudió—. Eso es bajo. ¡Incluso para ti!

El nudo que se le había formado en la garganta le dolió más.

—Jamás la habría llevado a cabo.

—¡Hermano, no ha hecho nada que yo no quisiera! —exclamó Chastity.

—¡Hablaré contigo más tarde! —Dorian no despegó la mirada de Lucien—. ¡Ve a tu habitación!

Dorian empujó a Lucien, que se tambaleó, y, al golpearse contra el borde afilado del escritorio, sintió un dolor cegador. El escritorio rayó el parqué, y varios libros, papeles, tinteros y plumas se cayeron al suelo.

—¡Honrarás a tu familia, Lucien! —exclamó Dorian—. ¡Has deshonrado a la mía!

Dorian alzó el puño de la mano herida que hacía varios meses había dejado de ocultar con un guante. Lucien cerró los ojos para aceptar el golpe. Estaba dispuesto a aceptar cualquier castigo que Dorian y el resto de los duques encontraran apropiado.

—¡Detente! —suplicó Chastity, y el golpe nunca lo alcanzó—. Soy una mujer adulta, y tomo mis propias decisiones. Lo único que ha

hecho ha sido deshonrarse a sí mismo. Sigo siendo virgen. Mi futuro marido no tiene nada que temer.

Dorian lo soltó y se quedó de pie respirando entre jadeos al tiempo que el labio superior se le curvaba en una mueca de ira. Un año atrás, Dorian le hubiera destrozado el rostro y lo hubiera molido a golpes. Ahora, en cambio, era capaz de contenerse. Ya no era más su pecado.

Entonces ¿por qué Lucien no podía conquistar a sus propios demonios también?

Lucien se apartó del escritorio. Debería decirles la verdad. Debería confesarles que amaba a Chastity y que la había amado durante toda su vida. Que preferiría morir antes de verla herida. Sin embargo… él era quien la estaba lastimando.

—Lárgate —le dijo Dorian—. Lárgate de aquí y lárgate de mi vida. Lárgate de la vida de mi hermana. Ya no eres un hermano de los siete duques de los pecados.

Lucien sintió como si lo estuvieran aplastando debajo de un carruaje, como si un caballo le pisoteara el pecho y le hiciera polvo el corazón.

—Y si te queda una sola gota de honor —añadió—, te harás cargo de esa niña como se lo merece.

Había perdido al amor de su vida. Había perdido a su hermano y a su hermandad. Lo había perdido todo.

Bajo las miradas pesadas de todos los que amaba en el mundo, salió de la biblioteca sintiéndose entumecido y completamente desconectado de su cuerpo.

Nadie lo detuvo. Lo habían desterrado. Todos sabían lo que era en realidad.

Nada.

26

—Milord, a lo mejor debería dejar de beber vino.

La mujer le pasó la mano por la camisa, el pecho, el vientre y la entrepierna… Pero a Lucien no le importó. No sintió ningún movimiento debajo de los pantalones.

Hizo girar el líquido rubí en la copa antes de vaciarla.

La habitación privada de Elysium era exquisita con un interior sensual: unas aterciopeladas cortinas cerradas, una cama con dosel borgoña, una manta afelpada y pieles suaves. La luz de las velas se reflejaba contra los marcos dorados de los cuadros que colgaban de las paredes con paneles borgoña. Al otro lado de las paredes, se oían gemidos de placer que solían excitarlo, pero en ese momento, solo le producían pesar. La habitación olía a barniz de madera, perfume y jabón aromático. El vino, de una extraña cosecha francesa, sabía celestial. Sin dudas, Thorne Blackmore lo había comprado de contrabando.

Habían transcurrido dos semanas desde el final de la fiesta en la casa de Pryde; dos semanas desde que lo habían exiliado de la vida de todas las personas que le importaban.

Estaba solo. Total y completamente solo. Por fin el mundo había visto lo poco que valía en realidad. Incluido su mejor amigo. Por fin había hecho lo que su madre había predicho: destrozar todo aquello por lo que valía la pena vivir.

Durante las últimas dos semanas, había estado bebiendo solo. Había ido a Elysium en tres ocasiones, pero ninguna de las visitas

daba buenos frutos. El duque de Luhst estaba roto.

—Déjame a solas —gruñó.

Sentía la ausencia de sus amigos y de Chastity como un abismo negro que se le abría en el vientre. Se sentía perdido, a la deriva y aterrado. Sin embargo, no sabía qué tenía que temer cuando lo peor ya había ocurrido.

Al principio de esa semana, había visto a los otros seis duques en Mayfair. Habían salido de la casa de Rath en Londres alegres y soltando carcajadas. Sin él. Lucien los había observado desde la acera opuesta como un fantasma. Todos estaban siendo tal y como eran; nadie lo echaba de menos. Y él estaba solo, observándolos desde la distancia. Nunca más podría volver a ser parte de la hermandad.

—Como desee. ¿A lo mejor quiere que envíe a Lilith? ¿O a otra chica?

—No. Déjame a solas.

No alzó la mirada cuando la joven se marchó de la habitación. Oyó la puerta que se cerraba y los pasos que se alejaban, y supo que estaba a solas.

A lo mejor se quedó dormido porque, de repente, tenía dieciocho años y se encontraba en la casa de Londres de su tío, subiendo los escalones, lleno de preocupación por su él. Nadie había oído nada de *lord* Cecil durante varios días y, para sorpresa de Lucien, no había criados, ni mayordomo ni nadie presente para abrir la puerta.

Mientras subía las escaleras de madera salteándose varios escalones, supo que ya había estado allí antes. Supo lo que lo aguardaba arriba, en la recámara de Cecil. Cuando abrió la puerta, tal y como lo había hecho hacía muchos años, las cortinas pesadas estaban cerradas y proyectaban sombras alargadas a lo largo de la habitación y de la cama con dosel.

Una ola de temor gélido lo embargó mientras se acercaba a la silueta que yacía sobre la cama sin moverse, hundida en el colchón. Unas úlceras rojas le cubrían la piel pálida casi transparente. El cabello espeso y dorado se le había debilitado hasta convertirse en volutas que dejaban entrever el cuero cabelludo. El hombre tenía los ojos nublados clavados en la nada, y los párpados se le torcían de

dolor. Cada bocanada de aire le resonaba en el pecho, y se le veían las costillas cada vez que inhalaba. Los dedos se le retorcían y parecían deformados mientras sujetaba las sábanas empapadas por el sudor. En la habitación reinaba una mezcla de olor a enfermedad y decadencia que se combinaba con el aroma a las tinturas medicinales que había al lado de la cama.

Lucien se detuvo al lado de la cama con la garganta cerrada. Ese no era el tío Cecil. Cuando el moribundo enfocó los ojos nublados en él, tuvo la extraña sensación de que una hoja gélida lo atravesaba. «Morirás solo y de sífilis…». Sin embargo, ese no era su tío. Estaba mirando a una versión más grande, demacrada y enferma de él mismo.

—Fuiste un tonto —susurró Lucien—. Fuiste un tonto por creerle al tío Cecil y por cerrar el corazón. Él sentía temor de que lo lastimaran. Te quería y no deseaba que te lastimaran como lo lastimaron a él. Pero vivió una vida de soledad, sin amor. Tú te mereces algo mejor que esto, y el tío Cecil también.

Se llenó de arrepentimiento y sintió unas lágrimas que le caían por el rostro. Cuántos errores había cometido. Había perdido a muchos seres queridos. Había evitado mucho amor. La garganta se le tensó y se atragantó con las palabras que quedaron sin decir y las oportunidades que dejó pasar. Sintió todo el peso de los años desperdiciados como una fuerza invisible que amenazaba con aplastarlo.

Lucien se despertó con el corazón latiéndole acelerado y el sueño aún vívido en la mente. Miró alrededor de la habitación opulenta y se sintió más solo que nunca. Había un hombre con un abrigo de color índigo que lo miraba fijo desde el marco de la puerta. Se veía afilado y centrado como siempre.

—Por todos los cielos, mírate nomás —dijo Constantine, el duque de Pryde.

Lucien se sentó cubierto de sudor y se pasó las manos por el cabello. Aún recordaba la pesadilla.

Pryde se adentró en la recámara y se sentó en la cama al lado de Lucien.

—Te ves fatal —le dijo.

Lucien tragó con dificultad sin dejar de sentir la garganta tensa del sueño.

—Estoy fatal. —Se puso de pie para servirse más vino—. ¿Vino?

—No… Yo… Quería ver cómo estabas.

Lucien vació el contenido de la copa antes de responder.

—De mil maravillas.

—Me gustaría llevarte de regreso a casa.

Lucien soltó una carcajada amarga.

—No me opondría. Ya no sirvo. Todo lo que me hacía quien soy se ha esfumado. Chastity me ha roto con esa ridícula apuesta. Me las ingenié para permanecer célibe por treinta días y ahora mi cuerpo se niega a dar la talla.

Pryde tomó el abrigo amarillo de Lucien y lo ayudó a ponérselo como si fuera su ayuda de cámara.

—Sí, bueno… Quizás te ha hecho algo —dijo Pryde mientras cruzaban la recámara para salir a los pasillos oscuros iluminados por unos candelabros—. Pero no creo que te haya roto el miembro. Quizás te ha roto el corazón.

Mientras salían a la luz del día, Lucien entrecerró los ojos. Miró por la calle Petticoat y, cuando vio el hospital de Sterling, el corazón le dio un vuelco. Cada vez que pasaba por allí, tenía la esperanza de divisar a Chastity yendo o viniendo, pero jamás la veía. Y eso era lo mejor. Pronto tendría un marido, uno que quizás le abriría las puertas del hospital Saint Thomas.

Se subieron al carruaje de Pryde, y las ruedas comenzaron a traquetear a medida que avanzaban.

—Eres de lo más sabio —señaló Lucien observando las calles de Whitechapel con sus casas venidas a menos, los comerciantes sucios y la gente haciendo trabajos arduos—. En alguna parte de por aquí hay una niña que supuestamente es mi hija —dijo Lucien.

Pryde soltó un suspiro.

—Sí, es tu hija, amigo. Hasta un ciego lo puede ver.

Lucien negó con la cabeza. ¿Sería inútil negarlo?

—Fortyne contrató a un investigador que visitó a la señora Murray. Dijo que solo recibió una carta en la que le informaban que tú eras el padre y le daban el dinero necesario para que acudiera

con Stella a mi propiedad. Le dijeron que acudiera al día siguiente de recibir la carta porque sería la última oportunidad de verte. No sabe quién se la envió.

—¿No te llegaron más amenazas? ¿Ni más cartas? —le preguntó Lucien.

—De momento, no.

—No sé si aliviarme o preocuparme. Si sabían que tenía una hija, ¿qué más podrían saber de nuestros secretos? En especial de los tuyos. Considerando que el príncipe regente anhela quitarte el título.

El rostro de Pryde se tornó mortalmente serio.

—Eso sería un desastre.

Lucien se aclaró la garganta.

—Ya sabes que no hace falta que te preocupes de mí. Los secretos que compartimos están sellados. Lo recuerdo, aunque ya no sea parte de la hermandad.

Pryde lo miró con frialdad.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Si mal no lo recuerdo, tú has roto una promesa del credo.

—Bueno, pero jamás contaré tu secreto —repuso Lucien—. Ni ningún otro secreto de mis hermanos.

Pryde tomó una profunda bocanada de aire. Era muy desalentador ver al hombre más orgulloso que Lucien había conocido en semejante estado de aflicción y temor ante la idea de perder su título.

—El chantajista es preocupante —admitió Pryde con calma—. Lo único que sabemos es que sabe más de lo que creíamos y que va en serio. Llevó a cabo su amenaza y de la manera más pública concebible. Solo basta mirar todos los artículos, oír los chismes y ver cómo ensucian tu nombre tanto en los periódicos como en las salas de estar de Mayfair. Debemos proteger al resto de la hermandad de semejante destino. Los hombres de Fortyne lo están investigando.

Lucien se pasó los dedos por el cabello al recordar el escándalo que circulaba por toda Londres. No le importaba su reputación. Al cabo de un tiempo, todo pasaría. Muchos caballeros de la alta sociedad tenían hijos bastardos. Sin embargo, de momento,

cualquiera que estuviera conectado a él quedaría arruinado para siempre.

—Soy una calamidad, Constantine.

—Bueno —dijo Pryde al tiempo que se le suavizaba la mirada—. Hay algo bueno que salió de todo esto, Lucien. Tu hija.

Lucien sintió como si le hubieran asestado en el pecho con una flecha. Miró a las casas que dejaban atrás y se preguntó si la niña se encontraría detrás de alguna de esas ventanas y puertas.

—Jamás te perdonarás si la abandonas.

Lucien cerró los ojos al tiempo que un dolor de cabeza le producía un latido en la sien. Se estaba marchando de Elysium y de Whitechapel, en el mismo sitio donde todo había empezado. Sin embargo, se encontraba con Pryde y no con Chastity. Y había dado varios pasos hacia atrás.

—Hace seis semanas, creía a ciegas que estaba viviendo la mejor vida. Creía que nada podía lastimarme porque no me involucraba con el corazón. Creía que mientras fuera un libertino, sería invencible. —Tomó una profunda bocanada de aire—. No podría estar más herido de lo que estoy ahora.

Pryde soltó un profundo suspiro.

—Me temo que sí podrías, amigo. Si permites que Stella, tu propia hija, se pudra en Whitechapel.

—Pero… de seguro estará mejor con su abuela. Seré el peor padre que pudiera existir. Luego de lo que experimenté en la infancia… no estoy en condiciones de criar a una niña. Y ella no querría a un padre como yo: irresponsable y cobarde.

—Así y todo, no has podido acostarte con nadie en unas semanas, ¿no?

—No, pero algún día lo haré…

—¿De verdad? —le preguntó—. ¿Y a quién te imaginas cuando cierras los ojos?

Lucien se clavó la mirada en las manos.

—A Chastity. La amo. Siempre la he amado.

—Aún no se ha casado.

—Pero Dorian…

—Dorian solo quiere que cambies, amigo. Te quiere como a un hermano. Si le demuestras a él y a Chastity que eres el hombre que siempre estuviste destinado a ser, Dorian no solo te perdonará, sino que no creerá que exista hombre mejor para casarse con su hermana que su mejor amigo. El hombre que la amará, la cuidará, la protegerá y la convertirá en la mujer más feliz sobre la tierra.

Lucien soltó un suspiro.

—No soy digno de ella.

—Te puedes pasar la vida intentando serlo. Ella también te quiere, ¿no?

Lucien asintió con la cabeza. Una descarga de energía lo recorrió.

—Eso dijo.

—Y entonces ¿qué es lo que te detiene?

—Jamás me perdonará. Ahora está comprometida. Se va a casar con otro.

—No se casará con él si le pides matrimonio.

Pero ella necesitaba que él cambiara… Necesitaba ver que era un hombre mejor, un hombre que podría comprometerse con ella… y con su hija.

Recordó el día en que todo había cambiado. Cuando se había escondido debajo de la mesa para protegerse de las palabras venenosas de su propia madre. Cuando su tío le había dado el consejo que en ese entonces se había sentido como un escudo y que lo había escudado durante muchos años. Aunque ahora, ya no se sentía como un escudo. Por el contrario, se sentía como una bolsa llena de piedras atada a los talones y que lo arrastraba hacia el fondo de un río. Se sentía sofocado y desesperado.

—Voy a ver qué puedo hacer por la niña —dijo Lucien—. En el peor de los casos, le puedo dar dinero. Eso me sobra. Vayamos a mi casa de Londres y le escribiré una carta a mi abogado.

Tras entrar en el estudio, abrió un cajón tras otro en busca de papel. Cuando abrió el último cajón, algo se movió en el interior y Lucien sintió las extremidades entumecidas. Era la estrella de papel. La estrella que Chastity le había hecho a los seis años, cuando él tenía diez. Con las manos temblorosas, la extrajo del cajón. No había

pensado en esa estrella en varios años, pero la guardaba como un tesoro.

A pesar de que el papel estaba amarillento, se encontraba intacto. Lo sostuvo en las manos con los dedos temblorosos. Recordó el día en que se lo había entregado. Se había encontrado de pie a su lado, con una postura pequeña, solemne y seria. Dorian había estado al otro lado de él. Los tres eran mejores amigos, la verdadera familia que habían formado en la ausencia del amor y el afecto de los padres que los habían engendrado.

—Me la dio Chastity —le dijo—. Jamás la abrí. —Los dedos le temblaron. Era como sostener el pasado en las manos. Era un regalo preciado de Chastity.

—Ábrela —lo alentó.

Con las manos temblorosas, la abrió. La estrella estaba perfectamente plegada con la precisión de Chastity, la había hecho con una página arrancada de un cuaderno, cubierta con palabras que había escrito de niña con su caligrafía perfeccionada para esa edad temprana.

Lucien se aclaró la garganta y leyó en voz alta:

El monstruo soy yo.

Bajo la tenue luz de la luna creciente,
pisadas fuertes y sombras latentes.
Un huérfano corre en mortal persecución,
tropieza y cae con el rostro en devastación.

Se queda inmóvil en pavor letal,
el monstruo esta noche lo va a devorar.
Pero en el agua, un reflejo sombrío ve,
en esa soledad, no hay nadie más que él.

Por senderos torcidos y caminos enredados,
ve una luz… y sigue avanzando.
Una cabaña brilla en la oscuridad,
¿será su refugio en la tempestad?

Entra y todo es luz y calor,
una cena en paz, sin temor.
Risas y amor flotan en el aire familiar,
y en sus brazos halla un hogar.

Junto al fuego, rostros queridos,
amor y paz al fin reunidos.
En sus sonrisas halla la verdad,
los conocía desde su temprana edad.

La carrera huyendo de sí mismo,
una batalla contra sí mismo.
El hogar buscado, el amor hallado,
en su corazón siempre ha estado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y las letras se nublaron mientras procesaba el significado de las palabras. El consejo de su tío se le vino a la mente. Se habían escondido debajo de la mesa de la biblioteca mientras sus padres intercambiaban comentarios llenos de veneno. «Protege tu corazón… Para sentirte cerca de alguien, usa tu cuerpo. De ese modo, tu corazón nunca se verá afectado…».

No obstante, había pasado treinta días haciendo todo lo opuesto. Y jamás se había sentido más feliz. Mientras que, en el pasado, se

había sentido vacío. Su tío había muerto de sífilis y solo. En su sueño, había visto una versión del futuro de él que moría del mismo modo si no cambiaba. Pero Lucien jamás había estado solo. Siempre había tenido amor. Sin embargo, le había creído más a sus padres malvados que a su estrellita.

Por eso había estado huyendo. De todos lados y en todas las direcciones: hacia una botella de vino o hacia la cama de una mujer. Por eso les había dado placer a muchas con el miembro, con la boca o con las manos; eso era lo que más lo reconfortaba. Eso lo ayudaba a olvidar. Las utilizaba a todas para olvidar.

A pesar de eso, el amor que sentía por Chastity no se comparaba a nada. No le permitía huir ni esconderse. Era un espejo que le reflejaba la verdad y le mostraba que el único modo de tener todo lo que quería era dejando de huir, mirando hacia atrás y examinándose a sí mismo.

No había ningún sitio donde encontraría el amor y el hogar que había buscado con tanta desesperación excepto dentro de sí mismo.

—Si hubiera leído el poema de Chastity a los diez años y lo hubiera entendido… —comenzó buscando la castaña mirada llena de compasión de Pryde—, me pregunto si habría creído las palabras de mi tío. Creo que hubiera sabido que ya me amaban. Dorian y Chastity siempre habían estado a mi lado. Hasta mi tío, a su manera retorcida, me quería. Hubiera sabido que no necesitaba proteger mi corazón porque la única aprobación que necesitaba era la mía. Todo el amor que buscaba ya lo tenía. Simplemente no podía verlo.

La mirada de Pryde se tornó más cálida, y a Lucien le sorprendió ver que se le habían llenado los ojos de lágrimas mientras asentía con la cabeza. ¿Acaso el perfecto duque de Pryde estaba mostrando un destello de vulnerabilidad?

Constantine le apretó el hombro.

—Claro, viejo amigo. Ojalá algún día pueda creer lo mismo acerca de mí, como ahora lo crees tú. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscar a mi hija.

27

«Esta no puedo ser yo. No puedo ser yo». El pensamiento le siguió acechando la mente a Chastity mientras observaba su reflejo en un gran espejo ornamentado. Se encontraba de pie sobre una plataforma redonda en el probador de la tienda de la señora Newman. Una luz suave se colaba por las cortinas que cubrían los ventanales y proyectaban un brillo cálido sobre las paredes empapeladas de celeste pastel y decoradas con unas delicadas flores plateadas. Contra una pared, había unas sillas con tapices aterciopelados de color dorado. Patience estaba sentada a una pequeña mesa de palisandro y sostenía una delicada taza de té en la mano. En el aire, pendían los aromas a tela, lavanda y té.

Desde la puerta cerrada, Chastity oyó a la señora Newman y las costureras hablar con otra clienta mientras les daban tiempo para pensar en el vestido.

«Esta no puedo ser yo».

Un vestido de seda del color blanco perla más exquisito le caía por el cuerpo, con una capa de encaje de Bruselas que sin dudas habían importado a un gran costo. El corte de tiro alto estaba asegurado debajo del busto con una faja de seda azul a sugerencia de Patience, para añadir algo azul. Las mangas eran cortas, abullonadas y bordadas con el exquisito encaje.

Chastity debería sentirse eufórica, ¿no? Pero el corsé bordado con perlas e hilo plateado que formaba un patrón sutil de rosas y hojas se sentía demasiado ceñido. Se le aceleró el pecho y sintió que

no podía obtener suficiente aire. En el cabello tenía la tiara que Dorian le había regalado, con diamantes y perlas. A pesar de que le había encantado, las manos englobadas anhelaban arrancársela de la cabeza junto con el largo velo de tul.

Patience se puso de pie con los ojos agrandados llenos de adoración y se acercó a la plataforma.

—¡Te ves increíble! —exclamó mientras subía la falda decorada con flores bordadas para enderezarla—. La señora Newman ha superado cualquier expectativa. —Se rio sin dejar de enderezar los pliegues de la cola larga detrás de Chastity—. ¿Recuerdas mi vestido de boda? Tenía costuras y parches y casi se había tornado amarillo de lo viejo que era. Cielos, cuando caminé hacia el altar, deseé que el suelo se abriera para tragarme entera, porque tú, los duques y otras damas y caballeros de la nobleza no me quitaban los ojos de encima. Tú no tendrás que temblar de vergüenza como me pasó a mí. Eres la imagen de la novia perfecta de un noble.

Era cierto. Sin embargo, se encontraba pálida, tenía los ojos celestes abiertos de par en par y la punta de la nariz casi roja de las lágrimas que intentaba contener.

—A Dorian no le importó tu vestido —le aseguró Chastity con una risa forzada que le hizo doler la garganta—. Te habría amado por más llevaras puesto un saco de arpillera.

Patience soltó un suspiro y una expresión soñadora le cubrió el rostro mientras caminaba alrededor de la plataforma enderezándole los pliegues del otro lado del vestido.

—Tienes razón, creo que sí. Y *lord* Wardbury sentirá lo mismo en tu boda, dentro de una semana.

Cuando terminó de acomodarle el vestido, Patience dio un paso a un costado, ladeó la cabeza y la observó con una sonrisa llena de alegría. Sin embargo, al verle la expresión, la sonrisa se le desvaneció de los labios rosados.

—Oh, cielos, querida, ¿qué sucede?

Chastity se obligó a sonreír.

—Nada.

Los ojos celestes de su cuñada se llenaron de preocupación. Patience se acercó para tomarle una mano.

—Estaba preocupada por esto. ¿No estás feliz de casarte con *lord* Wardbury?

Chastity sacudió la cabeza y le sonrió con gran esfuerzo.

—No es relevante que esté feliz o no.

Patience soltó un suspiro y jaló de la mano de Chastity.

—Ven, siéntate conmigo, querida. Te serviré una taza de té.

Chastity tuvo que admitir que le agradaba la idea de sentarse porque tenía las rodillas temblorosas. Se sentaron, y Patience le sirvió té.

—Disculpa —le dijo—, pero la felicidad es muy relevante cuando se trata del matrimonio. Créeme.

Chastity sintió como si una aguja le perforara el corazón. Gracias a Lucien sabía cómo se sentía ser feliz con un hombre. Le había despertado el cuerpo y abierto el corazón para pisoteárselo sin cesar.

Chastity se quitó los guantes y sintió las manos libes, como si la piel volviera a respirarle. Si tan solo pudiera quitarse todo el vestido… y no volver a ponérselo jamás.

—*Lord* Wardbury es una unión lógica.

Patience arqueó las cejas y bajó la taza.

—¿Lógica? Qué manera más interesante de describir a tu futuro marido.

Chastity enderezó la postura. Tenía que apoyarse en el pensamiento racional porque jamás la había decepcionado.

—Bueno, es lógica. Es todo lo que debería querer en un marido.

—¿Lo que deberías querer o lo que quieres? —le preguntó Patience con cautela.

Chastity sujetó con torpeza la hermosa tiara que tenía en el cabello.

—¿No es lo mismo? Desde todos los aspectos lógicos, *lord* Wardbury es perfecto. No tiene defecto alguno.

Patience la miró por debajo de las pestañas alargadas.

—¿A diferencia de Lucien, un pecador lleno de defectos?

Chastity por fin logró quitarse la tiara del cabello y la arrojó al suelo junto con el velo con más fuerza de la que había querido. El velo no pesaba nada, pero se había sentido como un peñasco sobre los hombros.

—Exactamente —dijo—. Él no importa. Por lógica, *lord* Wardbury es la mejor elección.

Patience la miró con los ojos celestes entrecerrados. Unos rizos dorados le cayeron sobre el rostro cuando ladeó la cabeza con la misma expresión que tenía cada vez que estaba por mirar en lo más profundo de su alma.

—No dejas de hablar de la lógica… Pero, si haces la lógica a un lado durante un instante, ¿qué te dice tu cuerpo? ¿Cómo te sientes?

Chastity sintió que le encantaba el vestido, la tiara y el velo, a pesar de que deseaba liberarse de todo en ese momento. Pero no del hombre. Lucien había sido parte de su cuerpo y de su alma durante muchas semanas. A lo mejor, lo había sido durante toda su vida. Clavó la mirada en las manos, que tenía apretadas. No podía depender de su cuerpo y su corazón porque la traicionarían. Porque tanto su cuerpo como su corazón anhelaban a Lucien. Su mente, en cambio, siempre había sido su refugio. La lógica había sido su amiga y su compañera. ¿Por qué debería tomar decisiones sin consultarla?

—¿Te puedo preguntar si lo que sientes es amor? —continuó Patience—. Pero no por *lord* Wardbury.

Chastity soltó un suspiro.

—No se te puede ocultar nada.

Patience arqueó las cejas.

—Estás enamorada de Lucien, ¿no?

No lo había visto en dos semanas, pero su nombre era como un rayo que le atravesaba el corazón. Era doloroso y electrizante. La hacía sentir despierta y viva.

—Sí, pero él no me ama. O no lo suficiente como para hacer algo. No me puede ofrecer lo que me ofrece *lord* Wardbury. No puede o no quiere comprometerse. Así que no importa.

Chastity estudió los patrones de flores de su vestido. Una parte de ella se preguntaba si el rostro de Lucien mostraría admiración y asombro al verla así. La persona que era antes de la fiesta se habría casado con *lord* Wardbury en un vestido gris como los que usaba todos los días. Ese era otro cambio positivo que le había inspirado Lucien. La había transformado en la versión de sí misma que

siempre había temido ser, pero que ahora veía como una mujer fuerte y vibrante.

—¿No crees que el matrimonio es uno de los pocos temas en los que el corazón sabe más que la mente?

Chastity sintió un dejo de frustración.

—Pero ¿cómo puedo confiar en mi corazón cuando me lleva hacia alguien que me ha lastimado? —le preguntó con la voz temblorosa.

Patience le ofreció una sonrisa delicada.

—La gente puede cambiar, Chastity. Tú y yo lo hemos visto con nuestros propios ojos en el caso de Dorian. Tu hermano se convirtió en un mejor hombre porque así lo deseaba, porque había encontrado algo por lo que valía la pena cambiar.

—Pero Lucien… ha tomado su decisión. Me ha dicho que no cambiará por mí.

—Todavía —añadió Patience con suavidad—. A veces, uno tiene que permitirse sentir. Quizás él también.

Esas palabras dieron en la tecla y rozaron un temor que no había reconocido por completo. Los sentimientos eran caóticos e impredecibles. No se podían medir ni cuantificar. En una palabra, eran aterradores.

—Esos sentimientos pueden llevar al dolor —susurró Chastity—. Ya ha pasado.

—Y también a la felicidad. Durante toda mi vida, guardé todas mis emociones negativas. Pero eso no las hizo desaparecer. Solo logré no prestarle atención a una parte importante de mí misma. Y tú estás haciendo lo mismo.

Chastity se quedó sentada en silencio mientras absorbía las palabras de Patience. La parte lógica de su mente se rebeló contra esa idea e insistió en que las emociones no eran de confiar e, incluso, podrían ser peligrosas. Sin embargo, una pequeña voz que había estado intentando ignorar durante mucho tiempo le susurró que Patience podía tener razón.

—No… No sé si puedo guiarme con el corazón. Siempre he confiado en mi mente. Ha sido mi lugar seguro.

Patience asintió con la cabeza alentándola.

—No tienes que escoger. ¿Y si buscas un balance entre el cuerpo, la mente y el corazón?

El té se fue enfriando y quedó olvidado mientras las dos permanecían sentadas, y Chastity atravesaba una tormenta de pensamientos y sentimientos en conflicto. La certeza a la que se había aferrado acerca de su casamiento con *lord* Wardbury comenzaba a desquebrajarse y dejaba entrever el anhelo y la duda que tanto había intentado ignorar.

—Gracias, Patience —le dijo al final con la voz cargada de emoción—. Me has dado mucho que pensar.

Patience le volvió a apretar la mano, y el roce le resultó reconfortante.

—Recuerda que no es demasiado tarde para escuchar a tu corazón. No tengas miedo de sentir, Chastity. A veces, es lo más valiente que podemos hacer.

28

Lucien sonreía mientras la luz natural caía sobre Stella… Su hija.

Soltó una carcajada y extendió el cuerpo por el suelo. En el transcurso de la semana anterior, ese se había convertido en su pasatiempo favorito: recostarse sobre la alfombra a su lado, oír su respiración acelerada e inhalar su aroma inocente a jabón de lavanda, mermelada de fresa y prendas limpias. Mientras observaba cómo los rizos dorados se le movían mientras plegaba un papel, el corazón se le estrechó de dolor… y de amor.

En alguna parte de Mayfair, Chastity estaba a punto de casarse con otro hombre. El pensamiento lo llenó de un terrible dolor y un paralizante sosiego de los que solo se podía distraer concentrándose en su hija y no con encuentros insignificantes que olvidaría por la mañana. No podía creer lo lejos que había llegado.

—Así, tesoro —le dijo y dobló su propio papel para lograr una esquina perfectamente afilada y formar una estrella.

El movimiento le vino fácil, los dedos recordaban los pasos que le había enseñado Chastity hacía muchos años. En esa época, jamás habría imaginado que el simple acto de plegar papel se convertiría en una de sus actividades más preciadas.

Ver el papel bajo los dedos, sentir la quemadura que le producía en los dedos al recorrerlo y estudiar el resultado le produjo un profundo pesar. Mientras observaba a Stella intentar repetir su demostración, se dio cuenta de que esa podría ser la última conexión que le quedaba con la mujer que amaba.

Chastity se encontraba en algún sitio… sin él. Y a punto de casarse. La había perdido para siempre.

A los tres años, Stella tenía las manos regordetas y, como no lograba doblar los pliegues de la estrella, acabó arrugándola y formando una bola. Con una expresión llena de orgullo, se la entregó.

—¡Mira, Lush! ¡Es una estrella!

Lucien se rio con suavidad, y sintió un amor y una alegría que le rebosaban por los trozos rotos del corazón. Stella tenía un acento de lo más adorable. Estaba seguro de que, con el tiempo, con los años de vivir en Mayfair, lo perdería. Ya parecía como si hubiera nacido allí con el vestido de encaje blanco de corte imperio que estaba de moda y que había comprado a las apuradas el día anterior a su llegada. También había comprado varias prendas más, zapatos y cosas que necesitaba una niña…

«Lush…». Como no podía pronunciar su nombre entero, lo llamaba así.

¿Cómo era posible que una persona se sintiera tan feliz y destrozada al mismo tiempo? No lo sabía. Y, sin embargo, el amor que tenía por Stella era tan aterrador como maravilloso y lo llenaba por completo.

Una semana. Solo había pasado una semana desde que la había llevado a casa y ya lo había cambiado todo.

Pryde tenía razón. Hacerse cargo de su hija sería algo de lo que jamás se arrepentiría en la vida. No obstante, también era una de las cosas que más lo asustaban.

—Una estrella —repitió con una carcajada mientras tomaba el papel en la mano como si fuera el tesoro más grande del mundo, hecho con esos dedos pequeños que aún tenían manchas de barro bajo las uñas a pesar de los esfuerzos de la niñera. Si bien la estrella de su hija no era más que un papel abollado, le encantó—. Es hermosa, Stella.

Jamás le permitiría pensar, ni siquiera por un instante, que no la quería. Jamás le diría las palabras que su madre le había dicho. Y se llevaría al lecho de muerte la vergüenza de haber rechazado a su propia sangre por cobardía.

Su segunda estrella que lo guiaba. Qué afortunado era un hombre de tener una. ¡Y él tenía dos!

Los pulmones se le tensaron, y unas lágrimas le nublaron la vista. Recordó la primera noche en que Stella le apoyó la cabeza dormida sobre el pecho mientras la cargaba en sus brazos y cruzaba el umbral de su casa de Londres. Era tan liviana y monumental a la vez que casi lo había puesto de rodillas. Se había quedado de pie delante de la puerta, petrificado, hasta que el ama de llaves le había quitado a la niña de los brazos y la metió en la casa para que se sintiera cómoda.

—Es hermosa —repitió, y Stella se rio.

Tenía la risita más encantadora y adorable y siempre lo llenaba de alegría. Stella volvió la atención hacia el siguiente objeto extraño que Lucien jamás creyó que vería en su estudio: una pila de coloridos bloques de madera que había al lado de un plato con sobras de pan con mantequilla y mermelada de fresa.

—¡Una casa! —exclamó con orgullo mientras colocaba un bloque encima del otro.

—Sí, una casa —acordó—. ¿Vivimos en ella?

—No, es mi vieja casa. Es pequeña y marrón. —Armó otra pila con cinco bloques, uno encima del otro. Solo escogió los blancos y los amarillos—. Esta es mi nueva casa. Es grande y grande y… eh… grande.

Cuando había ido a buscar a Stella en Whitechapel, el estado de la casa en la que vivía lo repelió por completo. En el aire se olían los hedores a humedad, madera mohosa, cuerpos sucios y col hervida. En una esquina, había un delgado colchón de paja cubierto con una manta andrajosa. Una única ventana permitía el ingreso de un débil rayo de luz natural que iluminaba el suelo desparejo cubierto con juncos. Contra una pared había un estante improvisado en el que tenían una Biblia, un espejo roto y un bonete andrajoso.

—Sí —le dijo—. La casa grande y blanca es nuestra.

—¿Y la abuela? —le preguntó mientras tomaba un caballo de madera y lo hacía galopar por la alfombra Aubusson hacia la alta torre de bloques.

Le hacía la misma pregunta al menos una vez por hora, y cada vez que la oía, el corazón se le volvía a romper por ella. Le había ofrecido a la señora Murray la opción de vivir con él y con Stella durante todo el tiempo que deseara. De seguro, lo mejor sería que la niña de tres años tuviera a la única pariente que había conocido en toda su vida a su lado. Lucien se hubiera alegrado si la señora Murray se hubiera mudado con ellos. Incluso le había ofrecido un ingreso mensual para que cuidara de su salud y pudiera costearse lo que necesitara. Pero la señora Murray no quería quedarse en Londres, le había pedido dinero para ir a Yorkshire, y Lucien se lo había dado.

—Está viviendo con su hermana —le dijo—. En una graja en Yorkshire.

—Oh —dijo Stella—. ¿Qué es una granja?

Recogió unos bloques más y los apoyó sobre un cuadrado plano.

—Es donde viven los chanchitos, las gallinas y los gansos. Es mejor para su salud. Hay aire fresco. Si quieres, la iremos a visitar pronto.

—Sí —le dijo—. Me gustaría ir a una granja para ver a la abuela, las gallinas y los gansos.

Sin embargo, pronto le volvería a preguntar dónde estaba su abuela, y le volvería a dar la misma respuesta con todo el amor y la bondad que pudiera reunir, sin importar lo enfadado que se sintiera con su abuela por haberla abandonado. Pero ¿y él quién era para juzgar? ¿Acaso no había abandonado a la niña tras enterarse de su existencia?

—Muy bien —le dijo mientras recogía una gallina de madera y la colocaba en la granja—. Iremos.

La niña asintió con la cabeza e hizo galopar el caballo hacia la granja.

—Iré a visitar a la abuela y a sus gallinas con mi papá.

A Lucien le pareció no haberla oído bien al principio y se quedó completamente petrificado. La garganta se le cerró mientras luchaba contra la arremetida de emociones puras. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se aclaró la garganta. De seguro no hablaba de él, ¿no? Pero no tenía otro padre…

Ese era él. Su «papá».

—Sí, tesoro —le dijo con la voz temblorosa—. Vas a ir con tu papá.

Esa semana había estado llena de momentos como ese en los que pasaba de una depresión máxima a una felicidad inmensa en un abrir y cerrar de ojos. Y había querido compartir cada uno de esos momentos con Chastity. Y con Dorian. Había encontrado a una hija, pero había perdido a su mejor amigo y a la mujer que amaba.

A pesar de todo, hacía unas pocas semanas, había sido otro hombre. Un libertino que se la pasaba bebiendo, yendo de cama en cama y viviendo solo para sí mismo. Pero ahora… era el «papá» de alguien.

Ese hermoso ser humano que jamás había querido dependía por completo de él. Era inmensamente feliz de jugar con los bloques de madera con ella y darle de comer un trozo de pan con mantequilla. Y el éxtasis que una simple palabra, «papá», le podía producir. Era mejor que una orgía en Elysium.

Chastity había tenido razón en el poema. Había estado huyendo de sí mismo desde el comienzo cuando tenía todo lo que siempre había querido dentro. Desde siempre.

Por más que lo hubiera negado, había estado enamorado de una sola mujer toda la vida. Había tenido a su mejor amigo, que había sido su verdadera familia desde la infancia atormentada que habían compartido. Y el amor que tanto había anhelado de sus padres siempre había estado en su corazón. Y ahora ese amor se volcaba en Stella.

—Mi papá y yo vivimos en una gran casa blanca —dijo como si el caballo estuviera conversando con la gallina—. Y siempre hay tostadas con mantequilla y mermelada a la hora que quiera. Y tengo una niñera, pero me gusta más mi papá. Mi papá está solo. Así que es bueno que haya venido a hacerle compañía…

Solo… Pero ya no se sentía solo. No como antes.

«Morirás solo y de sífilis…». Las palabras ya no lo acechaban. Porque tenía a Stella. Se había enfrentado a lo más aterrador de todo: aceptar que tenía una hija. ¿Podría hacer lo otro que más lo

asustaba y luchar por la mujer que amaba? ¿Podría darle lo que tanto anhelaba?

En ese momento, miró al rostro relajado de su hija y sintió algo que cambiaba en su interior. Las últimas paredes que le rodeaban el corazón se desmoronaron y lo dejaron expuesto tal y como era. De repente, se sintió liviano.

Amaba a Stella. Amaba a Chastity. Y por primera vez en su vida, el amor no lo aterraba. Por el contrario, lo llenaba de fuerza y determinación. Necesitaba ser digno del amor de Chastity y de la confianza que Stella le había depositado al llamarlo papá.

Lucien se sentó con la mente acelerada. Luego se puso de pie y le costó llenarse el pecho de aire. Stella alzó la mirada para verlo y se quedó congelada con el caballo en el aire.

Había sido un tonto al huir del amor durante tanto tiempo. Chastity había visto lo mejor en él, le había ofrecido su corazón y él casi lo había botado. Pero ahora, con Stella en su vida y las palabras de Chastity haciéndole eco en la mente, veía todo con una claridad cegadora.

—Stella —le dijo con la voz espesa—, ¿qué dices si emprendemos una aventura?

Los ojos violetas de Stella se iluminaron al tiempo que se ponía de pie. El caballo de madera se cayó sobre la alfombra.

—¡Sí, papá! ¡Una aventura!

Lucien soltó una carcajada y el corazón se le hinchó mientras marchaba hacia la campana para llamar a los criados.

—¡Excelente! Tenemos una boda que detener.

29

La iglesia de Saint George en Hanover Square se veía encantadora. Desde la ventanilla del carruaje, Chastity observó el gran pórtico con las seis columnas de estilo corintio y el frontón triangular decorado con el escudo de armas real. La entrada estaba decorada con coronas de rosas rojas cuyo aroma se percibía desde la distancia. La calle estaba atestada no solo de los invitados, sino también de los transeúntes curiosos que querían echarle un vistazo a una boda aristocrática.

Dorian se encontraba sentado frente a ella en el carruaje y se veía solemne y serio como un perfecto hermano mayor. Chastity llevaba puesto un impresionante vestido de bodas, con un jubón, unos guantes de encaje, una tiara y un velo.

Todo estaba listo. Excepto su corazón. Chastity recorrió la escena con la mirada y reparó en los cinco duques que se encontraban de pie afuera, cada uno con los colores resplandecientes de su respectiva casa.

—Hermana —comenzó Dorian mientras le tomaba las manos entre las suyas—. ¿Por qué no pareces una novia feliz?

Chastity le apretó las manos. Dorian no llevaba puesto su guante, y eso la alegraba. Había sido impactante ver las cicatrices crudas e inflamadas la primera vez que se quitó el guante ese mismo verano, pero ahora se veían mejor, aunque la piel jamás se recuperaría por completo.

Antes de responderle, soltó un suspiro.

—Supongo que… que estoy tan feliz como puedo. —Volvió a ver a los cinco duques que los aguardaban. Cinco y no seis.

La ausencia de Lucien era como una daga en el corazón. Lucien había estado presente en todos los momentos importantes de su vida, y parecía natural que se encontrara allí ahora… Aunque, por supuesto, no iría. De encontrarse presente en su boda, Chastity no querría que fuera un espectador. Querría tenerlo de pie frente al altar, esperándola.

Dorian entrecerró los ojos.

—¿Y eso alcanza?

Antes de que pudiera responder, Pryde avanzó hacia el carruaje y abrió la puerta. Como siempre era la imagen del honor y el orgullo, le ofreció una reverencia.

—Se ve hermosa, *lady* Chastity.

Chastity asintió con la cabeza en agradecimiento y se volvió hacia Dorian. Había pensado en su conversación con Patience varias veces en el transcurso de la última semana. Su mente no tenía duda alguna de que casarse con *lord* Wardbury era la decisión adecuada, pero el corazón le dolía, y el cuerpo anhelaba a Lucien.

—No… No lo sé, hermano. ¿Tú qué crees?

A Dorian se le tensó el mentón.

—Para muchas parejas lo es. Pero no quiero que lo sea para mi hermana menor. En especial ahora que sé lo que es la verdadera felicidad y estar casado con el amor de mi vida.

Chastity asintió con la cabeza y se mordió el labio. Pryde frunció el ceño mientras pasaba la mirada entre ella y Dorian.

—¿Sucede algo? —preguntó—. ¿Puedo ayudar?

—No, todo está perfecto —repuso Chastity—. Comencemos.

Se incorporó del asiento para descender del carruaje, pero Dorian le apretó la mano y la dejó petrificada en su sitio.

—Sabes que puedes cambiar de parecer —le dijo—. Yo lidiaré con las consecuencias. No te preocupes por el escándalo o los chismes ni por cualquier tipo de daño a tu reputación. Solo quiero que te preocupes por tu felicidad.

La garganta se le tensó y unas lágrimas se le formaron en los ojos.

—Mi felicidad es imposible, Dorian —le respondió en un susurro.

El rostro de su hermano perdió cualquier expresión y la calidez que había brillado en sus ojos desapareció. Durante un breve instante, Chastity vio la vieja versión de Dorian, la que era capaz de asesinar.

—No me digas que es por Lucien.

Chastity se mordió el labio y se volvió a sentar en el carruaje. Miró a Pryde, que la observó con una mirada cálida llena de comprensión. Tras asentir con la cabeza, el duque cerró la puerta y regresó al lado de los otros duques, que empezaron a preguntarle qué estaba ocurriendo.

Chastity jugueteó con los guantes.

—No quiero empeorar las cosas.

Dorian apretó los labios hasta formar una línea delgada y miró a su hermandad.

—No solo te traicionó, Chastity. Te deshonró. Y también nos traicionó a nosotros seis.

Chastity asintió con la cabeza.

—Lo sé. —Y, a pesar de todo, su corazón rugía lleno de sentimientos, más alto que cualquier cosa que pudiera decirle la mente. Se rehusaba guardar silencio. Su hermano tenía que saberlo —. Aun así, lo amo.

Dorian cerró los ojos y tomó una profunda bocanada de aire.

—No lo digas, Chastity.

—Y sé que tú también lo sigues queriendo. Lo sé porque estás lastimado, al igual que yo. Y lo sé porque he estado allí para ser testigo de su amistad, de la hermandad que comenzaron cuando eran casi bebés.

Dorian abrió los ojos y la miró. Chastity vio que estaban humedecidos y que guardaban un profundo dolor.

—Sí —admitió—. Supongo que lo sabes.

Apretó los labios.

—Estás sufriendo, hermano. Sé que Lucien ha estado allí casi todos los días de tu vida y que ahora que no está lo echas de menos.

—Será mejor que se mantenga alejado, Chastity. La próxima vez que lo vea, será un hombre muerto.

—No deberías decir cosas que no sientes.

Dorian la miró a los ojos.

—Tú tampoco. ¿De verdad te vas a casar con un hombre al que no amas?

Chastity volvió a mirar la iglesia. No sabía qué quería hacer.

—Ya lo descubriremos.

Sin decir más nada, abrió la puerta del carruaje, y Pryde se acercó a toda prisa para ofrecerle la mano y ayudarla a apearse. La conversación entre los cinco se apagó cuando la miraron. Todos asintieron con la cabeza y le ofrecieron cumplidos, pero todos esbozaron sonrisas torcidas con los ojos tristes. Todos echaban de menos a su séptimo hermano. Los siete lores de los pecados no eran lo mismo sin Luhst. A pesar de la escena, Chastity les ofreció una sonrisa y entró en la iglesia.

La nave larga que se extendía ante ella con una alfombra de color carmesí conducía al altar. A ambos lados, había invitados sentados sobre los bancos de madera decorados con rosas. Chastity avanzó sobre la alfombra y pasó por las columnas de estilo corintio a ambos lados que le brindaban soporte a la galería superior que abarcaba toda la longitud de la iglesia.

Un órgano comenzó a sonar. Chastity apretó las manos con toda la fuerza que pudo al tomar consciencia de los susurros, las sonrisas y los ojos de muchos invitados posados en ella. La iglesia olía a incienso y perfume. La luz natural se colaba por las ventanas de vitral.

Al final del altar, se encontraban el obispo de Londres y *lord* Wardbury, alto, atractivo y sonriéndole con intensidad. De pronto lo supo. Tuvo que ver a *lord* Wardbury para que el corazón le gritara y el cuerpo se le cerrara. Patience había tenido razón. No podía ignorar sus sentimientos. En ese momento, más que antes, tenía que prestarles atención.

Él no era el indicado. Por más perfecto que fuera, no era su marido. Lucien no quería ser su marido, pero *lord* Wardbury no podía serlo. No se iba a casar con él.

Había cambiado. No solo había abrazado el lado que había negado durante muchos años, sino que había comprendido que tanto su corazón como su cuerpo necesitaban recibir reconocimiento y ser tenidos en cuenta. Sus sentimientos le decían que no debería conformarse por el simple hecho de que alguien pudiera estar a su lado, sin importar las maravillosas horas de conversación intelectual que podrían compartir como marido y mujer. *Lord* Wardbury no se merecía un matrimonio sin amor. Y ella tampoco.

Tomó una profunda bocanada de aire al oír los pasos de su hermano y sus mejores amigos a sus espaldas y avanzó a paso determinado hacia el altar. En los primeros bancos, vio a Patience, su tía, los Seaton y muchos otros miembros de la alta sociedad. Pero no sonrió. No caminó despacio. Cuando subió a la plataforma delante del altar, vio que la sonrisa genuina se congelaba en el rostro de su prometido.

—¿Puedo hablar con usted, *lord* Wardbury? —le preguntó—. Señor obispo, ¿nos concede un momento, por favor?

El obispo de Londres arqueó las cejas.

—*Lady* Chastity ya la hemos estado esperando bastante tiempo. Por favor, tome su lugar y sigamos adelante…

—Disculpe —dijo *lord* Wardbury alzando la cabeza—, si mi novia quiere hablar conmigo, tendrá que esperar un poco más.

El obispo se mordió el labio, asintió con la cabeza y dio unos pasos hacia atrás. Bajo los susurros de los invitados, Chastity se acercó más a *lord* Wardbury para que solo él pudiera oírla.

—*Lord* Wardbury —comenzó buscando su mirada amable y hermosa—. Lo siento mucho, pero no puedo casarme con usted.

El novio dejó caer la cabeza en señal de derrota y cuando la volvió a mirar, soltó una carcajada amarga.

—Claro que no.

—¿Ya lo sospechaba? —le preguntó.

—Siempre pensé que era demasiado buena para mí —le dijo.

Durante un instante, se quedó sin habla. ¿Ella? ¿Demasiado buena para él?

—Es hermosa. Es la mujer más inteligente y brillante que conozco… Seamos honestos, su investigación es asombrosa.

Desearía haber tenido esa idea. Es valiente. Es bondadosa. No se disculpa por su pasión ni por su talento. Y es sumamente atenta. Jamás se iba a conformar con alguien como yo.

Chastity abrió y cerró la boca en el intento de encontrar las palabras. Por fin, logró responder:

—¿Y necesitaba que me vistiera con tonos de joya para verlo?

—Quizás. Siempre había admirado su inteligencia, pero hasta que no pasé tiempo con usted, no lo pude ver. Y esa es otra cualidad que admiro de usted. Es profunda y no se deja engañar por las apariencias.

Chastity se sintió más liviana.

—Ojalá lo amara, *lord* Wardbury. Su atención y su propuesta de matrimonio han sido un verdadero honor. Pero no puedo hacerlo feliz, y usted a mí tampoco. Por más que deseara amarlo como se merece, mi corazón le pertenece a otro.

—Por favor, no se disculpe. El instinto me decía que todo esto era demasiado bueno para ser cierto y, si no siente lo mismo por mí, preferiría no llevar a cabo la boda y aguardar a la mujer indicada.

A Chastity se le llenó el corazón de alivio.

—Es muy sabio, *lord* Wardbury.

Le tomó las manos entre las suyas y se las apretó al tiempo que la miraba con los oscuros ojos llenos de calidez y esbozaba una sonrisa bondadosa.

—El duque de Luhst es el hombre más afortunado, aunque no la merezca.

Antes de que pudiera reaccionar, oyó un ruido que provenía de la puerta de la iglesia. Al volver la cabeza, se quedó petrificada. Lucien se encontraba de pie en la entrada con Stella, que parecía toda una princesa con el tierno bonete y el vestido de moda. La niña, que estaba limpia y peinada, se veía saludable y de buen humor apoyada contra la cadera de Lucien y con los brazos envueltos en su cuello.

Chastity miró a Lucien, que observaba la escena. Chastity y *lord* Wardbury se encontraban de pie cerca y se sostenían las manos. El obispo se encontraba de pie frente al altar.

La desgarradora expresión de dolor que reflejó el rostro de Lucien le rompió el corazón. Cuando abrió la boca para llamarlo, el

duque dio unos pasos hacia la puerta y desapareció.

30

Era demasiado tarde.

El suelo de mármol del pórtico se movió bajo las botas de Lucien mientras salía de la iglesia. No podía sentir las piernas, y el único motivo por el que no había colapsado era Stella. Jamás la dejaría caer.

—Papá, ¿estás llorando? —le preguntó Stella mientras la alejaba de la condenada iglesia.

Bajó los escalones, pasó por delante de las columnas de estilo corintio y giró a la izquierda para entrar en el callejón que había entre la iglesia de Saint George y otra edificación. Tanto los escalones como la acera se les nublaron por las lágrimas saladas que le escocían los ojos.

Necesitaba un momento para recuperarse y entender cómo vivir en un mundo en el que Chastity sería *lady* Wardbury, total y completamente fuera de su alcance.

—Un poco —le admitió a su hija mientras apoyaba la espalda contra la pared de ladrillo en las sombras del callejón.

Los transeúntes le dirigían miradas llenas de curiosidad mientras pasaban, pero seguían aguardando para ver a la pareja feliz salir de la iglesia sosteniéndose las manos. Wardbury y Chastity. Qué afortunado era Wardbury. Que lo condenaran. No tenía ni idea del tesoro que tenía.

Despacio, se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo con Stella en sus brazos. Él también tenía un tesoro y lo

abrazó con fuerza. Los pequeños brazos de la niña le apretaron el cuello, y Lucien sorbió intentando no asustar a su hija.

—Pobre papá. —La niña le dio una palmadita en la cabeza con la mano diminuta—. Te haré otra estrella.

Qué niña más dulce…

—Gracias, tesoro —le dijo con la voz ronca—. Solo necesito un momento. Luego iremos por unos helados.

—¿Helados? —le preguntó entusiasmada.

Lucien asintió con la cabeza. Era todo lo que podía hacer. El dolor que tenía en el corazón era desgarrador, pero no quería huir. En ese momento, su tío le hubiera dicho que fuera a buscar una mujer para sentir placer y olvidarse de todo. Pero no quiso.

A pesar del dolor, también sentía amor. Y eso valía la pena. Amaba a Chastity y quería que fuera feliz, por más que no fuera con él. Si ella creía que eso sería lo mejor, apoyaría su decisión sin importar lo mucho que le doliera. Y si él no podía hacerla feliz, *lord* Wardbury era un buen hombre y la cuidaría bien. Que lo condenaran.

Solo necesitaba un momento para despedirse de ella en su mente… y para aceptar la pérdida.

—Lucien… —lo llamó alguien.

Chastity.

Alzó la cabeza tan rápido que el cuello le crujió. Se secó los ojos para ver con más claridad. Chastity se encontraba de pie en la boca del callejón. La luz del sol le iluminaba las perlas y los hilos plateados del impresionante vestido de bodas, así como también de la tiara y la faja azul que le rodeaba la cintura y le resaltaba el magnífico tono celeste de los ojos. Era tan hermosa que no se pudo mover. Stella se apartó y la miró.

—¿*Lady* Chastity? —la llamó.

—Buen día, Stella. —Chastity le sonrió mientras se acercaba a Lucien, que intentaba ponerse de pie con su hija en los brazos—. ¿Cómo está tu pierna?

—Muy bien —repuso—. Mi papá la está cuidando bien.

Chastity arqueó las cejas.

—¿Papá? —repitió con un brillo en la mirada.

—Sí, ese sería yo —le dijo Lucien con la voz ronca como si hubiera tragado gravilla.

La sonrisa de Chastity le iluminó el corazón. Tenía los ojos suaves y fijos en él.

—Sí, eres tú.

Con cuidado, dejó a Stella en el suelo y se aclaró la garganta.

—¿Deberías estar aquí conmigo? ¿Dónde está tu marido?

—No tengo ningún marido —le respondió—. Le acabo de decir a *lord* Wardbury que no puedo casarme con él.

Lucien parpadeó y sacudió la cabeza anonadado. ¿La había oído bien?

—Pero si estabas allí con él… y se sostenían las manos…

—Es un muy buen hombre, mucho más bondadoso de lo que me merezco —le dijo Chastity—. Solo me deseó que me fuera bien.

El cielo se podría haber abierto en dos para que los ángeles cantaran para ellos.

—Entonces ¿no es demasiado tarde?

—No, le he dicho la verdad. Estoy enamorada de otro.

Lucien no podía creer lo que oía.

—¿De otro, corazón? —le preguntó al tiempo que daba un paso hacia ella.

Chastity asintió sin apartarse ni despegarle la mirada de encima, y Lucien se hundió en lo más profundo de sus ojos. Todo el temor y todas las armaduras se derritieron cuando por fin logró decir las palabras que le debería haber dicho hacía mucho tiempo.

—Te amo, estrellita. Siempre te he amado. Pero he estado aterrado de admitirlo y de permitirme creer que alguna vez podrías amarme.

Chastity le sonrió con tanta intensidad que se le formaron unas arrugas alrededor de los ojos y unas lágrimas le brillaron en ellos.

—Leí tu poema —le dijo con un temblor en el pecho.

—¿De verdad? —le preguntó abriendo los ojos aún más.

—Debería haberlo abierto hace muchos años. Mi vida hubiera sido muy diferente.

Chastity le ofreció una sonrisa triste.

—Y yo no debería haberle creído a mi padre, pero aquí estoy.

—Aquí estamos los dos. Tenías razón desde el comienzo, estrellita. Esta niña…, tú…, Dorian y mis hermanos son lo mejor que me ha pasado. Querías que cambiara, pero no por ti ni por nadie más… Por mí. Y el poema me lo dijo todo. Todo lo que siempre he buscado ha estado en mi interior desde el comienzo.

Tomó consciencia de que había más personas en la boca del callejón, y recorrió a sus seis hermanos y a Patience. Dorian se encontraba de pie con los puños apretados, y Lucien pudo verle el ceño enfurruñado. Al menos, no se le estaba arrojando encima para darle un puñetazo. Eso era bueno.

Se arrodilló y se llevó la mano a un bolsillo para extraer el anillo con el zafiro amarillo que había comprado.

—Te he amado todos los días de mi vida. Como una amiga. Como la hermana de mi mejor amigo a quien juré proteger. Como mi ser afín. Te prometo que te amaré por el resto de mis días. Por favor, Chastity Perrin, ¿me harías el honor más grande de mi vida casándote conmigo?

No pudo apartar la mirada de sus ojos celestes como el cielo, tan intensos y hermosos que podrían detenerle el corazón. Chastity asintió con la cabeza.

—Sí, Lucien.

Lucien sintió que la tierra se movía debajo de sus pies, pero en esta ocasión fue como si estuviera a punto de levitar, elevándose por encima de la tierra como un globo aerostático. Pero, mientras ella estuviera a su lado, no le importaría. Le colocó el anillo en el dedo y le pareció perfecto para ella.

Chastity le sonrió. Lo que más quería era tomarla en sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Alzarla y girarla en el aire antes de volverla a besar todo el día. Y más aún…

De pronto, oyó unos pasos pesados que se le acercaban, y tanto Dorian como sus hermanos lo rodearon.

Los ojos celestes de Dorian lo miraban fijo por debajo de las cejas, que casi estaban unidas en una.

—Eres un bastardo —gruñó Dorian.

—Lamento haber traicionado tu confianza, Dorian —le dijo Lucien —. Fue un golpe bajo. —Miró a todos sus amigos a los ojos—.

Lamento haberlos traicionado a todos.

Dorian miró a Chastity.

—¿De verdad esto es lo que quieres, hermana? ¿A él?

Chastity asintió con la cabeza y miró a Lucien a los ojos.

—Sí, hermano. Siempre ha sido él.

Dorian soltó un suspiro pesado y le dio el abrazo más fuerte que nunca le había dado a Lucien.

—En ese caso, tienes mi bendición, bastardo —gruñó y le dio unas palmaditas en la espalda—. Y mi perdón.

Lucien sintió el pecho liviano y tenso al mismo tiempo. Ahora serían verdaderos hermanos… Sintió que sus otros cinco amigos le daban palmaditas en la espalda y los hombros, y un profundo alivio lo invadió al tiempo que el pecho se le expandía.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Fortyne cuando todos se separaron y Lucien se quedó al lado de Chastity sin poder quitarle los ojos de encima.

Le tomó las manos entre las suyas.

—Cuando tú quieras, Chastity. Pero ¿estás segura? Ahora tengo una hija, y has dicho que no querías niños.

—Te amaré como si fueras mi hija, Stella —le prometió Chastity mirando a la niña con una sonrisa.

Stella le ofreció una sonrisa tímida y se aferró a la pierna de Lucien.

—El obispo de Londres sigue en la iglesia —les dijo Dorian—. Es un amigo cercano de los Seaton, así que estoy seguro de que con una petición de Preston y Spencer les concederá una licencia especial para casarse ahora mismo. Los invitados están presentes y el desayuno de bodas nos aguarda en mi casa de Londres.

—Pero ¿*lord* Wardbury no se ofenderá? —preguntó Enveigh con cautela—. Se suponía que esta sería su boda.

—*Lord* Wardbury se mostró de lo más comprensivo —le aseguró Chastity—. Pero tienes razón. No me gustaría faltarle el respeto. Me gustaría pedirle permiso.

Lucien miró a Chastity con el pecho tan ligero que podría elevarse hasta el cielo.

—Lo haré yo, estrellita. Me quiero casar contigo aquí mismo, en este preciso momento. He esperado treinta y dos años. Estoy listo, ¿y tú?

Chastity parpadeó y le ofreció una sonrisa intensa.

—Te amo, Lucien. Yo también estoy lista.

Lucien le tomó la mano y se la acomodó en el brazo. Luego la guio de regreso a la iglesia.

EPÍLOGO

La puerta de la recámara de Lucien se cerró detrás de Chastity, que tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta. El desayuno de bodas había terminado en la casa de su hermano; los invitados, sorprendidos por el cambio de novio, pero contentos de ver a Chastity y Lucien felices, ya se habían marchado a sus casas.

Y Chastity se había marchado con Lucien a su nuevo hogar… Su casa en Londres.

La dulce Stella se había quedado dormida en el carruaje, de camino allí, y Lucien la había llevado a la recámara donde dormía bajo el cuidado de su niñera.

Y ahora… por primera vez… Chastity se encontraba a solas con Lucien… como su esposa. En su recámara.

Lucien la recorrió con la mirada sin soltarle la mano cubierta con el guante de encaje, y jaló de ella hacia él. Tenía los ojos violetas tan oscuros que parecían las profundidades de un océano al amanecer.

—Bueno, estrellita —comenzó con la voz ronca mientras la conducía a la cama enorme que se encontraba contra una de las paredes de la espaciosa recámara—. No hay nadie que se interponga entre nosotros. Por fin eres mía. —Le recorrió el cuerpo con la mirada y le dejó la piel en llamas—. Y por fin te puedo quitar este hermoso vestido.

La recámara tenía unas paredes con paneles de color amarillo pastel y cuadros sensuales de deidades griegas desnudas. Sobre el aparador que había frente al enorme hogar de mármol había un jarrón con flores. Chastity avanzó por la alfombra más suave que había pisado. Era roja y tenía unos patrones de lirios y hojas entretejidas. La luz natural se colaba por entre las ramas de los altos árboles y se mecían delante de las ventanas que daban a la plaza. Delante de la ventana, había un diván aterciopelado y dos sillas cómodas con suaves almohadones. Todo se veía sensual, exuberante y tentador.

Sin embargo, el rey de ese lugar era quien le aceleraba el aliento. El niño que amaba. El adolescente al que jamás había dejado de adorar. El hombre que ahora era su marido, su futuro y su mejor amigo. El hombre cuyo tacto la había despertado. El único que la conocía de verdad.

Jaló de ella para acercársela al pecho y le envolvió el brazo por la cintura en un abrazo de acero. Tenía el rostro adorado tan cerca del suyo que los labios le ofrecieron una sonrisa pícara… una sonrisa exclusivamente para ella. Los ojos violetas destellaron con alegría al estudiarle el rostro.

—Mía —le dijo con la voz ronca.

Chastity no logró contener una sonrisa.

—Como tú… todo mío.

La sonrisa de Lucien dio paso a una expresión de felicidad absoluta.

—Nunca creí que podría sentir tanta alegría porque una mujer me reclamara. Pero supongo que nunca me imaginé que tú serías quien dijera eso.

Chastity le recorrió el mentón con la punta del dedo.

—Todos los días, si así lo deseas.

—Oh, sí.

Tras decir eso, se inclinó y por fin se apoderó de su boca. ¡Gracias al cielo!

Sus labios se unieron, la lengua de él buscó la suya, y la barba incipiente que le cubría el mentón le rozó la piel. Chastity gimió al

tiempo que un torrente de sensaciones se apoderaba de ella y la arrastraba hacia abajo.

Por fin, la mente, el corazón y el cuerpo eran uno. Y el trío gritaba una única cosa al unísono. «Sí, sí, sí». Seguido de… «Más». Quería más de las manos de Lucien recorriéndole la espalda. Más de su lengua que se deslizaba sobre la suya y más de sus labios tomándola y adorándola. Quería más de su aroma a cuero, clavo de olor y sándalo y de su piel que se sentía como un incendio contra la suya.

Se apretó contra el torso duro y sintió los brazos que le apretaban la cintura. Los pechos le dolieron de lo llenos que estaban y prácticamente rogaban que los liberaran del corsé. El sexo le dolía, y gimió contra su boca.

Lucien comenzó a desatarle el vestido. Chastity estaba tan apretada contra él que ya podía sentir el bulto de la erección apretándose contra las delgadas capas de la enagua y el vestido.

—Estrellita —logró decir mientras se reclinaba hacia atrás con los ojos violetas oscurecidos fijos en sus labios. Estaba tan sonrosado como ella, que tenía las mejillas ardiendo como un horno—. Te deseo. Quiero tomarte y hacerte mía. Pero debo advertirte que no he estado con una mujer ni me he tocado por casi dos meses. Ha sido una tortura. Y… eh… no puedo prometer que lograré controlarme. Quiero que sea una buena experiencia para ti. Quiero que te sientas hermosa, amada y darte todo el placer que puedas tomar, pero simplemente no sé si pueda hacerlo… porque podría… ser más rápido de lo que me gustaría… Así que si no deseas eso y por el motivo que sea prefieres esperar, estaré feliz de…

Chastity le apoyó la mano en la boca para callarlo y le sonrió.

—No deseo esperar, Lucien —le dijo, y vio que los ojos se le arrugaban al sonreír. Su cuerpo rugió, y su mente se mostró de acuerdo—. Y no me voy a sonrojar como una debutante. Lo quiero todo, Lucien. Y será mejor que me lo des.

Lucien se rio entre dientes, y Chastity le apartó la mano de la boca.

—No te preocupes por eso —le dijo con la voz ronca antes de besarle el cuello y producirle escalofríos intensos.

Le desató los lazos del vestido mientras ella le abría los botones del abrigo y el chaleco y luego proseguía a quitarle el pañuelo. Lucien se quedó de pie delante de ella con la camisa blanca cerrada hasta el cuello y los pantalones, que dejaban ver el bulto enorme que se apretaba contra la tela. Chastity contuvo el aliento. Sabía exactamente qué era eso. Y sabía exactamente dónde iba… en teoría.

Al recordar lo maravilloso que se sintió cuando Lucien le acarició el sexo con las manos, se imaginó cómo sería tener ese miembro duro enterrado en lo más profundo del cuerpo. El pensamiento la hizo estremecer, y las paredes se le tensaron de dolor.

El vestido cayó alrededor de las piernas sobre la alfombra, y Lucien la dio vuelta para abrirle los lazos de la enagua y el corsé más rápido que su criada. Luego le bajó las prendas por la cintura. Chastity dio un paso al costado para salir del anillo de prendas, y Lucien le subió la delgada túnica para quitársela por la cabeza. Entonces se quedó completamente desnuda… Aunque no podía verle el rostro, al oírlo contener el aliento se le endurecieron los pezones y los pechos anhelaron sentir las caricias de sus dedos.

—Qué vista más magnífica… —Le apretó el bulto endurecido contra los pliegues de las nalgas, y la sensación de su erección dura y cálida a través de los pantalones, tuvo un efecto de lo más curioso. Lucien le cubrió los senos con las manos, como si hubiera comprendido lo que tanto anhelaban, y comenzó a masajeárselos—. Qué pechos más hermosos. —Le dio un beso en el cuello—. Qué piel más aterciopelada. —Chastity jadeó cuando le jaló de los pezones y se los provocó hasta producirle una ola de placer de lo más increíble —. Mi estrellita. —La hizo volver para mirarlo. Su rostro hermoso estaba iluminado y los ojos la estudiaban con gran adoración—. Eres toda mía.

Chastity le quitó la camisa de los pantalones y cuando se los bajó, soltó un jadeo. Observó la erección… larga, rosada, gruesa y con venas que la recorrían entera. Había visto ilustraciones en libros de medicina, pero jamás habían estado erectas… y jamás había visto un espécimen tan grande.

—Oh, Lucien… —¿Cómo haría para caberle dentro?

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas? —le preguntó con la voz ronca.

—Sí —le respondió—. Confío en ti.

Más que nada. Era una sensación maravillosa y liberadora la de poder confiar y apoyarse en otro ser humano. En él. La de saber que la sostenía y jamás la dejaría caer.

La levantó en sus brazos y la recostó sobre la cama. Luego le tomó el rostro entre las manos y le depositó unos besos tiernos en los labios, el rostro y los senos. Y fue bajando por su cuerpo.

Y cuando la boca se le cerró en el sexo, al principio se retorció… Pero luego le hizo sentir cosas deliciosas en todo el cuerpo. Chastity soltó un jadeo al tiempo que Lucien le recorría los pliegues con los labios y comenzaba a succionarlos y hacerla estremecer de placer. Chastity le enterró las manos en el cabello.

—¡Oh, Lucien! —gritó—. ¡Oh!

—Calla… —Siguió succionándola… y lamiéndola… como si se estuviera dando un banquete con ella—. Tengo que prepararte…

Oh, pero si ya estaba lista. Lucien le introdujo un dedo y le acarició la carne tensa al tiempo que la exploraba. Chastity se estremeció al sentir un placer exquisito que la recorría como miel. Él continuó provocándola, tanto en el punto exterior que le daba placer como en el interior, y desparramando la humedad espesa que producía su sexo ante sus caricias para prepararla para que le pudiera hacer lo que fuera…

Lucien se apartó para besarla sin dejar de acariciarle el sexo y penetrarla con los dedos. Chastity sintió el miembro duro y cálido contra el vientre y quiso darle placer. Si hacía lo mismo que le estaba haciendo él, ¿lo complacería? Estiró la mano y rozó lo que le pareció un palo duro y cálido. Con satisfacción, lo sintió estremecerse y soltar un gemido.

—Estrellita… Eh…

—¿Te gusta? —le preguntó subiendo la mirada por el cuerpo para mirar su cabeza dorada.

—Sí, sí, diablos, me encanta.

Al oírlo, se mordió el labio inferior con una extraña sensación de felicidad por ser quien le daba placer… porque hasta ese momento,

él había sido el único en darle placer. ¿Acaso no quería recibirlo también?

—Muy bien —dijo—. Un hombre sabio dijo que todas las habilidades mejoran con la práctica, así que tendré que ponerme a la tarea de mejorar. —Le siguió acariciando la carne dura y lo oyó soltar gemidos que sonaron como algo entre placer y frustración.

Estaba a punto de llegar a la cima cuando Lucien se incorporó y le apartó el miembro de la mano para que le colgara por encima. El rostro le brillaba lleno de amor y una suerte de satisfacción que no logró interpretar. Con delicadeza, le separó las piernas y colocó las caderas en el medio. Chastity movió las suyas para acercárselas a la pelvis… haría lo que fuera con tal de sentirlo más cerca.

De pronto, por fortuna, pudo sentir la cabeza grande y dura entre los pliegues… Era una sensación tan dulce que creyó que acabaría de solo sentirlo moverse allí… pero Lucien acercó el miembro a la entrada… al punto donde le había enterrado el dedo…

Chastity contuvo el aliento con anticipación, anhelando mover la pelvis y ayudarlo a deslizarse en su interior para sentirlo enterrado en ella… Sin embargo, Lucien no la dejó y apartó la pelvis.

Le clavó la mirada profunda y sin fin, la mirada de ojos azulados y violetas, imponentes y taimados, y tan impresionantes como todas las estrellas del universo. Cuando Chastity miraba por el microscopio cosas que nadie más en el mundo había visto, como los secretos mismos de la vida, contenía el aliento y experimentaba una sensación liviana y monumental de fascinación que ni siquiera su mente podía negar. Así era como se sentía mientras Lucien le sostenía el rostro entre las manos y la miraba profundamente a los ojos. Como si él también conociera los secretos de la vida y del universo, siempre y cuando la mirara a los ojos y ella no apartara su mirada…

Entonces la penetró. Lento la fue estirando de una manera deliciosa y casi dolorosa tan cercana al placer que todo se sintió como las dos caras de una misma moneda. Chastity soltó un jadeo. Estaba llena, completa y anonadada ante lo bien que se sentía que la hubiera conquistado, que la hubiera estirado y que se hubiera fundido en un solo ser con ella…

Los ojos de Lucien destellaron con una luz suave.

—Te amo, estrellita.

Chastity le envolvió las piernas por las caderas para acercárselo más.

—Y yo a ti, Lucien.

Lucien la envolvió en sus brazos mientras se hundía más en ella y le brindaba una sensación más intensa de lo que jamás había sentido. Chastity nunca se había sentido tan cerca de nadie. Ni física, ni emocional ni mentalmente.

Lucien estaba por todos lados, tanto a su alrededor como en su interior, y le encantaba. Ella también era parte de él. Mientras comenzaba a moverse a un ritmo lento, vio la mueca torturada en su rostro y se estremeció.

El dolor que sentía pronto se convirtió en algo más… una intensa suerte de epifanía: había cambiado… había crecido… se había convertido en su verdadero ser.

Chastity movió las caderas hacia las embestidas suaves y, al sentir el vello púbico dorado y la gruesa base del miembro rozándole el clítoris doloroso, sintió más calor, como si un incendio forestal la azotara sin piedad…

Lucien era enorme y la estiraba hasta el límite sin dejar de satisfacer necesidades que ni siquiera sabía que tenía. Había pasado muchos años de su vida añorando a ese hombre… Para experimentar eso…

De repente comenzó a estremecerse con las embestidas de Lucien y los movimientos sincronizados de sus cuerpos… con las caricias en la piel que la elevaban hacia un éxtasis que jamás había creído posible. Sintió que se tensaba a su alrededor como en una ola furiosa, justo mientras él intentaba apartarse.

—Chastity, sé que no quieres tener hijos. Y jamás acabé dentro de una mujer… al menos, que recuerde…

Le clavó los dedos en la espalda sin querer apartarse de él cuando estaban llegando a la cima del placer mutuo. Si bien era cierto que no quería hijos, y él tampoco, ahora tenían a Stella, que era un tesoro. ¿Cómo sería su propio hijo? Una mezcla de ella y el hombre al que amaba más que a nada en el mundo.

—Ahora puedes si quieres. Ya no descarto tener hijos… siempre y cuando sean tuyos. ¿Tú quieres?

A Lucien le costó respirar.

—Contigo… sí, corazón… Te he estado esperando…

Volvió a embestirla y, mientras se tensaba a su alrededor, la miró tan profundamente a los ojos que sintió como si pudiera verle hasta el alma. Tras soltar un rugido, se enterró más en ella y la embistió sin cesar como un animal. Chastity sintió otra ola que la embargaba y arqueó la espalda para poder disfrutar de la segunda ola de placer a su alrededor.

Lucien soltó un gruñido y se estremeció como si hubiera perdido el control de su cuerpo, y Chastity lo envolvió en sus brazos mientras se le pasaban los efectos del orgasmo. Lucien respiraba entre jadeos. Se había dejado caer encima de ella y había ocultado el rostro en la curva de su cuello. Él la envolvía con sus brazos, y ella a él, con las piernas. Se encontraban intrínsicamente unidos, disueltos en el otro. Formaban un solo ser.

—Eres mi estrella guía… —La voz sonó cargada de emoción contra el cuello—. Por fin eres mía.

—Para siempre. —Lo miró a los ojos violetas. En eso todas las partes de su ser podían estar de acuerdo: el cuerpo, la mente y el corazón.

Se quedaron abrazados, conversando y acariciándose.

—Nunca me sentí como me siento contigo, estrellita —le dijo con dulzura. Tenía la mirada abierta y profunda. La garganta se le estrechó y el pecho se le llenó de amor.

Le pasó el dedo índice por los músculos duros del pecho.

—Solo lo dices porque no has estado con una mujer en varias semanas.

—No —le dijo y le dio un beso en el hombro—. Lo digo porque nunca he estado contigo. En el pasado, solo se trataba de mi cuerpo, era como una carrera para que mi compañera y yo alcanzáramos el clímax, como si buscáramos el olvido. Contigo, no quería escapar ni olvidar. Quería que durara una eternidad, pero por desgracia, no fue el caso —añadió con una sonrisa irónica.

—Oh… —le dijo y le dio un beso en el pecho, por encima del corazón.

Lucien tenía la piel cálida y olía maravillosamente a él: a cuerpo, clavo de olor y sándalo.

—Es porque tengo el corazón pleno por primera vez en la vida —le dijo.

Chastity sintió una profunda felicidad que la recorría entera, y le enterró el rostro en el pecho. Lucien la abrazó fuerte, y ella se acercó para besarlo, pero apenas logró rozarle los labios cuando oyeron unos pasos pesados al otro lado de la puerta y alguien que llamaba con gran apremio.

—¡Lucien! ¡Lucien! —exclamó una voz, y Chastity creyó que se trataba de Pryde.

—Disculpe, milord —dijo el mayordomo—. Ya le informé que el duque de Luhst se encontraba ocupado…

Lucien miró hacia la puerta furioso.

—En efecto, Pryde, estoy muy ocupado. ¿Has oído del término «noche de bodas»?

—¡Pero es plena tarde! —repuso Pryde y volvió a llamar a la puerta—. ¡Y es un asunto urgente! ¡Recibí una carta!

Lucien gruñó como un animal, y Chastity se rio.

—Está bien, Lucien. Tenemos el resto de nuestras vidas para hacer el amor, conversar y abrazarnos.

Lucien le sonrió y la besó.

—Tienes razón. Quédate aquí…

Mientras tomaba el salto de cama, la puerta se abrió de par en par, y Chastity se metió debajo de las sábanas con un grito.

Pryde se había cubierto los ojos con la mano mientras entraba en la recámara con una carta en la mano estirada.

—Lo siento mucho, *lady* Chastity… eh… duquesa… No estoy mirando.

—¿Qué diablos haces aquí? —rugió Lucien, colocándose el salto de cama e incorporándose de un salto—. ¡Mi esposa está indispuesta! ¡Lárgate!

—Mis más sinceras disculpas, duquesa —dijo Pryde dándole la espalda y cubriéndose el rostro con las dos manos—. Pero esto no

puede esperar. No la habría avergonzado de este modo si todo lo que soy no se encontrara amenazado. Lucien, te lo ruego, lee la carta y lo entenderás.

Con las mejillas del color carmesí, Chastity observó que Lucien fulminaba a Pryde con la mirada y lo sacaba a rastras de la habitación mientras leía la carta. Pryde se detuvo cerca de la puerta sin dejar de darle la espalda a Chastity.

Lucien se puso pálido y dejó de leer la carta para mirar a Pryde.

—¿Otro intento de chantaje? —le preguntó—. ¿Entonces… lo saben?

Pryde asintió con la cabeza.

—Saben mi secreto. Si no voy a esa iglesia en tres días y les entrego lo que quieren, quedaré arruinado. Perderé el título… el dinero… el honor… Lo perderé todo.

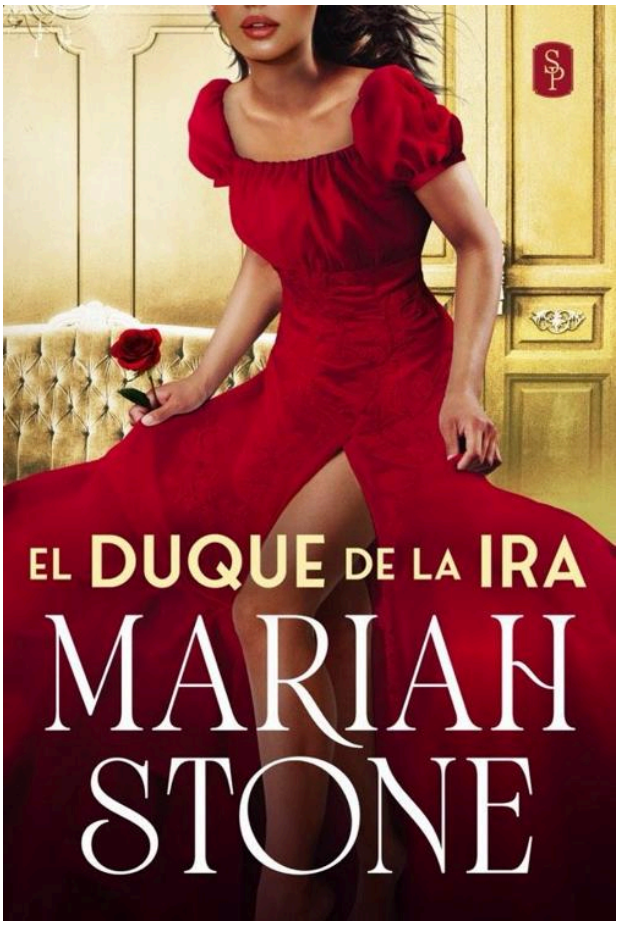
Gracias por leer **EL DUQUE DE LA LUJURIA**.

Si te encantó la historia de Lucien y Chastity, obtén ahora tu epílogo adicional gratuito:

https://mariahstone.com/lujuria-epilogo

¡No te detengas aquí! Descubre cómo continúa la historia y reserva ahora **EL DUQUE DE LA SOBERBIA**, el libro 3 de nuestra serie.

O regresa al origen del deseo en **EL DUQUE DE LA IRA.** Cuando Patience Rose se ve forzada a contraer matrimonio con Dorian Perin, el enigmático Duque de Rath, ninguno espera lo inevitable: una pasión que desafiará todas las reglas…



Él impuso sus condiciones:
Camas separadas. Sin preguntas.
Sin intimidad. Ella respondió con desafío.

El resultado? Un fuego imposible de controlar.

Sumérgete en EL DUQUE DE LA IRA ahora mismo >
Primer libro de la serie "Los siete lores de los pecados"

Disponible en Kindle Unlimited, ebook, papel y audiolibro.

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

